«Irresistiblemente oscura y romántica».
—STEPHANIE GARBER, autora *best seller* de *Caraval*



# El pacto de la rosa

SASHA PEYTON SMITH

Autora *best seller* del *New York Times*

# El PACTO de la ROSA

# El Pacto de la Rosa



SASHA PEYTON SMITH

Traducción de Natalia Navarro Díaz




Argentina – Chile – Colombia – España

Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The Rose Bargain*
Editor original: HarperCollins Children's Books,
una división de HaperCollins*Publishers*
Traducción: Natalia Navarro Díaz

1.ª edición: abril 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2025 *by* Sasha Peyton Smith
All Rights Reserved
© de la traducción 2025 by Natalia Navarro Díaz
© de la ilustración de cubierta 2025 *by* Tran Nguyen
Diseño de cubierta *by* Molly Fehr
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-10495-39-5

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

*Para Emilie.*
*No podría haber hecho esto sin ti*
*y tampoco habría querido*

¡Márchate, oh niño humano!
A las aguas y lo silvestre
con un hada, de la mano,
pues hay en el mundo más llanto
del que puedes entender.
—William Butler Yeats

Trabajad duro y sin fallos.
—William Shakespeare,
*El sueño de una noche de verano*



# EN AQUEL ENTONCES



# 1471

## *Guerra de las Dos Rosas*



La cara del rey Eduardo estaba cubierta de barro y sangre cuando apareció la mujer en la línea de árboles. La espada le colgaba a un costado, inerte, y tras un momento de pausa, Eduardo cayó de rodillas.

Había habido rumores de participación de los Otros en la guerra desde el primer momento en que una espada había atravesado el vientre de un caballero portador de un estandarte de las Tierras Medias, pero la negación es más fácil de aceptar. Con toda seguridad, había explicaciones plausibles para los repentinos cambios de clima o los avistamientos de rebaños de ovejas desolladas y sin cabeza. Pero aquellos a cuyos abuelos enseñaron a no internarse nunca en los bosques sin una ramita de acebo en el bolsillo lo sabían. Lo supieron durante meses, décadas, generaciones.

Al igual que los dioses que se entrometieron en los asuntos de los hombres en la Guerra de Troya, los Otros también jugaban con los conflictos humanos por pura diversión.

Así se llamaban en aquel entonces: los Otros.

Tanto la Casa de Lancaster como la Casa de York se creían sucesoras legítimas de la Casa de Plantagenet. Sin embargo, un país no puede tener dos reyes, y como ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a ceder al otro el derecho al trono, se alzaron estandartes y se afilaron espadas.

La guerra fue brutal, como lo eran todas las guerras, inútil y cruel. Durante el primer año, el suelo de Inglaterra quedó empapado de sangre. Pero la guerra no terminó. Como el redoble de tambores que llevó a los granjeros a la matanza, prosiguió.

No fue hasta la Batalla de Barnet cuando cambió realmente la marea. Todos los escolares de la isla conocen la historia. Está tallada en piedras de mármol en el exterior del Palacio de Buckingham, colocadas en posición vertical para que todos las lean. La historia del día en el que la reina Moryen salvó a toda Inglaterra.

Sucedió así.

El campo de batalla ardía y Eduardo estaba desesperado.

Si fue el olor a desesperación o a sangre lo que la atrajo es aún un tema de debate, pero lo que importa es que llegó.

Dicen que el campo de batalla se quedó en silencio cuando ella entró en la refriega. Arrastraba detrás de ella un vaporoso vestido de color blanco hueso, que atrapaba las hojas y las arrastraba a su paso. Tenía cabello de ónice y unos ojos todavía más negros. Su piel era pálida como un fantasma, sus rasgos afilados eran tan hermosos que mirarla era como encajar un golpe físico. Algunos hombres se agacharon y vomitaron, incapaces de mirarla.

Moryen caminó por el campo de batalla calzada con unas zapatillas delicadas, despacio, como si supiera que todos la esperarían.

Eduardo se hincó de rodillas delante de ella.

—Levántate —le ordenó ella y eso hizo—. Vengo a ayudar.

Las lágrimas dejaron surcos en su rostro mugriento mientras el rey asentía, sin palabras y con una profunda gratitud.

Ella se inclinó hacia él, su perfil perfecto se recortaba en el humo ceniciento del campo de batalla, y le susurró al oído.

La conversación no fue larga; lo que le ofreció, él rápidamente lo aceptó. Después ella se sacó una daga del cinturón y le cortó la palma. El trato estaba cerrado.

En el otro lado del claro, Enrique vi cayó muerto.

Definitivamente, Bretaña tenía un nuevo rey. Eduardo iv.

Los Lancaster se marcharon a casa y las antorchas del campamento de los York ardieron toda la noche mientras celebraban la victoria.

Pero la extraña mujer no los vio. Estaba ya en el camino, en un carruaje tirado por caballos blancos como la nieve. Con una coronación que planear, no había tiempo que perder.

Veinticuatro horas y ni un minuto más tarde, Eduardo iv estaba también muerto. Cerró los ojos y cayó al suelo, como si se hubiera cortado un hilo.

La mujer había prometido a Eduardo que sería rey, pero no había especificado durante cuánto tiempo.

Y así la reina Moryen, de los Otros, subió al trono en el Palacio de Eltham con una sonrisa serena en la cara y una corona sobre la cabeza.

Todo aquel que alzó una espada en su contra se vio de repente inmovilizado, como si el propio acto estuviera prohibido.

La guerra había concluido y Bretaña tenía una nueva reina. Inmortal. Infranqueable. Inevitable.

# AHORA



# 1

## *Londres, febrero de 1848*



Lydia lleva desaparecida ocho días y estoy empezando a temer que nuestros padres despierten una mañana y encuentren mi cama vacía también.

Me sobresalto al oír un ruido en el callejón oscuro que tengo a mi izquierda, pero es solo una rata moviéndose en una pila de basura.

He recorrido kilómetros de la ciudad temblando, sin hacer caso a alborotadores y pasando por encima de mendigos medio muertos. Mis padres me suelen decir que no les preste atención, que han tenido la misma oportunidad que el resto de nosotros de negociar con la reina, pero esta noche me cuesta más ignorarlos.

Mi libertad se limita normalmente a dar vueltas por el parque del brazo de mi madre o a permanecer a salvo entre las cuatro paredes de terciopelo de nuestro carruaje familiar. Lo que me falta en experiencia, lo compenso con confianza. Siento ahora esa confianza mucho más frágil, perdida, y me hiela los huesos.

Pensaba que sería más seguro seguir los caminos principales en lugar de arriesgarme a atravesar a solas la oscuridad de Hyde Park, pero un giro equivocado en una calle sinuosa me hace perder el

rumbo sin remedio. Incluso la luz de las lámparas de gas es tenue. El aire cortante de febrero está cargado de polvo de carbón, que oculta la poca luz que arrojan las llamas. Me retiro la capucha de la capa y levanto la cabeza al cielo para intentar ubicarme. Casiopea debería de estar al norte, pero el brillo de las estrellas es demasiado tenue para estar segura. Una lágrima errante cae de la esquina de mi ojo a la oreja.

Llevo días buscando en la habitación de Lydia, rezando por encontrar una pista de su repentina desaparición. Es como si se hubiera desvanecido en la nada, pero me niego a aceptar eso.

Esta noche, cuando mamá, papá y el servicio se fueron a la cama, yo me puse la capa, me envolví la bufanda más gruesa de mi padre y salí en mitad de la noche.

Tal vez estaba siendo valiente, como los caballeros de las historias que Lydia y yo leíamos de pequeñas, nobles y alentados por el amor, o tal vez solo quería experimentar algo distinto al terror enloquecedor que siento desde que mi hermana desapareció.

Los guardias dicen que o bien se ha fugado o está muerta, pero no los creo. Me lo hubiera contado si planease fugarse y lo sentiría si estuviera muerta. No existe un universo posible en el que el corazón de mi hermana deje de latir y yo continúe con vida, inalterada.

Exhalo bocanadas de vaho al tomar otro callejón. Suspiro con alivio cuando por fin reconozco dónde estoy.

Las verjas del Palacio de Kensington se asemejan a una boca en la distancia corta con las sombras oscuras de la guardia de la reina junto a ellas.

Paso el pulgar por la superficie fría del colgante que llevo en el fondo del bolsillo de la capa como un talismán. Tendré que ser lista,

rodear de nuevo Hyde Park tal vez y escabullirme por la puerta trasera. No necesito acercarme demasiado al palacio, tan solo a los árboles que lo rodean. Tengo los pies entumecidos dentro de las botas, pero sigo caminando para no parecerles a los guardias sospechosa ahora que estoy a plena vista.

Cuando Lydia y yo éramos pequeñas y nuestra familia tenía todavía la casa de campo en Oakham, pasábamos los veranos en el bosque, atrapando ranas o fabricando casitas con hojas para los patitos. Con las piernas llenas de arañazos y ramitas en el pelo alborotado, tan solo entrábamos en casa cuando la luna se alzaba en el cielo y salían los murciélagos. Accedíamos por la cocina para que nuestra madre no nos riñera y allí nos recibía una cocinera anciana bastante indulgente, la señora Osbourne. Era la persona más vieja que había conocido nunca y, mientras nos vendaba las piernas y nos daba helados de limón, nos contaba historias. Las que más nos gustaban eran las de los Otros.

Leía de un libro viejo envuelto en una tela verde salvia y con las esquinas magulladas. A mí me fascinaba en particular el concepto de la puerta de hadas. Según contaban las historias, los Otros podían verse obligados a abrir la puerta entre nuestros mundos, normalmente oculta en árboles viejos y retorcidos, para humanos inteligentes que dejaban objetos de gran valor en los umbrales.

Le pedí a Lydia que lo probara conmigo. Encontramos un árbol de madera de palo fierro y en el hueco de las raíces dejamos nuestros colgantes de bebé a juego, uno de ellos con un pequeño abalorio de perla con una «L» y el otro con una «I» igual. Eran demasiado cortos y no nos cabían en los cuellos de niñas mayores, pero los seguíamos conservando, colgados en los postes de nuestras camas.

El resto del día, estuve emocionada por la expectación, sin parar de mirar por las ventanas, desesperada por ver a uno de Ellos.

A la mañana siguiente, Lydia y yo corrimos por la hierba húmeda y enterramos las pequeñas manos regordetas en la tierra, en la base del árbol. Los colgantes habían desaparecido. Saltó y aullé de alegría, tan fuerte que mi madre salió al jardín y me preguntó por qué le estaba provocando un dolor de cabeza. Se lo conté todo. Sin decir nada, ella entró en la cocina y obligó a la señora Osbourne a que quemara el libro de historias de hadas. Yo solo tenía seis años por entonces y no entendía que tener algo así era ilegal. Lloré durante días.

Un año más tarde, encontré el colgante de Lydia en el fondo de su armario. Dos años mayor que yo, se llevó las manos a las caderas y me contó que tenía que dejar de lado las historias de niños. Fue la primera de sus tres grandes traiciones.

Salió de la habitación antes de que pudiera preguntarle por qué no encontramos nunca el segundo colgante, o si ella también había visto la silueta del hombre junto a los árboles aquella noche.

Un viento helado sopla en la calle y levanta un remolino de hojas secas. Mis rizos rubios se agitan alrededor de mi cara y me ajusto la capa alrededor del cuello.

Las historias de los libros de la señora Osbourne eran de una Inglaterra en la que los Otros campaban a sus anchas. La reina Mor nos hizo creer que su hijo y ella eran los únicos de su especie que viven aquí ahora, pero ellos llegaron de alguna parte e incluso las puertas cerradas pueden volver a abrirse. No puedo llegar al norte, a nuestra antigua casa de Oakham, ni al campo de batalla conmemorativo de la Batalla de Barnet, pero si existe una puerta en

Londres, ¿no estará en los árboles que rodean la residencia de la reina? No puedo dejar de intentarlo.

Vuelvo hacia la entrada al público del parque, donde se forman los domingos las colas para hacer los pactos. Los árboles se alzan como espectros en la oscuridad, indistinguibles unos de otros. No hay nada destacable en ninguno de ellos, así que voy a tener que elegir al azar. Agarro el colgante en mi bolsillo.

Una sombra se mueve en la oscuridad.

—¿Quién anda ahí? —grita uno de los guardias de la reina.

Maldigo entre dientes, dejo el colgante de mi hermana en la base del árbol más cercano y echo a correr.

Recorro el camino a toda prisa y cruzo los amplios jardines, giro después a la izquierda y vuelvo a la calle, fuera de los terrenos del palacio.

En el silencio resuena de pronto el traqueteo de unas ruedas por los adoquines.

Retrocedo de un salto para ocultarme en las sombras, pero no veo la piedra suelta hasta que es demasiado tarde.

Se me engancha la bota en el borde, tropiezo y me caigo. Mi sien choca con la acera y mi cuerpo se desparrama como una muñeca de trapo en la tierra.

Al principio siento un dolor cegador y agudo, luego no hay más que oscuridad.

Recupero la consciencia y parpadeo, sin saber cuánto tiempo llevo inconsciente. Veo una figura sentada a mi lado en un carruaje, sumida en las sombras.

—Tengo un cuchillo —susurro, aterrada. No menciono que se trata de un cuchillo de cocina y que lo llevo en la bota, demasiado romo para atravesar nada y, en cualquier caso, demasiado difícil de alcanzar.

—¿Vas a apuñalarme?

—Depende.

—¿De qué?

La visión se me nubla cuando me sale algo caliente del ojo izquierdo. Me lo limpio y aparto la mano pegajosa con sangre.

La figura maldice y se quita el abrigo.

—Toma esto. Puedes apuñalarme más tarde.

Presiona el abrigo en mi sien. Sigue cálido por su calor corporal y reprimo un suspiro de alivio al sentir incluso el más mínimo respiro del frío.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Me has atropellado con tu carruaje —respondo con tono débil.

—No te he atropellado, has tropezado.

—He tropezado para evitar que me aplastes con tu… —me detengo para mirar a mi alrededor. El carruaje es inmenso, de al menos seis plazas, con una gruesa tapicería de terciopelo y elementos de latón pulido— bestia —termino.

—No era yo quien estaba merodeando en la oscuridad.

—No estaba merodeando. Estaba perdida.

—¿Adónde ibas? ¿Puedo ayudarte? —El extraño da un golpecito en la ventana que da al asiento del cochero y esta se abre.

—¿Adónde, señorita? —pregunta el cochero con tono brusco.

Incluso yo puedo admitir cuándo ha fracasado una misión.

—Belgrave Square —contesto y le doy la dirección de mi casa.

Los caballos relinchan y avanzamos con una sacudida. Cuando giramos a la derecha para acceder a una calle principal, un haz de luz amarilla entra por la ventanilla del carruaje.

El chico se aparta el pelo despeinado de la frente y entonces lo reconozco. Estoy mareada por el golpe en la cabeza, pero no es ese el motivo por el que siento que el mundo se tambalea de repente.

Sentado delante de mí, con preocupación dibujada en sus delicados rasgos, hay un rostro que he visto durante toda mi vida en retratos y en salas de conciertos abarrotadas. Parece esta noche más joven que en ninguna otra ocasión que lo haya visto. Suele llevar pañuelos rígidos y el pelo arreglado. Esta noche le cae en ondas oscuras sobre la frente, ocultándole parcialmente los ojos de color avellana, pero los pómulos altos, la mandíbula afilada y la boca hosca son las mismas. El príncipe Emmett.

—Eres tú. —Parpadeo.

Una sonrisa divertida le cruza el rostro.

—¿Quién?

—El príncipe Emmett.

—Debes haberte dado un buen golpe en la cabeza. —Hay una grieta de fragilidad en su voz.

—Sé quién eres. No tiene sentido que lo ocultes.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Nos conocemos. —No es una pregunta.

En realidad, no nos conocemos, pero lo he visto en la distancia en suficientes eventos como para estar segura. Y luego está lo que pasó con Lydia.

—Lady Benton. —Inclino la cabeza en una especie de reverencia, pero él nota el sarcasmo en el gesto y levanta las comisuras de los

labios en una media sonrisa—. Segunda hija del marqués de Townshend.

—¿No se supone que estás desaparecida? —pregunta Emmett—. He oído los rumores.

Niego con la cabeza.

—No. Yo soy la otra. Estaba buscando a mi hermana, por eso estaba fuera. —Siento la puñalada afilada del error mientras el carruaje nos aleja del Palacio de Kensington. Acabo de dejar el colgante de Lydia en la tierra para nada.

—Ah, sí, la hermana menor. —Señala mi rostro—. El parecido es asombroso. Tienes los mismos ojos.

—Me sorprende que te acuerdes de ella —contesto con voz tensa.

—¿Crees que está ahí fuera? —pregunta sin hacer ningún comentario sobre mi afirmación.

—Sí. No puedo explicarlo, pero si hubiera muerto lo sentiría.

Emmett me mira, exasperantemente inmóvil.

—¿Lo sentirías?

Nos sobresaltamos cuando el carruaje vuelve a girar.

—No lo entenderías.

—Tengo un hermano. A lo mejor lo entiendo mejor de lo que crees.

Me sorprende oírlo referirse al príncipe Bram como su hermano.

La posición de Emmett como príncipe sigue siendo motivo de chismes casi dos décadas después de su nacimiento. Es el hijo humano del esposo de la reina Moryen, el príncipe consorte Edgar, y la primera esposa humana de este, quien murió durante el parto. La reina legitimó a Emmett en su octavo cumpleaños, aunque nadie sabe si lo hizo como un favor a su padre, un acto de amor o por otro

motivo diferente.

Su nombre se oye entre susurros en los salones de la ciudad. *Un príncipe libertino, ¿por qué no puede ser tan dulce como Bram?* Siempre hay rumores nuevos sobre con quién lo han visto en los eventos sociales a los que se digna a asistir. La temporada pasada se produjo un escándalo con una criada en el jardín de lord Tremaine. Tan solo un mes más tarde, lo vieron envuelto en las cortinas del estudio del duque Cambere con la hija mediana de la familia. Justo la semana pasada, oí a mi madre murmurar algo sobre una bailarina. Y aún me arde la cara de rabia cuando pienso en cómo se comportó con Lydia durante su primera temporada. Yo no estaba allí, pero ella me lo contó todo cuando regresó a casa hecha un mar de lágrimas.

Cuando el príncipe no está manchando la reputación de alguien, está causando un alboroto por su negativa a comenzar sus estudios en Oxford, o por sus excursiones de caza con sus amigos, otros señores y segundos hijos que más bien parecen bacanales.

Emmett se vuelve hacia mí y toda la fuerza de su mirada me golpea por primera vez. Nunca lo he visto por la ciudad sin el ceño fruncido. Pero ahora no tiene ese aspecto. Sus ojos son de un tono avellana muy peculiar, enmarcados por unas pestañas oscuras y chispeantes. Así de cerca, distingo las pecas suaves de la nariz. Nunca había visto el rostro atractivo y refinado tras la mueca. Pero es atractivo. Es tan atractivo que casi me deja sin aliento.

El carruaje traquetea en la noche por las calles silenciosas de un Londres dormido. Inclino la cabeza contra el respaldo del asiento y pienso en cómo voy a limpiar la sangre del vestido sin que se enteren mi madre o las criadas.

—¿En qué piensas? —me pregunta Emmett.

—En apuñalarte —respondo con los ojos cerrados.

—Eso no es muy educado.

—Atropellarme no ha sido educado.

—Te has tropezado.

Noto un calor repentino y abro los ojos. Me encuentro a Emmett invadiendo mi espacio, mirándome con atención. Sigo con su abrigo pegado a la cabeza ensangrentada y, con cuidado, él levanta los dedos y retira los bordes del tejido de lana. Está pegajoso, medio seco, y me tira del pelo cuando lo aparta.

—Au. —Reprimo las ganas de darle un codazo.

—Deja de retorcerte. El sangrado ha disminuido —declara—. Pero deberías seguir ejerciendo presión.

Hago un saludo militar con la mano que no uso para sostener el abrigo.

Él ladea un poco la cabeza, mirándome todavía.

—¿Sabes? Eres muy bonita.

Un rubor exasperante me sube por el pecho.

—¿Intentas seducirme justo ahora? Conozco tu reputación, pero no esperaba tal descaro.

—¿Mi reputación?

—Que me vean contigo sería mi ruina.

Él entrecierra los ojos.

—No pareces la clase de chica que se preocupa por cosas como esas. —Los hombres nunca lo entienden. La muerte lenta porque te aparten de la sociedad es un destino que pocas son lo bastante fuertes para soportar.

—Tú no sabes nada del tipo de chica que soy.

—Sé que te escapas en mitad de la noche para buscar a tu

hermana.

El carruaje aminora la marcha. Descorro la cortina y veo la casa de mi familia, la piedra caliza blanca y las columnas elevadas iluminadas con lámparas de gas.

Doy un golpecito en la ventana y le pido al cochero que me deje en la parte trasera. Hay menos probabilidades de que me descubran si entro por la puerta del servicio, en el sótano.

—Gracias por la ayuda —digo al aceptar la mano del cochero y apearme del carruaje.

Emmett se asoma por la puerta con una tarjeta de visita entre los nudillos. Me la tiende.

—¿Puedo volver a verte, por favor?

—Por supuesto que no.

—Te ruego que lo consideres.

Acepto la tarjeta por costumbre y estoy ya a unos metros de distancia, cerca de la escalera trasera, cuando la voz de Emmett me llama desde la oscuridad.

—Puedes quedarte el abrigo.

Me vuelvo hacia él. Está envuelto en sombras, pero su sonrisa es visible incluso desde aquí.

—No, gracias. Ya tengo muchos propios. —Lanzo el abrigo en su dirección y le golpea directamente en el pecho. Siempre me he sentido muy orgullosa de mi puntería.

Espera hasta que he entrado para marcharse.

La chimenea está fría, nada que ver con la de la cocina de la señora Osbourne, donde los ladrillos de la chimenea siempre estaban tibios. Ya no tengo seis años. Nadie me espera para ocuparse de mis heridas, no hay una cama de hermana mayor para

colarme dentro.

Subo por la escalera trasera encalada hacia mi habitación, en la segunda planta, como si fuera un fantasma que acecha en esta casa.

Me quito el vestido manchado de sangre y estoy introduciendo los brazos por la franela cálida del camisón cuando oigo ruido abajo, en el vestíbulo.

Alguien ha llamado a la puerta. Durante un minuto, me quedo paralizada por el terror, avergonzada por la idea de que tal vez el príncipe Emmett ha regresado a buscarme.

Entonces oigo pasos. Alguien chilla.

Salgo corriendo al rellano, justo a tiempo para ver a Lydia tropezar en el pasillo de mármol, dejando a su paso huellas de barro.

# 2

## *Tres meses más tarde*



Las puertas del taller se abren de par en par a la calle y hay tanta actividad que es imposible mantenerla toda dentro. Las chicas y sus madres salen a la acera formando una multitud tan densa que tenemos que abrirnos paso a codazos.

La costurera ha tardado en descoser el dobladillo del vestido de mi hermana para que me quede bien a mí y sé muy bien que es porque no hemos gastado dinero suficiente en los últimos años para convertirnos en clientas prioritarias. Mi madre también lo sabe, pero se limita a seguir sonriendo con esa forma que tiene de apretar los labios.

Ojalá pudiera haber hecho esto cualquier otro día, cuando hubiera menos gente de la que esconderme, pero mañana es uno de mayo y no hay tiempo que perder.

Londres está alborotado. Tan solo se habla del inicio de la temporada, el momento en el que las debutantes hacen cola para hacer sus tratos con la reina.

La mayoría de los ciudadanos de Londres sellará sus pactos otro día. El salón del trono de la reina está abierto cada domingo desde

el mediodía hasta la medianoche y cualquiera que desee acordar algo con ella ha de hacerlo en ese momento. Algunos hacen sus tratos en cuanto alcanzan la mayoría de edad; otros esperan hasta bien entrada la edad adulta, cuando encuentran algo que deseen lo suficiente como para hacer un trato.

Los de las Tierras Medias aseguran que es mejor hacer el pacto el primer domingo del mes. Las chicas de Bristol siempre lo hacen calzando dos zapatos del pie izquierdo. La gente de Liverpool llega a palacio con collares fabricados con su pelo trenzado. Condados, pueblos y familias tienen sus propias supersticiones acerca de la práctica, arraigada desde hace más de cuatrocientos años.

Algunos nunca hacen tratos.

Pero en el caso de las chicas como yo, con títulos o dinero suficiente para comprar influencia de otro modo, se espera que hagamos nuestros pactos el mismo día que somos presentadas a la sociedad, que estamos oficialmente disponibles como mercancía en el mercado del matrimonio.

Nuestros tratos inteligentes para tener un cabello más brillante o unos pies más bonitos son solo otro elemento más en nuestros currículums de esposas que demuestra que somos buenas chicas. Los pactos de la rosa, se llaman. Tratos para convertirnos en preciosas, frágiles, dulces y perfectas rosas inglesas.

La presentación oficial de debutantes siempre se celebra el primer día de mayo. Es tal el espectáculo que envuelve a las chicas aristocráticas vestidas con sus mejores galas que se alinean ante la reina que se le ha llamado el Desfile del Pacto.

La campana de la tienda repiquetea cuando entramos, apenas audible con tanta charla.

Las hermanas Alton bajan la mirada cuando me acerco. La menor se vuelve tan rápido que se tropieza con la esquina de una alfombra. Nuestra vergüenza es infecciosa y nadie puede permitirse el lujo de contagiarse, y menos ahora.

En la esquina, con su madre de cara amargada, está Greer Trummer, mi antigua mejor amiga. Suelto un suspiro nervioso y tomo a mi madre del codo para que dé media vuelta y no las vea, pero es demasiado tarde.

Con una amplia sonrisa, mi madre levanta el brazo por encima de la cabeza para saludar.

—Lady Trummer, Greer, qué alegría veros aquí. —La cara me arde de vergüenza cuando todas se vuelven hacia nosotras con desdén y compasión en sus rostros.

—¿Has visto estos lazos, mamá? —Trato de redirigirla hacia un muestrario de sedas y encajes, pero es demasiado tarde.

La madre de Greer se gira, como si no nos hubiera oído. Greer me dirige una sonrisa tímida, pero ni siquiera nos devuelve el saludo.

Mi madre, sin inmutarse, cruza la tienda, empujando a una docena de personas por el camino.

—Por favor, mamá, está ocupada —protesto, pero finge que no me ha oído.

—Greer, querida, Ivy me ha dicho que estás nerviosa por lo de mañana. Vas a estar fabulosa. Espero que el paseo que disteis esta mañana las dos por el parque haya servido para calmar un poco tus nervios.

Por primera vez en meses, Greer me mira. Algo titila tras sus ojos azules cuando descubre mi mentira.

—¿El paseo por el parque? —Está confundida. Claro que lo está.

Llevo meses mintiendo, saliendo sola a los establos o dando vueltas por el vecindario con la capa bien ajustada, cualquier excusa para escapar de la tristeza asfixiante de nuestra casa. Le he estado diciendo a mi madre que estaba con Greer, como si ella fuera mejor que el resto. Ella me dio de lado a la primera señal de escándalo, como todos los demás.

Me rodeo el cuerpo con los brazos, preparada para que Greer me delate. Parpadea varias veces y después se vuelve hacia mi madre.

—Ah, sí, el paseo por el parque. Gracias, lady Benton —dice con tono tranquilo—. Ivy es muy buena amiga, siempre dispuesta a ofrecer una palabra de aliento. —Se vuelve hacia mí. Antes éramos capaces de comunicarnos sin palabras, tan solo con una mirada, pero no sé qué es lo que siente ahora. El vínculo entre nosotras se ha roto—. Y ahora, si me disculpáis, he oído a mi madre llamarme. —Su madre no la está llamando, pero nadie dice nada.

Exhalo un suspiro de alivio cuando se marcha.

La costurera me hace un gesto para que me acerque y subo al pedestal que hay delante del espejo de tres hojas para que realice los últimos ajustes de mi vestido. Finjo no oír los susurros de las otras madres e hijas de la tienda.

—Seguro que no espera recibir ninguna invitación esta temporada.

Cuando la costurera ha terminado, mi madre se dirige al mostrador y paga con un fajo de billetes. Me siento culpable al mirarlo.

Regresamos a casa sin mencionar las murmuraciones que las dos hemos oído, como si al negarnos a reconocer la desgracia de nuestra familia pudiéramos conseguir que no fuera verdad.

Lydia tuvo su presentación en sociedad e hizo su trato con la reina hace dos primaveras.

Ese día volvió con su vestido blanco y una mirada confusa en la cara. No recordaba lo que había sucedido en el salón del trono. Debió de intercambiar el recuerdo por lo que fuera que la reina le concediera, pero en dos años no habíamos sido capaces de averiguar cuál había sido el regalo.

Su belleza permanecía igual, no tenía ningún talento ni habilidad repentina, solo una memoria de pez y un fracaso de temporada que había concluido sin ninguna proposición.

La ausencia de matrimonio y su trato secreto fueron una vergüenza, una desgracia para su familia. Mi madre se ha pasado buena parte de los últimos dos años afirmando que yo era la única esperanza de la familia Benton, aunque mis escasas posibilidades de encontrar un matrimonio se esfumaron cuando estalló el escándalo de la desaparición de Lydia.

La noticia de su desaparición llegó a los salones de mármol de la sociedad londinense antes de que el sol hubiera salido por completo. Todas las damas con título del vecindario estaban en la puerta de casa esa misma mañana con cestas llenas de pastas y miradas de preocupación. Habían advertido el olor a chisme.

Y esas mismas damas difundieron la noticia del vergonzoso regreso de Lydia como si fueran pastelitos en una merienda. La gracia de la honra es ver a alguien perderla.

Al entrar en el vestíbulo de nuestra casa, no puedo evitar pensar en la noche en que volvió. A veces siento que nunca he abandonado aquel momento.

Fue el oficial quien trajo a Lydia a casa cubierta de mugre. La arrastró del codo por la puerta, con una mueca de desprecio.

—Pensaba que esta era una familia respetable.

Yo estaba ya en lo alto de las escaleras cuando la señora Tuttle gritó a la casa entera que Lydia había regresado. Mamá chilló al salir de su habitación envuelta en una bata y mi padre la sujetó cuando sus rodillas cedieron en las escaleras. Yo los adelanté y bajé hacia mi hermana. Mi querida hermana mayor, por quien había llorado, temido y escapado de casa para buscarla.

Tomé su cara entre las manos y noté su piel fría y sudada, como si la tuviera cubierta del rocío de la mañana. Lydia tan solo miraba, en silencio, quieta, como si no estuviera allí, como si fuera un fantasma.

Y entonces se derrumbó en mis brazos.

Papá y la señora Tuttle la subieron a su dormitorio, pero fui yo quien la bañó, le puso un camisón limpio y la metió en la cama.

Fui yo la primera en darse cuenta de que tenía las plantas de los pies ensangrentadas, como si hubiera perdido los zapatos mucho tiempo antes.

Y fui yo a quien dijo sus primeras palabras después de su regreso.

Estuvo perdiendo y recuperando la consciencia, con los labios pálidos, y entonces se despertó durante un preciado instante. Sus ojos se encontraron con los míos, como si al fin hubiera regresado a su cuerpo.

—No ha valido la pena —musitó.

—¿El qué? —le pregunté.

La vela de su mesita de noche titiló.

—El trato. —Tenía los ojos muy abiertos, me imploraba que la escuchara—. No ha valido la pena.

Durmió durante tres días y yo me quedé vigilante junto a su cama. El alivio por su regreso y el terror por el estado en el que se encontraba se entremezclaban formando una emoción a la que aún

no puedo dar nombre.

Cuando se despertó tras su largo sueño, floreció en mí la esperanza de que volvería a ser ella misma, que tendría una explicación posible para su desaparición. Pero todo cuanto ofreció fue una historia brevísima en la que huía con un amante, un impresor de la clase obrera. Contó que habían planeado fugarse, pero que los abordaron en el camino y que asesinaron a su novio. Perdida y sola, por fin halló el camino de vuelta a Londres.

Le aparté el flequillo, que tenía pegado a la frente sudada.

—¿Por qué me mientes? Nosotras no nos mentimos. La una a la otra no.

Se quedó mirando la pared con la vista perdida y algo murió dentro de mí.

Mamá y papá difundieron con tristeza la explicación de Lydia. Ninguno de nosotros la creyó y no se trataba exactamente de una historia aceptable, pero era menos sórdida que nada.

Sin embargo, las malas lenguas de Londres tienen mucho tiempo libre y no tardaron en descubrir que en Gretna Green no se había presentado un acta matrimonial para ninguna Lydia Benton.

Tan solo me habían invitado al Desfile del Pacto como cortesía por el título de mi padre como marqués. Pero por mucho que mi madre lo niegue, sé que no habrá más invitaciones durante el resto de la temporada. Mi presentación en sociedad terminará nada más empezar.

Corro arriba para cambiarme para la cena y dudo al pasar por la habitación de mi hermana. Ahora ya sé que no debo, pero no puedo evitar girar el pomo de la puerta y entrar.

Lydia se pasa la mayoría de los días encerrada en la oscuridad de

su dormitorio… «recuperándose», dicen. Pierde el tiempo comiendo fruta cortada que le traen en bandejas de plata cuando toca la campanita. Es lo único que quiere. Devora naranjas enteras y cubos de piñas y sandías de invernadero como si estuviera famélica y ninguna otra cosa la saciara.

Oí a la ama de llaves, la señora Tuttle, quejarse al cocinero, el señor Froburg, de que tanto mimo por parte de nuestros padres nos había vuelto débiles. Ni siquiera fui capaz de enfadarme, tenía razón. Yo era demasiado débil. Hasta el mismo momento en que desapareció mi hermana, creía de veras que el mundo era un lugar amable que quería cosas buenas para mí.

Las cortinas de la habitación de Lydia están corridas y mi hermana no es más que un bulto, su pelo rubio apenas visible bajo la colcha.

Me siento en el borde de la cama y poso una mano en su espalda.

—Lydia, el Desfile del Pacto es mañana. —No se da la vuelta para mirarme, pero, por el subir y bajar de sus hombros, sé que está despierta.

Exhala un suspiro.

—¿Eh?

—¿Vas a peinarme como solías hacer? ¿Te acuerdas de cuando usaste el collar de mamá para…?

Se da la vuelta al fin y me interrumpe.

—Me temo que no voy a acordarme. Es mejor que lo haga la señora Tuttle.

Se pasa la mano por el rostro tormentoso. No sé si acaba de llorar o se está preparando para empezar, pero tiene los ojos rojos.

—Cierra la puerta al salir, por favor.

La dejo en la oscuridad.

No sé por qué sigo dándole oportunidades para que me rompa el corazón.

Ha arruinado mis posibilidades de encontrar marido. Ninguna familia con una buena posición dejaría que su hijo se rebajara a casarse con una Benton. No hay dote y ahora tampoco honor.

La verdad es que la odio más que a nadie en el mundo. La rabia arde fiera en las paredes de mi pecho y tengo que contener las ganas de abrir de nuevo la puerta y sacudirla hasta que me dé una explicación. Pero cuando llego a la puerta de mi dormitorio, ya la echo de menos. Simplemente la añoro.

Quiero a Lydia más que a nadie en el mundo también.

Es fácil quererla cuando no la tengo delante. Me gusta mucho más cuando no la tengo a mi lado.

Mi padre se va a la cama justo después de la cena, incapaz de soportar los golpecitos nerviosos de mis pies en el suelo y la alegría forzada de mi madre.

Solo estamos mamá y yo en el salón. Fuera, Belgrave Square está a oscuras y en silencio. Dentro hay un coro de sonidos que conozco bien: el tictac del reloj de mi abuelo, el chisporroteo del fuego y el raspado incesante del bolígrafo de mi madre.

Hace esto desde antes de que yo naciera: volcar cada pensamiento que ha tenido durante el día en un diario. Hay montones de cuadernos desperdigados por la casa, amontonados en estanterías y pilas tambaleantes junto a sillones raídos.

Yo estoy ocupándome de mi correspondencia. Le debo una carta a Ethel. A sus ochenta y tantos años, apenas sale de su casa, en Bradford, pero llevo años escribiéndome con ella para hablar de nuestro interés común: las hadas. Tenía doce años cuando Lydia y

Greer me dijeron que solo los niños pequeños estaban tan obsesionados con la magia y que tan solo la clase baja veneraba a la reina, por lo que ya no querían hablar más conmigo sobre los Otros.

Tenían razón, al menos en parte. Tan solo los plebeyos, muy lejos de los condados de origen, se ponían orejas puntiagudas falsas y celebraban el Día de la Reina, que conmemoraba el día que llegó la reina Mor a Inglaterra. Ellos son los que pusieron su cara en las antiguas capillas y construyeron monumentos en su nombre. Que a una joven con una posición como la mía, con título, le interesaran las hadas no estaba bien considerado.

A la nobleza de Londres le gusta pensar que somos algo parecido a sus iguales, aunque, por supuesto, no lo somos. Creo que ella nos deja conservar las tradiciones de una Inglaterra que fue gobernada en el pasado por humanos, como el desfile de debutantes, para concedernos la ilusión de que seguimos poseyendo algo de poder. Una reina inmortal que deja que la alta sociedad inglesa tenga sus rituales, como un progenitor indulgente que le da un juguete a un hijo que está llorando.

Este es el tipo de pensamientos que le escribo a Ethel. Cuando Lydia y Greer me rechazaron, lo único que me quedó fueron las cartas secretas con la vecina de la tía abuela de mi padre. Ya no nos escribimos con tanta frecuencia, pero me gusta saber que está bien. Fue a la única persona a quien le conté mi teoría de que Lydia se había caído por una puerta de hadas. Sabía que ella era la única persona en la tierra que no se reiría de mí.

—¿Qué piensas que pedirán las jóvenes este año? —me pregunta mamá con tono despreocupado, como si se le acabara de ocurrir, pero lleva una hora mirándome nerviosa por encima de su cuaderno

—. La hija de los Ito tiene una cara muy bonita y más dinero del que pueda gastar. A lo mejor pide tocar mejor el pianoforte. No causó una gran impresión en el concierto del solsticio de verano del año pasado.

—Umm. —Asiento sin mucho interés y doy un sorbo al té.

—Greer seguramente pida unos cuantos centímetros de altura, eso nunca cuesta mucho. ¿Conoces a la duquesa de Gloucester? Se presentó en mi año. Pidió siete centímetros y medio, todo en las piernas. Le costaron los dos pulgares de los pies, pero ganó un duque.

Mi madre se pasa el pulgar por el meñique izquierdo, que termina de forma abrupta en la segunda articulación. Lo intercambió por una mejor memoria. Tenía mucho miedo a olvidarse de los nombres y las caras durante los bailes de su temporada y ganarse una reputación de maleducada. Ahora lo recuerda absolutamente todo. Mi padre dice que su forma de recordar los diminutos detalles de sus conversaciones pasadas es lo que le enamoró de ella. Lo hacía sentir valorado.

Mi madre se acuerda de todos los que estuvieron en su temporada, podría recitar sus nombres, títulos y direcciones como si fuera una enciclopedia, pero esa gente ya no habla con ella. La han olvidado de una manera en que ella nunca podrá hacer. Por eso escribe los diarios. Espera que volcar todo lo que hay en su cerebro sobrecargado en las páginas le ofrezca algo similar a la paz. Yo no tengo claro que eso vaya a ayudar.

Da otro pequeño sorbo al oporto y chasquea la lengua. No me gusta cómo me mira. A veces, me da miedo que vea más allá, cómo si yo estuviera hecha de cristal, que vea todo lo que le estoy

ocultando. Ese es el problema de una madre que lo recuerda absolutamente todo: que es casi imposible mentirle.

—Ya sabes que, como tu madre, me pareces perfecta, pero ¿has decidido ya qué trato vas a hacer?

Esta es nuestra danza. He aprendido los pasos con la diligencia con la que practicaba la cuadrilla en la clase de baile, dando vueltas alrededor del tema de Lydia, de su falta de esposo, del trato que no es capaz de recordar.

Yo nunca debería de haberme visto en esta posición. Siempre fue asunto de Lydia. Mi madre solía bromear sobre que éramos la heredera y la sobrante. Lydia era la gran esperanza de la familia Benton. Su matrimonio ventajoso era un desenlace inevitable. Mi único trabajo era mantenerme fuera de su camino y dejar de romperme los vestidos cuando me raspaba las rodillas.

—Aún no. —Bostezo de forma exagerada para preparar mi huida a la cama.

Pero mi madre sigue mirándome.

—Creo que te vendría bien un pelo más liso, o un talento perspicaz, como la acuarela o el chelo.

—Eh… tal vez. —Este pequeño numerito que representamos me pone muy triste y tengo que parpadear para contener las lágrimas. Ella debe de saberlo tan bien como yo: podría ser la mejor acuarelista de la tierra, pero que eso no me ayudaría a recibir ofertas esta temporada.

—Piensa en ello, ¿de acuerdo? No te queda mucho tiempo y no hay nada peor que una decisión impulsiva.

Me levanto del diván de seda y cruzo la habitación para darle un beso en la cabeza.

—Claro, mamá.

—¿Querida?

Me detengo en la puerta.

—Esta familia no puede permitirse otro fracaso. Vamos… —Traga saliva con dificultad—. Vamos a perder la casa en los próximos doce meses a menos que cambie algo.

Me quedo paralizada. Sabía que las cosas iban mal, pero no sabía que nuestras finanzas fueran tan funestas.

No dejo que las lágrimas caigan hasta que estoy en la habitación. Las ascuas del fuego brillan en la chimenea, proyectando sombras largas y oscuras en mi dormitorio. Miro la invitación al Desfile del Pacto en la mesita de noche; sus letras doradas danzan a la luz del fuego en el grueso pergamino de color azul turquesa.

Anoto las palabras que planeo decir a la reina una última vez para asegurarme de que se me quedan grabadas en la mente y después alimento el fuego con el papel.

Aunque duermo de forma intermitente durante la noche, me despierto con el trino de los pájaros. Me doy la vuelta y contemplo el cielo azul despejado de una mañana primaveral en Londres. Me produce una sensación particular, una que reposa en las articulaciones de mis tobillos, saber que hoy toda mi vida cambiará.

Las palabras de Lydia resuenan en mi cabeza. «No ha valido la pena. El trato no ha valido la pena».

Yo no soy mi hermana.

Me aseguraré de que mi trato sí valga la pena.

Cuando alguien hace un pacto con hadas, ha de estar preparado para pagar el precio. Hay algo positivo en esto: yo no tengo nada que perder.

# 3



Mi madre y la señora Tuttle me ponen el vestido que llevó mi hermana en el Desfile del Pacto, una prenda de gasa de lunares suizos y un corpiño bordado con flores silvestres inglesas, hilo blanco sobre tela blanca. Lo han arreglado para que me sirva, pero sigo con la sensación de que llevo un disfraz de Lydia Benton.

Me siento en una pequeña banqueta delante del tocador y los dedos fríos de mi madre me recogen el cabello formando un nido de trenzas en la nuca. La señora Tuttle la ayuda a clavar en mi pelo rosas blancas recién arrancadas del jardín. El efecto es hermoso, pero no es rival para las tiaras y bandas con incrustaciones de diamantes que llevarán otras chicas. Mi padre me dice que no me preocupe por asuntos de dinero, pero ¿cómo no voy a hacerlo cuando lo he oído discutir durante todo el día con sus asesores en el estudio?

¿Cómo podría haber sabido él que la tierra por la que hizo un pacto la primavera en que cumplió dieciocho años había sido tan explotada que era ahora estéril? Estaba convencido de que era muy fértil cuando los arrendatarios de su padre cultivaban el campo de justo al lado, pero renunció a sus recuerdos de la infancia a cambio

de la parcela, por lo que no estaba del todo seguro. Los agricultores arrendatarios hicieron las maletas y se marcharon en busca de pastos más verdes.

Otros habrían recurrido a amigos en busca de consejo, pero la ausencia de recuerdos de la infancia de papá le hizo tener dificultades para relacionarse con otros hombres nobles. No recuerda las historias de la escuela ni las victorias de *rugby* de su juventud. Hay en él un vacío que otros parecen capaces de sentir.

Ha intentado llenar esos años con libros y filosofía. Hemos pasado las cenas familiares debatiendo asuntos de política y a Platón, pero tan solo ha servido para que nos sintamos todos un poco incómodos.

—¿Qué vas a pedir? —pregunta una última vez mi madre mientras me coloca en el cuello las perlas de su madre.

Odio mentirle.

—Pediré lo que pediste tú, mamá. Tener mejor memoria. Conoceré a alguien tan bien que no tendrá más remedio que entender que seré la mejor esposa para él.

Las manos de mi madre se detienen y se pasa el pulgar por la protuberancia del meñique. Ya no me mira en el espejo, sus ojos están en otro lugar, muy lejos.

—Es una idea bonita, cariño.

—¿Entonces por qué pareces tan triste? —Sonrío al decirlo, pero a mí también me duele el corazón.

—Solo ten cuidado. —Sacude la cabeza y sigue arreglando las flores que tengo clavadas en la cabeza—. Recordar es pesado. Dura demasiado.

Mi vestido tiene un amplio escote en uve decorado con un volante

que continúa por las mangas y llega hasta los codos. El corpiño termina en un punto de mi cintura y la falda es muy amplia.

—Estás perfecta —susurra mi madre.

Me parezco a Lydia. Nuestro pelo rizado y castaño claro y los ojos marrones son los mismos. Lydia tiene una cara más afilada, como si mis rasgos estuvieran más definidos en su rostro. Mis mejillas son más redondeadas, los ojos un poco más suaves en las esquinas.

Mi hermana lleva todo el día en su dormitorio. Llamé a la puerta para pedirle una vez más que me arreglara el pelo y tuve que fingir que no me importaba cuando me dijo que no.

Asomo los pies descalzos por debajo del vestido.

—Las zapatillas a juego, mamá. No las he visto en la caja del taller de costura.

Mi madre baja la mirada a la alfombra y su rostro adquiere el mismo tono rojo del tomate que tan a menudo veo en mí misma.

—Debe haberse olvidado. Puedes ponerte los de tu hermana.

Soy capaz de leer bastante bien entre líneas. No nos hemos podido permitir un vestido nuevo ni tampoco unas zapatillas nuevas.

He sentido tanta vergüenza en los últimos meses que este golpe en particular me ha quitado el dolor. Solo estoy enfadada.

La señora Tuttle cruza la puerta un momento después con las zapatillas blancas de seda de Lydia colgando de los dedos.

—Aquí tienes, querida —me dice con tono triste—. ¿Necesitas ayuda para ponértelas?

—No, gracias. —Sonrío.

Cierra la puerta al salir y hago una mueca. Lydia tiene los pies más pequeños que yo desde que éramos niñas. En una ocasión especialmente humillante, cuando yo tenía once años, un zapatero

me dijo que mi cuerpo tenía la forma de la letra ele.

Intento apretar los dedos en las delicadas zapatillas de seda, pero me aprietan por todas partes. Doy dos pasos y se me sale el talón izquierdo. El día ya va a ser lo bastante complicado sin tener que ir cojeando por todo el palacio.

Escondo las zapatillas de Lydia debajo de un sombrero en mi armario y me pongo medias y mis botas desgastadas y cómodas. Apenas se ven bajo las capas del vestido y nadie va a mirarme hoy lo suficiente como para darse cuenta.

Estoy ajustando los últimos lazos cuando la voz de mi madre me llama desde abajo.

—Ivy, ¡no podemos llegar tarde!

—¡Voy!

Rezando por que no vea mi elección de calzado, bajo corriendo las escaleras.

El carruaje sale a las once en punto y mi madre y yo avanzamos por la ciudad hasta el Palacio de Kensington.

Hace un día perfecto y verde de primavera después de un invierno gris inglés. Los narcisos amarillos salpican el camino. Los jardines de las casas más refinadas de la sociedad acaban de cobrar vida. Los maceteros de las ventanas estallan en tonos rosados y caen cascadas de jacintos violetas de los aleros de las casas por las que pasamos.

Nos sumamos a la fila de carruajes que hay a la entrada del palacio y un verdadero ejército de lacayos sale de las puertas, preparados para recibirnos.

Hoy, todas las debutantes visten de blanco, como exige la tradición para el Desfile del Pacto: blanco para reflejar el vestido que llevó la

reina Mor cuando apareció en el enardecido campo de batalla del rey Eduardo iv.

Veo a todas mis antiguas amigas entre la multitud, y también a sus madres y acompañantes. Se remueven ligeramente cuando nos acercamos para darnos la espalda.

Lady Marion Thorne ahoga un leve jadeo cuando paso por su lado y susurra a su madre:

—Pensaba que no estaba invitada.

Es normal, yo tampoco creía que fueran a invitarme.

A mi lado, mi madre se pone rígida y regresa la culpa. Ella pertenecía a este mundo mucho antes de que yo estuviera viva siquiera y la han expulsado, como si no fueran antaño todas muchachas, abrazadas y riendo nerviosas en estos mismos escalones.

—Ivy, pon buena cara —sisea y me doy cuenta de que tengo el ceño fruncido.

Aguardamos en una extraña fila exterior a que abran las puertas del palacio. Es tradición que las chicas entren solas en el salón del trono de la reina. Sin embargo, cuando llega el momento, los lacayos abren las puertas dobles que dan al vestíbulo del palacio y nos hacen señas con las manos enguantadas para que entremos en grupo.

El Palacio de Kensington es la residencia principal de la familia real, pero poseen palacios más grandes, como Buckingham y Eltham, para los eventos oficiales. Es un acto íntimo que te inviten aquí, al hogar de la reina. Nunca he entrado, tan solo en la verja varias veces al año cuando era niña, para entregar mis dientes de leche, pero todo el mundo sabe que se los dejas a los guardias. Ella nunca

sale a recibirlos.

Mis botas repiquetean en el suelo pulido de mármol de cuadros negros y blancos cuando entramos al salón principal. Hay rumores a mi alrededor, pero estoy demasiado ocupada admirando el esplendor del palacio como para preocuparme. El techo se eleva cuatro pisos y, en medio de la impresionante entrada, hay un roble de cientos de años de antigüedad con las raíces entrelazadas con los mismos cimientos de este palacio. Sus ramas se alzan por encima de nosotras, las hojas verdes rozan los cristales con forma de panal del techo. Las paredes están cubiertas de exuberantes murales de color esmeralda y oro, escenas del Otro Mundo, donde creció la reina Mor, un lugar que ningún humano ha pisado nunca.

Como si fuéramos ovejas de un rebaño, seguimos al criado que nos conduce escaleras arriba, hacia el salón del trono. Deslizo los dedos enguantados por el pasamanos de latón, que está diseñado de forma que parezcan enredaderas que se retuercen y suben.

Los lacayos abren las puertas del salón del trono y nos hacen señales para que entremos juntas. Mi madre me dirige una mirada interrogante y más murmullos de preocupación recorren a la multitud. Deberíamos de entrar una a una, no todas juntas.

El amplio salón del trono tiene la extensión de un barrio de la ciudad. Mis botas se hunden en la alfombra de color azul medianoche, rematada con hilos dorados que forman constelaciones. El techo tiene pintado un mural con tonos rosas y lilas. Las paredes están cubiertas de molduras doradas, rodeadas de más pinturas de diosas cazando en bosques exuberantes, pisando las flores a su paso con pies descalzos.

Y en el fondo de la habitación está ella. Todas hemos aprendido

las historias en la escuela: cómo la reina Mor salvó a toda Inglaterra, cómo dio lugar al periodo más largo de paz para cualquier nación en toda la historia, cómo ha mantenido su pequeña isla a salvo y ha logrado que prospere durante más de cuatro siglos ya.

Verla en persona me parece sumamente surrealista. Ningún retrato podría hacerle justicia. Está tranquilamente recostada en su trono, que es una obra de arte en sí mismo: un inmenso ramo de orquídeas con forma de silla hecha de oro y con un arcoíris de gemas.

Tiene el pelo oscuro recogido en una corona de trenzas y encima lleva una corona de diamantes y turquesas tan grandes como huevos de gallina. Su vestido es del mismo color azul que las joyas; la seda radiante se abre en sus muñecas. Pero es su rostro lo que no puedo dejar de mirar.

Se dice que no ha envejecido ni un solo día desde que apareció en el campo de batalla del rey Eduardo, que ella existe fuera de los límites del tiempo. Su piel inmortal está intacta de manchas y arrugas. Podría ser ella misma una debutante si no fuera por sus ojos ancianos y afilados.

Pienso en mi hermana, en casa, en su cama, en las desgracias de mi padre, en el dedo que le falta a mi madre. Un odio ardiente se acumula en mi vientre tan solo de verla.

—Bienvenidas —nos saluda. Su voz es fría, pero llena con facilidad el espacio cavernoso. Puedo sentir los nervios que irradian las chicas que están de pie a mi lado cuando todas hacemos la reverencia que llevamos toda la vida practicando.

Cruzo la pierna izquierda por detrás de la derecha y flexiono las rodillas casi noventa grados. Mantengo la mirada fija en un punto a unos metros delante de mí, una estrella dorada tejida en la

alfombra, para no tambalearme, justo como me enseñó mi madre.

Pasa algo en el lado izquierdo del salón. Un grito ahogado. Un golpe. Opal Fitzherbert sale corriendo de la habitación, cojeando levemente, con su madre detrás.

La pobre ha debido de tropezar haciendo la reverencia. La gente pensaba que le iría bien esta temporada, que conseguiría a un barón o a alguien mejor, pero la noticia de una humillación pública como esta se difundirá rápido. Ahora tendrá suerte si encuentra a un segundo hijo.

El ambiente está cargado de tensión. La reina Mor nos observa, aburrida con todas nosotras, sospecho. ¿Cómo no iba a estarlo después de cuatrocientos años?

—Estoy convencida de que os estáis preguntando por el motivo de esta ruptura del protocolo —comienza—. Os aseguro que comenzaréis con el Desfile del Pacto pronto, pero primero debo pediros que me permitáis esta indulgencia.

Tras un momento agonizante de silencio, una puerta oculta, pintada de forma que queda integrada en los ricos murales, se abre al lado del trono.

Toda la habitación resuella cuando entra el príncipe Bram y se coloca al lado de su madre. Accede a la sala como si viniera de dar un paseo por el bosque.

Al igual que su madre, tiene una belleza sobrehumana. Hombros anchos, sonrisa amplia y una melena castaña y ondulada salpicada de mechones dorados suavizados por la luz del sol. Sus ojos grises brillan como el acero, pero hay algo en él que le hace más tangible que su madre, como si fuera de este mundo y no flotara sobre él. Tal vez sea el hoyuelo bajo la mejilla izquierda y la ausencia de otro

igual en la derecha.

Nos saluda con una sonrisa amable.

—Parece que llego justo a tiempo.

A mi lado, la madre de Olive Lisonbee la agarra por el codo cuando la chica se queda extasiada al verlo y se le tambalean las piernas.

No me extraña. Son las personas más hermosas que he visto nunca.

«Personas». Mi mente se atasca en la palabra como si fuera un hilo suelto. El príncipe Bram y la reina Mor no son personas. No de verdad, no como nosotras.

La reina Mor carraspea y todo el salón presta atención.

—No es mi intención hacer perder el tiempo a nadie. Os he reunido a todas aquí hoy para el feliz anuncio de una madre que ama profundamente a su hijo. —Se yergue en el trono y dirige una mirada afectuosa a Bram—. Esta será la temporada en que mi hijo, Su Alteza Real Bram, príncipe de Gales, elija a una esposa.

# 4



El salón estalla.

Se produce un coro de gritos y exclamaciones mientras todas intentan contenerse.

La madre de Olive Lisonbee no logra sujetarla cuando se cae esta vez y su cabeza rebota en la punta de mi bota al derrumbarse en el suelo, inconsciente.

Bram tiene solo dieciocho años, una corta edad para que se case un príncipe. Nadie se lo esperaba.

Dejó a toda Inglaterra impactada cuando llegó del Otro Mundo a la corte hace cuatro años, con solo catorce. Nadie sabía que la reina tenía un hijo. Un día llegó con un precioso abrigo de terciopelo verde y una sonrisa tan ancha que se ganó el cariño de toda la corte en menos de una semana.

Los detalles que conocemos del Otro Mundo son mínimos, pero sí sabemos que el tiempo funciona de otra manera para los inmortales que viven allí. Lo que aquí han sido cuatrocientos años han sido tan solo diez para Bram.

Su presencia en la corte durante los últimos años parece haber derretido parte del hielo de su madre. La reina esboza a veces una sonrisa y sus pactos se han vuelto ligeramente menos sangrientos.

Bram encaja tan bien en la corte que la mayoría de las personas han olvidado que no creció en un palacio. Los documentos están llenos de brillantes informes de sus estudios, sus actos heroicos, su buen aspecto. El país entero está medio enamorado de él.

Casarse con él supondría conseguir mejor matrimonio que ninguna otra joven en la historia de Inglaterra. No solo sería sinónimo de un título, influencia, dinero y seguridad, sino de toda esa eternidad. Bram y Mor son inmortales. No se trata solo de nosotras, sino de todas las generaciones que vendrán.

La voz fría de la reina Mor se alza en la cacofonía.

—Calma.

Olive se despierta, la levanto y se la paso a su madre. Todo el mundo chista, pero el sonido de respiraciones entrecortadas resuena en la habitación cavernosa.

Bram se tose en la mano, como si tratara de ocultar una risa.

La reina Mor ha tenido un príncipe consorte humano desde que es reina, pero han pasado décadas desde la última boda real. Sus reyes envejecen mientras ella permanece joven y hermosa, atrapada en ámbar para siempre. Cuando ellos mueren, la reina espera unos meses y entonces encuentra a otro joven para casarse con él.

Algunos se preguntan si su pacto original con el rey Eduardo iv requiere que tome a un cónyuge humano, una elección inteligente del término «rey», pero nadie puede saberlo con seguridad. Me pregunto si se sentirá sola. Los castillos son grandes, con corrientes de aire, y la eternidad es una medida de tiempo muy larga para estar sola.

Su actual esposo, el príncipe consorte Edgar, el padre del príncipe Emmett, tiene cuarenta y muchos y una reputación de hombre

amable y sociable, pero no acompaña a la reina en ningún asunto oficial. Está claro que ella es la gobernante y él, su compañero.

Durante un segundo, la reina clava los ojos en mí. Aparto la mirada, impactada, pero cuando vuelvo a mirarla ya la ha desviado ella.

—Os pido decoro mientras prosigo —declara, pero tiene la boca torcida como la de su hijo y tengo la sensación de que ambos encuentran todo este circo muy entretenido.

»Para asegurar un cortejo entregado y justo durante la temporada, cualquier joven que desee ser considerada como posible esposa ha de cumplir la siguiente regla: si no sois elegidas, nunca tomaréis otro esposo. Viviréis el resto de vuestros días como solteronas. Estos son los términos.

Se alza un griterío entre la gente. Hijas confundidas, madres indignadas, gritos de «¿por qué?» y «no le hará esto a nuestras jóvenes, ¿verdad?».

No puedo contener la risa.

—¿Qué diablos te pasa? —sisea mi madre.

Me limpio las lágrimas, pero soy incapaz de pronunciar palabra. Es todo tan absurdo, estar aquí, en este impresionante salón, vestida tan elegante, viendo a todas entrar en pánico por un futuro tan terrible como para gritar a la reina, pero es un futuro al que ya me han condenado a mí.

Cuando me vuelvo para mirar al estrado, Bram me está mirando directamente a mí con la cabeza ligeramente ladeada.

La reina Mor se levanta y el salón se queda en silencio. Es alta, pero no de forma sobrehumana. Se mueve de un modo que hace que la mires, como si caminara sobre el agua.

—Cuando yo tomo un esposo, mis pretendientes aceptan este mismo contrato. Lo marca el protocolo.

Por supuesto, los hombres que no encuentran esposas siguen teniendo opciones y libertad económica y social. Nosotras, las pobres chicas, no tendremos nada.

—Podéis elegir no aceptar estas reglas —concluye—. Sois bienvenidas a comenzar la temporada como de costumbre.

La reina hace un gesto perezoso con la mano izquierda, llena de anillos, y un lacayo avanza con un pergamino del tamaño de su torso debajo del brazo. Otro sirviente se acerca desde la derecha y coloca una delicada mesa para desenrollarlo. Un tercer hombre deja una pluma, una daga de plata y un tintero de cristal vacío en la esquina de la mesa.

—Cualquier joven que quiera ser considerada ha de firmar ahora el contrato. Tenéis diez minutos para tomar una decisión, después volveremos al asunto en cuestión. Todas haréis vuestros tratos.

La reina toma asiento y dirige una mirada a Bram, cuyo rostro es ilegible, pero cuyos ojos… juraría que siguen fijos en mí.

El salón se llena de voces, madres e hijas ideando estrategias. En esta guerra para la que nos han criado, esta es la batalla definitiva.

Me vuelvo hacia mi madre. Parece más joven que sus cuarenta y nueve años; tiene los ojos azules claros y el pelo rubio apenas salpicado de blanco. Quiero darle un abrazo, decirle que todo va a ir bien. En muchos sentidos, me siento la madre de nuestra relación, siempre animándola, simulando que no hay de qué preocuparse. Ella abre la boca para hablar, pero yo ya he tomado una decisión.

Tengo un plan para hoy. Lo he repetido un millón de veces en mi cabeza. No estaba preparada para esto, pero sé lo que debo hacer.

Doy un paso al frente.

—¡Ivy! —me llama mi madre—. Querida, ¡piénsatelo, por favor!

Pero ya lo he hecho. Al presentarme como pretendienta, tendrán que invitarme a los eventos de esta temporada. Podría conseguir que mi familia recuperase su buena posición en sociedad, mi madre podría volver a relacionarse con sus amigas, mi padre podría reunirse nuevamente con sus socios de negocios, salvar la casa y tal vez Lydia dejaría de estar tan triste.

Me acuerdo de cuando tenía seis años y dejé su colgante en la base del nudoso árbol palo fierro. Recuerdo mi cara presionada en el cristal y la sombra que juré ver moviéndose por el bosque. Soñé con esa figura durante años. En mi cabeza, era un príncipe que venía a rescatarme de la monotonía de mi vida. Esa voz en el fondo de mi cabeza es silenciosa mientras susurra el deseo que pedí aquella noche, un deseo infantil: «Tal vez, si eres lo bastante especial, uno de Ellos te amará».

—Todo va a ir bien —susurro a mi madre. Tal vez esté mintiendo, o tal vez no. Pero esta es la primera oportunidad que se me presenta de juntar incluso los fragmentos más diminutos de nuestra vida y no voy a desperdiciarla.

Se hace un silencio cuando salgo de entre la multitud y me acerco a la mesa.

La reina me mira desde el trono.

—¿Deseas ser considerada?

Me veo como a través de un catalejo, como si mirara a través del tiempo, golpeada por la certeza de que mi yo del futuro mirará atrás, a este momento, y verá mi vida dividirse entre un antes y un después.

Cuadro los hombros.

—Me presento como pretendienta del príncipe.

—Muy bien. —Le hace un gesto a un lacayo, que toma la daga de plata con su mano blanca enguantada y me la pasa a mí.

La empuñadura está fría entre mis dedos.

—Firmarás ahora el contrato. —Se detiene para estudiarme.

Bajo la mirada al tintero vacío y… *oh.*

Tal vez sería mejor fingir horror, mostrarme débil o infantil delante del príncipe, pero tan solo quiero acabar con esto.

Me acerco el tintero de cristal.

Levanto entonces la daga y me hago un corte en el centro de la palma. Cierro con fuerza los ojos y hago una mueca cuando la hoja me perfora la piel.

El corazón me resuena en los oídos. Tengo los nervios a flor de piel y al principio no siento nada.

Brotan unas gotas de sangre, pero el corte no es lo bastante profundo. Vuelvo a cortar, más despacio, con más presión esta vez.

Hundir el cuchillo en la piel es muy desagradable, pero no bajo la mirada. Me detengo solo cuando siento que mana el líquido caliente. Coloco el tintero en la base de mi muñeca y dejo que la sangre caiga dentro.

Cuando está lo bastante lleno para meter la pluma, lo aparto. Debería levantar la mano para detener la hemorragia, pero no quiero mancharme el vestido, así que apoyo la palma ensangrentada en la mesa brillante de caoba.

A continuación, hundo la pluma en mi propia sangre y la bajo al pergamino. La habitación guarda silencio. Tan solo oigo el sonido del raspado de la pluma y de mi propia respiración agitada. Con rojo

escarlata, anoto:

«Ivy Elizabeth Benton».

Miro a la reina.

Ella sonríe y hay algo horrible en la mueca de su boca.

—Te deseo mucha suerte, lady Ivy.

# 5



La sangre de mi mano cae en los bordes del pergamino y gotea por las patas de la mesa.

Doy media vuelta para regresar con mi madre, pero Bram baja los escalones del estrado, detrás de mí. Se mete la mano en el bolsillo del pecho y saca un pañuelo de seda de color azul medianoche. Con un movimiento rápido, me rodea la muñeca con los dedos fríos y me acerca a él. Suelto un gritito de sorpresa. Me envuelve la tela alrededor de la herida y le hace un nudo. Después presiona los dedos corazón e índice sobre el pañuelo, justo en medio de mi palma, donde me duele más. Noto una repentina punzada de calor y el dolor cesa.

Jadeo, confundida y aliviada al mismo tiempo.

Él me mira y esboza una sonrisa que deja a la vista su único hoyuelo.

—Espero que nos conozcamos mejor, lady Ivy.

La multitud, conmocionada, se aparta y vuelvo al lado de mi madre. No me riñe, como yo esperaba. En cambio, me toma la mano herida y la aprieta.

Conforme pasan los minutos, el salón se llena de conversaciones susurradas, como si hubiera un enjambre de insectos.

Me sorprendo cuando Olive Lisonbee da un paso adelante. Siempre ha sido una muchacha tímida y jamás la he visto tan decidida. Tiene las puntas de las orejas tan rojas como su melena cuando se presenta ante la reina. Hace una reverencia y después se vuelve hacia Bram.

—Me gustaría ser tu esposa. —La voz le tiembla un poco.

Bram sonríe y señala el contrato.

—Adelante, entonces.

Uno de los sirvientes coloca un tintero nuevo delante de ella. Necesita cuatro intentos para realizar un corte lo bastante profundo para que salga sangre. Se encoje cada vez que el cuchillo le pasa por la palma, pero siento respeto por ella al ver que no abandona.

Cuando ha terminado, vuelve junto a su madre, pero no me pasa por alto cómo mira con ojos celosos el pañuelo de Bram que tengo atado a la mano.

Después de Olive, es Emmy Ito quien firma. Su melena negra brilla como el ónice cuando la luz de la vidriera incide en ella.

Después de Emmy, se acercan tres jóvenes que no reconozco. Solo una grita cuando el cuchillo le perfora la piel.

La siguiente es Greer, mi antigua amiga, a quien empuja su madre hacia la mesa, ahora empapada de sangre. Arrastra los pies por la alfombra gruesa con el rostro arrasado por las lágrimas. Su madre le corta la mano y estoy lo bastante cerca para oír cómo le sisea:

—Te elegirá a ti si dejas de lloriquear.

Se ha formado una cola. Diez chicas más en una rápida sucesión. Una firma, luego se tambalea y finge que se desmaya a los pies de Bram. Espera a que él se acerque, pero un lacayo se le adelanta y tira de ella para ponerla en pie y sacarla de allí.

Después se acercan lady Sara Middlebrook y su prima, Deidre Rutland. Sueltan una risita cuando se cortan las manos y anotan sus nombres.

La reina Mor anuncia que quedan solo cinco minutos cuando lady Marion Thorne se adelanta. Camina con la cabeza alta y paso tranquilo. Se mueve como si ya supiera que ha ganado. Probablemente sea así.

Marion siempre ha sido la más guapa de las chicas de nuestra edad, también la más rica. Su madre, la única descendiente del duque de Sherwood, sorprendió a su familia al casarse con un hombre sin título que había emigrado de Acra a Londres para hacer un trato con la reina. Realizó un buen acuerdo que le permitió comprarse una mansión en Londres y más de unas cuantas propiedades en el campo. La reina lo recompensó con su propio ducado, el primero otorgado en casi un siglo. El tema del matrimonio de Marion ha sido muy debatido. Quien se quede con ella y con su considerable dote será muy afortunado.

O desperdicia todo su futuro o se convierte en princesa. Si yo fuera jugadora, apostaría todo mi dinero a lo segundo.

El vestido de seda duquesa de Marion resplandece en su dorada piel marrón y hace juego a la perfección con el color de los diamantes de la corona que reposa sobre sus rizos oscuros.

Marion es tan perfecta que solía desear odiarla, pero también es encantadora y divertida. Nos expulsaron a las dos de la actuación de invierno del coro el pasado otoño porque no dejaba de dibujar figuras en el programa y hacerme reír. Por supuesto, eso fue antes de que me abandonara como el resto. Ahora es fácil odiarla.

Miro a mi alrededor, a Greer, que tiembla al lado de su madre.

Sigue intentando detener el sangrado de la mano con el adorno de seda de su falda.

A diferencia del resto de nosotras, Marion no tuerce el gesto cuando se corta la mano. Mira fijamente al príncipe, como si lo retara a que la compensase por ello.

—Quedan menos de dos minutos —anuncia la reina Mor.

Tres jóvenes más se precipitan hacia el estrado y se pelean por el cuchillo mientras corren para derramar la sangre a tiempo.

Entonces, cuando solo quedan unos segundos, una muchacha a quien no reconozco se abre paso entre la multitud desde el fondo de la sala. Es excepcionalmente hermosa, con la piel pálida como el pergamino y una masa de pelo castaño oscuro recogido en un moño salpicado de perlas.

Con un único movimiento, se corta la mano y anota su nombre.

Es la única chica, aparte de mí, que provoca una reacción en Bram. Este aprieta los labios formando una fina línea, como si tratara de contenerse para no decir nada.

La chica de pelo oscuro ni siquiera lo mira, como si para ella él fuera la parte menos importante de todo esto.

La reina se levanta del trono y nos mira una vez más a todas.

Parece que hubiera pasado una tormenta en la sala, que estaba en silencio antes del anuncio de la reina. Las madres sudan, preocupadas. Las manos y los vestidos de las chicas están manchados de rojo. Se oye un suave goteo de la sangre que cae de la mesa, donde aguarda el contrato.

Veinticuatro chicas lo hemos firmado.

Veintitrés de nosotras abandonarán la competición sin nada.

La reina se abre paso entre la gente, rodeada por cuatro sirvientes

de rostro pétreo con librea de color azul medianoche.

Abren las puertas dobles del salón del trono cuando ella mira por encima del hombro y arquea una ceja.

—Seguidme —ordena.

# 6



Han transformado Kensington Park en un jardín encantado. El césped está salpicado de arreglos florales tan grandes como personas y cestas ingeniosamente dispuestas y rebosantes de flores. Los jardineros se han empleado a fondo con los aleros del palacio para crear la ilusión de que caen flores del tejado y las ventanas. De las ramas de los árboles viejos cuelgan candelabros brillantes cuyos cristales tintinean bajo la suave brisa.

Debajo de los escalones de piedra del palacio, en medio de las festividades, hay un palo de mayo, un poste delgado casi tan alto como una farola, rematado con un arcoíris de cintas que caen por un lado y aletean con el viento.

Lores y damas de la alta sociedad londinense se entremezclan con sus fracs y sedas, envueltos en diamantes y con sombreros cubiertos con flores de organza. Esta fiesta forma parte de la tradición del Desfile del Pacto. La gente se reúne para beber champán y esperar a que salgan las jóvenes de la temporada a presumir de sus pactos. Marca el inicio oficial de la temporada, el pistoletazo de salida que da pie a la caza de un matrimonio.

La gente se detiene y guarda silencio cuando salimos. No deberíamos aparecer todas juntas, así. Hay un coro de gritos de

conmoción cuando los presentes ven a dos docenas de chicas con las faldas de sus vestidos blancas del Desfile del Pacto manchadas de sangre.

—Bienvenidos en este día tan alegre. —La voz de la reina viaja de forma antinatural entre la gente—. Me complace anunciar que mi hijo Bram, príncipe de Gales, tiene intención de encontrar esposa durante esta temporada. Veinticuatro jóvenes se han presentado para ser consideradas y, en su devoción, han jurado que nunca se casarán si no son seleccionadas.

La gente jadea. Bram permanece quieto junto a la reina Mor, con expresión ilegible.

—Como madre, es mi mayor deseo que mi hijo encuentre un matrimonio perfecto y estoy segura de que todos estaremos de acuerdo en que veinticuatro jóvenes son demasiadas para poder conocerlas debidamente en doce semanas. Así pues, reduciremos nuestro grupo de veinticuatro a seis.

Espera hasta que comprendemos el anuncio, como si disfrutara de nuestro miedo. Las muchachas intercambian miradas de pánico. *¿Solo seis?*

—Determinación y coraje son dos cualidades vitales que cualquier chica que se case con mi hijo ha de poseer y, por lo tanto, como es tradición en mi tierra, las debutantes competirán en una danza del palo de mayo para demostrar su temple. A las últimas seis que queden en pie se las invitará a los terrenos del palacio para competir por la mano del príncipe Bram. El resto regresará a casa, su temporada habrá concluido.

—¡No nos había dicho eso! —exclama Sara Middlebrook con el rostro descompuesto por el pánico y la rabia.

La reina Mor la mira.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Se vuelve hacia la multitud, de nuevo con una sonrisa serena.

—En aras de la deportividad, la joven ganadora recibirá como regalo la tiara de la Reina de Mayo que gané yo el día de mi compromiso.

Se adelanta un sirviente con una compleja tiara de flores dispuestas sobre un arcoíris de gemas sobre un cojín rojo de terciopelo.

—¿Vamos? —La reina nos hace un gesto para que la sigamos cuando baja los escalones hasta el césped y se dirige al palo de mayo.

Los allí presentes se reúnen en torno a nosotras formando un amplio círculo. Hay un templete de música a un lado, cubierto de rosas blancas.

La reina se vuelve hacia nosotras con una sonrisa desagradable.

—Las tramposas quedarán descalificadas.

Arranca una música animada y agarro un lazo violeta, el color favorito de Lydia. La muchacha bonita de pelo oscuro está justo frente a mí y Emy Ito, detrás de mí.

Empezamos a dar saltitos alrededor del palo, pero casi enseguida reparamos en el problema del suelo: el invierno húmedo inglés ha dejado demasiado blando el estupendo jardín del Palacio de Kensington.

Las zapatillas de seda de las otras chicas se hunden en la hierba mojada y después de solo una rotación, el terreno se ha convertido en barro húmedo y resbaladizo.

Deidre es la primera en caerse, tras solo cuatro vueltas. Se le

queda atascada una de las zapatillas en el barro y se da la vuelta para sacarlo, pero choca con Greer, que salta sobre ella con destreza.

Deidre grita y lanza golpes con los puños hasta que los criados se la llevan.

Tan solo puedo mirar, horrorizada, mientras recae en mí el peso de lo que todas nosotras hemos aceptado. Al atardecer, dieciocho chicas habrán perdido todo para lo que se han preparado durante toda su vida. Yo no puedo estar entre ellas.

Seguimos dando vueltas mientras la banda toca. Para evitar marearme, mantengo la mirada fija en los frontones del palacio.

El público jadea y aplaude mientras damos vueltas, pero no puedo evitar sentir que están esperando a vernos caer como soldaditos de plomo.

Este es un deporte de riesgo.

El resto aguantamos casi una hora, pero entonces una chica tropieza y llega el caos antes de que nadie comprenda lo que está sucediendo. La debutante que hay detrás de ella se cae, luego otra, y otra, y otra. La joven que tengo en frente hace un pequeño giro inteligente para apartarse, con los brazos extendidos, y la multitud estalla en aplausos.

Pero yo la sigo de cerca, con Emmy a mi espalda, y ella no decelera. La chica rubia que acaba de caerse no se puede levantar lo bastante rápido y vuelve a caer en el barro, justo a mis pies.

Hundo la suela resistente de mis botas en el barro y me detengo en seco, capaz de esquivarla y después saltarla. Suspiro de alivio.

Otra media hora, tengo la espalda empapada en sudor y los pulmones me piden aire a gritos. Por insistencia mía, la señora Tuttle

me ha atado flojo el corsé esta mañana, pero, por mucho que lo intente, no soy capaz de recuperar el aliento.

Con seis chicas menos, aún quedamos dieciocho y los cuerpos que me rodean me resultan sofocantes. Con muy pocas excepciones, todas parecen tan cansadas como me siento yo. Nuestro pelo, antes perfectamente arreglado, cuelga en mechones sudados alrededor de nuestras caras y cuellos.

Una de las rosas blancas que me ha puesto la señora Tuttle en el moño esta mañana se cae y queda hecha un desastre pegajoso de pétalos en la tierra.

Una de las chicas que no conozco se desmaya y otra se cae encima de ella.

Tres más las siguen poco después.

La gente se ha reagrupado alrededor de nosotras. Cada vez hay más ruido, menos chicas y más champán. Gritan y se pasan dinero entre ellos. La mayoría parece haber apostado por Sara Middlebrook y Marion Thorne.

Veo al fin a mis padres entre el público. Están apartados a un lado, solos, ignorados como de costumbre. La imagen me clava una puñalada de rabia y mi resolución se ve reforzada.

Les dirijo una sonrisa, pero en ese momento de distracción, otra chica se cae y me salpica barro por todo el vestido.

Tan solo tengo que ganar a seis más.

Al otro lado del palo de mayo, Sara Middlebrook grita para hacerse oír con la música de la banda.

—Nunca te escogerá a ti, Ivy. ¿Princesa, una chica con tu reputación? Ahórranos la vergüenza y abandona ahora.

Le lanzo una sonrisa falsa.

—Probaré suerte.

—Dejaré que las que abandonen ahora sean mis damas de compañía cuando venza —le dice al grupo.

—De acuerdo. —Una joven pelirroja que no conozco suelta su lazo y se aleja. Un grito se alza en la multitud, de sus padres, imagino.

Bram está al frente del público con el rostro arrugado por la preocupación. ¿Sabía que era esto lo que planeaba su madre?

Se caen otras dos chicas, una encima de la otra. El mundo da vueltas de una forma terrible, mi atención va y viene y, por un momento, me aterra tropezarme con ellas, pero los sirvientes las recogen justo a tiempo.

Solo quedamos nueve. Estoy muy cerca.

Pero me tiemblan las piernas y tengo los pies entumecidos, incluso con las botas. Me duele el costado y hace una eternidad que no puedo respirar bien.

Una muchacha alta y morena murmura algo entre dientes. Capto la palabra «puta» en la brisa. La chica que hay detrás de ella la empuja y las dos caen gritando. El público grita con ellas.

La fiesta es un borrón que da vueltas, pero en un punto que focalizo está mi madre, pálida por la preocupación. Mi padre posa una mano protectora sobre su hombro. A veces guardo rencor a mi madre por consentirnos a Lydia y a mí. Era la clase de persona que no podía soportar nunca vernos a ninguna de las dos incómoda y, aunque nos regaló una infancia maravillosa y feliz, me preocupa que no me haya preparado para el mundo.

Solo necesito ganar a una chica más y los libraré del aislamiento social, de la ruina económica, de todo el dolor del que he sido testigo durante los últimos tres meses.

Hundo con fuerza los talones en el barro cuando un grito se alza en la multitud. Miro justo a tiempo para ver la delicada zapatilla de Sara Middlebrook engancharse en una de las huellas frescas de mis botas. Se cae hacia delante y se llena toda la cara de barro.

—¡No! —grita—. ¡No! No es justo.

Corre hasta Bram y cae a sus pies.

—Por favor, Su Alteza, elíjame, elíjame a mí. Haré todo cuanto desee.

Bram la ayuda a levantarse.

—¿Madre? —Mira por encima del hombro a la reina, quien tiene el rostro carente de expresión. Esta le hace un gesto con la barbilla afilada a un sirviente y el hombre se lleva a Sara, que patea y chilla.

No me gusta Sara, pero siento pena por ella. No le desearía a nadie su destino.

A pesar de todo, me invade el alivio. Lo he logrado. Soy una de las últimas seis. Marion Thorne es la siguiente en caerse, aunque sucede demasiado lento y con mucho cuidado para tratarse de un accidente.

Olive se enreda con su lazo y cae poco después. Enseguida rompe a llorar.

Emmy no dura mucho más.

Solo quedamos tres, la chica de pelo oscuro, Greer y yo. La multitud está absolutamente enardecida.

Greer tiene la cara empapada de sudor y me mira con ojos furiosos. Ella y yo funcionábamos bien como mejores amigas porque sabía que yo nunca sería una amenaza para ella. Durante años, han sido siempre los mismos comentarios: «Ivy no se preocupa por estar guapa, qué alivio debe ser eso, ¿no?» o «qué bien que Ivy y yo

salgamos en la misma temporada. Ella puede ayudarme a administrar mi carné de baile cuando esté completo».

Me mira ahora como si fuera de veras competencia para ella. Por vez primera en nuestras vidas, Greer Trummer ha de tomarme en serio.

—Gracias por mentir por mí ayer en el taller —resuello—. Dejaré que seas una de mis damas de compañía.

—Cállate —sisea con los dientes apretados. Pero en el momento de distracción, sus pies aterrizan mal y se cae, escupiendo en el barro.

Maldice y da un puñetazo en el barro antes de que se la lleven a rastras.

Me permito tan solo una vuelta al palo para reírme.

La banda baja el ritmo a medida que los músicos se cansan. Llevaremos ya más de dos horas bailando.

La gente chilla, pero apenas distingo las palabras con el latido que noto en los oídos.

—¡Ivy! —Es la voz de mi padre—. ¡Vamos, Ivy!

Gritan también otro nombre.

—¡Faith!

Debe de ser el nombre de la chica que tengo en frente.

Faith tiene las mejillas rojas por el esfuerzo, le cae sudor por el cuero cabelludo al escote del vestido blanco.

Pero tiene expresión pétrea, no hay emoción en ella. La respeto por ello.

Estoy muy cansada. Sería muy sencillo parar, pero el sol incide en las joyas de la tiara de la Reina de Mayo y me visualizo dándosela a mis padres. Podrían venderla por más dinero del que he visto en

toda mi vida. Podría salvar nuestra casa. Podría incluso bastar para que Lydia y yo subsistiéramos sin esposos.

Giro con renovada energía, pisando con fuerza en el barro.

Dos niñas pequeñas emergen al frente de la multitud.

—¡Faith! —gritan—. ¡Vamos, Faith!

Ella las ve y sonríe, su rostro perfecto al fin reacciona.

En su distracción, su pie izquierdo cae un poco de lado en un cráter de barro y tropieza. Intenta aferrarse a su lazo, pero este se rompe. La gente jadea y Faith se cae al suelo, salpicándose de barro.

Se produce un silencio atónito y entonces estalla un aplauso desenfrenado.

La multitud se aparta y la reina y Bram avanzan hacia nosotras. Bram, todo un caballero, ayuda a Faith a levantarse, pero sus ojos están fijos en mí.

La corona de la Reina de Mayo brilla al sol cuando la reina la levanta. Todos se reúnen para verla y entonces la baja sobre mi cabeza.

La gente vitorea, sobre mí cae una lluvia de pétalos de flores como si fueran nieve, pero mi mirada aterriza en una única figura entre el público.

Tiene el ceño fruncido, una mueca en la boca, los puños apretados y los nudillos blancos. De pie, completamente inmóvil y mirándome como si me odiara profundamente, está el príncipe Emmett De Vere.

# 7



Bram se acerca y el sol aparece con su sonrisa. Sus ojos grises brillan y sonríe tanto que se marca el hoyuelo.

—Enhorabuena, lady Ivy —me dice con calma para que lo oiga.

Me resulta imposible recuperar el aliento, pero el peso de la corona hace que mi victoria resulte real.

Un lacayo da tres pisotones en el suelo y la gente guarda silencio, pero la reina va de vuelta al palacio, arrastrando la cola del vestido tras ella. Hace un movimiento elegante con la mano.

—Nos volveremos a reunir para el Desfile del Pacto en media hora. Haced este año unos pactos inteligentes, chicas, que me estoy aburriendo.

Con la fiesta del jardín todavía en pleno apogeo, nos conducen a las debutantes escaleras arriba, al pasillo que hay a las puertas del salón del trono.

Somos poco menos de cien este año. Veinticuatro chicas están cubiertas de barro, dieciocho tienen la cara arrasada por las lágrimas tras haber perdido su futuro entero en el transcurso de unas pocas horas. Todas miran la corona en mi cabeza con envidia apenas contenida. Se me revuelve el estómago y experimento una extraña

culpa.

Estamos dispuestas en orden alfabético por el apellido, así que me encuentro casi al principio. Todas las chicas entrarán solas, se presentarán ante la reina y harán sus tratos. Así es como nos entregan a ella, como flores en un ramo que esperan a que las aplasten entre las mismas páginas. Hermosas bajo el precio de ser frágiles y conservadas para siempre.

Aunque solo seis de nosotras haremos tratos para atraer la mano del príncipe, todas tenemos el matrimonio en mente. ¿Qué pacto ayudará a atrapar a un barón por debajo de los cincuenta años? ¿O a un duque con la boca llena de dientes? ¿O a un lord con una bonita casa de campo? Nos han criado para hacer esas valoraciones.

Las mismas miradas incómodas pasan entre Greer, Faith, Emmy, Marion, Olive y yo.

Nos acabamos de convertir en competidoras entre nosotras, pero el ambiente está cargado de compasión. Tan solo somos capaces de mirarnos de reojo. No dudo que en nuestras cabezas resuenan las mismas dos preguntas: «¿Qué nos hemos hecho?» y «¿Qué vamos a hacernos las unas a las otras?».

Las otras dieciocho chicas, las que no han pasado la prueba del palo de mayo, se encuentran en diferentes estados de confusión. Algunas lloran abiertamente mientras que otras intentan mantener la cabeza alta. Sara y Deidre están furiosas.

El reloj marca las tres, las campanas repican en la ciudad. Las puertas del salón del trono se abren y Penelope Atkins es la primera en entrar.

Suspiramos todas cuando accede, pero el pasillo se queda en silencio, salvo por el sonido de nuestra respiración mientras

aguardamos. Estamos demasiado nerviosas para hacer bromas sobre este momento para el que nos han educado, nuestra única oportunidad para experimentar la magia.

Unos minutos más tarde, las puertas se abren una vez más y sale Penelope Atkins. La diferencia queda patente de inmediato. Su cabello rubio rojizo, antes aburrido, cae ahora por sus hombros en una cascada de mechones gruesos de un brillante tono caoba.

Lleva la zapatilla de seda del pie izquierdo empapada en sangre. Tiene la piel sudada y la cara pálida, pero esboza una sonrisa de triunfo. Sale cojeando del pasillo y deja unas huellas escarlatas húmedas a su paso.

Wendla Avignon es la siguiente. Sale menos de cinco minutos más tarde con los ojos húmedos por las lágrimas y sin ninguna otra diferencia visible.

Después es mi turno.

Cuadro los hombros e inspiro profundamente cuando las puertas se abren para mí.

Pienso en mí misma con once años, sentada en el suelo de mi habitación. Tenía el pelo rubio recogido con lazos, era pequeña y estaba a salvo. Solía fantasear con este momento y garabatear en los márgenes de mis documentos del colegio lo que podría pedir. Me imaginaba pidiendo poder hablar con animales o volar. Me visualizaba con la habilidad de hacer florecer las flores con la palma de la mano o de conjurar nubes de lluvia de la nada. Si tenía una sola oportunidad de tocar la magia, no pensaba desperdiciarla. No podía imaginar por qué pedía gente algo tan aburrido como un rostro más bonito.

Cierro los ojos y me concedo un suspiro para llorar a mi yo más

joven. *Siento todas las cosas que no pudiste ser*, susurro a través del tiempo.

El salón del trono parece mucho más grande sin nadie dentro.

Cruzo el espacio hasta donde se encuentra sentada la reina.

—Lady Ivy Benton. —Su voz es suave y aterciopelada.

Hago una profunda reverencia y me yergo para mirarla a los ojos. Me tiemblan las manos, así que las cruzo a la espalda y jugueteo con el lazo que tengo atado en la base de la columna. *Perfecta*, tengo que ser perfecta.

La reina Mor sonríe, dejando a la vista una hilera de dientes perfectos con los colmillos más afilados que ningunos otros que haya visto antes.

—Dime, señorita Benton, ¿qué has venido a pedir?

# 8



Llevo meses imaginando este momento. He anotado lo que planeaba pedir una y otra vez, he alimentado el fuego con el papel hasta estar segura de que no cometería ningún error.

—Su Majestad. —Mi voz es alta y dulce, tal y como la he ensayado. Hundo los hombros en un intento de hacerme lo más menuda posible. Muy pequeña, una persona insignificante, absolutamente nadie—. Me gustaría deshacer el trato que hizo con mi hermana, lady Lydia Benton, el sábado día uno de mayo de mil ochocientos cuarenta y seis. Lo que sea que le concedió a ella, recupérelo, y lo que ella le dio a usted, que regrese a ella, entero e intacto.

Tomo aliento cuando termino, aliviada por haberlo hecho bien.

La reina aprieta los labios y me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Has terminado?

—Sí, señora. —Inclino la cabeza con aire reverencial, desesperada por impresionarla.

La reina se ríe y la carcajada resuena entre las paredes del salón del trono.

—No puedes deshacer el trato de otra persona.

—Su Majestad, no deseo nada más que deshacer el trato de mi querida hermana. Ella no recuerda lo que pidió y quiero poner fin a

su desazón. Estoy segura de que lo comprende.

Me mira desde la altura.

—Puedes desear todo lo que quieras, pero quedarás decepcionada.

—¿Puede al menos decirme cuál fue el trato? ¿Me concede ese acto de generosidad?

—Los pactos se realizan en confidencia.

—¿Los tratos son siempre imposibles de deshacer? —pregunto, tal vez con demasiado atrevimiento.

La luz se atenúa en el salón cuando pasa una nube por encima del sol. La reina desvía la mirada a una ventana con vidriera y vuelve a mirarme a mí.

—Hay muchos aspectos de la magia que nunca entenderás.

—No puedo imaginar que desee ver a una persona tan leal y dedicada como Lydia sufriendo tanto. —Tal vez he ido demasiado lejos con esto. Tengo que mostrarme dulce, buena, esa es la única forma de que esto funcione.

La reina arquea una ceja.

—Tu hermana hizo el pacto de libre voluntad, estando completamente cuerda.

Queda solo una pregunta más, la que me atosiga como el viento de aquella noche de febrero, y ella es la única que puede contestarla.

—¿Estuvo allí? ¿En el Otro Mundo?

La reina exhala una honda bocanada de aire.

—No. Esa puerta lleva cerrada cuatrocientos años.

Algo parecido a la tristeza destella en sus ojos oscuros.

El salón del trono tiene corrientes de aire, pero no es el motivo por

el que noto el corazón como si fuera hielo. Las hadas no pueden mentir. Es algo que me encantaba de las historias cuando era pequeña, pero ahora lo odio, lo detesto porque sé que está diciendo la verdad y no quiero aceptarlo. Si Lydia no estuvo en el Otro Mundo, eso significa que la policía estaba en lo cierto. Simplemente era otra chica que se había escapado y a quien yo no le importaba lo suficiente como para no abandonarme.

—¿Y qué pasa con el príncipe Bram? —pregunto a la desesperada.

Ella niega con la cabeza.

—Un caso especial. Las puertas son curiosas. A veces solo se abren por un lado.

Es más información de la que creía que me ofrecería, pero no por ello es más fácil aceptarla.

La reina Mor me mira desde el trono, con su máscara insensible de nuevo en su lugar.

—¿Qué es lo que más temes, Ivy Benton?

Lo pienso por un momento y luego respondo con sinceridad.

—Fallar a mi familia.

La reina se retrepa y exhala un suspiro.

—Yo podría ayudarte.

Pero no puede. En realidad, no, cuando lo que yo quiero es venganza y ella es a quien culpo por la ruina de Lydia.

—Podrías tener más tierras para la propiedad ruinosa de tu padre, una mente especial para la contabilidad, la habilidad de tocar el piano tan bien que pueda calmar los nervios de cualquiera que te oiga. Solo has de pagar el precio justo.

—No, gracias.

Vuelve a reírse, sin un ápice de compasión.

—Te ofrezco una última oportunidad de elegir algo por ti misma, Ivy Benton.

«Quiero recuperar a mi hermana». Me muerdo la lengua antes de que se me escapen las palabras.

Cuando éramos pequeñas, Lydia y yo sacábamos de los nervios a mi madre y a nuestra institutriz discutiendo y parloteando la una con la otra. Mamá nos agarraba las caritas y nos decía: «No sois las guardianas la una de la otra».

Pero ¿quién soy yo, si no una hermana? ¿Y qué significa eso si no es esto?

—No hay ninguna otra cosa que desee, Su Majestad. Le agradezco sinceramente su tiempo.

La reina suspira en el trono.

—Que entre la siguiente.



Mamá habla durante todo el trayecto a casa; balbucea acerca de mi victoria y sus amigas, pero las palabras se entremezclan, son solo un zumbido en mis oídos mientras yo miro por la ventana del carruaje.

Jugueteo con el borde del pañuelo y tiro de él hasta encontrar el corte de mi mano, prácticamente sanado. Siento una repentina punzada de afecto por el príncipe Bram, pero ni siquiera el recuerdo de su cara perfecta y su sonrisa amable calman mi humor.

Solo cuando paramos en casa, mi madre detiene su frenética conversación y me mira muy seria.

—¿Sabes? —Se endereza cuando el carruaje para en seco—. Serías una princesa maravillosa.

No es verdad. Esta versión de mí que está llena de rabia no lo

sería, pero sonrío con dulzura.

—Gracias.

—Tu nueva memoria te vendrá bien en la competición por su mano. ¿Qué se ha llevado ella a cambio? —pregunta con cautela, como si temiera la respuesta.

No veo motivos para mentir.

—No he hecho ningún trato.

—Oh, querida —murmura entre dientes y se me rompe el corazón al notar su decepción.

Es muy amable al permitir que suba corriendo a mi dormitorio y me quede ahí sola el resto del día. Cuando el sol se pone, la señora Tuttle me trae una bandeja para cenar, pero incluso ella tiene el buen juicio de no hablar conmigo.

Es Lydia, cuando era ella misma, quien podría haber sido una buena princesa. Popular y hermosa, tenía reputación por su sonrisa fácil y su ingenio.

Son más de las once cuando recorro el pasillo en dirección a su cuarto. No me sorprende encontrármela despierta. Ya nunca sigue un horario normal. Está incorporada en la cama con una novela gótica en las manos.

—Mamá me lo ha contado ya —dice cuando entro—. ¿Tendré que hacerte una reverencia cuando ganes?

Me hundo a su lado, como solía hacer cuando era pequeña y me dejaba dormir en su cama prácticamente cada noche.

—¿Quién dice que voy a ganar?

—Nunca has tenido suficiente fe en ti —susurra.

—Tú tenías suficiente por las dos. —Una familia no necesita dos estrellas y Lydia ya era la nuestra.

—No. —Está mirando el techo, no nos miramos la una a la otra—. No lo recuerdas bien. —Tal vez sea la oscuridad o tal vez que mañana me vaya a mudar al palacio, pero el muro que hay entre las dos parece esta noche menos impenetrable, como si habláramos con honestidad por primera vez en meses.

El silencio se alarga entre las dos. Cierra el libro y apaga la lámpara de gas de la mesita de noche.

Estamos incómodamente cerca del tema que no podemos tratar. La segunda de las tres grandes traiciones de mi hermana.

Lydia y yo tenemos un trato desde que yo tenía siete años y ella, nueve. Nos hicimos un corte en los pulgares con una roca afilada del jardín y presionamos los dedos hasta que quedaron resbaladizos por la sangre. Ella juró que se casaría con el hijo de lord Chapwick, que vivía en el extremo de la calle, y yo podría vivir con ellos para siempre. Era un chico simpático de cara pecosa que tenía debilidad por Lydia. Mi vida sería mía y podría estar con mi hermana. No se me ocurría un futuro mejor.

Tal vez no se tratara de un pacto mágico con una reina inmortal, pero para mí era igual de sagrado e irrompible. Nuestro acuerdo fue los cimientos sobre los cuales se basó nuestra relación, una constante.

Sin embargo, cuando hizo su trato, llegó y terminó su primera temporada, no se casó con el hijo de lord Chapwick. Todos en la ciudad pensaban que su compromiso era una conclusión inevitable, en especial los Chapwick, pero ella lo rechazó. Yo le rogué hasta la extenuación que me lo explicara, pero ella no me dijo nada más allá de «no me parecía bien». Fingió que no me oía llorar por la noche al otro lado de la pared que compartían nuestras habitaciones. No lo

entendía. Sigo sin comprenderlo.

El hijo de lord Chapwick se casó con Fiona Edgar. Durante dos temporadas en sociedad, Lydia apenas intentó nada, siempre se quedaba en un rincón de la sala de baile y mentía alegando que tenía un tobillo lastimado.

—Encontraremos a alguien mejor para ti, Lydia —le decía yo, pero ella se limitaba a asentir con una de sus miradas raras. Fue una traición que no supe cómo perdonarle.

Y entonces desapareció.

Parpadeo y regreso a la habitación.

—¿De verdad no recuerdas lo que pasó? —Es la última vez que voy a preguntárselo.

Respira con dificultad.

—Te lo juro. Es horrible saber que pudo pasarme cualquier cosa. Me hace sentir que mi cuerpo ya no es mío. No puedo explicarlo.

—No te lo estoy pidiendo.

—No creo que yo hubiera escogido hacerte esto, pero lo siento si lo hice. Lamento que sucediera. Debería de haber pensado en ti.

Es la primera disculpa que recibo, pero ahora que está en el aire, creo que nunca la he necesitado. Siempre he sabido que Lydia se sentía así. Tenemos un vínculo demasiado fuerte.

—Está bien. —Me sorprende descubrirlo, pero lo digo de verdad—. Seremos unas viejas solteronas juntas.

Ella se ríe, pero no es una risa de verdad.

Cuando muera nuestro padre, su título pasará a un primo segundo que no conocemos y los acreedores se quedarán con el resto. Espero que la venta de la tiara de la Reina de Mayo sirva de ayuda cuando pierda la competición por el príncipe Bram.

—Mamá me ha dicho que no has hecho ningún pacto. No ha sido muy inteligente —comenta Lydia.

Me encojo de hombros.

—Porque a ti te fue muy bien, ¿no?

Mi hermana frunce el ceño.

—Mala.

No le cuento lo que he pedido a la reina. Tan solo le haría sentir culpable y no veo necesidad de castigarla con esto.

—No me va a elegir a mí. No he visto necesidad de hacer ninguno.

Lydia pudo haber estado destinada a estar con lord Chapwick, pero mis pobres perspectivas eran una conclusión igual de inevitable, aunque mucho menos atractiva. La segunda hija rara de un marqués venido a menos; ni siquiera en los mejores momentos podría haber esperado algo mejor que un viudo décadas mayor que yo o uno de los miembros menores de la aristocracia con un interior tan roto que hiciera que las demás lo rechazaran: uno de esos hombres crueles, un mentiroso, un tramposo.

Es un alivio haberme librado de ese destino, aunque nos haya condenado a uno diferente.

—¿Puedo contarte un secreto? —pregunto a mi hermana.

—Siempre.

—Salí a buscarte cuando estabas desaparecida. Me escapé en mitad de la noche y todo.

Se incorpora, sorprendida.

—¡Ivy! ¿En qué estabas pensando?

—Creí que, si estuvieras muerta, lo sentiría. Tienes que darme la razón, estaba en lo cierto.

Esperaba que se riera, pero vuelve a mirarme con tristeza.

—¿Qué pasó?

—No vas a creerme.

Extiende el dedo meñique. Tan solo hacemos promesas de meñiques cuando mamá no está presente, pues odia que la dejemos al margen.

—Prometo que te creeré.

—Me perdí y el príncipe Emmett me atropelló con su estúpido carruaje.

—¡No!

Asiento.

—Se apiadó de mí y me llevó a casa después, pero aun así.

Lydia frunce el ceño.

—Probablemente estaba inmerso en todo tipo de actividades lascivas, fuera en mitad de la noche.

—Me compadezco de cualquier chica lo bastante inocente para caer en sus engaños.

—¿Cómo vas a soportarlo cuando Bram se case contigo?

Pongo los ojos en blanco.

—Haré que te mudes conmigo como mi dama de compañía y podremos atormentarlo juntas. No conocerá un día de paz.

—Es un hombre horrible —resopla.

—El peor —respondo con voz débil. Como prueba, cruzo el pasillo hacia mi dormitorio para sacar su tarjeta de visita de debajo del colchón, donde la tenía escondida. No sé por qué la guardé, fui una estúpida.

Lydia jadea de alegría cuando se la entrego y sonríe cuando le digo que puede quemarla ella. La arroja al fuego, riendo, y las dos contemplamos cómo se retuerce y se convierte en cenizas.

—Intenta no echarme mucho de menos cuando me vaya —le digo con un codazo en las costillas.

—Siempre te echo de menos. —Me parece una respuesta demasiado honesta. No podemos soportarla, así que no decimos nada.

# 9



Mi madre saca a Lydia de la cama a la mañana siguiente para despedirse y nos damos un abrazo breve e incómodo en la puerta en el que chocamos con los codos. Tiene los ojos todavía hinchados de dormir, pero no sé si ese es el verdadero motivo por el que no me mira. No podemos soportar lo mucho que nos queremos, es como una herida abierta que no podemos tocar por lo mucho que escueza.

—Te voy a echar mucho de menos —susurro tan bajo que solo ella puede oírme.

—Si tiene un poco de gusto, seguro que se enamora de ti —me responde en un murmullo.

La señora Tuttle me da dos besos en las mejillas.

—Más te vale dejar que la vieja señora Tuttle te visite en ese palacio elegante cuando te conviertas en princesa.

Papá me abraza el último con los ojos húmedos por las lágrimas.

—¿Cuándo has crecido tanto? —me pregunta en el pelo.

Tiene que saberlo tan bien como yo, pero me limito a abrazarlo. A mis pies hay una bolsa de libros que me ha dado, ejemplares viejos de Sócrates y John Locke. No me apetece llevarlos por la ciudad conmigo, pero, como de costumbre, le doy el gusto.

El carruaje sale de Belgrave Square y veo cómo desaparece mi casa detrás de mí en una nube de polvo. Cuando llegamos al Palacio de Kensington, hay una mujer de aspecto imponente de pie en los escalones, esperándonos.

—Las últimas en llegar —señala con voz correcta cuando los sirvientes sacan mi único baúl de la parte trasera del carruaje.

Mi madre mira el reloj de cadena que tiene en la cintura.

—Pero llegamos justo a tiempo.

—Lady Marion Thorne lleva aquí con sus padres y con su doncella desde el amanecer —replica ella—. El resto llegaron después del desayuno. —Me avergüenza que las otras chicas llegaran antes para prepararse juntas. ¿Han hablado del tema sin mí?

Sin esperar una respuesta, la mujer echa a andar con la postura de un militar por el patio mientras mamá y yo nos apresuramos detrás de ella. Inglaterra no tiene ejército desde que la reina Mor puso fin a la Guerra de las Dos Rosas, pero yo he leído en libros acerca del tema. Nada de lo que había descrito en las páginas resultaba tan temible como la dama que tengo delante. Tendrá unos sesenta años, lleva el cabello blanco recogido en un moño ahuecado y una seria chaqueta Spencer de color gris abotonada encima del vestido.

—Soy la vizcondesa Bolingbroke y seré tu acompañante durante la temporada. Prometo guiarte en todo, instruirte como mejor pueda y asegurarme de que tu honor permanece firmemente intacto. Residiré contigo y las otras cinco chicas aquí, en el palacio. Espero que tu comportamiento sea intachable. —Mira mi maleta, vergonzosamente pequeña—. Me alegra comprobar que llevas un equipaje ligero. La corona te proporcionará un ajuar con todos los

artículos necesarios.

Nos conduce a la casa Caledonia, un pequeño edificio bajo y cubierto de hiedra situado en el borde boscoso de los terrenos del palacio. Cruzamos el umbral del tranquilo jardín y nos encontramos con una tormenta de actividad mientras las otras chicas y su personal se preparan para el baile de esta noche. La vizcondesa Bolingbroke nos lleva por una escalera enmoquetada a la que será mi habitación. Está decorada con gusto, pero es más pequeña que mi dormitorio de casa, con un techo inclinado y una sola ventana que deja pasar los rayos de luz dorados del mediodía.

Junto a la pared del fondo hay dos camas con idénticos doseles con damasco de seda azul clara. La que se encuentra más cerca de la ventana está ya arrugada y cubierta de ropa.

—Te quedarás con Faith Fairchild —indica la vizcondesa—. Yo dormiré al fondo del pasillo durante el resto de la temporada y te atenderá todo un equipo de profesionales del palacio. Las visitas familiares pueden programarse conmigo directamente, pero desaconsejamos que se realicen con demasiada frecuencia para que estas no interfieran en la concentración de las jóvenes.

La vizcondesa sale por la puerta y yo me despido rápidamente de mi madre. Nunca ha sido una mujer de llorar y tan solo me da un apretón.

—Hazlo lo mejor que puedas —me dice.

En el comedor de abajo han preparado un almuerzo para las otras chicas y para mí, una comida para que nos conozcamos. No obstante, no tenemos mucho tiempo para quedarnos allí sentadas. Como exige la tradición, esta noche se celebrará un baile en la casa de los Twombley, donde todo el mundo presumirá de sus nuevos

rostros y talentos, y cualquier otra cosa con lo que se le haya ocurrido a la gente negociar. Hace unos años, hubo una chica que hizo un trato para conseguir un extraño reloj que maullaba como un gato con cada hora en punto. Nadie conoce aún el motivo.

Cuando yo tenía once o doce años y estaba en el culmen de mi obsesión por las hadas, robé uno de los diarios sin usar de mi madre y anoté todos los pactos y precios que fui capaz de descubrir, desesperada por identificar los motivos que había tras ellos. Llegué a la conclusión de que son aleatorios, que dependen completamente de los caprichos de la reina, lo que me aterraba y emocionaba a partes iguales.

La familia Benton recibió nuestra invitación del lacayo del conde Twombley a primera hora de esta mañana. Mi madre me dio un fuerte abrazo con los ojos llenos de lágrimas cuando rompió el sello de cera de la invitación. Nunca la habríamos recibido si yo no fuera una de las pretendientas del príncipe.

Greer se sienta en el extremo de la mesa. La diferencia que hay en ella es evidente de inmediato. Su rostro, antes sonrojado y dulce, está ahora afilado y afinado de una forma sorprendentemente hermosa. No puedo mirarla, me resulta demasiado extraño e inquietante.

Olive también parece cambiada. Entra y sonríe ampliamente, dejando a la vista dos hileras de dientes perfectos. Antes le faltaba un molar superior y tenía los dientes de abajo torcidos.

—Greer, estás preciosa —dice Marion con tono amable—. Tú también, Olive. —Esta, que no ha dejado de sonreír desde que ha entrado, asiente.

Pasan sándwiches y nos sirven té.

—¿Qué fue lo que recibisteis ayer todas? —pregunta Marion, llevando ella el peso de la conversación, como si supiera ya que es la líder.

—Y más importante aún, ¿a qué renunciasteis? —señala Emmy entre dientes.

Olive se quita los guantes de las manos. Lleva una venda envuelta en la palma idéntica a la que llevamos todas. Extiende los brazos al centro de la mesa y mueve sus diez dedos lisos, sin uñas.

Emmy jadea, Faith se queda asombrada, Greer chilla y Marion tan solo se ríe.

—Pero ha valido la pena, ¿eh? —comenta Olive. Esboza una sonrisa incómoda de dientes perfectos.

—¡Absolutamente! —exclamo con la esperanza de evitar que Emmy pronuncie el comentario negativo que parece tener en la punta de la lengua.

—¿Y tú qué, Greer? ¿Cuál ha sido el precio? —pregunta Olive.

Greer se ríe con la misma risotada gutural que tiene desde que éramos niñas. Se pone en pie y empuja la silla hacia la mesa brillante de madera de caoba.

—Mirad esto —dice, pero su voz tiene un tono histérico, como si no pudiera creerse lo que está sucediendo.

Cierra los ojos para concentrarse, pero se queda totalmente quieta. Después, exhala un suspiro y camina formando un círculo amplio alrededor de la mesa.

—No entiendo —señala Marion.

—No puedo girar a la izquierda —explica Greer.

—¿Nunca? —pregunto yo.

—No, nunca más.

Marion suelta una risotada.

—¿Y has aceptado eso?

Greer se encoge de hombros.

—Es lo que me ofreció y me parece menos doloroso que perder los dedos de los pies, así que…

Al escucharla, las seis soltamos unas risitas histéricas, incluso la callada Faith, que golpea la mesa con la palma de la mano con tanta fuerza que el té salpica los panecillos.

—¿Y tú qué, Marion? —pregunta Greer una vez que se ha sentado de nuevo.

La joven le da un sorbo al té y mueve la mano en un gesto de negativa.

—Llevo toda la vida con migrañas, así que pedí no volver a sufrir más dolores de cabeza.

Olive se pasa los pulgares por la punta de los dedos suaves.

—¿Y qué pidió ella a cambio?

Marion se encoge de hombros y sus pendientes de diamantes se mecen con el movimiento.

—Ya no puedo oler las flores. No es una gran pérdida.

Todas murmuramos, de acuerdo con ella, y nos volvemos hacia Emmy, que espera a hacer su confesión. Aprieta los labios.

—Yo pedí talento para la pintura. Nunca más podré saborear el dulce. Nunca me ha gustado el dulce especialmente, pero no se lo mencioné.

—¿Y tú, Faith? —Marion hace un gesto hacia la chica, sentada a su derecha. Esta tiene un sándwich de pepino entre los dedos, pero se queda completamente inmóvil, mirando de forma rara a Marion. Hay una energía extraña entre las dos.

—Con todos mis respetos, no entiendo en qué me puede ayudar contaros esto a vosotras —contesta Faith entre dientes.

Todas nos tensamos. Sabemos que somos competencia las unas de las otras, pero Faith es la única lo bastante honesta, valiente o cruel para decir la verdad en voz alta.

—Tan solo sois obstáculos en el camino de mi felicidad —continúa —. Cuanto antes termine esto, mejor.

Faith se aparta de la mesa y sale de la habitación.

Olive resopla, de pronto con los ojos llenos de lágrimas.

—Esperaba que fuéramos amigas.

—Lo seremos —le asegura Marion, pero Emmy y Greer se remueven, incómodas.

Todas se vuelven hacia mí, a la espera.

—Siento decepcionaros. —No tiene sentido mentirles—. No se me ocurrió nada que quisiera lo suficiente para hacer un pacto, así que no hice ninguno.

—¿No… has hecho trato? —pregunta Greer.

—No.

Antes de que ninguna pueda hacer más preguntas, la vizcondesa Bolingbroke aparece en la puerta con las manos en las caderas.

—¡Arriba, chicas! ¡Hay que darse prisa!

Abandonamos nuestros platos y subimos las escaleras hacia nuestras habitaciones. A los pies de mi cama hay un baúl negro de piel con mis iniciales, IEB, grabadas en oro; está rebosante de ropa. Hay todo un arcoíris de vestidos: prendas hechas de seda tan fina que prácticamente resplandecen, elegantes vestidos de tarde de algodón, incluso un abrigo de terciopelo de montar. Debajo de todo eso hay una capa de bragas nuevas, camisas de encaje y guantes

hechos de piel de cabritillo y satén.

Miro a Faith. Las chicas pueden presentarse ante la reina y participar en el Desfile del Pacto únicamente si sus madres lo han hecho o si una mujer mayor, normalmente una familiar, patrocina su participación.

Anoche, mi madre me contó emocionada el cotilleo que había escuchado en la fiesta del jardín. Faith creció en Brighton y su supuesta madrina, lady Carrington, ha patrocinado su presentación. Mamá me contó con todo lujo de detalles que Faith había sido, hasta hace poco, bailarina en el Ballet Real, una posición poco aceptable para una chica de alta sociedad. Corre el rumor de que Faith es la hija bastarda de lord Carrington. La madre de él, lady Carrington, no es la madrina de Faith, sino su abuela. Mas no es el único rumor acerca de Faith Fairchild.

El silencio entre nosotras es incómodo.

—Has crecido en el campo, ¿no? —le pregunto.

Faith me dirige una mirada venenosa.

—¿De verdad eres tan estúpida como para pensar que vamos a ser amigas?

No tengo ni idea de cómo responder.

—Mantente fuera de mi camino y yo haré lo mismo. Interponte en mi camino y lo lamentarás.

Le hago un saludo militar.

—Entendido, señora.

Vuelve a mirarme con odio.

En cualquier caso, me alivia compartir habitación con alguien que no siente la necesidad de fingir que vamos a ser todas amigas queridas cuando esto termine.

Poco después llega un torbellino de doncellas para prepararnos para el baile. Nos alistan y acicalan con tenacillas, aceites perfumados y tinte para los labios, como si nos vistieran para la batalla.

Aparecen unos carruajes negros con el sello de la reina en relieve pasadas las ocho y nos subimos dentro, dos por carruaje, pues las faldas son tan amplias que no cabemos más.

Mi doncella ha debido ajustarme al menos seis enaguas en la cintura y sé que estaré dolorida antes de medianoche por tener que cargar con el peso extra.

Faith mira por la ventana con la barbilla apoyada en la mano mientras pasan por nuestro lado las mansiones de Chelsea formando un borrón. Lleva un vestido azul aciano, del mismo tono exacto de sus ojos, con unos pendientes y collar a juego de topacio, ambos del ajuar real.

Mi vestido rosa clavel es una prenda con hombros descubiertos y con pliegues y bordados florales en la falda.

Sobre las clavículas luzco un collar pesado de diamantes perteneciente a la colección privada de la reina. Lo trajo una doncella a nuestra habitación y nos dijo que lo consideráramos una muestra de los mejores deseos de la reina por el comienzo de la temporada de las pretendientas del príncipe Bram. Mi corona de la Reina de Mayo reposaba brillante en mi mesita de noche y mi doncella la señaló y se ofreció a ponerla sobre mis rizos.

—No, no —insistí. La mera idea de atraer más atención después del espectáculo de ayer me revolvía el estómago.

Nuestro carruaje aminora el paso cuando nos aproximamos a la mansión Twombley, que está iluminada con docenas de antorchas

que resplandecen en la noche.

Hay una orquesta en el rellano abierto de la segunda planta y el baile en el interior de la casa palaciega está en pleno apogeo cuando entramos.

En la puerta nos dan carnés de bailes a todas, unos pequeños panfletos delicados con un diminuto lápiz amarrado con un lazo.

Como una mamá pata, la vizcondesa Bolingbroke nos acorrala y nos arrebata de las manos los carnés de baile, una a una.

—Recordad que no habéis venido a cortejar, jovencitas. No aceptaréis propuestas de baile, siempre deberéis estar en compañía de otras damas y bajo ninguna circunstancia podréis desaparecer de mi vista. Cualquier comportamiento que sea menos que impecable puede desembocar en el fin de vuestra consideración para la mano del príncipe.

Todas asentimos, pero Olive ya está girando la cabeza para observar la fiesta y Emmy ha conseguido una copa de champán. Me temo que la vizcondesa tiene mucho trabajo por delante.

—El príncipe estará aquí esta noche —anuncia—. Es vuestra primera oportunidad para causar una buena impresión en Su Majestad. Os sugiero que no la desperdiciéis.

Se produce un murmullo entre la gente cuando entramos las seis; todos estiran el cuello para mirarnos. Nuestros nombres y rostros aparecían en todos los periódicos de Londres esta mañana. Desde los duques y duquesas de esta sala hasta los muchachos que viven junto al Támesis, el anuncio de la reina Mor de que su hijo tomará una esposa durante esta temporada es el tema del que todos hablan. Mi victoria como Reina de Mayo fue un detalle particularmente comentado. Los susurros me persiguen mientras

avanzamos por la habitación. «Ahí va Ivy Benton. ¿Quién iba a decir que iba a lograrlo? Sin embargo, él no la elegirá nunca».

Veo a mi madre rodeada de mujeres que ríen en un rincón de la habitación y lleva en el rostro la sonrisa más amplia que he visto en meses.

El candelabro se refleja en la pequeña tiara que lleva en los rizos. Las piedras son de pasta, vendimos las verdaderas hace una década.

Al parecer, mi posición como una de las pretendientas del príncipe ha proporcionado a mi madre una aceptación inmediata en su antiguo grupo social. Una rabia que ya conozco por el hecho de que todos podamos ser alejados y después reaceptados como si nada brota en mí, pero la sofoco. Esto es solo un juego y cuanto antes lo acepte, más fáciles serán los próximos meses.

En ese momento, suena una trompeta, la banda baja el volumen y todos se detienen en la sala de baile.

El príncipe Bram entra en la sala acompañado por el príncipe Emmett; los dos le sacan casi una cabeza a todos los demás. Llevan abrigos negros a juego adornados con fajas celestes e insignias de la estrella de ocho puntas, el emblema de la familia real. Sus corbatas blancas están impecables y los zapatos, perfectamente abrillantados. Emmett y Bram no son hermanos biológicos, por supuesto, pero se parecen. El pelo del príncipe Emmett es varios tonos más oscuro, tiene los pómulos más altos y los labios más carnosos. Sus expresiones son diferentes también; Bram tiene los labios curvados hacia arriba, formando una sonrisa amplia y amigable, y Emmett los tiene hacia abajo, formando una mueca de aburrimiento. Juntos, forman un juego completo: Bram es el sol; Emmett, la luna.

La atención de todas las chicas de la sala está dividida entre ellos.

Ha sido tema de conversación entre nosotras durante años, con palabras susurradas cuando nuestras madres no escuchaban: «¿Eres una chica Bram o una chica Emmett?». Bram, alegre, amable y seguro, tiende a atraer a chicas que poseen las mismas cualidades. Es Emmett, con sus labios mordidos y sus ojos tristes, quien aparece en las fantasías de las arriesgadas. Las conversaciones siempre me han parecido estúpidas, pero aquí, golpeada por la fuerza de la presencia de los príncipes, empiezo a comprenderlas.

El príncipe Emmett permanece en los límites de la multitud mientras que Bram se dirige al centro de la pista de baile, ahora vacía.

—Me gustaría dar las gracias a nuestros atentos anfitriones, el conde y la condesa Twombley, por congraciarnos generosamente con las festividades de esta noche. —Señala el lugar donde se encuentran y estos hacen una reverencia humilde.

»Y me gustaría aprovechar esta oportunidad para agradecer a las seis jóvenes preciosas y hábiles a quienes tendré el placer de conocer durante esta temporada.

Nos hace un gesto para que nos acerquemos a él en el centro del salón.

Marion hace una reverencia. Parece lo correcto, así que el resto también la hacemos y de pronto toda la sala está aplaudiendo y el príncipe Bram sonríe.

—Espero con ganas pasar tiempo con vosotras y convertir a una en mi esposa.

Todas las personas presentes en el salón nos están mirando, algunas con pena, otras con celos, algunas otras con prejuicios, como si ya hubiera apuestas para adivinar quién se llevará el premio.

En alguno de los clubes sórdidos de caballeros seguramente sea así. Me pregunto cuáles son mis probabilidades. La competición de ayer me dejó tan agotada que no tuve tiempo para considerar cómo me sentiría aquí. Pero ahora, arreglada y exhibida, me siento desesperadamente fuera de lugar.

La música comienza de nuevo y Bram tiende la mano hacia Marion para bailar. Es la que está más cerca de él, por lo que podría tratarse de una simple conveniencia, pero duele de todos modos. Veo cómo Olive arruga el rostro, desolada, mientras que Greer parece confundida. Tan solo las caras de Emmy y Faith permanecen tan inescrutables como siempre.

Empieza una cuadrilla y, enseguida, el salón de baile se convierte en un remolino de gasas y sedas.

Mi madre ha desaparecido para chismorrear en alguna parte con sus amigas y mi padre está fuera fumando con los hombres. Siento un tremendo orgullo por haber sido la causa de su aceptación. Sin embargo, el salón me resulta sofocante con tantos cuerpos y apenas puedo soportar ver a Greer tratando de calmar a Olive, que está llorando a lágrima viva. No paso por alto que Greer gira su cuerpo y el de Olive ligeramente para que su rostro surcado de lágrimas quede a la vista del príncipe Bram.

Examino el salón y busco a las otras chicas de ayer, las que no consiguieron estar entre las seis mejores, pero no las veo. No sé si es que no habrán recibido invitación o si la decepción es tan grande que no son capaces de aparecer en público.

Fiona Devon y Althea Jones se acercan a mí. En una época nos habría considerado amigas, antes de que pasaran a ignorarme durante meses. Ninguna de las dos se presentó como pretendienta

de Bram, así que participan en una temporada normal de caza de esposo.

—Hola, querida —saluda Althea—. ¿Qué trato has hecho? —Va directa al grano, sin fingir cortesía o remordimiento.

—Tú primero. —Sonrío con dulzura. Este es el objetivo del baile de esta noche, a fin de cuentas: difundir las noticias de los pactos de todas las chicas.

Siempre me ha parecido injusto que los chicos puedan hacer sus tratos cuando quieran. Sin embargo, muchos los harán durante esta temporada, pactos astutos de negocios que les aseguren su herencia, fortalezcan sus propiedades o expandan su ya impresionante riqueza.

Althea, al igual que muchas de las chicas de esta sala, ha hecho un trato para ser más hermosa. Parpadea con sus pestañas ahora espesas.

—Oh, solo un pequeño retoque por aquí. —Se señala la piel perfecta—. Siempre tendré fríos los pies y las manos, pero no está tan mal. Estas casas grandes siempre están llenas de corrientes de aire de todos modos. —Le da un codazo en las costillas a Fiona, la más callada de las dos—. El de Fiona es ridículo. Cuéntaselo, Fee.

Esta se ríe tímidamente.

—Su Majestad ha mejorado mi voz para el canto, pero a partir de ahora vomitaré cada vez que vea ranas. Después de cuatrocientos años, creo que debe de estar quedándose sin ideas —añade—. ¿Y qué hay de ti?

—Yo no he hecho ninguno.

—¿No has hecho ninguno? —repite Fiona, confundida.

—Lo siento… si me disculpáis. —Doy media vuelta y camino a lo

largo de la pared, pensando en si podría escabullirme al jardín en busca de un momento de silencio para recomponerme.

Durante toda mi vida, cada vez que me sentía confundida, pensaba para mis adentros: «¿Qué haría Lydia?». O cada vez que fallaba en algo: «¿Qué haría Greer?». Pero Lydia está escondida y Greer se encuentra en una esquina con Emmy, riendo junto a una torre de champán, así que me siento del todo perdida.

Voy camino de la puerta abierta que da a la veranda cuando aparece la vizcondesa Bolingbroke delante de mí como una *banshee*.

—¿Adónde ibas? —me pregunta.

—Al aseo —respondo y redirijo mis pasos.

Será menos agradable que el aire fresco del jardín, pero tratándose de un momento a solas, es mejor que nada.

Ella asiente y mira el reloj que tiene encadenado a la cintura.

—Tienes cinco minutos. Su Majestad tiene intención de bailar esta noche con todas sus chicas.

Los sonidos del salón de baile quedan acallados en el pasillo enmoquetado. Agradezco el silencio, contar con un momento para respirar.

He llegado casi al extremo del pasillo cuando sale una mano de una habitación, me rodea la cintura y tira de mí hacia atrás.

Caigo contra un cuerpo al tropezarme con mi pesada falda. Quien me ha agarrado es lo bastante fuerte para evitar que caigamos los dos.

La puerta se cierra y me giro, aterrada, para enfrentarme a mi atacante con los puños en alto.

Tardo un momento en orientarme. El dormitorio al que me ha arrastrado está iluminado tan solo por una pequeña vela titilante.

—¿Su Alteza? —jadeo.

# 10



El príncipe Emmett se afloja la corbata del cuello.

—Lo siento —resopla.

Que me descubran en una habitación con el hermano de Bram durante un baile volvería a suponer mi ruina y todo mi esfuerzo habría sido en vano.

Él baja la mirada a mis manos, que tengo apretadas delante del pecho.

—¿Vas a golpearme? —pregunta.

Tenía un aspecto muy normal en el carruaje aquella noche, pero ahora es un verdadero príncipe. Los hombros anchos, los valles de sus mejillas y la nariz recta parecen tallados en mármol, pero hay un toque aniñado en él que los retratos nunca logran capturar.

La música apagada de la cuadrilla está llegando a su fin. No tenemos mucho tiempo antes de que la vizcondesa venga a buscarme.

Relajo las manos.

—¿Por qué no me dejas en paz?

Él se pasa una mano inquieta por el pelo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Emmett vacila.

Me recojo la falda para salir.

—Me voy.

Da un paso para bloquear la puerta.

Lo miro y odio su determinación de arruinar mi reputación. Se portó de forma horrible con Lydia en un baile como este. Tal vez solo conoce esta forma de entretenerse.

—No voy a ser una de tus conquistas.

Le doy un fuerte empellón en el hombro para moverlo, pero no lo consigo.

—Hay una fiesta ahí fuera llena de jóvenes bonitas que seguro que se mostrarán encantadas de que arruines su reputación. Ve a buscar a una.

Está decidido, no se mueve. Me mira con frialdad y se muerde el labio inferior.

—¿Hiciste trampas?

—¿Trampas? —pregunto con espanto.

—En la competición de la Reina de Mayo de ayer, ¿hiciste trampas? Tienes que contármelo. —Está asustado. Es una expresión extraña en alguien que normalmente se presenta con la expresión gélida de la élite del desapego. Se pasa de nuevo la mano por el pelo y este le cae por la cara. Entre eso y el pañuelo, si alguien nos encontrara en esta habitación, daría por sentado que se ha comportado como un libertino.

Lo empujo para pasar.

—Si me descubren contigo estaré acabada.

Él se yergue y suelta una risotada.

—Fuiste mucho más valiente la primera vez que nos encontramos.

Pongo los ojos en blanco.

—Tenía una herida en la cabeza.

—Me acuerdo. Arruinaste mi abrigo favorito.

—Es culpa tuya que estuviera sangrando.

—Tan solo tienes que darme las gracias.

—Te enviaré una tarjeta bonita con el abrigo nuevo que pienso comprarte.

—No hay ningún daño permanente, entiendo. Tienes buen aspecto.

Ladeo la cabeza para que vea la línea plateada de la cicatriz que recorre mi sien.

—Ha tenido mucho tiempo para curarse. —Mentí a mi madre, le dije que me había resbalado en la bañera y que por eso estuve amoratada durante semanas. Estaba demasiado preocupada por Lydia como para hacer más preguntas.

—No te imaginas lo feliz que me hace escucharlo —señala.

No tengo ni idea de qué está pasando dentro de mi cabeza. Lo único que sé es que necesito salir de esta habitación. Alcanzo el pomo de la puerta, pero él me detiene con una mano en el marco, por encima de mi cabeza, acorralándome.

—Dime la verdad y podrás volver al baile como si no hubiera pasado nada.

—Vuelve a buscarme y llévame a un lugar más privado.

El príncipe niega con la cabeza.

—No. Cuéntamelo ahora.

—No ha pasado nada aparte de tu intento fallido de seducción.

Se agacha para alinear sus ojos con los míos. Tiene la cara tan cerca de la mía que puedo ver la constelación de pecas suaves en el

puente de la nariz, las pestañas espesas que enmarcan sus ojos afilados.

—¿Crees que intento seducirte? Si estuviera intentando seducirte, lo sabrías. —Parece aliviado de verme por fin quieta. Me dan ganas de darle una patada en la espinilla—. Una vez más te lo pregunto: ¿hiciste trampas?

—No. No hice trampas. Ahora, si me disculpas, me voy a bailar con Bram.

Giro el pomo de la puerta, pero Emmett mete la mano para evitar que la abra.

—Espera… oigo voces. —Pero no es lo bastante rápido y la puerta se abre, haciendo que todo el peso del cuerpo de Emmett caiga sobre mí.

Nos tambaleamos por la puerta abierta al pasillo. Sus piernas se enredan con mi falda y yo aterrizo con fuerza de espaldas, con él encima de mí.

Maldigo entre dientes e intento rodar debajo de él. El príncipe resopla y me empuja para que me levante.

Tengo que darme prisa, si nos descubren así…

De pronto oigo pasos en el fondo del pasillo.

—¿Hermano? ¿Lady Ivy? —Bram se queda inmóvil, paralizado por la confusión de vernos juntos.

Me arden las mejillas por la vergüenza que rápidamente da paso al pánico. Emmett me tiende otra mano, pero la rechazo y me impulso para levantarme del suelo.

—Puedo explicarlo, yo…

Entonces, detrás de Bram aparece otra persona.

Las lágrimas brotan de los ojos de Faith Fairchild al vernos al

príncipe Emmett y a mí, ambos sin aliento, como si hubiéramos caído en una trampa.

Espero que se vuelva hacia Bram, pero entonces fija la mirada en un único lugar. Se le rompe la voz al pronunciar su nombre, como si lo hubiera hecho un millón de veces antes.

—¿Emmett?

# 11



Faith gira sobre sus talones y Emmett corre detrás de ella, dejándome a solas con Bram. Por un momento, nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—Lo siento… —balbuceo en el momento exacto en el que habla él.

—¿Estás bien?

—Yo… ¿qué? —Esperaba una reprimenda, indignación, cualquier cosa excepto la preocupación sincera en el rostro del príncipe.

»Puedo explicarlo —digo por fin—. Me he equivocado de puerta. Su Alteza estaba saliendo en el mismo momento en el que yo entraba. Nos chocamos.

—De acuerdo. —Me mira con una amabilidad sorprendente. Hay en su semblante una calidez que no esperaba—. ¿Te gustaría bailar?

—Sin duda me quitaría de encima a la vizcondesa Bolingbroke.

El príncipe Bram se ríe y toda su cara se ilumina. Estoy lo bastante cerca para ver cómo se arrugan sus ojos por las comisuras.

—Es una criatura temible, ¿verdad? Nunca te abandonaría a su ira. ¿Bailamos? —Me tiende una mano enguantada y la acepto.

El salón de baile brilla como una copa de champán, completamente bañado por la luz dorada de las velas.

El príncipe Bram me conduce al borde del suelo de parqué cuando

la orquesta comienza un vals vienés. Nunca he bailado con un chico, no tenía permiso hasta presentarme oficialmente en sociedad, pero Bram es un guía estable incluso con mis pies inseguros.

En el pasado, cuando mis padres todavía celebraban fiestas nocturnas y Lydia y yo teníamos que quedarnos arriba, oíamos la música ascender desde la planta baja. Nos tomábamos de la mano y dábamos vueltas hasta que la gravedad nos separaba y aterrizábamos en el suelo, una encima de la otra, riendo.

Es diferente ahora, con los hombros anchos de un joven bajo mis manos. Su espalda sube y baja bajo mis manos y noto un aleteo en el pecho.

Soy una pareja de baile extraña. No sé qué hacer con las piernas o hacia dónde mover la cabeza. No resulta de ayuda que siga sonrojada por la frustrante confrontación con Emmett. Piso dos veces a Bram, pero él no dice nada.

—Eres un buen bailarín —le adulo con el corazón en la garganta.

Él sonríe mientras nos hace girar en un amplio círculo alrededor de la pista.

—He tenido mucha práctica.

Examino la sala de baile en busca de Emmett y Faith, pero no han regresado. En mi distracción, me tropiezo, pero Bram no deja que me caiga.

—¿Se conocen tu hermano y la señorita Fairchild? —me atrevo a preguntar.

—No me corresponde a mí contar sus secretos.

Arqueo una ceja.

—Secretos… qué escandaloso.

Él suelta una carcajada suave.

—Parece que el escándalo es la afición preferida de mi querido hermano.

La canción termina y el príncipe Bram hace una reverencia. Se dispone a retirarse.

—¡Espera! —exclamo. No soy una romántica, no creo que Bram me escoja a mí, pero… siento una inevitable atracción hacia él. Me siento completamente fascinada por este chico de sonrisa fácil que me curó la mano con magia como si fuera algo tan sencillo como respirar.

Se vuelve hacia mí con expresión interrogante.

—No tuve oportunidad de darte las gracias por el pañuelo.

Frunce el ceño, confundido.

—¿Qué?

—Ayer me ataste un pañuelo en la mano para detener el sangrado. Quería darte las gracias.

Una sonrisa se dibuja en sus labios. Parece tan humano que sería sencillo olvidar que no lo es. Inclina la cabeza con timidez.

—Gracias a ti por creer que puedo ser alguien por quien valga la pena sangrar, lady Ivy.

Dos canciones más tarde, Faith aparece para bailar con Bram. Es una bailarina hermosa, igual a él en todos los aspectos, pero tiene los ojos enrojecidos.

Emmett ha desaparecido por completo.

La casa Caledonia es una pesadilla cuando nosotras seis y la vizcondesa nos apretamos dentro como sardinas enlatadas. Hay jaleo antes de ir a la cama mientras Bolingbroke va de habitación en

habitación contándonos como si fuéramos gallinas. Pero siempre hay alguien que está en el baño, así que nos falta una y ella se enfada, convencida de que estamos gastándole una broma.

Cuando termina la reprimenda, Olive se pone a llorar porque no está su muñeca, que Marion encuentra aplastada en el fondo de su baúl.

Cuando todo se ha calmado por fin, Emmy despierta de nuevo a toda la casa al trompicar escaleras abajo al ir a buscar algo que comer a medianoche. («Me da hambre por la noche y no he contado bien los escalones»). Encendemos una vela, cortamos un poco de pan y le vendamos el tobillo antes de volver a la cama.

Es bien pasada la medianoche cuando me despierto de golpe y veo a alguien de pie encima de mí con una mano sudada sobre mi boca. Por un momento, creo que es una de las otras chicas, que me está gastando una broma, pero la persona que está encima de mí no se está riendo.

Pataleo con fuerza y alzo los puños, pero en el tiempo que tardan mis ojos en aclimatarse a la oscuridad, veo a mi doncella con los dedos sobre la boca para hacerme un gesto de silencio.

—Me ha enviado Emmett. Ven rápido, ya —susurra.

Miró a Faith, que duerme profundamente.

—Dile que no hice trampas y que no voy a besarle. Voy a dormir —murmuro.

Ella frunce el ceño.

—Tengo instrucciones de informarte de que, si no vienes conmigo, vendrá él aquí.

Gruño y me incorporo para salir de la cama, decidida a terminar todo este asunto con él de una vez por todas.

Me conduce por el oscuro Kensington Park, cruzamos un jardín hacia el invernadero, un espacio cavernoso con árboles cítricos. El olor a flor de naranjo me golpea como un muro y, en la oscuridad, los árboles se estiran hacia el techo como esqueletos flacuchos.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

La chica se vuelve hacia mí y la luz de la luna le alumbra el rostro. Tiene el rostro pulcro y el pelo castaño recogido en un moño. Me pregunto si será otra de las chicas de Emmett.

—Charlotte Milbank, pero todos me llaman Lottie.

Sus pasos son rápidos y seguros, como si esta fuera una ruta que conociera bien. Se detiene delante del naranjo más grande, uno cuyas hojas rozan el techo de cristal, y se aparta a un lado para dejar a la vista una puerta anodina.

—No tengo farol. Has de permanecer muy cerca.

Extiendo los brazos y noto la piedra fría y rugosa a mi alrededor, por todas partes.

Estamos en un túnel.

Mi respiración agitada y el rechinar de nuestros pies en el suelo de tierra son los únicos sonidos mientras recorremos los túneles serpenteantes.

Antes de que pueda preguntar dónde estamos, Lottie presiona una grieta de la pared, que se abre para dejar al descubierto una habitación.

De pronto, noto una ráfaga de aire fresco y una mano fuerte sobre la mía que me ayuda a cruzar el vano. La habitación en la que hemos entrado es cálida, acogedora incluso, con pilas tambaleantes de libros y paredes cubiertas de tapices.

—Buenas noches —saluda Emmett con una sonrisa exasperante,

como si nunca hubiera dudado de que vendría.

Contra la pared opuesta a la chimenea hay una cama con dosel cubierta con una colcha verde bosque. *Estamos en su dormitorio.*

Estoy demasiado nerviosa para sentarme y no quiero dar a Emmett la impresión de que tengo intención de quedarme, así que me coloco cerca de la chimenea, al lado de la puerta.

Algo cruje entre las sábanas y doy un grito, sobresaltada.

—¿Qué es eso?

Emmett mete ambas manos en la colcha y levanta a una criatura diminuta que no para de moverse, con el pelo desgreñado y unos ojos que sobresalen demasiado de su cráneo.

—Esta noble bestia es Cerdo.

Emmett se lleva el perrito contra el pecho y le da un beso en lo alto de la cabeza peluda.

—Bram tiene sus perros de caza. Yo tengo a Cerdo. Mi padre me lo regaló por mi quinto cumpleaños. Según cuenta la historia, me eché a llorar y le pregunté por qué me regalaba un cerdito, y el nombre se le quedó. Se queda casi siempre en mi habitación. Parece que no le gusta el olor de la reina.

Su padre, el marido de la reina.

—Debéis de tener una relación muy estrecha tu padre y tú —comento.

Se vuelve de pronto para reordenar una pila de libros que tiene cerca.

—Algo así —contesta con voz tensa.

Cuando se gira de nuevo, ha vuelto su talante bravucón.

—Me dijiste que te trajera a un lugar más privado. Que no se diga que dejo las cosas a medias.

—Estaba hablando hipotéticamente. No esperaba que tus secuaces vinieran a secuestrarme.

Lottie se ríe.

—Esta secuaz se va a la cama, ¡buena suerte a los dos!

—No, ¡llévame contigo! —protesto.

Lottie no me hace caso. Cierra la puerta secreta y nos deja a Emmett y a mí a solas.

Lo miro fijamente, aunque no resulto muy intimidante con mi camisón con ribetes de encaje.

Emmett frunce el ceño y se sienta en el borde de la cama.

—¿Por qué te desagrado tanto?

—Yo…

—Y no digas que es porque te atropellé porque no lo hice.

—¡Podrías haberme matado!

Resopla y se retrepa para mirar el techo.

—Vamos a tener que buscar algún punto en común.

—Si te cuento el motivo, ¿dejarás que me marche? —pregunto.

—No eres mi prisionera. Pero admito que tengo curiosidad.

Me escuecen los ojos por el recuerdo. Fue como si la mano de Emmett hubiera sofocado una luz dentro de Lydia. Una parte de mí siempre lo ha culpado a él por cómo se rompió todo después de aquello.

Sucedió hace dos años. Yo era demasiado joven para asistir a eventos, pero seguía despierta, estaba en el salón leyendo con mi padre cuando mamá y Lydia cruzaron la puerta a una hora demasiado temprana para regresar de un baile. Era la primera temporada de mi hermana, poco después de hacer su trato y de la presentación en el Desfile del Pacto, antes de que las cosas

empeoraran para ella.

Lydia se echó en los brazos de mi padre, su cuerpo era presa de unos enormes sollozos. Corrí a arrodillarme a su lado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Mi madre tenía la cara roja y hablaba demasiado rápido.

—No estoy segura. En un momento era la reina del baile y estaba danzando con el mismísimo príncipe Emmett y, al momento siguiente, se tambaleaba y huía de la fiesta en este estado. ¿Qué ha pasado, querida?

Lydia subió corriendo las escaleras, llorando.

—¡Dejadme en paz! —gritó.

Yo pedí una taza de té y unos minutos más tarde llamé suavemente a la puerta de su cuarto. Entré y la vi llorando, todavía con su vestido arrugado.

—Voy a matarlo cuando te dé este té, así que más te vale decirme qué te ha hecho —dije.

Me miró con la cara arrasada por las lágrimas.

—Estábamos bailando y todo iba bien. Pero entonces… —hipó—. Me pidió que nos viéramos a solas en el jardín. Cuando le dije que no, me dijo que este no era mi lugar, que me marchara a casa.

—Muy bien, voy a matarlo.

Lydia soltó una risa entre lágrimas.

—Seguro que lo encuentras en el jardín con cualquier otra chica.

Más tarde me contó que resultaba especialmente desolador porque sospechaba que él tenía razón. Noté lo mucho que le habían afectado sus palabras.

Lo he odiado desde entonces.

Me vuelvo ahora hacia Emmett, que tiene el rostro ilegible bajo la

luz suave de su habitación.

—Hace dos años, intentaste seducir a mi hermana en el baile de los Vaughn y, cuando ella te rechazó, le dijiste que este no era su lugar. Se pasó toda la noche llorando.

Emmett se incorpora con una mirada confusa en la cara mientras rebusca en su memoria.

—¿Lydia Benton? ¿Cuándo fue? —Entonces pone mala cara—. Oh…

—¿Conque te acuerdas?

—Sí, pero no es lo que piensas.

Busco la puerta oculta.

—Te he dicho por qué no me gustas. Ahora, por favor, deja que me vaya. Ese era el trato…

Emmett me interrumpe:

—Estaba hiperventilando.

—¿Qué?

—Lydia. Estaba hiperventilando cuando le pedí que bailara conmigo.

—Me parece cruel sacar a una chica sin aliento a bailar.

—No, no fue así. La vi sentada sola en la esquina, asustada. Yo sé lo que se siente en esas fiestas horribles. Toda esa gente mirándote como si fueras algo que está a la venta, esperando a que hagas algo interesante para poder cotillear. Yo intentaba darle una vía de escape.

—Eso no explica el resto.

Emmett suspira.

—Le pedí que viniera conmigo al jardín para que pudiera recuperar el aliento.

Niego con la cabeza.

—Le dijiste que este no era su lugar.

Emmett levanta las manos en el aire, frustrado.

—¡Fue un cumplido! ¡Odio prácticamente a toda esta gente horrible!

—Vaya. —Al fin empiezo a entender que Emmett solo intentaba hacer lo correcto. No me gusta sentirme así de estúpida.

—Sí, vaya. —El príncipe se levanta de la cama y cruza la habitación hasta mí—. ¿Me toca ya?

Me miro los pies descalzos y llenos de barro.

—Supongo que es lo justo.

—Bram me dijo que eres una bailarina terrible —comienza.

—¿Me sacas de la cama en mitad de la noche para decirme esto?

—¿Y qué?

—¡Soy más que mi forma de bailar! —protesto y el enfado vuelve con toda su fuerza.

—Sí, pero vas a tener que bailar una y otra vez durante la temporada. ¿Quieres parecer una boba?

—Estás desviándote del tema. —Pero no está equivocado.

—No, estoy proponiendo una solución. Hablamos mientras te enseño a bailar. Dos pájaros de un tiro y volverás a la cama dentro de una hora.

—¿Y si digo que no?

—Soy tu única esperanza para regresar por esos túneles. Puedes probar a entrar por la puerta principal, pero los sirvientes hablarán. ¿Ivy Benton saliendo de la habitación de Emmett De Vere en su primera noche de competición por conseguir la mano de su hermano? Vaya, menuda historia.

—Creía que estabas intentando demostrarme que no eres una persona horrible.

Arquea una ceja.

—Yo no he dicho que no sea una persona horrible.

Resoplo, frustrada, y extiendo mi mano hacia él.

—De acuerdo.

Da un paso adelante, me rodea la cintura con el brazo y toma mi otra mano con la suya.

Tengo el pelo suelto, alrededor de los hombros, y el calor que mana de él penetra la tela fina de mi camisón.

Empieza a contar con voz suave.

—Vamos a empezar por lo básico. Uno, dos, tres, uno, dos, tres.

Apenas nos estamos moviendo, pero me cuesta mantener el equilibrio.

—Deja de mirarte los pies —me indica—. Aquí arriba, mírame a mí.

Ahí están esos ojos de nuevo, mirándome como si intentara deshacer un nudo.

Adoptamos un ritmo. *Paso, deslice, paso.*

—Vamos a jugar a un juego. Cada uno hace una pregunta. Respondemos la verdad. Uno y luego el otro.

Algo sencillo por una vez.

—Trato hecho.

—Las señoritas primero.

—¿Por qué no me dejas en paz? —Me tambaleo, pero sus brazos firmes me mantienen derecha.

—Porque necesito que ganes. Tengo intención de ayudarte.

—¿Por qué…?

Niega con la cabeza.

—Me toca —replica—. ¿Por qué llevabas botas ayer?

—Mi familia es demasiado pobre para permitirse unos zapatos nuevos. —Siento que es una traición hacia ellos admitirlo—. ¿Por qué necesitas que gane?

*Paso, deslice, paso.*

—El trabajo de mi padre depende de ello. ¿Eso fue lo que pediste en el pacto? ¿Algo para ayudar económicamente a tu familia?

Le piso el pie y hace una mueca.

—Intenta que tus pasos midan lo mismo todas las veces.

—No hice ningún pacto —respondo—. ¿Cuál fue el tuyo? —Cumplió dieciocho años hace meses, seguro que ya ha hecho uno.

Sacude la cabeza de forma casi imperceptible.

—Yo nunca haré ningún trato —murmura—. ¿Por qué no hiciste tú uno?

No sé cómo explicarlo de forma breve.

—Lo intenté. Le pedí que deshiciera el trato de mi hermana, pero me dijo que no podía. Yo no deseaba ninguna otra cosa.

—¿Nada?

Niego con la cabeza.

—No es tu turno.

—No me has preguntado nada. He pensado en aprovechar la oportunidad. —Hay un esbozo de sonrisa en la comisura de sus labios.

—¿En qué trabaja tu padre? —pregunto—. ¿Por qué depende de mi victoria?

—Es hora de intentar girar. —Me guía en un amplio círculo—. Deja de intentar guiar tú.

—¡No estoy intentando guiar! Otra vez te desvías del tema.

—Mi padre desea construir un mundo mejor que este. Yo comparto su deseo.

Me estoy frustrando cada vez más.

—¿Qué demonios tiene eso que ver conmigo?

Hay una tormenta rugiendo en los ojos de Emmett. Se está guardando muchas cosas, así que decido poner mis cartas sobre la mesa.

—¿Quieres la verdad? La desaparición de mi hermana no solo la arruinó a ella, sino a toda nuestra familia. Estamos mancillados. Somos infames. El hazmerreír. Yo no tenía ninguna posibilidad de recibir invitaciones esta temporada sin esta competición. Mi hermana no recuerda su trato, ni nada de las semanas que pasó desaparecida, y yo no puedo evitar tener la sensación de que está todo relacionado. Pensaba que, si podía hacer que la reina lo revirtiera, si podía devolver a mi hermana sus recuerdos, tal vez empezaría a sanar. Pero entonces la reina anunció la competición para lograr la mano de Bram y vi, por primera vez en meses, una oportunidad de ayudar a mi familia a recuperar su buena reputación en sociedad. Vamos a perder nuestra casa. Las granjas que tiene arrendadas mi padre son una ruina. Sus socios no querían hablar antes con él, pero ahora podrían hacerlo. Él podría conseguir un préstamo. Yo podría arreglar las cosas. Mi madre podría dejar de llorar tanto.

Los pasos de Emmett son ahora más lentos. Hemos dejado de bailar, pero sigue sujetándome entre sus brazos.

—¿No ha deshecho el trato de tu hermana? —susurra.

—Me dijo que no se puede deshacer el trato, que no funciona así. Y la odio por ello. Odio las cosas que le ha hecho a mi familia y a

todos los demás. La odio. Sería una princesa terrible por ello. Bram no va a elegirme. No debería.

Emmett entrecierra los ojos.

—¿La odias?

—Más que a nadie en el mundo.

—¿Y quieres deshacer el trato de tu hermana?

—Es lo que acabo de decir, ¿no?

—Nos necesitamos, tú y yo.

El corazón se me acelera.

—¿A qué te refieres?

—El pacto de mi padre fue este. —Señala vagamente los muros de palacio a su alrededor—. Mi madre murió en el parto. Durante los primeros ocho años de mi vida, tan solo estuvimos mi padre y yo. Él me leía libros, jugábamos en el jardín, luchábamos con espadas de madera. A veces ni siquiera sé qué recuerdos son reales y cuáles me he inventado yo. Todo está bañado de una luz difusa. Él era todo cuanto yo tenía. Y entonces se casó con la reina Mor y negoció para legitimarme a mí como príncipe. El coste fue que nunca podría volver a hablar conmigo. De pronto, yo estaba solo en unas habitaciones de palacio grandes y con corrientes de aire, con soldaditos de plomo y una institutriz como única compañía. No lo entendía. Sigo sin entenderlo del todo. He tenido una infancia solitaria y después una adolescencia solitaria. Hasta que apareció Bram no recordé lo que se sentía al tener una familia.

—Te doy el pésame, pero no sé qué tiene que ver eso conmigo —admito, confundida.

Emmett pone los ojos en blanco.

—¿Siempre eres tan impaciente?

—No. —«Sí».

—Tenía doce años cuando empecé a encontrar las notas escondidas en los libros. Mi padre, incapaz de hablar conmigo de ningún otro modo, empezó a doblar las esquinas de las páginas y a subrayar palabras y frases. Se estaba comunicando conmigo. Tardé años en juntarlo todo. Quiere derrocar a la reina.

Se me hiela la sangre en las venas. ¿Derrocar a la reina? Si ella descubriera aunque solo fuera un indicio de rebelión, estaríamos todos acabados. Ha ahorcado a gente en la Puerta de los Traidores por mucho menos.

—¿Cómo? —me sale como un suspiro.

—He pasado los últimos seis años investigando. Los libros sobre los Otros están prohibidos, quemaron la mayoría hace mucho tiempo, pero, por lo que he podido deducir, un pacto de hadas se puede romper de dos maneras. La primera es que el hada que hizo el trato acepte deshacerlo. Obviamente, esto es muy improbable que suceda.

Mi mente vuelve al libro de la señora Osbourne, convertido en cenizas en la chimenea de la cocina.

—Pero ¿hay otra forma?

—Un pacto de hadas es nulo si el hada que lo hizo viola los términos de su propio pacto. El primer trato de la reina Mor fue con el rey Eduardo en el campo de batalla. Ese trato la convirtió en reina. Todos los pactos posteriores los ha hecho la reina con sus súbditos.

Tomo aliento ahora que empiezo a comprender.

—Lo que significa que, si podemos hacer que viole los términos del trato que hizo con el rey Eduardo, todos los demás serán nulos.

Todo el sistema se derrumbará.

Emmett sonríe.

—Exacto.

—Pero ¿cómo vamos a conseguirlo?

—Primero tenemos que averiguar cuáles fueron las palabras exactas de aquel pacto. Y creo que mi padre ya lo ha hecho.

Emmett cruza la habitación hasta su escritorio y saca un montón de papeles, páginas arrancadas de libros, pedazos rotos de tela con garabatos escritos con tinta. No entiendo cómo podría nadie encontrarle sentido a todo eso, pero Emmett comienza a colocarlos sobre el suelo en un orden que, claramente, él comprende.

*Toda Inglaterra, tuya para mandar,*
*las ciudades, valles y campos de azahar.*
*El dos veces coronado es de todos gobernante.*
*mientras tu corazón lata, tú regirás a los habitantes.*
*Estos términos no concluirán,*
*un soberano dos veces coronado reinará hasta el final.*

—¿Qué te parece? —pregunta Emmett.

—Es poesía mala.

—No es lo que intento decir.

Las palabras resuenan en mi cabeza.

—¿Dos veces coronado? Es una frase extraña.

Emmett asiente.

—Ese fue su engaño. Eduardo pensó que se refería a él, coronado una vez en el campo de batalla y una vez en el Palacio de Eltham. Pero se refería a ella, coronada una vez como reina del Otro Mundo y otra vez como reina aquí.

—¿Cómo vamos a romperlo? El rey Eduardo está muerto.

—Pero su pacto persiste. Ella te ha coronado a ti como Reina de Mayo. —Emmett se inclina hacia delante y sus ojos titilan a la luz del fuego—. Si vences, volverás a ser coronada como princesa. «El dos veces coronado» será ahora «los dos veces coronados». Su trato será nulo.

La cabeza me da vueltas.

—Pero ¿por qué coronaría a alguien como Reina de Mayo si ello pudiera resultar una amenaza para su reinado?

—Han pasado más de cuatrocientos años. A lo mejor ya está satisfecha y se ha olvidado. O puede que esté segura de que la persona que ganó como Reina de Mayo no va a resultar elegida como esposa de Bram. Tenemos que asegurarnos de que Bram esté tan enamorado de ti que, aunque su propia madre le diga que no puede tenerte, él se fugue para casarse. Tenemos que conseguir que te ame. Que te quiera de verdad.

Una sensación incómoda se arremolina en mi vientre. Sedición, engaño, riesgo para mi familia; pondría en peligro todo lo que siempre me ha importado por una suposición.

Emmett debe de sentir mi duda, porque se inclina hacia mí.

—Tienes que ser tú, Ivy. Esta es nuestra única posibilidad de derrocarla, de crear una Inglaterra libre de sus pactos y de su crueldad. Podríamos llevar este país al mundo moderno.

—¿Qué le parece todo esto a Bram? ¿Por qué no se lo cuentas?

—Bram quiere a su madre demasiado como para traicionarla. Y, aunque quisiera, los Otros no pueden mentir. No puedo contarle esto. Sería un riesgo demasiado alto para todos.

—Yo… —balbuceo, pero no hay forma de verbalizar la tormenta me

asola por dentro. Esto es demasiado.

—Eres la única esperanza que tengo.

Cruzo la habitación con paso ansioso.

—Mi familia nunca pensó que encontraría esposo, ni siquiera en los buenos tiempos. Soy rara y terca, y no soy una belleza como mi hermana o las otras chicas de la competición. ¿Cómo voy a conseguir que un príncipe se enamore de mí?

—No te ves con mucha claridad, ¿eh?

Me detengo y me quedo quieta por fin, pero él me ha estado mirando todo el tiempo.

—¿De verdad solo intentabas ayudar a Lydia aquella noche? —pregunto.

Parpadea despacio y asiente.

—Parecía necesitar un amigo.

—¿Y la noche que me atropellaste? ¿Yo también parecía necesitar un amigo?

«¿Sabes? Eres muy bonita».

Se ríe como si acabara de contarle un chiste.

—Eso fue distinto.

Un silencio incómodo se extiende entre nosotros y se acerca a mí.

—Tengo miedo. —Me parece correcto decirle la verdad.

Emmett apoya ambas manos en mis hombros y su peso agradable me sostiene.

Su voz es calmada y seria, pero sus ojos brillan como el carbón en el fuego.

—Si dejas que te ayude, podrías ser reina, Ivy Benton.

# 12



Las demás chicas y yo pasamos el día siguiente en clases de etiqueta, pero apenas puedo concentrarme y la conversación con Emmett de la noche no para de repetirse en mi cabeza.

Esa noche, nos convocan en los aposentos privados de la reina para cenar.

Ella está sentada en el extremo de la mesa, con un vestido de seda verde tan oscuro que casi parece negro y una tiara de perlas en el cabello oscuro. Detrás de ella hay una hoguera encendida que llena la sala de un calor sofocante. Hay un candelabro cubierto de gardenias y orquídeas blancas. Veo un escarabajo verde iridiscente moviéndose entre los pétalos para esconderse.

—Señoritas, entrad —se dirige a nosotras con tono frío mientras entramos en el salón como una bandada de pájaros.

Faith y yo no hemos hablado desde ayer. Ha estado evitando mirarme, pero ahora está sentada a mi lado.

La reina saca el periódico de esta mañana y lo coloca sobre la mesa.

—Parece que ya habéis causado un gran revuelo.

Miró por encima del hombro de Faith para ver mejor. En negrita, el titular dice: **LAS SEIS**.

La reina toma el periódico y empieza a leer:

—«Las encantadoras jóvenes causaron impresión en el baile del conde Twombley en su primera aparición en sociedad como pretendientas oficiales del príncipe de Gales».

La puerta del comedor se abre y entra Bram, cuyas botas dejan huellas de barro en la alfombra.

—Madre. —Se agacha y le da un beso a la reina Mor en la mejilla. Después se vuelve y nos hace una breve reverencia a nosotras—. Señoritas, me disculpo por mi retraso.

—¿Cómo ha ido el tiro, querido? —pregunta la reina Mor con un afecto en la voz que nunca antes había oído.

Bram se desploma en la silla vacía que hay al lado de ella.

—Terrible, pero debo admitir que siempre siento un poco de alivio cuando los pájaros escapan con vida.

Un desfile de sirvientes con guantes blancos entra en el salón para servirnos, pero la reina permanece sola en la cabecera de la mesa, sin ningún plato delante.

Comemos sumidos en un silencio incómodo durante unos minutos, excepto Bram, que parece imperturbable. Lleva un anillo de oro en cada dedo y estos repiquetean contra la copa de vino cada vez que bebe.

La reina nos mira y tuerce la boca dibujando una sonrisa inquietante. A la luz de las velas, su piel pálida como la luna parece casi luminiscente.

—Como madre, priorizo la felicidad de mi hijo por encima de todo.

—Oh, qué vergüenza —protesta Bram de buen humor—. Te lo suplico, no me hagas parecer un niño mimado de mamá.

Ella lo mira y arruga la nariz, una expresión que resulta poco

natural en su rostro hermoso.

—No me importaría.

Se vuelve hacia nosotras.

—Es mi mayor deseo asegurarme de que Bran termina esta temporada con el mejor matrimonio posible. Tan solo contamos con doce semanas y durante ese tiempo mi hijo estará viajando entre Londres y Oxford, pues está terminando sus exámenes. Debido a ello, ha hecho una lista de características que busca en una esposa y ha sido tan generoso de permitir que yo le aconseje. —Hace un gesto a su hijo—. Cuéntales, querido.

Bram le da otro sorbo al vino y se saca un papel del bolsillo del pecho.

—Busco a una mujer inteligente, entregada, honesta y decidida.

Se vuelve a meter el papel en el bolsillo y su madre continúa:

—Durante vuestra estancia, tomaréis lecciones con la vizcondesa Bolingbroke y conmigo. Yo os evaluaré en las características que ha pedido mi hijo y le daré mi consejo sobre quién será la mejor esposa…

—Aunque la decisión final es mía —la interrumpe Bram.

La reina le da una palmada en el brazo.

—Por supuesto, querido mío.

Me muevo incómoda al recordar lo que me dijo Emmett anoche. Debemos hacer que se enamore tanto de mí que no le importe lo diga su madre.

El reloj marca las diez cuando apartamos las sillas de la mesa y nos levantamos para salir. Casi hemos llegado a la puerta cuando la reina carraspea. Nos detenemos.

—Chicas, esperad un minuto.

Bram se detiene en la puerta.

—Tú no, querido, vamos a tratar asuntos de mujeres —indica la reina.

Nos quedamos solas con la reina, que nos hace un gesto para que regresemos a la mesa.

—No hay necesidad de que Bram conozca los detalles de nuestras lecciones. Los hombres son criaturas muy sensibles. No como nosotras. —La luz del fuego se refleja en su tiara y me doy cuenta de que estaba equivocada. No tiene perlas, sino dientes humanos.

—Sí, señora —respondemos todas.

La reina Mor toma su copa de vino vacía y se la pasa a Emmy, que es la chica que tiene más cerca a su derecha.

—Una lágrima para asegurar tu silencio.

Nos miramos todas, incómodas, pero las demás lo saben tan bien como yo: no tenemos elección en esto si queremos seguir siendo consideradas como posibles esposas de Bram.

—¿Quiere que llore? —pregunta Emmy.

—Solo una lágrima.

Emmy duda, después se arranca una pestaña con la fuerza suficiente para que se le humedezcan los ojos. Una lágrima gruesa cae por el borde de la copa.

Marion abre los ojos mucho hasta que se le secan lo suficiente para llorar y, a su lado, Olive y Faith hacen lo mismo.

Greer está intentando hacer lo mismo, pero no lo consigue.

—Pégame —me pide.

Yo dudo.

Me maldice en voz baja y luego se pega tan fuerte en la cara que solo verla me hace llorar también a mí. Me pasa la copa y derramo

una lágrima dentro.

La reina nos mira y sonríe.

—Qué chicas más buenas sois.

Cuando nos levantamos para salir, la reina tira la copa al suelo y esta se rompe. No creo que necesitara nuestras lágrimas para la magia, tan solo quería vernos sufrir. Siento un malestar que me sube por la garganta.

Un sirviente con una bandeja de plata pasa por mi lado cuando casi he salido. Me vuelvo y miro a la reina directamente a los ojos cuando el criado levanta la campana del plato.

Dejamos a la reina sola para que cene y solo cuando la puerta se cierra me doy cuenta de lo que era: un cuenco de leche y miel.

# 13



Nos despertamos a la mañana siguiente envueltas en un torbellino de actividad en nuestra pequeña casa. La cocinera está abajo con un ejército de criadas preparando un copioso desayuno en el comedor. Tres doncellas, una por cada habitación, nos despiertan a todas y se disponen a hacernos complejos recogidos en el pelo y a colocarnos corsés y vestidos delicados de seda proporcionados por la Corona para nuestra temporada. La cara de Lottie no delata nada de nuestro encuentro secreto.

Una vez vestidas y alimentadas, unos sirvientes nos conducen por el jardín húmedo hacia el palacio principal, donde la vizcondesa Bolingbroke nos espera en un salón.

—Bienvenidas a vuestra primera lección de etiqueta, chicas —anuncia cuando nos sentamos en unos incómodos sofás bordados con las faldas desplegadas a nuestro alrededor—. Estas lecciones funcionarán en conjunto con las de Su Majestad para asegurar que la joven que elija Bram esté preparada para los deberes reales que le aguardan.

Espero poner una mesa o aprender historia de Inglaterra, pero, en cambio, nos guía por una serie de ejercicios extraños y nos adiestra durante horas en acertijos, matemáticas y juegos de palabras.

Nos proporcionan pupitres y hojas de papel. Nunca se me ha dado bien permanecer sentada en la escuela y no dejo de distraerme y de mirar por la ventana la hierba verde de Kensington Park. Hay mucho jaleo hoy, muchas institutrices empujando carritos de niños y mujeres haciendo girar sombrillas de seda. Mi mente no para de regresar a Emmett. ¿Cómo voy a hacer que Bram se enamore de mí cuando no nos han permitido pasar tiempo juntos?

Pienso en qué estarán haciendo mis padres ahora mismo. ¿Y Lydia? ¿Le habrán contado que vamos a perder la casa?

La vizcondesa Bolingbroke golpea mi mesa con el nudillo huesudo.

—¡Concéntrate, Benton!

Marion inclina ligeramente su hoja hacia mí y copio sus respuestas.

Bram dijo que quería una chica que fuera inteligente.

Después del té, nos reunimos en el jardín sur. La reina está rodeada de un grupo de doncellas que se abanican con abanicos de plumas junto a una torre de copas de champán. En los alrededores de la multitud, veo a Bram y a Emmett.

La fiesta se silencia cuando llegamos. Oigo susurros de «las seis».

Es la vizcondesa Bolingbroke quien hace el anuncio, pero todos siguen mirando a la reina, como si ella fuera el centro de gravedad y todos estuviéramos en su órbita.

—Qué mejor forma de daros la bienvenida al Palacio de Kensington que con un poco de alegría —señala la vizcondesa—. Esta tarde, Su Majestad ha invitado a una serie de amigos selectos a acompañarnos en un laberinto de setos. En el centro, encontraréis un pequeño premio. A Su Majestad le encantan los juegos.

Se dice que los juegos eran a menudo la forma en la que los Otros atraían a los humanos para hacer tratos con ellos. Les pedían que

jugaran con ellos a una ronda de canicas, de *jacks* o de billar, y encantaban los objetos para asegurar su victoria.

Hay cierto debate entre los estudiosos de las hadas subterráneas acerca de qué juegos inventaron los humanos y cuáles fueron introducidos por nuestros extraños visitantes.

La reina Mor tuerce el gesto para esbozar una sonrisa mientras toma una copa llena de champán y la arroja al suelo.

—¡Vamos!

Se produce un coro de risas cuando todos salen corriendo hacia el laberinto. Olive me arrastra de la mano, riéndose.

—¡Vamos a buscar a Bram!

Corremos primero hacia Emmy, que está intentando trepar los muros.

—¡Veo a Marion! —grita Emmy cuando ha subido medio seto—. ¡Hola, Marion!

Oigo la voz distante de Marion procedente de algún lugar.

—¡Hola!

Greer choca conmigo al girar en círculo en un intento de ir a la izquierda. Me siento un poco culpable por reírme.

—¿Deberíamos esperarla? —pregunto a Olive.

—¡No! —chilla esta y me aleja, tirándome de la mano.

Emmy señala a la izquierda.

—Los chicos están por ahí, ¡vamos!

Greer grita y nos lanza tierra cuando nos alejamos corriendo. Llegamos a un cruce y Emmy y Olive toman la izquierda. Yo viro sola a la derecha.

El laberinto de setos es más oscuro por aquí y enseguida oigo el sonido bajo de voces discutiendo.

Llego a un callejón sin salida y veo a Faith y Emmett demasiado cerca el uno del otro.

—Dime la verdad… —Suena como si ella le estuviera suplicando.

Doy media vuelta para marcharme, pero se quedan paralizados al verme. Faith se aparta de Emmett y, cuando pasa junto a mí, me empuja tan fuerte que me tambaleo hacia atrás, sobre un seto, y me corto los brazos con sus ramas con espinas.

—¡Faith! —exclama Emmett, horrorizado, y me tiende una mano para sacarme del seto—. ¿Estás bien?

Me quito un manojo de hojas del pelo.

—Sobreviviré.

—Bien, ahora vete a flirtear con Bram.

—¿A flirtear? —replico, horrorizada. Nunca he flirteado con nadie.

—Sí, es la oportunidad perfecta. —Antes de que pueda decir que no, chilla—: ¡Hermano, por aquí!

Bram gira por una esquina, sonriendo. Emmett arquea las cejas y señala a su hermano con la cabeza.

—Eh, hola —lo saludo.

—Hola —responde Bram de buen humor.

—Lady Ivy, cuéntale a Bram esa cosa tan divertida que me estabas contando —señala Emmett y me dan ganas de matarlo.

—Eh… —Rebusco en mi cabeza algo inteligente que haya dicho alguna vez—. El corazón de las gambas está en su cabeza —balbuceo.

—¿Qué? —dice Bram

—¿Qué? —exclama Emmett al mismo tiempo, más alto incluso.

—Eh, el corazón de las gambas…

—Te hemos oído —me corta Emmett.

—¿Te gustan… las gambas? —pregunta Bram.

—No especialmente.

—Oh —dice Bram. Emmett está detrás de él y me mira con los ojos muy abiertos, horrorizado.

—Me voy. —Doy media vuelta para tomar la dirección opuesta.

—Espera, no, ¡la otra cosa divertida! —exclama Emmett y salgo corriendo, no hacia el centro del laberinto, sino para esconderme de él.

Lo pierdo y paso los siguientes minutos deambulando sin rumbo, pasillo tras pasillo. De repente, totalmente por error, me encuentro en medio del laberinto. Bram ya está ahí con un trofeo dorado en la mano.

Emmett aparece unos segundos después de mí, sin aliento y con una capa de sudor en la frente. Se aparta el pelo de la cara.

Se lanza hacia Bram de buen humor.

—¿Siempre tienes que ganar tú?

Bram se ríe con él.

—Sí.

# *OLIVE LISONBEE*



Añoro la cocina de nuestra casa de campo de Hampshire. Añoro a nuestra cocinera, la señora Varvel, y cómo solía despertarme antes del amanecer para preparar conmigo la masa de las pastas. Añoro salir a buscar setas con mi hermana pequeña en brazos. Nunca me he sentido muy cómoda en mi piel, pero esta añoranza duele en lugares que nunca antes había sentido.

La cocina de la casa Caledonia es más pequeña y estoy aquí sola. Hay un estante de ollas de cobre relucientes sobre mi cabeza y un suelo de ladrillo que no conozco bajo mis pies descalzos.

Pero al menos el fuego arde y están los faroles encendidos. Miro por el cristal de la ventana y oteo el horizonte con esperanza. Los primeros tonos azules del amanecer no han llegado todavía, aún me quedan unas horas hasta su feliz llegada.

No recuerdo una época en la que no me aterrara la oscuridad. Fue muy humillante preguntar a Marion si podía dejar el farol encendido toda la noche y todavía más humillante cuando respondió que sí con la expresión de pena que siempre pone cuando me mira.

Sus intenciones son buenas. Todas tienen buenas intenciones. Excepto, tal vez, Faith, pero estoy segura de que es porque aún no me conoce.

Quizá, si gano, podrían ser todas mis damas de compañía.

Entonces seríamos siempre amigas. Qué divertido.

Pero no creo que vaya a ganar. Debería haber pedido a la reina algo mejor que una cara bonita con unos dientes perfectos. Debería haberle pedido que me hiciera valiente como Ivy, divertida como Emmy o interesante como Faith.

Pero mi madre me dijo que alguien se enamoraría de mi sonrisa y me gustó cómo sonó.

Espolvoreo harina sobre la tabla y amaso el cuadrado de masa para formar un óvalo plano y largo. Esta es mi parte favorita, cuando me ensucio las manos.

Un leño explota en la chimenea y casi me muero del susto.

Mi institutriz solía decirme que me daba miedo hasta mi propia sombra. Creo que era una forma de hablar, pero era verdad. Sentía que me perseguía.

La oscuridad me hace sentir que me están vigilando. Eso me gusta todavía menos.

Anhelo mi habitación de mi casa con su ventana grande que da al este. Había un farol en cada mesa y las sombras me resultaban ya familiares. Le pedí a mi madre durante todo el invierno que me permitiera retrasar mi presentación en sociedad al menos un año. No me sentía preparada para la temporada y lo que se esperaba de mí después, pero se negó y alegó que eso tan solo generaría rumores.

Cuando la reina anunció la competición para conseguir la mano del príncipe Bram el día del Desfile del Pacto, sentí alivio. Bram tiene un rostro dulce y un comportamiento amable. Parecía el chico de los libros que leo.

Y ser una princesa me parecía una mejor perspectiva que ser una esposa.

Por supuesto, sabía que también sería una esposa, pero de esa forma sería diferente. Más fácil de digerir.

Y no me equivocaba con Bram. Es un sueño. Ha sido un perfecto caballero, el modelo de príncipe de cuento. Ayer envió a un lacayo con una nota de agradecimiento manuscrita después de que le mandara una cesta con bollos suizos.

Pero no esperaba sentirme tan boba con las otras chicas. Ellas parecen mucho más maduras que yo. Faith me contó ayer que ha besado al menos a una docena de chicos y Marion sabe cómo llevar una casa y no necesita luces para dormir.

Incluso la pobre y desgraciada Ivy Benton parece tener más posibilidades que yo. Bram no podía apartar la mirada de ella después de su baile en la fiesta de los Twombley. Me limpió las lágrimas de las mejillas cuando bailó conmigo, pero el dolor de verlo con otras chicas no cedía.

A veces siento que todas las otras chicas recibieron instrucciones sobre cómo madurar, y que yo me perdí esa lección. Por eso me gusta tanto la repostería. No hay subtexto ni secretos en una receta.

Mientras trabajo la masa, pienso en Bram. En noches como esta, reproduzco una pequeña fantasía en mi cabeza e imagino que visita la casa por la noche y me encuentra a mí sola despierta. Conversamos durante horas y, cuando amanece, me toma en sus brazos y me besa mientras los primeros rayos del sol danzan en la hierba.

En mis sueños, me cuenta que le gusto tal y como soy, que soy la chica más guapa y más especial que ha conocido nunca.

«Se enamorará de tu sonrisa». Eso es lo que decía mi madre. Solo tengo que seguir sonriendo. Mantener la compostura. «No dejes que

vean lo asustada que estás».

El día del Desfile del Pacto, entrelacé las manos delante del cuerpo para que no me temblaran. La reina no daba tanto miedo como pensaba. Me sonrió con amabilidad y me dijo que era una chica muy guapa. Fue muy amable, no tenía por qué decir nada de eso.

Cuando le dije que quería una sonrisa perfecta, me contestó que pensaba que me sentaría muy bien. Acepté rápidamente el trato a cambio de mis uñas. A mí no me molesta tanto como parece molestar a los demás. Hasta me conviene. Ya no se me queda más masa debajo de ellas.

Tomo una cucharada de mantequilla amarilla y la esparzo sobre el brioche estirado.

Me sobresalto al oír el crujido de un paso en el pasillo.

—¿Quién anda ahí? —susurro.

No hay respuesta. Siempre estoy imaginando cosas.

Regreso a la masa, pero cuando vuelvo a levantar la mirada, hay un cuerpo en la puerta, oculto por la oscuridad.

Grito y suelto la cuchara, que produce un ruido metálico. El cuerpo avanza hacia la luz. Solo es un criado. Suspiro de alivio, pero cruza la cocina con caminar pesado y me agarra con tanta fuerza que casi me crujen las costillas.

Abro la boca para gritar, pero inclina un frasco entre mis labios. El líquido baja por mi garganta, amargo y espeso.

—Lo siento, señorita —murmura.

Me toma en brazos y, antes de que pueda protestar, estoy inconsciente.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando recupero la consciencia con un jadeo. Lo primero que noto es el dolor de unas rocas

clavándose en mi espalda. Lo segundo es lo fría que estoy.

Estoy temblando bajo el camisón.

Abro los ojos y veo un cielo negro, un pedazo de luna, un puñado de estrellas.

Estoy fuera. *¿Por qué estoy fuera?*

Oigo un gemido a mi izquierda, un sollozo, alguien grita.

Me incorporo y miro a un lado. Veo a Marion, Emmy, Faith, Greer e Ivy. Están todas tan aturdidas como yo, también con sus camisones puestos.

Oigo pasos entre los árboles. Agarro la mano de Ivy cuando alguien se acerca por detrás de nosotras.

La primera lección de la reina Mor ha comenzado.

# 14



Emmy es la primera en ponerse de pie, y tira de Marion.

—Qué zorra —espeta Marion. Se abraza con fuerza el cuerpo para dejar de temblar.

—Shh —chista Greer y señala el claro, donde aguarda la reina sentada en una silla elevada, como una especie de juez de tenis. Está envuelta en pieles para protegerse del aire helado de la noche y tiene unos delicados binoculares dorados presionados en la cara.

Está rodeada por sus criados, que sostienen bandejas de bebidas humeantes y echan mantas en su regazo.

—¿Dónde demonios estamos? ¿Y cómo hemos llegado aquí? —pregunta Emmy.

Olive se incorpora sobre las manos, adormilada. Lleva el pelo rojizo suelto alrededor de los hombros y tiene las manos sin uñas cubiertas de algo que parece harina.

—Un brebaje somnífero, creo —comenta—. Un criado me abordó en la cocina y me echó algo malo por la garganta.

Eso explica el sabor amargo de mi boca. La idea de alguien cerniéndose sobre mi cama en la oscuridad para dejarme inconsciente me provoca ganas de vomitar.

Las luces del Palacio de Kensington parpadean en la distancia.

Seguimos en los terrenos del palacio, pero la oscuridad que nos envuelve es completa. Delante de nosotras hay un muro sólido de árboles y sus hojas susurran como fantasmas en la oscuridad.

Nos sobresaltamos todas con el sonido de unas ramas al quebrarse.

Aparece un criado con un farol. En la otra mano lleva una bandeja de plata y un pergamino doblado. Nos mira, inquietantemente inmóvil, hasta que Emmy le quita el papel.

Lo abre con prisas y lee:

—El premio está en el centro. Buena suerte.

—Un premio en… —va a preguntar Greer, pero la interrumpe el gruñido de algo.

Extiendo el brazo delante de mí y noto una pared formada por hojas pequeñas y cerosas. Giro y noto lo mismo al otro lado.

—Es el laberinto de setos —deduce Marion al mismo tiempo que yo.

Siento un gran alivio. Ya hemos recorrido el laberinto a la luz del día. Me acuerdo bien del camino.

Ya no vemos a la reina, pero estoy segura de que ella nos observa con los binoculares.

Greer sale corriendo y desaparece en las profundidades del laberinto, su camisón blanco ondea tras ella como un fantasma.

Olive se pone a llorar. Verla tan desolada prende el fuego de mi odio por la reina.

—Todo va a ir bien —le aseguro—. Por favor, no llores.

Doy un paso hacia ella, pero entonces el suelo tiembla y salen más setos del suelo, que crecen más, más y más hasta que me veo separada por completo de las demás. Se me congela la sangre

cuando comprendo que este no se va a parecer en nada al laberinto de esta tarde.

—¿Ivy? —chilla Olive.

—¿Olive? ¿Emmy? ¿Ivy? —nos llama Marion. Los setos nos han separado a todas.

—¿Quién anda ahí? —grita Emmy.

Entonces Olive se pone a chillar.

En ese momento es cuando echo a correr.

Giro y delante de mí hay un cruce, los setos miden por lo menos tres metros de alto. Viro a la izquierda, otro cruce, izquierda de nuevo.

Los gritos frenéticos de Olive son cada vez más débiles.

Alzo la mirada al cielo e intento orientarme. ¿Qué decía en la nota del lacayo? «El premio está en el centro».

Giro a la derecha esta vez, distraída por el suelo áspero que se me clava en las plantas suaves de los pies descalzos, y entonces un cuerpo choca con el mío.

Igual que esta tarde, me encuentro a Greer atascada, girando en círculos en un intento de ir a la izquierda.

—¡Buena suerte, Greer! —Tomo el camino de la izquierda y la dejo sola, maldiciendo y frustrada.

Voy corriendo a lo que espero que sea el centro del laberinto cuando un seto emerge del suelo y me tira de espaldas.

Me quedo sin aire en los pulmones. Me incorporo y veo que el camisón se me ha roto y que tengo las palmas de las manos arañadas y ensangrentadas.

Me levanto despacio y me tambaleo cuando un fuerte dolor me recorre el cuerpo. Es como si el fuego ascendiera por mi columna y

bajara por las piernas. En el espacio de un latido, ha desaparecido, pero me deja temblorosa.

Vuelvo a avanzar, esta vez con más cuidado. Veo algo blanco parpadear en mi visión periférica y me detengo al creer que se trata de otra chica en camisón, pero viene hacia mí como un rayo.

No es una chica, es un… ¿ganso? Casi me echo a reír, pero entonces abre sus enormes alas y me golpea hasta que pego la espalda a los bordes afilados del laberinto.

No, no es un ganso. Es un cisne. El cisne más grande que he visto nunca. Se lanza hacia mí y me pica el tobillo con tanta fuerza que me hace sangre. Chillo.

Vuelve a atacarme, su pico afilado conecta con la piel suave de debajo de mi rodilla. Maldigo y pateo, pero eso solo lo enfada más.

Oigo un sonido metálico a mi lado y bajo la mirada. Veo una espada con un mango incrustado de rubíes que ha escupido el laberinto.

La recojo del suelo y el miserable cisne aprovecha la oportunidad para picarme un mechón de pelo y tirarme al suelo. Pateo una y otra vez, pero él sigue tirando, así que levanto la espada y decapito a la criatura con un movimiento.

Muere con un graznido, una rociada de sangre y una tormenta de plumas blancas. Después, su cuerpo se convierte en polvo, como si nunca hubiera sido real, pero su sangre sigue en mi cara.

Estoy jadeando fuerte. Cada vez está más oscuro, como si la luna se estuviera apagando.

Cada uno o dos minutos, oigo gritos de otras secciones del laberinto. Me parece oír una risa baja también, pero podría ser fruto de mi imaginación.

Giro una esquina y tan solo encuentro un seto sólido delante de mí. Me vuelvo y el pasadizo por el que he llegado se junta y me deja atrapada.

¿Trepo como ha hecho Emmy esta tarde?

Clavo la espada en una pared, pero no logro hacer más que una muesca. Grito de frustración.

De pronto, aparece un texto brillante en una pared, como si una mano invisible estuviera escribiéndolo delante de mí.

«Siempre estoy corriendo, pero no tengo pies; tengo un lecho, pero no duermo».

¿Un acertijo? En algún lugar a mi derecha alguien está gritando. Suena cerca.

—¿Quién está ahí?

Los muros del seto se acercan, encerrándome. Trato de calmar la respiración. Sufrir un ataque de pánico no me servirá de ayuda. Desearía haber prestado atención en las lecciones de hoy en lugar de copiar las respuestas de Marion.

Leo el acertijo una vez más: «Siempre estoy corriendo, pero no tengo pies; tengo un lecho, pero no duermo».

—¡Un río! —grito y se abre un agujero en el seto delante de mí, apenas lo bastante amplio para que pase por él.

El seto se cierra detrás de mí en cuanto estoy al otro lado y me encuentro con otro camino bloqueado, acorralada entre setos en un espacio tan pequeño que no puedo estirar los brazos.

«Lo que se rompe pero nunca cae, lo que cae pero nunca se rompe».

Más gritos.

—¿Olive? —exclamo—. ¿Emmy? —No debería de haber dejado sola

a Greer, girando en círculos.

Por encima del seto oigo el sonido de unos pasos que se acercan, firmes y persistentes. ¿O es el latido de un corazón? ¿El tictac de un reloj? Me tapo las orejas y descubro que el sonido viene de dentro de mi cabeza.

*Tic, tic, tic.*

Necesito concentrarme. Cierro con fuerza los ojos y me esfuerzo por apagar el sonido.

—¡El día y la noche! —resuelvo el acertijo y el seto se abre para dar paso a otra cámara cerrada.

El incesante latido en mis orejas me está destrozando por dentro, retumba en mis huesos con fuerza suficiente para astillarlos.

«¿Qué tres números, y ninguno de ellos es cero, dan el mismo resultado sumados que multiplicados?».

*Mierda*. Siempre se me han dado fatal las matemáticas.

—¿Hay alguien ahí? —No hay respuesta.

Las paredes se acercan.

—¡Ayuda! —Aún nada.

Si no me muevo, pronto me aplastarán. Hago lo único que se me ocurre y empiezo a escalar.

Los setos están cubiertos de espinas afiladas y es prácticamente imposible agarrarme bien a ellas. Tengo las manos y los pies resbaladizos por la sangre, que gotea sobre las hojas y la tierra que tengo debajo.

He trepado la mitad del seto cuando una enredadera me envuelve el tobillo como un lazo. Tira con fuerza y caigo al suelo farfullando y resoplando mientras trato de levantarme.

El acertijo ha desaparecido y en su lugar están las palabras

«cuéntame un secreto».

Pienso en todos los secretos que guardo, tantos que podrían escapar de mí en cualquier momento. La cara de Emmett aparece en mi mente, pero no la noche que pasamos a solas en su habitación, sino la forma curiosa en la que se mordía el labio inferior en el baile.

Pienso en mi hermana y todas las formas horribles e hirientes en las que aún le guardo rencor.

Pienso en la reina y lo mucho que la odio.

Pienso en el padre rebelde de Emmett.

Me miro el camisón manchado de sangre y digo las palabras más verdaderas que se me ocurren, las palabras que no diría a nadie:

—Tengo miedo.

El seto se abre y salgo corriendo por el pasadizo. Una serpiente se desliza delante de mí, siseando, y clavo la espada en su cabeza. Intento no vomitar al oír el crujido.

Me vuelvo y doy con otro callejón sin salida. El seto que tengo detrás se junta y vuelvo a estar atrapada.

Delante de mí hay una mesa con siete jarras de cristal encima. Seis de ellas están marcadas con nuestros nombres: Ivy, Olive, Greer, Emmy, Marion, Faith. La séptima está llena de canicas de vidrio marino.

Hay unas cuantas canicas en las otras jarras. Una en la mía, dos en la de Faith, una en la de Marion.

No sé qué significa, pero tengo una vaga noción de lo que he de hacer. Tomo una canica de la jarra y paso el dedo por encima de la superficie suave. La meto al azar en la jarra de Olive y, en cuanto llega al fondo, oigo un grito de puro dolor en algún lugar del laberinto.

Se me hiela la sangre en las venas y pienso en el dolor acuciante que he experimentado hace unos minutos, aparecido de la nada.

Me armo de valor, demasiado intrigada como para resistirme. Agarro otra canica y la echo en mi propia jarra.

El dolor es tan intenso que no puedo mantenerme en pie. Me recorre las extremidades como si estuvieran apuñalándome en mil lugares al mismo tiempo. Mis rodillas caen al suelo y me derrumbo como una estrella moribunda.

Entonces, tan repentino como ha llegado, se va y puedo respirar de nuevo.

Miro las jarras con horror, y entonces agarro la jarra de canicas y la arrojo al suelo para romperla. Las canicas ruedan por todas partes y paso por encima de ellas y del cristal roto para seguir mi camino.

La sangre, la mía y la del cisne, se ha secado y forma grandes parches pegajosos. Estoy temblando bajo la fina tela de mi camisón destrozado. Tengo los nudillos blancos alrededor de la empuñadura de la espada.

Entonces, como si fuera un milagro, giro otra esquina y veo una encrucijada con forma cuadrada y, en medio, una copa dorada sobre una mesa espejada.

Corro hacia ella, más desesperada por que esto termine que por ganar. Mis pies, que llevan un rato adormecidos, se resbalan en la tierra húmeda.

Por el rabillo del ojo veo un destello blanco. Sale Emmy corriendo del seto opuesto. Es más rápida que yo y también está más cerca.

Greer también está ahí, pero ha salido por el lado equivocado y tiene que dar una vuelta en círculo para tomar la dirección de la copa.

Estoy tan concentrada en ella que no veo a Faith hasta que choco con ella. Las dos caemos al suelo formando un lío de extremidades. Nuestros cráneos entrechocan y la cabeza me da vueltas.

—¡Sí! —exclama Emmy, victoriosa. Alcanza la copa y saca de dentro un rollo de pergamino, que lee confundida—: «Tú ganas».

—¿Qué? —gimotea a medias Faith en la tierra, donde estamos las dos tiradas.

—Es lo que dice. «Tú ganas».

—Maldita seas, Ivy. —Faith me empuja con fuerza en el hombro para apartarme de ella.

—¡Te has chocado conmigo! —le grito.

Nuestra discusión se ve interrumpida por un fuerte gruñido. Las tres nos quedamos inmóviles cuando el laberinto de setos vuelve a hundirse en la tierra, tragado por el suelo, como si nunca hubiera estado aquí.

Lo que antes era un laberinto es ahora un amplio prado de tierra. La única prueba de su existencia son los cortes y los arañazos que tenemos por todo el cuerpo.

Marion está a unos metros de distancia, pero tardo un minuto en localizar a Olive. Es solo un bulto, acurrucada en el suelo en posición fetal, en el mismo lugar donde empezamos todas.

—¡Olive, cielo! —grita Marion y corre hacia ella—. ¿Estás bien?

Olive no se mueve y todas corremos hacia ella.

Faith tiene el pelo oscuro lleno de nudos. El pañuelo de seda que envuelve los rizos de Marion se ha rasgado y en la mano lleva aferrada una navaja automática con empuñadura de nácar. Greer tiene un corte en la ceja del que gotea sangre a la mejilla. Tenemos los bajos de los camisones cubiertos de barro hasta las rodillas.

Emmy sostiene un cuchillo de cocina con una mano y la copa de oro con la otra.

Como si se tratara de una señal, las armas se convierten en polvo y se disuelven en nuestras manos formando una ducha de ceniza, igual que le pasó al cisne.

Al otro lado del jardín, la reina sigue en su silla de juez con los binoculares presionados en la cara, concentrada en nosotras.

Las otras chicas parecen haberse olvidado de que está ahí, pero yo puedo sentir cómo nos mira. No puedo evitarlo. Planto una sonrisa amplia y falsa en la cara y la saludo con la mano.

Marion es la primera en llegar junto a Olive y la vuelve de espaldas rápidamente.

Tiene los ojos cerrados y está llorando.

Marion tiene que apartarle los brazos del cuerpo para ayudarla a ponerse en pie.

—Querida, ya, todo está bien —la calma. Olive tarda un instante en volver en sí. Parpadea y se limpia las lágrimas con uno de sus dedos lisos.

Sorbe por la nariz.

—Odio la oscuridad.

—Ya ha terminado todo —la tranquiliza Marion, pero hay cierto tono en su voz hace que me pregunte si se lo creerá. Aún nos quedan doce semanas de esto.

Nos sobresaltamos todas cuando oímos pasos en la oscuridad. La reina Mor ha bajado de la silla, todavía envuelta en pieles y con la tiara en la cabeza. No tiene manchas de barro en los zapatos, está tan impecable como siempre y con expresión helada.

—Bien hecho, señoritas —nos felicita al acercarse a nosotras—. Me

encantan los juegos.

Nos quedamos mirándola con respiración entrecortada.

—Enhorabuena, lady Emmy. Has ganado un favor: pasar tiempo con Bram. Será todo tuyo durante la cena de mañana. El resto de vosotras lo veréis en la regata de la copa Grosvenor mañana. Los carruajes llegarán a las ocho. Id a asearos.

Se retira, pero entonces se vuelva y añade, como si acabara de ocurrírsele:

—Y recordad mantener nuestros jueguecitos entre nosotras, ¿de acuerdo?

# 15



Volvemos cojeando a la casa Caledonia. Marion y yo sujetamos el peso de Olive, que está en tal estado de *shock* que apenas puede caminar. Emmy se ha torcido el tobillo, la cara de Greer sigue sangrando y Faith se toca con cuidado el punto donde han chocado nuestras cabezas.

La casa está a oscuras y tranquila cuando regresamos, no han preparado baños para nosotras y no hay ningún miembro del servicio esperando para ayudar a asearnos.

En nuestras almohadas hay un pequeño rollo de pergamino. Faith y yo lo desenrollamos al mismo tiempo. Con tinta negra, en el mío está el número tres.

Faith gira el suyo hacia mí sin decir nada, con el ceño fruncido, confundida. En el suyo pone el número dos.

La sigo al pasillo, donde vemos a Marion con su pergamino, donde aparece el número cuatro.

—¿Alguna idea de lo que significa esto? —pregunta.

Greer y Emmy salen de su habitación. En el pergamino de Greer aparece un cinco y en el de Emmy pone un uno.

Olive sale la última al pasillo envuelta en una manta. Tiene todavía los ojos rojos y el rostro demacrado, pero al menos ya no llora.

—Yo tengo el seis. Eso significa que he perdido, ¿no?

Y de pronto todo encaja. Nos ha clasificado.

De vuelta en mi dormitorio, arrojo mi número tres al fuego y después me quito el camisón destrozado y también lo tiro.

Me despierto con el sonido de gritos.

Mis ojos se abren y me tambaleo al suelo del susto al ver a Lottie de pie encima de mí, chillando como si acabara de presenciar un asesinato.

—¡Lo siento, señorita! —exclama con la cara blanca—. Estás cubierta de sangre.

Miro la habitación y veo que Faith sale de la cama adormilada. No tiene mucho mejor aspecto que yo. La piel de debajo de sus ojos está oscura, con círculos que parecen morados, y tiene el camisón rasgado por las rodillas por la caída.

—Soy sonámbula —digo—. Debo de haberme caído. —Me pongo en pie, tambaleante.

Lottie extiende el brazo y me quita una pluma blanca del pelo apelmazado.

—¿En un estanque de gansos?

—Eso parece.

Se vuelve hacia Faith.

—¿Tú también eres sonámbula?

—Pregúntale a la reina —responde ella con tono inexpresivo.

Abajo nos espera un desayuno compuesto por pastas y gachas de avena, todo dispuesto en bandejas de plata para nosotras.

—Tenemos que contárselo a él —declara Marion. Olive se remueve

en su silla, incómoda. Todas sabemos que con «él» se refiere a Bram.

Estoy de acuerdo con Marion, pero yo ya me encuentro en una posición precaria. No puedo arriesgarme a convertirme en un objetivo.

—Pues hazlo —murmura Greer entre dientes, mirándose el pulgar. Debe estar pensando lo mismo que yo. «¿Cuál será el coste?».

Faith baja la mirada.

—Muy bien, lo haré yo.

—¿Y qué creemos que hará él? ¿Enfrentarse a su madre? —pregunta Olive.

—Sí —repone Faith—. Eso es exactamente lo que debe hacer. Si no puede protegernos, ¿de qué sirve?

—Pero ¿y el juramento que hicimos? —insiste Olive.

—A la mierda el juramento —contesta Faith. Terminamos de comer en silencio y volvemos a nuestras habitaciones para prepararnos para otro día de cortejo.

Estoy toda amoratada, pero mis manos se han llevado la peor parte. Las tengo ensangrentadas y en carne viva, completamente destrozadas por mi caída. Con cuidado, Lottie me pone vendas lo bastante delgadas para que no asomen por debajo de los guantes blancos, que me llegan hasta los codos. Me pone un vestido deportivo de rayas azules y blancas y un sombrero marinero en la cabeza.

Todas las damas de compañía han hecho un trabajo impresionante con nosotras. Greer lleva un elegante sombrero de paja calado hasta la cara que le cubre la herida de la frente. Faith luce el cabello trenzado para tapar el chichón de la cabeza de nuestro choque y el

tobillo torcido de Emmy está fijado con un aparato ortopédico por debajo de su falda. Olive es la que peor aspecto tiene, con los ojos todavía rojos por los vasos sanguíneos rotos debido a la fuerza de su llanto.

Vamos en relucientes carruajes palaciegos al Club de Remo del Támesis, un cobertizo para barcos glorioso a la orilla del río, cerca de la línea de meta de la regata. Han transformado el jardín verde del cobertizo en una carpa blanca decorada con alegres banderines rojos y azules. Debajo de la carpa hay mesas llenas de copas de champán, platos de caviar y ostras.

La vizcondesa Bolingbroke sale de entre la multitud para hablarnos sobre el decoro y la deportividad.

Mientras continúa con su charla, Emmy se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—Debería limitarse a decir: «Recordad, nada de diversión» y ahorrarnos tiempo a todas. —Después se agacha a mi espalda para beberse una copa de champán que no recuerdo en absoluto haberla visto alcanzar.

Nos separan del resto de la fiesta, nos indican que nos sentemos en un banco a la sombra junto al agua y que aplaudamos con educación a los barcos.

Estamos tan expuestas como los barcos. Nos sentamos muy derechas con nuestros corsés y contemplamos durante horas cómo pasan los remeros del club juvenil y luego los universitarios con sus uniformes. Nos rodean los chismes y también reporteros que escriben en sus pequeños cuadernos mientras nos examinan como si fuéramos una atracción en un zoo. Me resulta muy aburrido y termino jugando a piedra, papel y tijera con Olive para pasar el

tiempo.

La reina no se digna a venir a eventos como este, pero sigue presente en todas partes: su rostro en las monedas que pasan de manos en manos para hacer apuestas, en la estatua junto al agua, su perfil en el sello real que hay en el costado de cada barco.

Por fin, el reloj marca las dos y empieza el evento principal. Hay ahora una escena animada, pues los invitados a la fiesta se arremolinan en torno a nosotras y en la orilla opuesta del Támesis se han reunido ciudadanos para disfrutar de sus propias festividades. El ambiente está cargado por el tabaco, el agua del río, el carbón y el ligero aroma a quemado del azúcar hilado. Los niños ríen, subidos sobre los hombros de sus padres con sus elegantes trajes de marineros.

En la distancia, suena un disparo y se oye después un grito lejano de «¡hurra!» en ambas orillas del río cuando pasan los barcos.

Miramos el Puente de Londres, iluminado por el cielo azul, y esperamos nerviosos su aparición.

—¡Ahí están! —grita alguien de la multitud cuando aparecen los barcos.

Están marcados por una bandera y todos los presentes gritan por su color favorito. «¡Vamos, rosa!» o «¡bravo, amarillo!». Los gritos más fuertes son para el azul, el barco que va claramente delante del grupo y que avanza a toda velocidad por el Támesis.

Pasa junto a nosotras, llegando casi a la línea de meta. Es un barco de ocho plazas y justo detrás del timonel, en el asiento de estribor, remando como si su vida dependiera de ello, está el príncipe Emmett. A su lado, en el asiento de babor, esforzándose también al máximo, está el príncipe Bram. A diferencia del resto de

los remeros, él no suda ni resuella en busca de aliento; lleva una sonrisa amplia en la cara, como si estuviera divirtiéndose más que nadie.

Al verlo, todas nos levantamos del banco y animamos.

El público estalla cuando el equipo azul cruza la línea de meta. Llueve confeti de algún lugar y la banda de música toca una canción alegre.

Los príncipes salen a la orilla y se apartan el pelo de la frente. Juntos, aceptan la copa de plata esterlina y la alzan por encima de sus cabezas en un gesto de victoria.

La vizcondesa Bolingbroke nos lleva junto a ellos y, una a una, hacemos una reverencia y felicitamos a Bram por su victoria.

Me estoy incorporando de la reverencia cuando una ráfaga de viento se alza del río y algo afilado vuela directamente a mi ojo. Parpadeo con los ojos llenos de lágrimas y voy a quitármelo, pero entonces reparo en que no puedo quitarme los guantes sin dejar a la vista las heridas de anoche.

Los chicos del barco están dándose palmadas en la espalda y las otras chicas aguardan en un intento de robarle a Bram algo de tiempo. Aprovecho el caos para desaparecer en el almacén del cobertizo de barcos, a pocos metros de donde se desarrolla la celebración.

Me quito los guantes y me froto con violencia el ojo afectado. No he conseguido mucho cuando un ruido detrás de mí me asusta.

De detrás de una pila de barcos que están apilados hasta el techo, sale Emmett de entre las sombras.

—¡Me has asustado! —exclamo.

—Pensaba que querías que te siguiera. —Está sudado y lleva un

jersey de rayas azules y blancas. Alza la mano para retirarse el pelo de la frente y se le levanta el jersey, dejando a la vista una rendija de su abdomen tonificado.

—No, estaba intentando quitarme una mota de polvo del ojo sin ponerme en ridículo.

—Déjame ver.

Antes de tener oportunidad de apartarme, me agarra la cara con una mano y me sujeta con amabilidad la mandíbula con las yemas de los dedos. Para ver mejor, me levanta la cara hacia los rayos de sol que entran por el polvoriento techo de cristal.

—Ah, ahí está —susurra. Acerca la otra mano—. Deja de parpadear.

—Es difícil no hacerlo cuando tengo una mano en el ojo.

—Te retendré.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —replico.

—Acabas de verme navegar. Se me dan bien los nudos.

—Los morderé. Tengo dientes muy fuertes.

Pasa un dedo por el borde inferior de mi ojo.

—Ah, la tengo —susurra, victorioso.

Con los guantes en una mano, levanto la otra para limpiarme las lágrimas errantes. Comprendo mi error en el mismo instante en que lo hago. Los ojos de Emmett destellan y me agarra la muñeca.

Las heridas tan solo tienen unas horas y no han tenido tiempo aún de cicatrizar. Hay manchas rojas en los vendajes, por donde han sangrado.

Tiro de la muñeca, pero Emmett me la sujeta con fuerza.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he caído —respondo y aparto la mirada.

Retrocedo unos pasos hasta que mi espalda choca con otra pila de barcos.

—¿Por qué me mientes?

La puerta del cobertizo se abre. Emmett me empuja por los hombros y caigo en un escondite estrecho, detrás de una pila de remos.

—¿Quién está ahí? —pregunta con voz amigable.

—Soy yo —responde una voz femenina.

Los pasos de Faith Fairchild son prácticamente silenciosos mientras avanza por el cobertizo hacia él, delicados como todo en ella.

—No deberías estar aquí —susurra Emmett.

—Tenía que verte —casi solloza Faith—. ¿Por qué no respondes a mis cartas? Te esperé una eternidad en nuestra estatua…

—Faith… —la interrumpe Emmett.

—¡No puedes seguir ignorándome! No después de todo. Esto no se parece en nada a como dijiste que sería, anoche…

Se oye un sonido extraño de ahogo cuando Faith farfulla. Echo un vistazo desde detrás de los remos y la veo con la cara roja y encorvada, como si de pronto no pudiera respirar.

—¿Faith? —Emmett le da varios golpes en la espalda hasta que ella inspira hondo.

—Estoy intentando decirte que… —De nuevo jadea, ahogándose con algo, antes de tomar aliento.

—¿Estás bien? —Emmett se agacha y le mira la cara con preocupación—. Voy a llamar a una de las criadas para que te lleve a casa.

—Esa condenada bruja —sisea Faith entre dientes.

Deberíamos haber sabido que cuando dijo que no podríamos

hablar de sus lecciones, lo decía literalmente.

—¿Qué ha cambiado? ¿Hay otra persona? —pregunta Faith. No suena triste, sino absolutamente furiosa.

Emmett cuadra los hombros.

—He decidido que no deberías ser tú. Siento decepcionarte. Creo que no eres buena para él. Lo único que deseo es que sea feliz.

—Bobadas. —Le da un puñetazo en el hombro—. Me has mentido.

—No he mentido. He cambiado de opinión.

—¿Por qué me haces esto? Sé que hemos tenido nuestras discrepancias, pero en el fondo creía que me respetabas.

—Lo lamento. —La voz de Emmett suena tensa.

—Se lo contaré —sisea Faith—. Le contaré todo sobre nosotros, todas las formas en las que pretendías manipularlo.

—No lo harás.

—¿Por qué no?

—Porque entonces no te elegiría nunca.

Faith le vuelve a golpear en el hombro. Él se lo toma con galantería y entonces ella sale.

Asomo la cabeza por el escondite. Emmett se pasa una mano por la cara exhausta y suspira.

—Siento que hayas tenido que presenciar eso.

—Se suponía que iba a ser Faith… —He sido una estúpida al no darme cuenta hasta ahora. Emmett no pensaba dejar el asunto de la Reina de Mayo al azar. Se me revuelve el estómago al comprenderlo —. Con razón me odia.

—Lo siento.

—Deberías sentirlo. Tendrías que habérmelo contado.

Emmett se mira las manos. Es la primera vez que lo veo realmente

inseguro.

—Era bailarina. Pensaba que eso le daría ventaja en el palo de mayo. Nos conocemos desde hace años.

—¿Entonces los rumores sobre vosotros dos eran falsos? No es tu amante, sino tu peón.

Abre la boca. La cierra. Vuelve a abrirla.

—No exactamente.

Paso por su lado, disgustada.

—¿Estabas dispuesto a dejar que tu hermano acabara con uno de tus descartes?

Me persigue por el cobertizo.

—Por favor, deja que me explique.

—Solo me interesa una cosa. ¿Cuánto sabe ella? —Si Faith conoce el plan de Emmett de derrocar a la reina, fácilmente podría desvelar su complot. Podrían ejecutarme por sedición.

—No conoce mi objetivo real. Solo le prometí que la ayudaría a casarse con Bram. Le pedí que ganara la Reina de Mayo, pero no le expliqué el motivo.

—Ah, perfecto —replico con tono sarcástico.

Se muerde el labio inferior. Tengo que apartar la mirada para no quedarme absorta.

—Voy a ayudarte para que ganes tú. Esto no cambia nada. Se enamorará de ti. Sé que lo hará.

La idea de que alguien se enamore de mí es tan ridícula que me provoca náuseas.

—¿La querías? —pregunto.

—Ivy… —Pronuncia mi nombre como si fuera una yegua que intentara apaciguar. Fuera, el arpista comienza a tocar, señal de que

la última parte de la fiesta ha comenzado y que llevo demasiado tiempo desaparecida.

Me vuelvo hacia la puerta, pero Emmett me agarra la muñeca de nuevo, esta vez con más amabilidad, con un gesto de disculpa.

—Reúnete conmigo en el jardín hundido a medianoche y te mostraré hasta la última de mis cartas. —Tiene la audacia de parecer herido cuando me marcho.

Salgo del cobertizo, la ira que me asola es tan ardiente y cegadora que no veo a Bram hasta que me choco con él.

—¡Lo siento! —exclamo.

Él se ríe.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así, lady Ivy. —Tiene el trofeo de la regata en una mano y una botella de champán en la otra. Al igual que su hermano, lleva un jersey de rayas azules y blancas y el pelo alborotado por el viento y el agua. Al contrario que el resto de los remeros, parece completamente relajado. Sus ojos grises no bizquean por el sol. Su postura es perfecta, todo en él está cómodo.

Me aterra que Emmett me siga y que nos descubra una vez más. Bram puede ser afable, pero dudo que sea estúpido.

—¿Me enseñas el barco? —pregunto y no le doy oportunidad de responder. Ya estoy bajando a la cubierta, apartándolo lo suficiente del cobertizo para que Emmett pueda escapar sin que lo vea.

La puerta del cobertizo chirría al abrirse y Emmett se asoma. Lo miro con los ojos muy abiertos en un intento de indicarle que se quede quieto. Él asiente al comprender y cierra la puerta, que vuelve a chirriar. Aprieto los dientes, frustrada.

Bram mira atrás. Tengo que actuar rápido.

—¿Cuántos cabéis en esta cosa? —Es la primera pregunta que se me ocurre.

—Eh, nueve. Ocho remeros y un timonel.

Estupendo, ahora piensa que soy aburrida. O boba. O la peor combinación posible: aburrida y boba.

Detrás de su hombro, veo a la vizcondesa Bolingbroke mirándonos con prejuicios desde el césped.

Distraigo a Bram señalando el pequeño espacio en la popa del barco.

—¿De verdad cabe aquí el timonel?

—Johnny es el más menudo de nuestro equipo. Lo doblamos como una servilleta elegante y él nos lanza órdenes como una institutriz severa.

—Suena aterrador.

—Lo es.

Emmett sale del cobertizo cuando una ráfaga de viento abre la puerta y la cierra de golpe.

Bram parpadea y va a darse la vuelta.

Tengo que hacer algo rápido.

—¿Como esto? —Salto al barco.

Este comienza a voltearse en el momento en el que mi pie cae.

Bram grita y se lanza hacia mí, pero no es lo bastante rápido.

Cuando comprendo lo que está sucediendo, me encuentro bajo el agua.

# 16



Abro la boca e inhalo una bocanada de agua del Támesis. Pateo por instinto, pero no sé dónde es arriba, así que bien podría estar hundiéndome más. La idea me hace entrar en pánico. Vuelvo la cabeza, pero la oscuridad es total y tan solo consigo desorientarme más.

En un acto reflejo, toso y aspiro más lodo.

Entonces un rayo de luz irrumpe en la oscuridad. Unos brazos fuertes me agarran por el torso y tiran de mí hacia la superficie.

Bram patea el bote con sus piernas fuertes y ahora entiendo que estaba atrapada bajo este.

Parpadeo por la luz repentina. Me arden los pulmones. Me pongo de lado y vomito agua del río por todo el muelle. Me pican los ojos. Inhalo profundamente e intento calmar el latido frenético de mi corazón.

Bram está de pie sobre mí, parece preocupado. Está empapado hasta los huesos, tiene el pelo pegado a la frente y el jersey se adhiere a cada curva de su torso.

—Lady Ivy, ¿estás bien?

Intento responder, pero solo consigo jadear con un suspiro tembloroso. De mi boca sale otro chorro de agua marrón. Toso y

toso, incapaz de recuperar el aliento. Bram me golpea la espalda con fuerza varias veces hasta que mis pulmones se abren lo suficiente para respirar.

En la hierba, la música ha parado y docenas de miembros de la alta sociedad londinense me miran, sorprendidos. Las otras chicas y la vizcondesa Bolingbroke corren hacia nosotros.

—Dejadle espacio —ordena Bram y los pasos de las mujeres se detienen de inmediato.

El príncipe se acerca a mí tanto que puedo sentir su aliento cálido en la oreja.

—Vamos a sacarte de aquí.

Me limpio los ojos, consciente de lo patética que debo resultar, y asiento en silencio.

Bram me ayuda a levantarme y Greer corre hasta mí para ser mi apoyo por el otro lado.

El vestido se me pega a cada parte del cuerpo, insoportablemente pesado por el agua. El pelo, arreglado con tanto esmero esta mañana, cuelga empapado por mi cuello. El sombrero de paja ha desaparecido por completo y flota tristemente río abajo.

No hay nada que desee más que quitarme los guantes empapados, pero no puedo arriesgarme a dejar las vendas a la vista.

—Yo la ayudo —le indica Greer a Bram—. Ivy y yo somos mejores amigas.

Vuelvo a farfullar y Bram me da una palmada en la espalda.

—Tranquila, sácalo todo.

Miro a Greer a través de una cortina de pelo mojado; tiene una mirada de suficiencia en la cara. Sabe tan bien como yo que delatarla solo me haría quedar mal. Arrojarme de nuevo al río y

flotar hasta el condado más cercano resulta muy tentador.

Juntos, Bram y Greer me ayudan a subir al carruaje, con la vizcondesa Bolingbroke siguiéndonos de cerca.

—Creo que es mejor que yo la acompañe —comenta Bram. La vizcondesa aprieta los labios, pero sabe que no puede decirle que no a un príncipe.

—Lady Greer irá también, por decoro —contesta la mujer.

Bram inclina la cabeza.

—Estoy de acuerdo.

Suspira y apoya la cabeza en el carruaje.

—Gracias por darme una excusa para salir de ahí. Si tuviera que escuchar a una sola persona más ofreciéndome su consejo sobre con quién debería casarme, yo mismo podría haberme arrojado al Támesis.

Greer me mira a los ojos. Estamos las dos impactadas por su repentina informalidad. Es como si hubiera caído una cortina y tuviéramos al Bram de verdad delante de nosotras. Parece más joven, con los hombros más relajados.

—Gracias por acudir en mi rescate —digo.

Bram esboza una sonrisa ladeada, dejando a la vista su único hoyuelo.

—Créeme, lo haría en cualquier momento. Y en cualquier medio acuático también: el mar, un lago, una bañera particularmente profunda.

El carruaje avanza traqueteando por unas cuantas calles más. Estoy temblando con el vestido empapado, pero no quiero que se note. Bram también tiene la ropa mojada, pero no parece importarle.

—¿Y a quién sugieren? —pregunto un momento después.

Bram aparta la mirada de la ventana y la fija en mí.

—¿Disculpa?

—¿A quién sugieren que deberías escoger? —pregunto con tono de broma, pero la curiosidad me está matando de verdad.

—Estoy bastante seguro de que todos recomiendan a aquella por la que han apostado dinero en los clubes. Lady Marion Thorne tiene las mayores probabilidades, pero tú, Ivy Benton, darás el mayor premio.

—Es una forma de decir que todos creen que voy a perder. —Me río y Bram lo hace conmigo. Me sorprende descubrir que me encanta el sonido, que me gusta esta versión de él, libre de la vigilancia de los demás.

—¿Cómo os conocisteis vosotras dos? —se interesa Bram.

Greer y yo nos miramos.

—Ivy destrozó la tarta de mi quinto cumpleaños y luego su hermana intentó recomponerla con las manos —explica Greer—. No tuvo mucho… éxito.

E incluso a pesar de todo lo que siento por Greer, no puedo evitar sonreír con el recuerdo: Lydia, Greer y yo llenas de cobertura rosa en el suelo. Greer también sonríe y resulta extraño en su nueva cara, pero aún siento el eco de las chicas que éramos antes y, por un segundo, las añoro.

—¿Tienes una hermana? —pregunta Bram.

—Sí. Lydia es una persona deslumbrante. Incluso con siete años atraía la atención de todos.

Greer asiente con entusiasmo y me sorprende que lo haga de forma sincera.

—Era la estrella de todas las fiestas a las que asistía. Ivy no era tan elegante y bailó la polca con tan poca gracia que chocó con la tarta de crema de mantequilla que nuestra cocinera se había pasado toda la semana preparando. Yo me senté en el suelo y me puse a llorar hasta que Ivy me levantó y me calmó con un granizado. En defensa de Ivy, se sintió fatal… todavía se siente mal. Ha pasado más de una década y sigue viniendo a mi casa todos los años con una tarta.

Todos los años excepto este. No menciona esa parte.

Hay mucho que no dice, como que Lydia y ella se cansaron de mi obsesión con las hadas cuando teníamos doce años. Lydia me dio una charla sobre que tenía que dejar de actuar como una niña, pero Greer no dijo ni una palabra, tan solo dejó de venir a jugar conmigo. Un día estaba haciendo vestidos de hadas con pétalos de flores con mi hermana y mi mejor amiga y al día siguiente estaba sola. Me dejaron sola en el jardín.

Me pareció muy impropio de ella y durante la mayor parte del año pensé que a lo mejor me habían cambiado a mi amiga. Eso explicaría por qué nos habíamos distanciado. Escribí mis teorías en un cuaderno que le quité a mi madre, como si fuera una detective.

Al final lo dejé pasar. O jugaba sola o jugaba con Lydia y Greer: elegí lo segundo.

—Has dicho «era». —Bram frunce el ceño en señal de pregunta.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Greer.

—Has dicho que Lydia era la estrella de todas las fiestas.

Greer me mira, nerviosa.

—Ha estado enferma estos últimos meses —intervengo con rapidez—. Ha estado mal de los nervios y está recuperándose.

Espero que la temporada sea una excusa para que vuelva a la sociedad.

Bram sonríe con calidez.

—Lydia. —Pronuncia su nombre despacio, como si lo estuviera memorizando—. Me encantaría conocerla, aunque agradezco la advertencia de mantener a las hermanas Benton alejadas de los pasteles.

Cuando llegamos a la casa Caledonia, Bram aparta al lacayo y me ayuda a bajar del carruaje él mismo. Aguardo, incómoda, mientras él me mira de arriba abajo. Me gustaría poder pedirle que me cure de nuevo las manos, igual que hizo el día que nos conocimos, pero eso requeriría una explicación sobre cómo aparecieron las heridas y no puedo dársela.

Me lleva a la puerta y asusto a la pobre Lottie por segunda vez hoy. Se ruboriza cuando se inclina ante él y me lleva escaleras arriba corriendo.

—¿Qué diablos ha pasado?

—Me he caído al río.

—¿Ha sido para que él saltara a ayudarte? —Estira el cuello para mirar a Bram por la ventana cuando su carruaje sale—. Podría ser el chico más guapo que he visto nunca.

—No ha sido así —gruño.

Una vez vestida con ropa seca, me encuentro con Greer abajo para comer algo. Las dos nos hemos perdido el resto de la fiesta de la regata.

Sé que no subió al carruaje por mí, pero se lo agradezco igualmente, solo por interrumpir el silencio.

Saca un terrón de azúcar de un cuenco de porcelana con unas

delicadas pinzas de plata y aparece en su rostro una expresión que bien podría ser de vergüenza, aunque no estoy segura. No conozco su rostro nuevo. Me asola la sensación de que hace mucho tiempo que no conozco a Greer.

—¿Te acuerdas de cuando nos escondíamos en el armario durante la clase de baile? —pregunta con tono suave.

Nos ocultábamos detrás de montones de telas y hablábamos en susurros sobre un lugar inventado donde las chicas no tenían que aprender a coser y podíamos explorar glaciares, volcanes y bosques subidas a lomos de un caballo. El suyo era blanco como la nieve y me decía que el mío era más pequeño, con manchas marrones, pero en mi cabeza era siempre dorado. Tenían nombres, pero ahora no los recuerdo.

Si nos encontraba su institutriz, nos reñía. Si lo hacía su madre, nos abofeteaba.

—Me acuerdo —respondo en un susurro.

Lo recuerdo todo. Recuerdo tanto que siento que el peso de todo ello me aplasta. Si no estuviera tan horriblemente definida por todo lo que he amado y perdido en mi vida, tal vez podría ser la clase de persona que pasa por la vida con facilidad. Solo tengo dieciocho años, pero empiezo a entender lo que mi madre quería decir al afirmar «recordar es pesado. Dura demasiado».

Pienso ahora en la madre de Greer, arrastrándola hasta el estrado y tomando ella el cuchillo el día del Desfile del Pacto.

Miro a Greer y experimento todo ese resentimiento feo y ese amor entremezclados, formando un nudo que soy incapaz de deshacer.

Me odio a mí misma por lo mucho que la odio a ella. ¿Por qué es así siempre conmigo? ¿Por qué tan solo puedo odiar a personas si

antes las he querido?

—¿Quieres ganar? —le pregunto.

—Parece amable.

—Sí —coincido—. Pero ¿quieres ganar?

Se muerde el labio inferior. Hace una mueca al apretar tanto que le sale sangre.

—Tengo que ganar.

Es una respuesta típica de Greer.

—Esa es la realidad para todas nosotras.

Sacude la cabeza con tristeza.

—Si tú pierdes, al menos tu madre te volverá a mirar a la cara. La mía me ha prometido que renegará de mí.

Conozco a la madre de Greer, por lo que dudo que sea una forma de hablar.

Seguimos comiendo, inmersas en el silencio de dos personas que ya no saben cómo hablar la una con la otra. Estoy introduciendo una cucharilla en un pudin frío cuando carraspea.

—¿Te acuerdas de Joseph? —pregunta.

Rebusco entre mis recuerdos.

—¿El hijo de la cocinera? ¿Al que solíamos perseguir por el jardín amurallado?

Tiene la mirada perdida y soy incapaz de descifrarla.

—Era amable.

—Supongo. ¿Sigues viéndolo?

—Trabaja ahora en el establo.

—Greer —digo con más fuerza y ella parpadea varias veces, volviendo en sí—. Greer, ¿sigues viéndolo? —Las dos sabemos que estoy preguntando algo más.

Le da otro sorbo al té y se queda mirando la distancia.

—Por supuesto que no.



Escabullirme es más fácil de lo que pensaba. Faith se pone a roncar en cuanto su cabeza cae en la almohada y la vizcondesa Bolingbroke se marcha a la cama puntual, a las diez.

La luz de las estrellas se refleja en el estanque rectangular que recorre el jardín. Espero, temblando. Hace una primavera inusualmente fría y ni siquiera mi capa gruesa me abriga suficiente.

Me sobresalgo con cada sombra, con cada susurro de hojas en la oscuridad. Me aterra ver una serpiente, un cisne de dientes afilados o a la propia reina Mor.

Tengo el pelo suelto y bajo la capa llevo solo un camisón. Faith tiene un sueño profundo, pero no quiero tentar a la suerte.

Una ramita se rompe cuando alguien se acerca.

—¿Emmett? —susurro.

Sale de entre los rosales.

—Es la noche libre de Lottie. Siento pedirte que te reúnas conmigo así, no quiero que te pierdas en los túneles.

Sigo la silueta oscura de sus hombros por los túneles del invernadero hasta su habitación. Cruza el dormitorio para quitar una colcha de la cama y envolverse con ella. Cerdo, descontento porque estaba durmiendo sobre esa colcha, se sube al regazo de Emmett.

—¿Por qué hace tantísimo frío aquí? —pregunto.

—No puedo arriesgarme a que nos descubran los criados. Les pedí que no vinieran esta noche, así que nadie ha encendido el fuego.

—¿Por qué no lo enciendes tú mismo? —Me arrodillo delante de la

chimenea y retiro la rejilla.

Emmett vacila.

—Dios mío. —Me echo a reír—. No sabes hacerlo.

—¡No es culpa mía!

—Por supuesto que sí. Ven. —Le hago un gesto con la mano.

Acepta con un gruñido y se arrodilla a mi lado.

Hay una pila ordenada de leña y una caja de cerillas en la chimenea. Las señalo.

—Dame tres leños y esas cerillas.

—No. Ya lo he intentado. Los leños no prenden.

Me vuelvo hacia él para que vea la fuerza de mi gesto al poner los ojos en blanco.

—Necesitas yesca. ¿Es que no te enseñan nada tus sofisticados tutores?

—Si necesitas un análisis minucioso de un texto en inglés antiguo, soy tu chico.

Saco una maraña de trapos empapados en grasa del yesquero plateado que hay sobre la repisa y dispongo encima de ellos los leños.

—Así. Tienes que encender primero algo más pequeño.

Él se acerca y el calor que desprende me resulta de pronto sobrecogedor a pesar del frío de la habitación.

*Clic.*

Los trapos prenden rápidamente y le bañan la cara con el resplandor naranja del fuego.

Se vuelve hacia mí.

—¿Todas las hijas de marqueses saben encender fuegos? —Su voz suena más suave. Sé qué es lo que está preguntando en realidad.

Miro la chimenea.

—Solo aquellas cuyo servicio doméstico ha tenido que ser despedido.

Al principio no se notó mucho. El mayordomo nos servía la cena en lugar de los criados. Después la doncella de mi madre se casó y no la reemplazaron. A continuación, vendieron el carruaje. Más tarde, las criadas se marcharon y las cosas empezaron a desmoronarse de verdad.

Lydia y yo aprendimos a encender el fuego en nuestras chimeneas, a planchar nuestra ropa y a zurcir nuestras calcetas mientras otras chicas cosían encajes con sus institutrices. Mi madre fue muy clara al exponer que debíamos mantener en secreto el estado de nuestra casa. Yo odiaba mentir. Nunca me acostumbré a ello, así que dejé que Lydia lo hiciera por mí.

Me yergo.

—Volvamos a lo importante. Faith y tú. Tus cartas. Me gustaría verlas sobre la mesa.

Emmett se apoya sobre las manos y se queda mirando el fuego.

—Desde el instante en que me enteré de que la reina planeaba casar a Bram durante esta temporada, supe que no podía desaprovechar la oportunidad. He pasado buena parte del año tratando de encontrar a la candidata perfecta. Era lo que estaba haciendo la noche en que nos conocimos. Iba a reunirme con Christine Cambere, pero no era la idónea.

Todo lo que sucedió aquella noche vuelve a mi memoria de golpe, cómo acercó la cara a la mía. «¿Sabes? Eres muy bonita».

Nadie me había dicho nunca que soy bonita. Cuando querían hacerme un cumplido, decían: «Te pareces a Lydia».

No entiendo por qué tengo ganas de llorar de pronto, pero le doy un golpe en el hombro.

—¿Por eso me preguntaste si podías visitarme? ¿Tu reputación de libertino es solo una distracción inteligente para ocultar tus motivos reales, mucho más peligrosos?

—Sí.

—No estabas interesado en mí.

—Te recuerdo que me rechazaste. Mi ego no se ha recuperado.

—Tu ego parece estar bien.

Aparto la mirada al fuego, que ahora ruge. El calor se filtra en mis huesos.

—Conocía a Faith —señala—. Me gustaba Faith. Su padre decía que debía casarse esta temporada, aunque le corresponde a ella contar toda esa historia. Me pidió que fuera yo quien me casara con ella y me negué. Cuando esquivé la copa de cristal que me arrojó a la cabeza, acepté ayudarla a que se casara con Bram.

—¿Por qué no querías casarte con ella?

Emmett piensa con cuidado sus palabras.

—Porque no la quería. Así no.

—Así que aceptaste ayudarla a casarse con tu hermano.

—Haces que suene muy feo.

—¿Y no lo es? ¿Manipular de esa forma a tu examante y a tu hermano?

Él tuerce la boca hacia abajo en una mueca y echa otro leño al fuego, que genera una lluvia de chispas.

—Yo nunca he dicho que sea buena persona. Por eso Bram debe ser el rey. Él es mucho mejor que yo.

—Y entonces le prometiste a Faith que la ayudarías a ganar.

—Así es.

—Y ahora tengo que ganar yo.

—Sí.

«Podrías ser reina».

—De acuerdo. Pues ayúdame.

Emmett asiente, con actitud seria ahora.

—A Bram le encantan las fresas; toda la fruta, en realidad. Dice que es diferente a la que crece en el Otro Mundo. Su color favorito es el verde. Adora a su yegua, Mab, y le encantan las competiciones. Creo que su pareja ideal es alguien que lo desafíe.

—¿Le dijiste a Faith qué trato hacer?

Emmett sacude la cabeza.

—Incluso yo tengo límites morales. No podía pedirle eso cuando yo mismo no creo en el sistema. Además, ¿qué podía pedir? Ya es la chica más hermosa de Londres.

Tiene razón, pero me duele que lo reconozca.

—¿Hizo trato? —pregunta.

—No lo sé. Se negó a contárnoslo.

Él se echa a reír.

—Suena propio de ella.

—Una pregunta más.

Emmett me mira con expectación.

—¿Por qué estáis Bram y tú tan unidos? Imagino que tienes razones para odiarlo. Odias a su madre.

Entrecierra los ojos, con la mirada fija ahora en el fuego.

—Al principio lo odiaba. Estaba completamente aterrado cuando llegó. Los dos teníamos catorce años. Me negué a aceptar su existencia, incluso cuando él trataba de hablar conmigo o de

acompañarme en las salidas a caballo o en las clases. Ahora sé lo solo que se sentía antes, lo asustado que estaba, pero en ese momento solo lo podía ver como una extensión de su madre. Ella lo mimaba y eso aumentaba mi odio. Entonces, un día, aproximadamente un mes después de su llegada, los hijos de unos nobles y yo fuimos a dar clases de tiro en los terrenos. A uno de los chicos mayores le gustaba empujarme, llamarme bastardo, nada muy creativo. Yo nunca he sido muy buen luchador, pero ese año había crecido más de siete centímetros y pensé que tal vez era hora de defenderme. Acabé con tres costillas rotas y un ojo morado. Me dieron una paliza. Un criado tuvo que llevarme a mi cuarto pateando y gritando antes de que me dejaran inconsciente. Bram entró unos minutos después con la ropa rota, una rodilla ensangrentada y un ojo amoratado. «Me he encargado de los que te han faltado» fue lo que me dijo. Teníamos la misma edad, pero él era mucho más grande que yo por entonces. Yo parecía un niño desgarbado aún, pero Bram era casi un hombre. Le pregunté por qué y me dijo: «No pienso dejar que llamen bastardo a mi hermano». Me reí, incluso con las costillas rotas. No pude evitarlo. Y desde ese día hemos sido inseparables.

Puedo imaginarlo con claridad.

—¿Es buena persona entonces? ¿Tan bueno como dices?

—Es más que bueno. Es el mejor.

—Necesito pasar tiempo con él. No voy a ganar si no pasamos tiempo juntos.

—Entonces tienes que aprender a coquetear. No voy a dejar el futuro del país en manos de alguien que piensa que las cabezas de gambas son románticas.

—¡No es justo! ¡Me soltaste ahí sin previo aviso!

Emmett me mira.

—De acuerdo, te doy otra oportunidad.

—¿Qué?

—Coquetea conmigo.

—Puaj.

—Para ensayar. —Me dirige una sonrisa enorme—. Finge que soy Bram.

Me miro los pies, vacilante. Me imagino a Bram, sus ojos amables, mandíbula perfecta, el hoyuelo. Tan solo pensar en él ya me pone nerviosa.

—Eh… ¿cómo te ha ido el día?

Emmett me levanta la barbilla con el pulgar.

—El contacto visual ayuda. Parece que estás hablando con tu abuela. Vuelve a intentarlo.

—¿Has leído algún libro bueno últimamente?

—¿Estás interrogándolo?

Levanto las manos, frustrada.

—¡Pues enséñame a hacerlo!

Se agacha para poner los ojos a la altura de los míos y ladea ligeramente la cabeza. Baja la mirada a mis labios y vuelve a subirla a los ojos.

—No me había fijado antes en tus ojos. Son preciosos.

El corazón me da un vuelco.

—Gracias. Los he criado yo misma.

Pone los ojos en blanco y resopla, frustrado.

—Estamos condenados.

—Sé que estás mintiendo. Nadie hace un cumplido a unos ojos

marrones.

—La gente no tiene gusto. Vuelve a intentarlo.

—Quiero conocerte mejor.

Emmett tiende las manos con un movimiento casual.

—Tócame el brazo mientras lo dices.

Le rozo el interior de la muñeca.

—Quiero conocerte mejor.

Se lleva la mano al corazón.

—Oh, Ivy, me siento halagado.

—Cállate.

—A la gente le gusta la honestidad. Les ayuda a que se sientan más íntimos con alguien. No hay una forma más rápida de crear un vínculo que con un secreto. Cuéntame algo.

—¿Quieres un secreto? —Como si estuviéramos otra vez en el laberinto.

Él asiente.

—Estoy aterrada. Tú mismo lo dijiste. El futuro de todo el país depende de que logre que se enamore de mí. ¿Y si no puedo hacerlo? ¿Cómo podré perdonármelo si condeno a todo el mundo a la crueldad de la reina para siempre porque no soy lo bastante encantadora o hermosa? —No menciono que Emmett me asusta también.

Él me mira durante un minuto, me escucha de verdad.

—Yo no estoy preocupado.

—No lo comparto.

Mira el reloj sobre la repisa de la chimenea.

—Debería acompañarte de vuelta. Tienes que descansar.

La puerta de la casa no está cerrada con llave y subo las escaleras de puntillas para no hacer ruido. Veo una sombra moviéndose en la oscuridad. Faith está sentada en la cama.

—Tú, víbora. Me pregunto qué pensará Bram cuando le cuente que has estado toda la noche fuera.

—Faith, por favor —le suplico—. No es lo que piensas.

—Emmett no puede salvarte.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero recuperar a Emmett.

—Es todo tuyo. Esto no va de eso. —No tengo energía para discutir con ella. De pronto siento las rodillas débiles. La habitación se ladea.

—¿Entonces qué es?

Sería más fácil enfadarme con ella si no sonara tan rota.

—Ojalá pudiera decírtelo —respondo.

—Entonces no tenemos nada más que hablar.

Su tono me asusta. Me meto en la cama. No puedo dejar de temblar y dejo que un sueño incómodo se apodere de mí.

# 17



Me despierto al amanecer con el sonido de la puerta del dormitorio al abrirse. Con el camisón y una cofia para dormir, veo a la vizcondesa Bolingbroke con Faith a su lado.

—Ha salido en mitad de la noche —declara Faith, como si propusiera quemarme en un poste—. Me parece del todo inapropiado y quería comunicárselo lo antes posible.

Abro la boca para protestar, pero me arde la garganta. Estoy temblando y sudando al mismo tiempo. Me duele el cuerpo por dentro, como si algo se amoratara y rompiera sin cesar. Parpadeo para librarme del sueño y noto la visión borrosa por los bordes.

La vizcondesa Bolingbroke corre a mi lado y posa la mano fría en mi frente.

—Tiene fiebre, señorita Fairchild. Ve a buscar al doctor y a tu doncella. No sé qué clase de broma es esta, acusar a tu compañera, visiblemente enferma, de hacer algo inapropiado, pero la próxima vez que mientas, se lo haré saber a Su Majestad.

Faith balbucea algo con la cara roja de ira y sale de la habitación.

Cuando me despierto, Lottie me coloca un paño fresco en la frente.

—Shh, estás bien —me calma, como si fuera una niña, y cierro los ojos.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con voz ronca. La luz entra por las ventanas y sospecho que llevo mucho tiempo dormida.

—Tienes fiebre, querida. Relájate.

Me duelen mucho las manos. Las tengo hinchadas y feas, con los nudillos tan rígidos que no puedo moverlos.

Cuando me despierto de nuevo, es Greer la que está de pie por encima de mí.

—Me han pedido que te haga beber —dice e inclina un vaso de agua sobre mi boca. Cada trago es una agonía.

La oscuridad es gélida cuando me engulle por completo.

# *Emmy Ito*



Marion y Faith están en el jardín, Greer acompaña a Ivy, Olive está en la cocina y mi pelo nunca ha tenido peor aspecto.

Seguro que mi doncella me odia. Esta noche ceno con el príncipe Bram, mi recompensa por ganar en el condenado laberinto de setos: una comida a solas con él, y parezco un caniche.

Mi doncella ha usado unas tenacillas con los mechones delanteros y estos cuelgan delante de mis ojos como riachuelos. Los aparto con frustración, cierro la revista de moda y voy a ver lo que está haciendo Olive en la cocina.

—Tienes harina en el pelo —le digo.

Se la limpia y se deja una mancha blanca en la cara. Señalo la masa que sube junto a la chimenea.

—Vas a enterrarnos en brioche.

—Pobre Bram, entonces tendría que morir solo.

El recuerdo de su inmortalidad siempre me hace sentir mal, pero me río de todos modos porque es Olive, y ella sonríe mucho cuando lo hago.

Apoyo el codo en la encimera.

—Sé sincera, ¿estoy ridícula?

Olive da golpecitos en la harina sobre la tabla de contar mientras

considera sus palabras.

—Pareces un perro muy sofisticado.

—¡Qué desagradable!

—¡He dicho uno sofisticado! —Se limpia las manos en el delantal —. Ven aquí. —Abre el grifo y moja un paño para pasarlo por los mechones delanteros y suavizar los horribles rizos. Después reordena las horquillas—. Mucho mejor.

Alguien llama a la puerta y acudimos juntas. Bram ha venido solo, con un chaleco burdeos, un pañuelo de volantes y la cara tan perfecta como siempre. Inclina la cabeza.

—Lady Ito, estás encantadora.

—¡La he peinado yo! —exclama Olive, pero yo ya he cerrado la puerta al salir.

Me conduce por un sendero a lo largo de la suave colina que serpentea alrededor del palacio.

—Espero que no te importe que haya dispuesto la cena en el invernadero esta noche.

Me sorprende oír el sonido de pasos detrás de nosotros y me vuelvo. Veo a una mujer con un vestido pasado de moda siguiéndonos.

—Nuestra carabina esta noche —explica Bram—. Me debo al decoro, pero he pensado que te gustaría librarte de Bolingbroke por esta noche. La condesa de Tribley es la tía abuela de uno de mis compañeros de escuela. Es muy divertida, se le da muy bien jugar a las cartas, pero está medio sorda, así que he supuesto que lo hará bastante bien.

Me río y saludo con la mano a la anciana, que me devuelve el saludo.

El invernadero está cubierto de mil cirios que titilan junto a las paredes de cristal en la oscuridad.

Hay una mesa preparada con candelabros, vajilla y un mantel blanco debajo de uno de los naranjos. No soy muy dada a los gestos bonitos, pero hasta yo tengo que admitir que resulta adorable.

La condesa Tribley se acomoda en un sillón en la esquina y saca sus utensilios para bordar.

Bram sabe escuchar atentamente y formula las preguntas adecuadas. Cuántos hermanos tengo (cuatro hermanos, yo estoy justo en medio). Mis intereses (la lectura, el pianoforte, la pintura). Cuáles son mis deseos para el futuro (viajar).

—¿Viajar? —Me mira, sorprendido—. ¿Al mar, por ejemplo?

—Cruzarlo —respondo, demasiado osada.

Nunca he querido casarme como las otras chicas. Es irónico, supongo, que mis bisabuelos lo arriesgaran todo cruzando el mar para venir a este país y que yo haya pasado toda mi vida anhelando salir de él. Nunca podría hacerlo con un esposo a mi lado y una casa que dirigir.

No planeaba convertirme en esposa. Planeaba ser pintora, pirata o poeta.

Así era para chicas como Marion y como yo, que habíamos sido criadas con historias sobre tierras gobernadas por humanos y no por una reina hada. Sabemos lo grande que es el resto del mundo.

Debería de haber perdido antes en la competición de la Reina de Mayo, pero, como de costumbre, mi orgullo pudo conmigo. Vi a mi padre entre el público y recordé el discurso que me había dado una y otra vez en mi juventud. «En todo lo que hagas, esfuérzate al máximo». Le habría roto el corazón verme fallar a propósito y se

habría dado cuenta. Sé que lo habría hecho.

La cara de Bram se ilumina.

—Yo he visto muy poco del mundo humano. Sueño con descubrir más.

Me sorprende escucharlo decir algo que contradice directamente la estricta política de aislamiento de su madre.

Le cuento lo que decían mis abuelos sobre Kioto, las calles ventosas y los veranos cálidos y húmedos. Está muy guapo mientras escucha, con su perfecta mandíbula apoyada en la mano.

Cuando termino, señala el bolso de cuentas que he dejado sobre la mesa.

—¿Qué hay dentro? —pregunta.

Finjo ofenderme.

—Es grosero preguntar a una dama qué lleva en su bolso.

—Pero tú no eres una dama corriente. ¿Es dinero para el pasaje? ¿Vas a abandonarme pronto? —bromea.

Alcanzo el bolso y saco una baraja desgastada de cartas del tarot que me regaló mi institutriz por mi decimotercer cumpleaños. Me preocupaba no tener nada de lo que hablar y las cartas ayudan a la conversación. Es más sencillo que hablar de mí.

—¿Me las echarías? —pregunta—. Tenemos oráculos en mi tierra natal, pero viven casi todos en árboles y cuevas. Prefiero tu compañía.

Le paso las cartas y le pido que las baraje y que saque después una. El diablo nos sonríe desde la mesa. Bram chasquea la lengua.

—Oh, no me gusta su aspecto.

El corazón me martillea en el pecho. El afecto que siento por Bram me sorprende.

—Significa que alguien va a traicionarte.

En su rostro aparece un destello de preocupación, pero lo reemplaza rápidamente por una sonrisa amable.

—Ahora tú.

No tengo que preocuparme, saldrá la misma carta que lleva meses saliendo. Da igual cuántas veces baraje, siempre es la misma. El mundo.

—¿Qué significa? —pregunta cuando saco la carta.

Significa que me voy a marchar.

—Que puedo tener todo lo que desee si soy lo bastante valiente para tomarlo. —Miro a Bram bajo la luz titilante del candelabro y me invade la sensación de que, por primera vez, es posible que tenga algo por lo que quiera quedarme.

La condesa Tribley dormita en el sillón, por lo que Bram me acompaña a solas a la casa.

Me deja en la puerta con un beso suave en la mano. De pronto entiendo a qué se refiere la gente cuando dice que nota mariposas. Noto muchas en el estómago.

—Ha sido un placer, lady Ito.

—Para mí también. —Y me sorprende descubrir que así ha sido.

Se vuelve justo a tiempo para no ver un atisbo de movimiento en la puerta lateral, pero yo sí me doy cuenta: su hermano saliendo a hurtadillas de la casa y huyendo en la noche.

# 18



Tengo un vago recuerdo de Marion leyendo junto a mi cama a la luz de un candelabro. Después, de Greer cambiándome el vendaje de las manos.

—Esto te ha pasado por saltar al Támesis con heridas abiertas —me riñe, pero su voz es amable y tiene el rostro marcado por la preocupación.

¿Pagará la Corona a mi familia si muero así o me convertiré en otra chica Benton sacrificada a la fábrica de chismes? Supongo que tiene su gracia intentar un golpe de estado contra la reina y morir de una infección.

En mis sueños aparecen colores que se entremezclan de formas inadecuadas. Estoy en una coronación, con una corona sobre la cabeza. Me encuentro en una fiesta a la hora del té y las paredes se derriten como el chocolate abandonado al sol. Estoy galopando a lomos de un caballo por una tierra que no se parece en nada a esta.

Hay una mano fuerte y callosa sobre mi frente, tranquilizadora, como si pudiera calmar la fiebre.

Pelo castaño. Ojos afilados.

Este sueño parece el más real.

Cuando despierto de nuevo, es Olive quien me acompaña. Jadeo

en la silla que hay junto a mi cama y suelta el libro, que cae al suelo.

—¡Estás despierta! —exclama.

Estoy más lúcida de lo que me he sentido en días, aunque sigo demasiado débil para levantar la cabeza.

—¡Estábamos seguras de que ibas a morir! —continúa y me pregunto si Olive ha tenido alguna vez un pensamiento que no haya expresado inmediatamente en voz alta.

Emmy aparece en la puerta y se apoya en el vano.

—No digas eso. —Se vuelve para gritar en las escaleras—. ¡Ivy está despierta!

Se produce un estruendo de pasos y, a continuación, un montón de chicas entran corriendo en mi habitación. Llevan vestidos de seda y diamantes en el cabello. Se han arreglado para asistir a un baile. Greer suelta su abanico de plumas de albatros y corre hacia mí.

—¡Pensaba que ibas a morir!

—Siento decepcionarte —respondo con voz ronca. Las otras chicas se ríen, pero algo frágil y triste cruza el rostro hermoso de Greer.

Lottie pasa junto a todas, congregadas en la puerta.

—¡Dejadle espacio! —grita mientras me aparta el pelo pegado a la frente y me incorpora con las almohadas.

Siento que mis huesos tienen cien años, pero el ardor de la fiebre ha bajado. Pruebo las articulaciones de los dedos y los noto menos hinchados. Ha pasado la peor parte.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Tres días —gorjea Olive.

Me he perdido el concierto de cuarteto de cuerda del miércoles y ahora me voy a perder el baile de los Harrowfield. Imagino que no ha habido más pruebas en mi ausencia, pues ninguna tiene heridas

visibles, pero he perdido demasiado tiempo con Bram.

Lottie desaparece para ir a buscar caldo para que cene y las chicas me desean lo mejor antes de salir por la puerta en dirección a los carruajes.

Pasa otro día antes de que pueda salir de la cama y continuar con las actividades junto a las demás. Todas, excepto Faith, me consienten, incluso Greer, que parece haberse ablandado.

Recuerdo lo que dijo Olive el primer día en la casa Caledonia: «Esperaba que fuéramos amigas». Yo no compartía su esperanza, pero quizá solo había bastado una experiencia cercana a la muerte para que lo hiciera. Faith no ha vuelto a mencionar mi escapada nocturna.

Al día siguiente, por fin estoy lo bastante fuerte para levantarme de la cama y estoy ansiosa por salir fuera. Lottie me está vistiendo para mi primera salida desde mi enfermedad, un paseo por el parque, cuando me deja una nota en la mano. Sigue abotonándome el vestido como si nada, pero guardo el pergamino doblado en la palma. No puedo leerlo ahora con Faith mirando.

El jardín más grande del palacio está abierto al público y en el paseo de hoy me da la sensación de que nos están exhibiendo. La gente susurra tras los abanicos cando pasamos, hacen comentarios sobre nuestra belleza, nuestro encanto, quién de nosotras será la mejor princesa.

Tengo un parasol de encaje en una mano y la otra entrelazada en el brazo de Olive. Es la compañera perfecta para este tipo de cosas, pues nunca para de hablar, así que yo no tengo que decir nada.

—El truco con los cruasanes es doblar la masa en capas… —Lleva años divagando sobre la laminación de la masa y las técnicas de

relleno.

Desconecto de Olive y me fijo en los jardines, del tono verde vibrante de un invierno inglés húmedo. Hay una zona con azafranes morados a lo largo de una colina suave y una maraña de rosales más allá.

Corre una brisa suave hoy, pero el mantón que llevo anudado alrededor del torso evita que me ponga a temblar. Llevo el gorro a la espalda. No es lo adecuado, pero el sol sobre mi piel después de tantos días en el interior me parece un sueño.

Faith y Marion caminan del brazo delante de nosotras, Emmy y Greer a nuestra espalda.

Nuestro grupo se detiene cuando dos caballos giran por el sendero. Los jinetes reducen el paso y se quitan el sobrero al acercarse.

—Lady Ivy, ¡estás despierta! —Bram se apea de su yegua con una sonrisa amplia en la cara. Emmett permanece montado y me mira con una expresión que no puedo descifrar.

Veo un remolino de faldas cuando las otras chicas se acercan a nosotras, todas hablando atropelladamente con Bram. Greer le pregunta si le gusta su sombrero nuevo. Olive quiere saber si ha recibido la cesta con panecillos que le ha enviado. Faith se tropieza con la punta del zapato de forma elegante y termina en los brazos de Bram. Él la recoge rápidamente con una sonrisa. Emmy la adelanta y se pone delante de ella.

—Siempre me han felicitado por mi equilibrio —dice.

Encima de su caballo, Emmett alza la barbilla en mi dirección. «Haz algo», articula con la boca. Las demás chicas están demasiado distraídas con Bram para verlo.

«¿Qué?», pregunto moviendo la boca.

Emmett se lleva una mano enguantada a la frente y finge un desmayo.

Eso sería humillante. *No*.

Emmett carraspea de forma ruidosa.

—Vaya, lady Ivy, estás muy pálida.

—Me siento muy bien, gracias por la preocupación, Su Alteza.

—No, no. Hermano, ¿no tiene mal aspecto? Es mejor que la lleves adentro. —Si Emmett no estuviera tan apartado, le daría una patada en la espinilla.

Bram me mira con preocupación.

—Sí, has estado muy enferma.

Me trago el enfado con Emmett y me recuerdo a mí misma que tengo un papel que representar. Tengo que conseguir que Bram me ame. Emmett tiene razón, aunque sea muy cansino.

—Le pediré a las otras chicas que me lleven a la casa —indico con tono débil—. No me gustaría arruinar tu apacible tarde. —Me seco la frente con un pañuelo y abro y cierro los ojos, esforzándome en representar bien el papel.

—No estás arruinando nada. Insisto en llevarte sana y salva a casa. —Es un caballero, como yo esperaba.

Capto la mirada de Emmett cuando voy a volverme en el camino.

—Tu yegua es muy bonita —le digo a Bram al recordar el consejo de Emmett.

Emmett se aleja, levantando una nube de polvo.

Los ojos de Bram se arrugan al sonreír.

—Se llama Mab y prometo que es más educada que mi hermano.

—¿Tienes más caballos? —pregunto.

—Unos cuantos, aunque ninguno me gusta tanto como ella.

—Me siento mejor ahora que no me da el sol directo. A lo mejor podríamos dar un paseo por los establos. Me gustaría verlos.

Bram lo considera un momento.

—¿Seguro que estás bien?

—Seguro.

Cruzamos la hierba hacia las cuadras, al otro lado del palacio, resguardadas por los árboles y lejos de los ojos curiosos de la vizcondesa y las demás chicas. Es inapropiado, pero es muy improbable que nadie nos vea.

Mientras caminamos, me acuerdo de lo que dijo Emmett sobre que a Bram le gusta la fruta de aquí, pues es diferente a la que crece en el Otro Mundo.

Saco una manzana verde y una navaja del bolso que llevo colgado a la cadera de mi vestido de paseo.

Siempre he considerado la habilidad de cortar fruta mientras caminaba una de las lecciones más estúpidas de protocolo que recibíamos, pero me gustaba tener una excusa para llevar un cuchillo y ahora me están siendo de utilidad.

Rasgo la piel y saco una pequeña cuña.

—¿Quieres? —Se la ofrezco en la punta del cuchillo.

Él sonríe y la acepta.

—¿Sabes? Tenemos frutas diferentes en el Otro Mundo —comenta mientras mastica.

Me dan ganas de reír. Emmett conoce muy bien a su hermano.

—¿De verdad?

—Sí. Algo parecido a una granada, pero tan grande como un plato, con semillas dulces como el azúcar y bayas más negras que la noche

que saben a humo y sal. —Me gustaría tener un cuaderno. Estoy deseando escribir a Ethel para hablarle de todo esto.

—¿Qué te gusta más, la comida de aquí o la de…? —Estoy a punto de decir «casa», pero no sé si Bram considera el Otro Mundo su hogar todavía. Es un concepto inquietante, un mundo cercano al nuestro, pero fuera del alcance. Tal vez por ello estaba tan obsesionada con la idea de pequeña.

Bram debe de captar lo que quiero decir porque tarda un momento en pensar su respuesta.

—La comida de aquí, pero la bebida de allí. Licores espumosos con sabor a limón y rosas, vino elaborado con flores que florecen de noche… —Tiene la mirada distante mientras imagina un lugar que yo no puedo ver.

—Debes echarlo de menos. —Pienso en mi infancia feliz, en lo mucho que me duele no poder volver nunca a ella.

Se queda un instante pensativo y nuestras botas crujen en el camino de grava. Aprovecho la oportunidad para mirarlo, rodeado de hojas verdes. Tiene una peca en la mandíbula afilada que no había visto antes. Es tan guapo que duele mirarlo así, de frente, es como mirar directamente al sol. No sé si me acostumbraré algún día si me caso con él o si me pasaré el resto de mi vida sintiéndome tan deslumbrada.

Se pasa una mano por el pelo ondulado con reflejos dorados del sol.

*Pelo castaño. Una mano fuerte en mi frente que calma la fiebre.*

Los mozos de cuadra se dispersan cuando entramos en el granero salpicado de luz del sol. Caminamos despacio por los compartimentos, acariciando los hocicos sedosos de los caballos.

—Me gustaría darte las gracias por visitarme cuando estaba enferma.

Él frunce el ceño, confundido.

—He estado ausente.

—Oh, debo haberlo soñado. —Qué humillante.

Se detiene de golpe y señala una pila de fardos. Extiende encima su abrigo para que me siente y lo hago a su lado.

Tiene una arruga profunda entre las cejas y da vueltas al anillo dorado grueso que lleva en el dedo meñique.

—En realidad, querría disculparme por eso. Envié flores, pero mereces más que eso. Me gustaría haber podido ayudar.

—¿Haberme sanado como hiciste el día del Desfile del Pacto?

Entre sus cejas aparece otra arruga.

—No, aunque lo habría hecho si hubiera podido. Mi magia no está tan desarrollada como la de mi madre, lo mío son más bien trucos de magia. Puedo encargarme de pequeños cortes y moratones, pero no mucho más.

La cara de Emmett aparece en mi mente. Acerco la mano para rozar la manga de la camiseta de Bram.

—Me gustaría conocerte mejor.

Esboza una media sonrisa.

—¿Sí?

Asiento.

—Háblame más de la magia. —Emmett me dijo que la gente valoraba la autenticidad. He pasado la mayor parte de mi vida anhelando tener más información sobre las hadas. Ojalá la Ivy de diez años pudiera verme ahora.

—Nadie me pregunta nunca por estas cosas. —Sonríe—. La magia

menor, la que yo puedo hacer, es innata.

Hay un campo de dientes de león en la esquina del granero. Bram agita la mano y estalla en un racimo de tulipanes rosas. Me quedo con la boca abierta.

Él se ríe.

—No es tan útil. —Los tulipanes se convierten en cenizas mientras lo dice.

Cierra el puño y lo abre para dejar a la vista una moneda de oro brillante. Me la da y me sorprende comprobar que está fría como el hielo.

—Espera —dice con tono suave. La moneda se derrite y forma un pequeño charco de agua en mi palma.

Me río, asombrada.

—La magia mayor, la que tiene mi madre, es el producto de años de estudios en las escuelas de palacio. Yo nunca he tenido paciencia para ello y vine aquí siendo muy joven. No hay nadie que me pueda enseñar, excepto ella, y no tiene ni tiempo ni interés.

Me quedo sin aliento con la mención del Otro Mundo. Tengo un millón de preguntas en la punta de la lengua. «¿Qué aspecto tiene? ¿A qué huele? ¿Llueve todo el tiempo como aquí? ¿Es todo el mundo tan guapo con tú? ¿Cómo funciona la magia?».

—Tengo algo que confesar —digo.

Él arquea las cejas.

—Ah, ¿sí?

El color asciende a mi rostro y me arrepiento enseguida de decirlo, pero ya no puedo echarme atrás.

—He pasado media vida totalmente obsesionada con las hadas. Recolectaba cada pequeño dato que podía, hacía dibujos del Otro

Mundo, obligaba a mi hermana y a Greer a jugar conmigo a las hadas. —No digo que nunca lo he superado—. Había un libro que nos leía nuestra antigua cocinera, *Hadas de las islas británicas*. Habré repasado sus ilustraciones al menos cien veces.

Me llevo la mano a la boca. No tendría que haber admitido que tenía información ilegal sobre las hadas delante del hijo de la reina.

—¡Lo siento! —exclamo—. En cuanto mi madre se dio cuenta de lo que era el libro, lo quemó.

Bram examina mi rostro.

—No voy a decir nada. De hecho, estoy un poco aliviado. Nadie me habla nunca de esto. Parece como si no se sintieran cómodos con la idea de que yo sea distinto.

—A mí me gusta que seas distinto. —Lo digo de verdad—. Y no dudes que siempre querré saber más.

Aprieta los labios.

—Puede costarme hablar de mi hogar. Las cosas no terminaron bien entre mis padres y yo sentía que estaba en medio.

—¿Por eso decidiste venir aquí?

Se encoge de hombros.

—No fue del todo una decisión. Mi madre y mi padre gobernaron en el pasado juntos como rey y reina del Otro Mundo, pero estaban en desacuerdo en varias cosas, en especial en cómo había que tratar a los humanos. A mi madre, como a muchos de su corte, le gustaba usar a los humanos como juguetes, pero mi padre tenía un corazón amable y no lo soportaba. Cuando mi madre intentó derrocarlo con un golpe de estado poco después de mi nacimiento, él no tuvo más elección que cerrar de forma permanente la puerta entre nuestros mundos.

—¿Así fue como terminó en el campo de batalla aquel día? —Estoy asombrada—. ¿Cómo la derrotó tu padre?

Parece tan triste que me arrepiento de haber preguntado.

—Hierro. —La palabra tan solo me resulta vagamente familiar. Debo haberla leído en el libro de hadas de la señora Osbourne.

—No sé qué es eso.

Bram se encoge de hombros.

—Supongo. Es un elemento natural, un tipo de metal que puedes derretir para fabricar cosas como armas, herramientas, cadenas. Ella hizo que se borrara de la historia toda mención al hierro.

—¿Y tu padre lo usó en su contra?

—Él la temía. Tenía un buen motivo para hacerlo.

—Así que ella vino aquí.

Bram asiente.

—No podía volver a casa, pero necesitaba ser reina de algo.

—Si la puerta estaba cerrada, ¿cómo llegaste tú?

Bram baja la mirada al suelo con un gesto solemne.

—Mi padre podía ser benevolente, pero seguía siendo un rey y, conforme yo me acercaba a la mayoría de edad, iba siendo una mayor amenaza para él. La Corte del Otro Mundo es cruel y competitiva. Todo el mundo vive eternamente, así que la única forma de llegar al trono es matando a su anterior ocupante. Mi padre temía que siguiera siendo leal a mi madre, o tal vez que fuera solo ambicioso, y se volvió paranoico con la idea de que iba a intentar matarlo. Los encantamientos que puso en la puerta permitían que solo nuestra línea de sangre la cruzara. Me echó en mitad de la noche y la cerró permanentemente detrás de mí.

La pena ruge en mi interior. Pena por que expulsaran a Bram de su

hogar, por la traición de su padre, y pena por mí misma, por este último mazazo a mi teoría de que Lydia podría haber cruzado al Otro Mundo. Ella tenía razón, soy una cría. Lydia no es una chica de un cuento de hadas, es solo una chica.

Pero Bram me ha demostrado que esa magia existe, aunque sea menor.

—Lo siento mucho, Bram.

Acerca la mano y me limpia una lágrima de la mejilla. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. Está en la punta de su dedo y la convierte en un copo de nieve que se derrite formando una gota de líquido.

—Está bien —dice—. Estoy aquí, ¿no?

—Es una estupidez. Cuando mi hermana desapareció, pensé que tal vez estaba… allí.

Bram me mira, no con pena, sino con tristeza compartida.

—Lo siento mucho, Ivy.

Juguetea con el anillo de su dedo meñique derecho. Tiene un anillo de oro en cada uno de los diez dedos, pero este es el más delicado, con una diminuta perla incrustada.

Señalo los anillos.

—¿Tienen algún significado?

Él se encoge de hombros.

—Piezas de mi hogar.

Desliza el anillo con la perla en mi dedo índice.

—No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Cuando esté en los salones de baile y lo vea en tu dedo, me

sentiré como si estuviera tocándote, aunque no lo esté haciendo.

Me ruborizo y él me levanta la barbilla para que lo mire.

—Yo también quiero conocerte, Ivy Benton.

De pronto me aterra que vaya a besarme. También quiero besarlo, de una forma abstracta, pero no estoy preparada. Me saco la manzana y el cuchillo del bolsillo solo para tener algo que hacer con las manos. Bram me mira detenidamente mientras corto otro pedazo. Se lo ofrezco de nuevo en la punta del cuchillo.

Me mira directamente a los ojos cuando se inclina, como si fuera a besarme, pero entonces toma con los labios carnosos el pedazo de fruta y se lo come directamente del cuchillo.

Suspiro, temblorosa, y él tan solo sonríe mientras mastica.

Vuelvo a meter la manzana y el cuchillo en el bolsillo, pero mis nudillos chocan con la nota doblada que me ha dado Lottie antes.

Más tarde, en la privacidad de mi habitación, la desdoblo. Con una letra desconocida y aniñada, están las palabras «Creo en ti, EDV». Debajo de eso, un diminuto dibujo de una gamba con un corazón en medio de la cabeza.

# *Marion Thorne*



Faith Fairchild va a ser mi perdición.

—Pss, Marion —susurra mientras damos un paseo por los terrenos de palacio. Antes de que pueda protestar, me está tirando del brazo hacia las paredes de cristal del invernadero. La actuación de Ivy Benton con el príncipe Bram ha sido insufrible, pero al menos nos ha quitado a la vizcondesa Bolingbroke de encima durante un rato.

Faith está resollando, tiene las mejillas sonrojadas por el esfuerzo. Lleva el pelo de color castaña trenzado alrededor de la cabeza, pero hoy hay humedad y se le están rizando unos mechones pequeños alrededor de las orejas.

Se pasa la lengua por el carnoso labio inferior y…

—Marion —dice con más fuerza y parpadeo para volver en mí.

Recobro la calma.

—Hay algo que quería hablar contigo —señala.

«Cualquier cosa», estoy a punto de decir, pero sería una bobada, así que me limito a asentir.

—¿Te importaría que le cambie la habitación a Olive?

Parpadeo varias veces.

—¿Cambiar de habitación?

—Sí, para que compartamos tú y yo. —Exhala un suspiro—. Casi

no puedo mirar a Ivy. Sé que está saliendo a hurtadillas con Emmett y después de esa actuación con Bram, me tienta aún más la idea de asfixiarla mientras duerme. Es por la seguridad de todas, de verdad. No creo que a Olive le importe cambiarse al otro lado del pasillo y yo podría ocupar su sitio, contigo.

Me río con su broma, pero es una carcajada superficial. Se trata de Emmett, por supuesto. Debería haberlo visto venir. He sido una ilusa al creer otra cosa.

Faith me confesó su historia con Emmett en nuestra segunda noche en la casa. Yo estaba fuera, admirando la puesta de sol en el jardín cuando salió y me dijo entre dientes que necesitaba tomar el aire. Robé dos copas y una botella de algo llena de polvo de la cocina y me senté con ella en un viejo banco de piedra que estaba cubierto de musgo.

—Parece que necesitas a alguien con quien desahogarte. —Y eso hizo. Yo no mentía, pero tampoco iba a perder la oportunidad de estar cerca de ella. Desde el instante en que la vi por primera vez de perfil la mañana del Desfile del Pacto, estaba… encaprichada. Sí, esa es la palabra. Digamos que encaprichada. Me resultaba muy familiar, como si hubiera una cuerda atada directamente a mi corazón y, cada vez que veía su cara, una fuerza invisible tirara de ella.

—Creía que podría amarlo —me explicó aquella noche en el jardín —. Ahora me parece una tontería.

—No creo que el amor sea tonto nunca —respondí.

—¿Por eso estás aquí? ¿Porque crees que podrías amar a Bram?

—Oh, no —respondí con sinceridad. Era todo lo contrario, aunque no se lo dije entonces—. ¿Por eso estás tú aquí? ¿Para vengarte?

Ella suspiró, como si el peso del mundo recayera sobre sus

hombros estrechos, y sacudió la cabeza.

—No, Emmett no me quiere de esa forma. No podría obtener esa clase de reacción de él ni aunque lo intentara.

—Podrías haberme engañado.

—Lo que Emmett y yo teníamos… es difícil de explicar. Nos necesitábamos el uno al otro.

Eso lo entendía, al menos un poco.

—Si no estás aquí por Emmett, entonces ¿por qué?

Faith volvió a morderse el labio y temí que se hiciera sangre y verme obligada a hacer algo galante, como sacar un pañuelo limpio y limpiarle la herida.

—Mi padre me dijo que tenía que participar en la temporada y no quería dejar nada al azar. Mi padre me hubiera obligado a aceptar la primera oferta que recibiera tan solo para que dejara de ser su problema. Supuse que Bram era mi mejor opción. Menudo tópico, ¿no?

—Creo que eres más que un tópico —repuse con demasiada honestidad.

Faith sonrió. Yo quería seguir haciéndola sonreír.

—Podrías ser la única que lo piensa.

Me creí muy inteligente al apuntarme a la competición por la mano del príncipe. El sujeto de mi conquista había sido tema de conversación durante la cena a la mesa de la familia Thorne desde que yo vivía.

La Inglaterra de la reina Mor está totalmente aislada del resto del mundo. Aparte del comercio económico estrictamente regulado y necesario, no hay contacto con el mundo exterior. Se dice que, en un día soleado en Dover, puedes ver hasta Francia. Se supone que la

luz es hermosa, que refleja los restos del muro que construyeron hace cuatrocientos años para mantener a Mor fuera.

Todos los países parecen tener su propia explicación para la reina Mor y su eterno reinado. Ángel o demonio, dependiendo de a quién preguntes. Para la gente de mi padre, era un monstruo. No había otra explicación razonable para una mujer que vivía eternamente. No se va al bosque los jueves y desde luego no se sale de casa para navegar a Inglaterra. Pero según cuenta mi padre, la sequía había acabado con la tierra de su familia en Ghana y se había quedado sin opciones. Así pues, subió a un barco con otras personas que creían que los demonios eran cosa de mitos y cruzó un océano hostil.

Según el Real Decreto de 1597, todos aquellos lo bastante valientes para hacer un trato con la reina Mor pasan a ser ciudadanos.

Solo tenía dieciocho años cuando se arrodilló delante de ella y negoció cien rollos de tela y una máquina de coser. En menos de un año, se convirtió en el sastre más solicitado de Savile Row. Un año después, utilizó las ganancias para abrir una tienda. Ahora controla la mitad del distrito comercial de Londres en el West End. Se cambió el apellido de Agyapong a Thorne, como si se pusiera un abrigo nuevo que no le gustaba tanto como el anterior.

La reina Mor le quitó la capacidad de soñar. Una vez, me dijo que, si pudiera soñar, soñaría con su hogar.

Un narrador increíble y un hombre de negocios despiadado, pronto se convirtió en uno de los favoritos de la corte y la reina le concedió un ducado en menos tiempo de lo que tardó en comprar su primer escaparate de dos plantas.

El verano en que cumplió veintitrés años, conoció a mi madre, una

joven inglesa recatada y correcta que se había criado en una casa cerca de Cornualles y se casaron dos meses más tarde. Yo llegué al invierno siguiente y el plan comenzó de inmediato. Mi padre podría haber sido un duque, pero no lo fue durante mucho tiempo y sabía que necesitaba asegurar el legado de su familia. Eso suponía matrimonio. Eso me suponía a mí.

Siempre sentí mi futuro como si fuera un pozo llenándose de arena. Yo no podía hacer nada para detenerlo. Hice muestrarios de bordado que decían cosas bonitas acerca de ser una buena chica. Aprendí a tocar el pianoforte, me convertí en una experta en el juego de cartas *whist* y podía identificar todas las plantas que crecían en los límites del bosque que bordeaba la finca de nuestra familia.

Mi hermana pequeña, Este, era mi sombra, mi compañera. Nuestra institutriz y tutores nos entrenaban como a pequeños soldados y cuando teníamos diez y doce años, sabíamos organizar un banquete, encargarnos del presupuesto de una casa y bailar una cuadrilla perfecta.

Éramos buenas chicas, así que podríamos convertirnos en esposas perfectas.

Después de nuestras clases, yo tenía que dar largos paseos para despejarme hasta dejar de sentir la necesidad de escapar de mi cuerpo.

Cuando tenía quince años, besé a una chica por primera vez en la fiesta para tomar el té de lady Richfield por el equinoccio de primavera y luego vomité en un arbusto de hortensias. Penny Richfield era dos años mayor que yo y se ruborizó cuando nuestras manos se rozaron por encima de la cuajada. Ella se casó con el

segundo hijo de un vizconde el pasado otoño y ahora finge que no me conoce.

Mi futuro se convirtió en una tumba que se llenaba de arena.

Hacía reír a todo el mundo en cada evento de la temporada social. Soñaba con subir a un barco y zarpar a Acra, encontrar a la familia de mi padre y construir una vida diferente a esta.

Pero no podía romper los corazones de mis padres ni de Este de esa manera, así que oculté a mi verdadera yo en un lugar profundo de mi interior al que costara llegar.

Me puse mi vestido del Desfile del Pacto como si estuviera vistiéndome para mi propio funeral.

Pero entonces la reina Mor anunció que, en esta temporada, Bram tomaría una esposa.

El plan brotó en mi cabeza con el peso de la inevitabilidad. Yo participaría. Perdería. Y entonces sería libre.

Firmar ese contrato con sangre fue lo más fácil que había hecho nunca.

Me quedaría sin esposo. *¡Bien!* Buscaré otra forma de seguir adelante.

Tan solo me ha quitado el sueño por las noches la reacción de mis padres. Ellos se esforzaron tanto por la vida que nos dieron a mi hermana y a mí que lo último que deseo yo es decepcionarlos. No puedo soportarlo. Pero encontraré una forma de darle la vuelta al relato trágico de mi fracaso cuando tenga que contárselo a mi familia. Todos podríamos resultar ganadores.

Por eso me esforcé tanto en la competición de la Reina de Mayo. Tenía que parecer que lo estaba intentando.

No es posible que Bram me vaya a escoger a mí. Ahora no lo estoy

intentando en absoluto, pero ellos no tienen por qué saberlo.

Tampoco tienen que saber nada sobre mi pacto. La historia inventada que le conté a las otras chicas sobre los dolores de cabeza es real. Me asolan desde que tengo uso de razón, pero ese no fue el trato que hice.

Cuando la reina Mor me preguntó cuál era mi mayor temor, la miré a los ojos y le dije: «Vivir una vida tan insignificante como esta para siempre. Si tengo que bordar un cojín más, me arrojaré al Támesis».

Ella se rio y me hizo sentir orgullosa, por extraño que parezca.

Cuando le pedí que me convirtiera en una magnífica escritora, se puso seria.

—Puedo hacerlo. Por un precio.

—Lo comprendo. —Podía visualizarla con toda claridad, la vida que tendría cuando todo esto terminara.

Lo que tomó a cambio de mí fue tan raro que no lo entendí del todo en ese momento. De hecho, apenas lo comprendo ahora. Pero lleno mis cuadernos con sonetos y novelas que fluyen de mí como el agua y no pienso en lo que perdí.

Lo único que me duele ahora es mirar a Faith Fairchild.

—¿Marion? —dice y vuelvo en mí, de nuevo en el invernadero, con ella delante de mí y esa cara suya—. ¿Cambiamos entonces de habitación? —pregunta.

—Lo que quieras —respondo, de nuevo con demasiada honestidad.

—Fabuloso. Esta noche llevaré mis cosas a tu dormitorio. ¿Seguro que a Olive no le importará?

—Es un ángel. Ivy tendrá que aceptar dormir con una lámpara encendida, pero no está tan mal.

—Hecho. —Faith me tiende la mano y se la estrecho.
—Hecho —acepto.

# 19



Ha sido una mañana rara. Me desperté con Olive resoplando y arrastrando su baúl a mi habitación.

—Faith me ha dicho que cambiamos de habitación —explicó y se puso a colocar una familia de perros de peluche sobre su almohada.

—Ah, ¿sí?

Crucé el pasillo hacia la habitación donde Faith y Marion estaban desempaquetando las pertenencias de Faith.

—¿Nadie ha pensando en consultar esto conmigo?

La verdad es que compadezco a Faith, pero dudo que se tomara bien que se lo dijera a ella.

Las dos levantaron la mirada. Al menos Marion tuvo la decencia de parecer avergonzada.

—No lo he creído necesario —respondió Faith por las dos.

Ella también me asusta. Sabe lo mismo de Bram que yo, pero ella cuenta con un rostro angelical y experiencia real con los chicos. Seguro que Emmett no tuvo que enseñarle a coquetear.

Estamos cruzando ahora el jardín hacia la residencia principal del palacio envueltas en un silencio tenso. Nos dirigimos al salón privado de la reina a tomar el té.

Una docena de sus extraños lacayos silenciosos nos esperan en una salita apartada, en el apartamento privado de la reina.

La vizcondesa Bolingbroke se lleva las manos a las caderas.

—Espero que estéis preparadas para otra lección de Su Majestad. Me he enterado de que os divertisteis todas en la última.

Sabía que esto llegaría, pero un escalofrío me recorre la espalda igualmente.

—Una buena esposa posee muchos talentos —señala Bolingbroke —. Ha de ser una anfitriona perfecta, una contable dedicada, el corazón y el alma de su casa. Debe proveer a su esposo de comodidad y comprensión.

—¿Eso hace la reina Mor por sus esposos? —pregunta Marion. Está detrás de Faith, pero su voz envuelve la habitación y provoca un silencio tenso.

La vizcondesa Bolingbroke ladea la cabeza con el rostro tan pétreo como siempre.

—Ella no es una esposa. Es una reina.

Noto un sudor frío en el cuello por el temor.

La vizcondesa se levanta y hace un gesto a los criados que están junto a la pared. Estos abren unas puertas dobles al fondo de la habitación y aparece otro salón aún más grande.

Emmy, tal vez envalentonada por su posición como actual líder, da un paso hacia la sala adyacente. Greer, que no puede girar a la izquierda, tiene que dar un círculo completo para seguirnos.

Tres ventanas amplias dan al parque, donde visitantes y miembros de la corte pasean tranquilamente bajo el sol primaveral.

Este es un salón normal, salvo por su tamaño. El papel pintado en tonos verde salvia y lavanda combina con la alfombra de

estampados complejos. Hay distintas zonas de estar, una colección de sillones y sofás, un pianoforte, una mesa de *whist*, una cesta con utensilios de bordado y un fuego crepitante.

En silencio, como si flotara en el aire, la reina entra en la habitación con paso rápido y se acomoda en un sillón de seda. Como para disuadirnos de reconocer su presencia, abre un abanico de plumas de pavo real.

—¿Ahora qué? —pregunta Greer.

Un sirviente carraspea y nos volvemos hacia él.

—Según el plan de Su Majestad, encontrareis seis estaciones diferentes. —Hace un gesto que abarca la habitación y las banderas doradas que hay colgadas a su alrededor—. Tenéis diez minutos para completar el trabajo de una estación, entonces sonará una campana y rotaréis. Continuaréis así hasta que solo quede una joven y entonces ella será declarada ganadora y recibirá el favor de la reina.

Se trata de un ejercicio de resistencia, como la competición de la Reina de Mayo.

—¿Preparadas? —pregunta el criado y, como no tenemos otra opción, decimos que sí.

Me siento primero en el sofá que hay junto a la cesta con utensilios de bordado, me parece un inicio fácil. Llevo cosiendo desde antes de aprender a leer.

Colocados en fila, hay seis bastidores, y todos tienen atado un lazo de seda con nuestros nombres bordados. Alcanzo el que dice «Ivy».

Alguien ha hecho ya el diseño con lápiz. Lo sostengo a la luz para ver las letras: «Descarada y sin refinar. Una versión menos hermosa de su hermana loca y arruinada».

Se me llenan los ojos de lágrimas y me invade la furia.

Elijo al azar otro bastidor, el de Greer. En la tela, encuentro dibujado: «Destinada a envejecer igual de mal que su madre, con la mitad de sus dotes sociales».

El de Emmy es el siguiente: «Sin talento, poco fiable, una mancha para su apellido».

—¿Qué es esto? —pregunto, horrorizada.

—La esposa de Bram habrá de tener la piel curtida. No vayas a pincharte con la aguja, querida.

La vizcondesa se dirige con paso tranquilo a la otra sala y sé que la conversación ha terminado. Me trago la ira y enhebro la aguja.

Marion se sienta al pianoforte, junto a la ventana.

Olive toma asiento a una mesa más grande cubierta con recortes de papel.

Faith, Emmy y Greer entran en una habitación adyacente.

Es todo muy normal, lo que hace la situación aún más siniestra.

El lacayo hace sonar una campana y empiezan los diez minutos. La habitación se queda sumida en el silencio y sin incidentes durante unos minutos, pero entonces Marion falla una nota y jadea. Aparta la mano, como si se hubiera quemado.

En mi distracción, fallo un punto. Noto un pinchazo repentino en el dedo corazón, como si me hubiera clavado una aguja invisible. Sale sangre por la punta y cae en el hilo plateado que tengo entre los dedos.

Miro a Olive, que está sentada con los dientes apretados, dando golpecitos con la pierna de forma incontrolable.

De la otra habitación llega el sonido de voces, música y luego, de pronto, el de la porcelana al romperse. Mantengo la mirada gacha, aterrada por si vuelvo a fallar otro punto.

Coso durante diez minutos y se me ponen los ojos vidriosos por las palabras horribles que estoy bordando. A continuación, roto a la siguiente estación, el pianoforte.

No tardo mucho en comprender por qué jadeó Marion. Toco una nota incorrecta en la menor y de repente noto un ardor que me recorre el dedo hasta el hueso.

Aparto las manos y al otro lado de la habitación Olive grita cuando se pincha con la aguja.

Suena la campana tras otros diez minutos. Una gota de sudor cae por mi espalda. Estoy paralizada por el terror, asustada por el miedo por lo que me espera si cometo un error.

Mi tercera estación es la mesa larga. Esparcidas sobre ella hay listas de nombres (lores, damas, otros miembros de la nobleza) y un diagrama de un salón de baile. Quiere que organicemos un plano de asientos.

Empiezo ordenando los nombres por edad y me preparo para el dolor que puedo sufrir si lo hago mal. Coloco un nombre y un dolor me recorre el pie hasta el tobillo, después la rodilla y la cadera. Casi me doblo, pero tengo demasiado miedo a caerme.

Suena la campana. Paso a la siguiente estación. La primera tarea consiste en sentarme en una silla frente a un criado que actúa como un invitado a una fiesta y cuenta una historia increíblemente aburrida sobre jardinería. Si te encorvas o apartas la mirada por un segundo siquiera, un calambre agonizante te recorre la espalda.

En la siguiente rotación tienes que colocarte un plato de porcelana encima de la cabeza y recorrer la habitación con una postura perfecta. Cuando terminas una vuelta, un sirviente coloca un segundo plato, luego un tercero, y así.

Si se cae el plato, tienes que llevar los pedazos en las manos mientras realizas el siguiente circuito.

El peso sobre mi cabeza es más pesado de lo que esperaba. Estoy realizando el primer circuito cuando la reina pasa por allí, observándonos. No entiendo qué parte de todo esto disfruta. ¿Nuestro sufrimiento? ¿El poder que tiene sobre nosotras? ¿O es que está tan aburrida después de todo este tiempo que no se le ocurre otra cosa que hacer?

Levanta la esquina de la alfombra con la punta de la zapatilla de seda. Se me engancha el talón y me caigo de rodillas.

—Esto es inaceptable, lady Ivy. Una princesa ha de tener un equilibrio perfecto.

Recojo los pedazos con las manos, enfurecida. Doy otra vuelta, tan enfadada que vuelvo a tropezar y el segundo plato se destroza a mis pies.

Los pedazos me dejan cortes diminutos y dolorosos en los dedos.

Mi última rotación es un baile rural en solitario. La tortura de este ejercicio queda expuesta de inmediato. Si fallas un paso, se te doblan las rodillas y caes al suelo. Me caigo cuatro veces, cada vez más fuerte que la anterior. Unas lágrimas silenciosas de dolor me resbalan por el rostro.

Habremos completado la mitad de los diez minutos cuando me sobresalto al oír un grito. De inmediato caigo de rodillas como si fuera una marioneta a la que cortan los hilos. La alfombra se me clava en la piel a través de las calcetas.

—¡Suficiente! —Marion Thorne está de pie en la otra esquina de la habitación, en el ejercicio del plato de porcelana. Hay un montón de platos destrozados a sus pies. El criado corre hasta los pedazos y los

recoge para ponérselos en las manos, pero Marion no se lo permite. Se aparta y, con un movimiento del brazo, tira los platos blancos de porcelana, que caen con un ruido tan fuerte que tiembla el suelo.

La música para. Las otras chicas entran de la sala adyacente. Nos sangran las manos. Estamos sudando tras una hora de esfuerzo, todas gemimos.

—¡Suficiente! —repite Marion—. Si Bram me quiere a mí de esposa, ya sabe dónde encontrarme.

Sale furiosa de la habitación y deja a su paso una puerta batiendo y un silencio atónito.

# 20



Por un momento tan solo nos miramos. Olive se mete el dedo índice en la boca para chupar la sangre. Todo el cuerpo me tiembla por el esfuerzo y me derrumbo en un sofá. Emmy se une a mí con un suspiro hondo.

Como si nada hubiera pasado, el lacayo hace repiquetear su campana dorada, señalando así el inicio de la siguiente estación.

Una mirada de reconocimiento recorre la habitación, como si todas tuviéramos el mismo pensamiento. Si todas nos negamos a hacer esto, no se podrá elegir a una perdedora ni a una ganadora.

—¿Lo dejamos en empate? —propone Greer.

—Parece que me has leído la mente —responde Emmy.

—Estoy de acuerdo —añado.

—Por supuesto —dice Faith.

Olive solo asiente, con el dedo metido en la boca.

Estamos bajando las escaleras cuando Olive se detiene de golpe.

—¡Mi pulsera! —exclama—. Se me debe de haber soltado. Un momento, ahora vuelvo. —Mientras esperamos, miro el árbol que llega hasta el techo, cuyas hojas verdes se mecen ligeramente. La copa roza el cristal con forma de panal.

Experimenté una enorme determinación la primera vez que vi este

árbol, el día del Desfile del Pacto. Ahora tan solo me siento agotada.

Olive baja las escaleras dando saltitos unos minutos más tarde.

Casi espero que los criados, los guardias reales o la propia reina nos detengan, pero nos dirigimos a la puerta y cruzamos el jardín hacia nuestra casa sin incidentes.

Marion nos está esperando sentada a la mesa, donde la cocinera ha dejado un almuerzo copioso. Se levanta con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Qué ha pasado?

Emmy se sienta a la mesa y alcanza un panecillo.

—Hemos decidido que tienes razón.

Los ojos de Marion se humedecen con lágrimas, pero no dice nada. Faith se sienta a su lado y posa una mano reconfortante en su hombro.

El almuerzo transcurre sumido en el silencio tenso de unas niñas que esperan a que las riñan. Nos encogemos todas con el más mínimo crujido del suelo, esperamos las consecuencias por abandonar la segunda prueba de la reina.

A la hora del té, oímos un fuerte golpe en la puerta principal y nos sobresaltamos.

—Voy yo —digo. Me encuentro a criado con un paquete envuelto con papel marrón. Me lo entrega. Rasgo el papel, echo un vistazo y veo un tono verde dolorosamente familiar.

Subo las escaleras hasta mi habitación.

—¿Quién era? —pregunta Olive.

—¡Solo era una carta de mi madre!

Tiro el libro a mi cama y rasgo el papel para ver la cubierta. Con letras doradas, pone *Hadas de las islas británicas.*

Abro el libro y veo una nota de Bram. «Un libro de magia para una joven que ya tiene mucha. B».

Es la misma edición que tenía de pequeña. Hay una anotación por dentro de la cubierta. «De la biblioteca de EJB, Waters Lane 4, Alton, Inglaterra. 1702».

Me lo llevo al pecho y me deleito con su olor. Después lo escondo debajo del colchón.



Esta noche vamos a asistir al baile de máscaras de los Welby. El conde y la condesa Welby son unos de los miembros más jóvenes de la nobleza y tienen reputación de organizar bacanales impresionantes. La fiesta de esta noche empieza después de las diez y se espera que dure hasta el amanecer.

La casa se convierte en un tornado de sedas, joyas y plumas. Olive corre de nuestra habitación a la de Marion tan solo con la camisa y un par de alas de mariposa. El enorme adorno de plumas de pavo real de Greer es demasiado grande y se queda atascada un momento en la escalera. Emmy tiene que empujarla y las dos se ríen tanto que están al borde de las lágrimas.

Mientras tanto, Lottie me retiene delante del espejo mientras me coloca con sumo cuidado cristales en el cabello recogido. Usa incluso trozos de pasta para pegar unos cuantos en mis pómulos y en las esquinas de los ojos.

Mi vestido de esta noche es de una seda de color azul medianoche con mangas que se abren en las muñecas y un atrevido escote. Está bordado por completo con constelaciones doradas.

Lottie me hace un gesto para que me levante y me ata una capa

en el cuello que brilla con cientos de estrellas fugaces. La última pieza es una tiara hecha de estrellas con una luna creciente en medio.

Ni siquiera yo puedo evitar gemir al mirarme al espejo.

—Oh, Lottie, te has superado.

Ella sonríe con orgullo.

—Se va a desmayar cuando te vea.

Reprimo una sonrisa y me imagino la cara de sorpresa de Emmett en el salón concurrido. Y de inmediato aparto ese pensamiento, enfadada por que haya aparecido.

La fiesta está en pleno apogeo cuando llegamos. Los grandes escalones de entrada a la casa están iluminados con antorchas y todos los invitados salen a la noche con sus disfraces elegantes.

Nos ayudamos entre nosotras a atarnos las máscaras cuando salimos de los carruajes. La mía está confeccionada con una delicada malla plateada. La de Olive está hecha de alas de mariposa monarca, a juego con su vestido de mariposa naranja y negro, casi del mismo tono que su cabello pelirrojo.

La multitud se abre cuando las seis entramos en la habitación. Llamamos la atención con nuestros disfraces. Emmy, a mi derecha, va vestida de negro, como un murciélago, con unas alas atadas en los dedos corazones que se extienden cuando estira los brazos.

Marion deslumbra con su disfraz de sirena que completa con una tiara hecha de caracolas y perlas.

Pero es Faith de quien siento celos. Está vestida como la Julieta de Romeo. Su vestido es el más sencillo de todos, una seda crema atada con lazos en la parte delantera. Lleva una diadema dorada en la cabeza y los rizos castaños, apartados del rostro, caen en cascada

por su espalda.

Me fulmina con la mirada cuando me descubre observándola.

Como de costumbre, no nos entregan carnés de baile como al resto de las chicas casaderas de nuestra edad. Nos colocamos junto a la torre de copas de champán y hablamos sobre los demás asistentes.

Noto un tirón repentino del brazo y me sobresalto de una forma del todo impropia para una dama mientras acabo entre los brazos de Lydia.

—¿Qué haces aquí? —resuello.

Tiene mejor aspecto que la última vez que la vi. Tiene las mejillas más sonrosadas y el pelo bastante menos apagado. Su disfraz, sin embargo, es inusualmente aburrido. Lleva un vestido de seda de color lavanda que le hizo mi madre para su primera temporada, hace dos años, y flores frescas en los rizos rubios.

—Mamá ha pensado que me vendría bien.

Mi madre aparece detrás de ella con mi padre a su espalda. Los abrazo con fuerza y me sorprende lo mucho que se relaja mi cuerpo por la profunda nostalgia que no sabía que sentía por mi casa.

Mi madre me toma ambas manos en un gesto conspiratorio.

—¿Cómo ha ido todo?

Me entristece no poder ofrecerle el cotilleo jugoso que desea y me niego a preocuparla con mis miedos. Es el problema de tener una madre que lo recuerda todo. He de tener cuidado con las preocupaciones que le doy.

—Bien. Las otras chicas son muy agradables y el príncipe Bram es todo un caballero.

Ella sonríe y vuelvo a recordarme que cada momento de dolor

merece la pena por ver la felicidad en su cara.

Suenan las trompetas y la puerta se abre cuando entran los príncipes Emmett y Bram.

Al ver la cara de Emmett, siento que una falla se agrieta en el centro de mi pecho y ambos lados quedan en guerra. Está la parte que tan solo desea ser una buena chica, una buena hija y ayudar a mi familia a volver a integrarse en la sociedad y luego esta él otro lado, aliado con Emmett, el que quiere arriesgarse a quemar todo esto hasta los cimientos y construir un mundo mejor que este.

Nerviosa, giro el anillo con la perla de Bram alrededor del dedo índice.

Con mis padres delante, me siento de nuevo como una niña con un corazón de niña que tan solo desea que estén a salvo y orgullosos de mí.

La voz de Emmett resuena en mi cabeza. «Podrías ser reina».

La vizcondesa Bolingbroke me hace un gesto con la mano para que vuelva con el resto del grupo ahora que ha llegado Bram a la fiesta.

El príncipe se acerca a nosotras y se fija en nuestros disfraces. Él va disfrazado de una especie de pirata, con un abrigo negro de terciopelo y una camisa holgada blanca abierta alrededor de la garganta.

Se vuelve hacia mis padres y se presenta educadamente. Mi madre se ríe como una colegiala y mi padre lo mira como si fuera el hijo que siempre ha anhelado.

Bram saca primero a Olive a bailar un vals y luego hace lo mismo con las demás, una por una.

—Estás mejorando —me felicita mientras damos vueltas por el

salón de baile.

Lo miro a los ojos, tal y como me ha enseñado Emmett.

—He estado practicando.

El reloj marca la medianoche y Bram desaparece con los hombres en el salón de la planta de arriba para fumar y hablar de temas demasiado mundanos para nuestros delicados oídos.

Han pasado horas y no he vuelto a ver a Lydia. Pienso con amargura en si habrá vuelto a casa sin despedirse.

La fiesta no da señales de acabarse, pero la vizcondesa Bolingbroke ronca suavemente en una esquina, reclinada en un sillón después de tomar demasiado champán.

Salgo a buscar a mi hermana en el jardín, donde las antorchas proyectan sombras largas sobre los setos y los robles retorcidos.

Hay un estridente partido de croquet a mi izquierda, pero ahí no estaría Lydia, así que voy a la derecha, donde se está más oscuro y tranquilo.

—¿Lydia? —la llamo. No hay respuesta, tan solo el susurro del viento en los árboles frutales y los setos recortados con formas de animales de zoológico—. ¿Lydia?

—Lady Ivy, ¿eres tú? —pregunta una voz masculina.

—¿Emmett?

Ahora lo veo, moviéndose hacia mí entre las sombras, rodeado por la luz de la luna.

—Estaba buscando a mi hermana.

—Y yo te estaba buscando a ti.

—Ah, ¿sí?

—Ven, rápido. —Extiende el brazo como para tomar mi mano, pero se lo piensa mejor y se mete la mano en el bolsillo.

Lleva un jubón abierto con una corona ligeramente torcida sobre los rizos oscuros. Los dos nos quitamos las máscaras hace horas.

Señalo su atuendo.

—¿Qué se supone que eres?

—Un príncipe. —Mira por encima del hombro y me dirige una media sonrisa exasperante.

—Eso no cuenta, ya eres un príncipe.

—Soy uno de los días de antaño. —Hace un gesto vago con las manos—. O algo así.

—Es el disfraz más descuidado que he visto nunca.

Se lleva la mano al corazón con fingida desolación.

—Me hieres, lady Ivy. No todos tenemos la suerte de contar con disfraces tan impresionantes como el tuyo.

—¿Estás impresionado?

Me recorre el cuerpo con la mirada y vuelve a mi cara. Me estremezco como si me hubiera tocado.

—Pareces una estrella caída. —No hay atisbo de risa en sus palabras.

Llegamos a la puerta de un jardín en la parte trasera de la casa, donde llega menos el ruido de la fiesta. Está en parte escondido por unos rosales crecidos y sumido en la sombra de un sauce.

Emmett me rodea para abrir la puerta y me hace un gesto para que continúe sin él.

—Bram te está esperando.

Le dije que necesitaba más tiempo a solas con su hermano.

—Me alegra ver que puedes seguir instrucciones —respondo, pero la voz me sale extrañamente ahogada.

—Ya me conoces —dice él con rostro pétreo—. Soy muy obediente.

Quiero ganar. Quiero ayudar a Emmett y a la rebelión y a mi familia. Pasar tiempo con Bram me ayudará a ganar. ¿Por qué entonces tengo la sensación de que estoy perdiendo?

Cruzo la puerta y Emmett desaparece en la oscuridad. No tengo valor para ver cómo se marcha.

Bram me está esperando en el centro del jardín oculto, bajo una estatua deslucida por el tiempo de un ángel tocando una trompeta.

—Lady Ivy. —Se le ilumina el rostro cuando me acerco—. Un espectáculo para la vista.

—¿Esperabas a otra persona?

—No sabía qué esperar. Mi hermano me ha traído y me ha dicho que tenía una sorpresa. Debo admitir que estaba un poco nervioso, dado el lugar, pero tú eres mejor que cualquier otra cosa que pudiera haber esperado.

Estoy confundida, pero entonces señala un espacio de tierra que tenemos cerca y veo una fina red de niebla sobre la planta y una pequeña estaca en el suelo que dice «dedalera»; a su lado, «acónito»; y detrás, «laburno».

—¿Te ha dejado en un jardín venenoso? —pregunto.

Bram se ríe con esa risa fácil que tiene.

—Mi hermano tiene sentido del humor.

—O tal vez pensaba que nadie vendría a buscarnos aquí. He oído que es inteligente, tu hermano. —La cara de Emmett aparece en mi cabeza de nuevo, la sonrisa exasperante, el pelo que no parece poder domar, esos condenados ojos.

—Ah, muy inteligente, sí. —Bram asiente.

«Pelo castaño. Una mano fuerte en mi frente que calma la fiebre». Emmett es algo que necesito eliminar con sudor. Yo no soy nada

para él, tan solo un medio para un fin.

—No quiero hablar de mi hermano —señala y sus ojos grises brillan como estrellas. Son de un color que nunca he visto en una persona.

—¿De qué quieres hablar?

—Creo que no quiero hablar. —Me toma de la mano y la acaricia con el dedo índice. Tiene las manos calientes—. Llevas mi anillo.

—No me lo he quitado.

El corazón se me sube a la garganta, pero el espacio entre los dos se detiene y se queda en silencio. No es deseo lo que siento, sino el ardor de la inevitabilidad.

De pequeña nadé una vez en el mar y una ola me tiró al suelo. Caí en la orilla, me raspé las rodillas con la arena y eché agua por la nariz. Fue la primera vez que me sentí pequeña de verdad, la primera vez que supe lo que se sentía cuando una fuerza que no podías controlar te llevaba por delante.

Noto ahora el sabor del agua salada en la garganta.

—Ivy. —Susurra mi nombre entre dientes, como si deseara saborearlo en su boca.

Entonces da un paso seguro hacia mí y presiona los labios contra los míos.

Nunca he besado a nadie. Es más cálido de lo que esperaba, un poco húmedo también.

Durante un temeroso segundo, me quedo inmóvil, pero Bram toma el control, confiado y seguro. Es obvio que ha besado a otras, pero en este momento no sé si me importa.

Muevo los labios en los suyos y enredo las manos en sus rizos sin pensar.

Me acerca más a él con las manos fuertes en la parte baja de mi espalda.

Sigo esperando a sentir algo. Pensaba que notaría chispas, o las campanas de la iglesia, o llamas lamiéndolo todo. Sin embargo, lo único que puedo pensar es: «¿Lo estoy haciendo bien?». Tengo que hacer esto bien. Tengo que hacer que quiera casarse conmigo, o decepcionaré a Emmett. Podría decepcionar al país entero.

Bram retrocede como si le doliera y me mira. Es extraordinariamente apuesto, su rostro va más allá de lo sobrenatural. Levanto la mano y rozo la oreja puntiaguda, solo porque puedo hacerlo. Él se estremece con mi caricia. Sonríe con suavidad y al fin siento algo, un tirón débil en el corazón.

Tengo que fingir, así que sonrío y bajo la cabeza. No tengo valor ahora mismo para hacerme la enamorada, pero sí puedo hacerme la tímida.

—Tengo que ir a buscar a mi hermana —susurro.

—Yo te ayudo —murmura él y tengo la sensación de que poco hay que pueda pedir a Bram y que él no haga por mí.

Estamos girando la esquina de vuelta a la casa cuando veo una figura pequeña en la oscuridad, agachada sobre un banco.

—¿Lydia? —llamo.

Ella levanta la cabeza y la veo mejor. Las flores de su pelo se han marchitado.

Bram me sigue hasta ella. Mi hermana tiene una mirada de odio, la que tanto detesto porque hace que me preocupe que se haya perdido de nuevo, y no puedo sobrevivir si se va para siempre.

Me agacho y la miro a la cara.

—Lydia, vamos con mamá.

Parpadea y vuelve en sí, como si hubiera estado deambulando por un lugar que yo no puedo ver.

—Oh… —musita—. Sí.

Bram se acerca a su otro lado para ayudarla a levantarse.

—Debes de ser la famosa Lydia —comenta con tono amable, con una voz que bien podría usar para hablar con una niña pequeña.

Ella lo mira como si acabara de darse cuenta de que está aquí. Hay un momento de silencio y me devano el cerebro en busca de algo encantador que decir para apaciguar la situación, pero entonces Lydia se lleva la mano al vientre y vomita encima de los zapatos elegantes de Bram.

—¡Lydia! —exclamo. Bram se aparta, sorprendido. Salpica vómito en la grava y en las estrellas bordadas del bajo de mi vestido.

—Lady Benton, ¿estás bien? —No sé a quién de las dos le está preguntando. Se saca un pañuelo del bolsillo del pecho y se lo tiende a Lydia.

Ella no lo acepta.

—Lo siento —murmura en cambio—. Voy a buscar a mamá. —Sale corriendo hacia la casa grande antes de que ninguno de los dos pueda detenerla.

—Disculpa a mi hermana… ah, ¡y gracias por el libro! —le digo por encima del hombro, pero estoy ocupada persiguiéndola y no estoy segura de que me oiga.

Corro adentro, histérica y con una mezcla desagradable de humillación y preocupación. La luz dorada de los candelabros me molesta después de la oscuridad de fuera. Me arden los ojos por las lágrimas de vergüenza y todavía me duele la boca, como si hubiera acabado amoratada por el beso.

Bram no nos sigue y no puedo culparlo.

En el salón de baile, la música continúa como si nada hubiera cambiado.

La vizcondesa Bolingbroke sigue dormida en su sillón y las otras cinco chicas están apoyadas en la pared sumidas en diferentes estados de aburrimiento.

Marion parece a punto de quedarse dormida; Olive gira la cabeza para mirar a su alrededor, lo que le da un aspecto de desesperación; Emmy, Faith y Greer han robado una botella de champán y están riendo, ocultando sin mucho éxito los sorbos que dan detrás de los abanicos de plumas.

Durante un segundo aterrador, parece que Lydia está a punto de echar a correr directamente por el centro de la pista de baile, donde las parejas giran como trompos. Me he esforzado mucho por lavar la imagen de mi familia y esto lo echaría todo a perder.

Pero, por suerte, gira a la izquierda, donde mi madre está descansando en unos sofás dispuestos en semicírculo con sus amigas. Lydia se desploma junto al hombro de nuestra sorprendida madre. Llego hasta ellas unos segundos después. Mi hermana está inconsolable, no se la entiende.

—Querida, ¿qué ha pasado? —Mi madre no le está preguntando a mi hermana, sino a mí. La dulce Lydia, a quien nuestros padres han dado siempre el beneficio de la duda. Por supuesto, mi madre cree que ha debido de ser culpa mía.

—No tengo ni la menor idea —respondo—, pero me ha humillado delante del príncipe Bram. —Odio la rabia que me invade, la preocupación que sentía hace tan solo unos segundos se está transformando en una ira ya familiar.

Lydia y yo, siempre los dos lados de la misma moneda. Su dolor derramado en el suelo de forma que precisa que lo presencien. El mío, guardado en lo más profundo de mi interior, haciendo más pesados mis pasos.

¿Por qué no puede sufrir de una forma más llevadera? ¿Por qué no puede encontrar un modo de hacer que su agonía sea más adorable, su dolor más casadero, cuando yo lo estoy intentando con todas mis fuerzas?

«Muéstrate hermosa cuando lloras», quiere decirle la parte de mí que más odio.

A lo mejor esta es la base de mi rabia con Lydia. Yo estoy dispuesta a casarme con un hombre al que no quiero para salvar a nuestra familia. Siento alivio de que Lydia, la persona a quien más quiero en el mundo, no tenga que enfrentarse a este destino, pero me molesta que ella deje que lo haga todo yo sola.

Mi madre tira de ella para ponerla en pie.

—Mañana enviaré una nota con noticias sobre la salud de tu hermana. Lo siento, cariño, ella no quería hacerlo.

¿Cómo podía saber mi madre lo que Lydia quería hacer cuando no creo que lo sepa ni ella misma?

Lydia levanta la cara arrasada por las lágrimas y me mira a los ojos.

—No era mi intención.

Nunca es su intención. Ese es el problema.

La quiero tanto que no soporto verla así.

Agotada por el giro de los acontecimientos de la noche, salgo por la puerta y me dirijo a los carruajes sin acompañante. Si la condesa Bolingbroke me riñe por la mañana, que así sea.

El carruaje me deja delante del palacio y recorro el terreno hasta la casa.

Se ha formado una masa de nubes en el cielo que prácticamente tapa la luz de la luna y las estrellas. Arrastro el pesado vestido de cuentas por la hierba y me doy prisa para llegar antes de que llueva. El ambiente huele a lluvia, no tardará mucho en caer.

Espero encontrarme la casa a oscuras y en silencio, pues las otras chicas siguen en el baile, pero me sobresalto al oír el sonido de tela moviéndose por la hierba.

Por la visión periférica, atisbo un destello de movimiento que me asusta. Durante una décima de segundo, creo que son las otras jóvenes, que regresan del baile, pero no es así.

La reina Mor camina en mi dirección, tan solo está a unos metros de distancia, y sus pasos son completamente silenciosos. Su piel pálida es de un tono azul claro, casi fantasmal, a la luz de la luna, y lleva el pelo oscuro suelto.

Luce un vestido estampado de seda cerúlea, del tono de la noche, y porta algo en la mano derecha, una cesta.

«Mierda».

Como un animal acorralado, una sensación primaria se apodera de mí al verla, el instinto ya olvidado de salir corriendo.

Me mira con sus ojos negros.

Descorro el cerrojo de la puerta de entrada a la casa.

—Por favor, ¿quiere entrar? —digo, porque la educación es la única arma que tengo.

—Esta es mi casa —contesta ella con una sonrisa serena.

Me sigue al salón, donde los criados han encendido un fuego. Entramos justo antes de que llegue la lluvia y golpee el techo y las

ventanas.

—¿Puedo preguntar el motivo de su visita? —Me tiembla la voz.

—No.

Pido té porque me parece lo correcto, pero no bebo una gota mientras esperamos. Tengo que mantener la taza pegada a la pierna para que no tintinee con la cucharilla y el temblor de mis manos. El reloj de la repisa de la chimenea suena, cada segundo más lento que el anterior.

El silencio agónico no parece molestar lo más mínimo a la reina Mor. Sorbe el té y me pregunto si la vida eterna será como una larga espera. Para ella no seremos más que un parpadeo. ¿Se acordará acaso del primer grupo de chicas inocentes a las que torturó para encontrar una esposa para su hijo? Me asola la incómoda sensación de que podemos ser las primeras de muchas.

Puede que esté delirando por la falta de sueño, o tal vez porque temo no volver a tener otra oportunidad, pero suelto la taza de té en la mesa y abro la boca para hacer una pregunta:

—¿Va a contarme cuál fue el pacto de mi hermana?

Me mira a los ojos y sacude la cabeza como una madre, siempre paciente, pero exasperada.

—No.

Tengo otra pregunta en la punta de la lengua y soy incapaz de retenerla.

—Pero ¿sabe dónde estuvo todas esas semanas que pasó desaparecida?

Esta vez responde con más calma, como si masticara mi pregunta y no pudiera decidir cómo quiere reaccionar.

—Por supuesto que lo sé.

Las palabras aterrizan como un puñetazo en mi estómago. No estuvo en el Otro Mundo, ahora lo sé con seguridad. «¿Dónde diablos estuviste, Lydia?».

La puerta principal se abre y entran la vizcondesa Bolingbroke y las demás chicas, que por fin vuelven del baile.

Se oyen risas, el frufrú de las sedas y las zapatillas mojadas pisando el suelo de piedra.

Y entonces se produce un silencio aterrador cuando entran en el salón y nos ven a la reina Mor y a mí delante del fuego.

—Sentaos —les ordena. El salón es pequeño y se llena con tantos cuerpos.

Olive se acomoda en el borde de mi sillón, las alas de mariposa marchitas a su espalda. Faith y Marion se sientan juntas en el sofá, frente a nosotras, la tiara de caracolas de Marion torcida en la cabeza de Faith. Greer y Emmy se colocan en el suelo, justo delante del fuego, y me da miedo que las plumas de pavo real de Greer ardan, pero estoy demasiado asustada como para romper el silencio para advertirle.

—Parece que no habéis disfrutado del juego de hoy —indica la reina Mor con el ceño fruncido—. Hay pocas cosas que odie más que el mal perder.

Se me revuelve el estómago de miedo. Los nudillos de Olive se ponen blancos cuando se aferra a los reposabrazos del sillón.

—Estas lecciones son importantes, me ayudan a conoceros. Bram necesita mi ayuda para seleccionar a su esposa —continúa—. Una de vosotras se convertirá un día en mi nuera amada y no podemos dejar algo así al azar, ¿verdad?

Nadie responde, estamos demasiado asustadas, enfadadas o

aturdidas para hacerlo. Pero ella nos mira con sus ojos negros hasta que Emmy interviene:

—No, señora. —Nosotras repetimos sus palabras en un coro tembloroso.

—Ahora comprendo que la culpa ha sido mía —prosigue la reina Mor—. Tendría que haberos dado más instrucciones. ¿Cómo puede alguien jugar a un juego cuando las reglas no están bien definidas?

Sus palabras flotan en el aire. Entonces cierra los ojos e inspira profundamente. Su cuerpo se relaja visiblemente, como si disfrutara de nuestro miedo.

—Vamos a añadir unos cuantos términos más, ¿de acuerdo? Se retirarán los títulos y las tierras de la familia de la joven que obtenga la peor puntuación al acabar. Si cometéis algún otro acto de insubordinación, será lo último que hagáis. ¿Está claro?

Se me hiela la sangre en las venas. Nos matará a todas si no participamos.

# 21



Marion se levanta para protestar. A Greer se le pone la cara roja de rabia. Olive rompe a llorar. Emmy se ríe, histérica, al borde del llanto. Solo Faith parece impertérrita, totalmente inmóvil, con la mente en algún otro lugar, lejos de su cuerpo.

La reina se agacha para sacar algo de la cesta que tiene al lado. Una a una, saca las muestras de bordado de la prueba de hoy y nos las pasa. Se encuentran en varios estados de terminación, moteadas de sangre de nuestros dedos pinchados. En medio de cada una hay un número perfectamente bordado con hilo carmesí.

En el mío hay un seis. Miro el de Marion, también un seis. Hemos quedado todas en último lugar.

La reina entrega el suyo a Olive la última y me impacta verlo adornado con un uno rojo sangre.

Pienso en la tarde, cuando subió corriendo las escaleras después de decirnos que había perdido el brazalete. Menuda víbora. No sabía que Olive tuviera ese arrojo. Me siento un poco orgullosa, sinceramente.

—Irás con Bram a un baile en la propiedad del conde Doncaster pasado mañana, antes de que todas partamos a Hampshire. Este fin

de semana se celebrará una caza. —Junta las manos y sonríe hasta dejar a la vista todos y cada uno de los dientes—. Qué bien nos lo vamos a pasar.

Olive, con su rostro dulce, su cabello pelirrojo y sus cruasanes. Qué ilusas hemos sido al subestimarla.

La puerta se cierra cuando la reina se marcha y nos deja solas, sumidas en un silencio tenso. La casa es pequeña y asfixiante. Olive tiene aspecto de querer hundirse en el suelo.

Estalla entonces el caos cuando Greer cruza la habitación y se abalanza a por Olive. Esta la araña cuando Greer le agarra el pelo y tira de él con tanta fuerza que le echa la cabeza hacia atrás. Olive se agita y chilla.

—¡Suéltame!

Tienen que unirse Faith y Emmy para detener a Greer, que está temblando, con el pelo rojo en los puños.

Olive se recoloca la falda para escapar por las escaleras, pero yo agarro las alas de mariposa y tiro de ella.

—No te atrevas —espeto.

Olive estalla en lágrimas de cocodrilo y solloza de la forma en la que se ha ganado la compasión de todas.

—No había ningún brazalete, ¿verdad? —pregunta Emmy, que se siente más traicionada que enfadada.

—Vosotras no lo entendéis —balbucea Olive.

—¿Qué es lo que no entendemos? —pregunto yo.

Olive nos mira a todas, una a una, antes de hablar:

—¡Yo le quiero!

Faith se echa a reír.

—¿Cómo vas a quererle?

Olive hace pucheros.

—Le quiero. Desde la primera vez que lo vi. Vosotras os mostráis muy hastiadas, como si eso os hiciera más inteligentes, pero tan solo os vuelve más amargadas.

—¿Entonces? ¿Nos mentiste con lo del brazalete y subiste a completar más tareas? —interviene Greer.

—Tan solo toqué una canción más en el pianoforte —lloriquea Olive.

—Pero fue suficiente para colocarte delante de nosotras —replica Greer.

Olive se quita las alas de mariposa y sube las escaleras con paso fuerte.

—Culpad a la reina, no a mí.

—¡Vuelve aquí! —grita Marion.

Olive se detiene en las escaleras, da entonces media vuelta y se deja caer en el suelo del salón con una mueca en la cara.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Marion—. Todas firmamos el contrato de que no tomaremos nunca esposo si Bram no nos elige, pero nunca habría aceptado esto si supiera que mi familia estaría condenada a la pobreza o algo peor si yo perdía.

—Estoy de acuerdo —afirma Greer—. Mi madre no sobrevivirá.

Emmy asiente.

—Mis padres, mis hermanas… No puedo fallarles así.

—¿Entonces qué hacemos? —vuelve a preguntar Marion.

—Podríamos apuñalarla por la espalda —gruñe Faith, que está ahora completamente en horizontal, con la vista fija en el techo.

—Si alguien averigua cómo hacerlo, soy toda oídos —bromea Marion y casi me atraganto.

—¿Y si hacemos todas un trato? —sugiere Olive en voz baja—. Quien gane, será princesa, ¿no? Puede solicitar a la reina que reconsidere el castigo a las familias de las otras chicas.

Se produce un silencio mientras lo consideramos.

—Podríamos pedírselo cuando esté de buen humor —añade Emmy.

—¡Delante de Bram! —señala Greer con tono emocionado.

«Podrías ser reina».

Una sensación conocida se arremolina en mi vientre. Tengo que ganar, no solo para proteger a mi familia, cuyos títulos suponen toda su protección, sino para proteger a todo el mundo. Si Emmett y los demás están en lo cierto, podríamos derrocar a la reina, poner fin a siglos de tortura, y yo podría asegurarme de que todas las presentes en esta habitación y sus familias estuvieran a salvo de ella.

Esta es la primera vez que ha amenazado nuestras vidas de forma directa. Si su paciencia con nosotras está mermando lo suficiente para considerar deshacerse de nosotras por completo, no hay margen para el error.

Tengo que encontrar la forma de contárselo a Emmett.

—Trato hecho. —Tiendo la mano.

—Trato hecho —acepta Emmy.

—Un momento, ¿cómo lo hacen los chicos? —pregunta Marion. Se escupe entonces en la palma de la mano.

El resto hacemos lo mismo y juntamos las manos pegajosas, una encima de la otra. Incluso Olive y Greer. Las ascuas de la chimenea parpadean y siento que la camaradería queda cristalizada, pero sé que mañana se fracturará, cuando Bram esté delante de nosotras y la realidad se imponga.

—Que gane la mejor —dice Marion con tono grave.

—Que gane la mejor —repetimos las demás.



El baile de los Doncaster es, definitivamente, un acto aburrido. El conde tiene casi noventa años y su mansión asfixiante no alienta exactamente a la diversión.

La vizcondesa Bolingbroke está en el salón jugando al *whist* con algunos amigos ancianos, así que voy a buscar a Emmett. Este no es la clase de acto social al que suela asistir, pero lo he visto antes, entrando a hurtadillas por una puerta lateral con un chaleco azul marino.

Estoy deambulando por un pasillo lleno de puertas cerradas, lejos del ruido del salón de baile, cuando oigo su voz.

—¿Emmett? —siseo.

No hay respuesta, pero vuelvo a oír un murmullo bajo. Abro una puerta y lo veo inclinándose para besar a Faith Fairchild.

Retrocedo de un salto, como si me hubiera quemado, y cierro la puerta en silencio. Ni Emmett ni Faith se han dado cuenta de nada.

El corazón me late con fuerza cuando salgo al vestíbulo y, aturdida, me encamino al jardín para recuperar el aliento. Tengo la piel demasiado caliente, necesito salir fuera.

Apoyo ambas manos en el balcón de piedra fría y me froto los ojos, que me escuecen. El sonido de la sangre corriendo por mi cabeza es muy fuerte y no oigo a Bram acercarse.

—¿Te encuentras bien?

No debe de parecerlo porque, cuando me vuelvo hacia él, arruga su rostro perfecto, preocupado.

Me cuesta recuperar el aliento. No recuerdo la última vez que no

me sentía asustada, al menos desde el Desfile del Pacto. Así ha sido esta temporada: una asfixia perenne.

—Respira —susurra Bram—. Estoy contigo.

Tengo que recomponerme. No necesito a Emmett. Puedo hacer esto sola.

—Temo haberme torcido el tobillo —miento—. ¿Puedes echar un vistazo?

—Por supuesto.

Las otras me fulminan con la mirada cuando me acompaña adentro y me ayuda a sentarme en una silla. Se arrodilla a mis pies y mete las manos por debajo de las capas lilas de mi falda para rotar varias veces la articulación.

—¿Te duele? —pregunta.

—Creo que sobreviviré —contesto—. Esta fiesta es muy aburrida. ¿No podemos ir a otro lugar?

Mira a su alrededor.

—Varios hombres están hablando de ir al club.

Todos los caballeros de Londres pertenecen a un club privado donde se reúnen para cenar, beber y apostar.

Me pongo de pie de un salto y me dirijo a la fila de carruajes que hay a la entrada.

—Pues vamos.

Bram sonríe.

—Sígueme.

Esbozo una sonrisa. No esperaba que me dijera que sí. Me toma de la mano mientras subimos al primer carruaje de la fila y no hay en él atisbo de duda.

Una vez dentro, Bram suspira en el asiento acolchado y coloca mi

tobillo en su regazo.

—Es mejor tenerlo elevado —explica.

—¿Tus poderes curativos se extienden a los tobillos torcidos?

Sonríe.

—Pero eso es mucho menos divertido que esto. —Pasa un dedo por mi tobillo. Noto calor en el vientre y se me sonrojan las mejillas.

—No he tenido ocasión de darte las gracias en condiciones por el libro —cambio de tema, nerviosa de pronto. Me cuesta mirarlo a los ojos.

Levanta las comisuras de los labios para formar una sonrisa.

—Me alegro de haber tenido oportunidad de hacer algo por ti.

—¿Dónde lo conseguiste? —La curiosidad es demasiado grande como para no preguntar.

—Un viejo amigo.

El carruaje reduce la velocidad cuando nos acercamos a su club. Al igual que otros miembros de la familia real, Bram pertenece al Kendall's, que por fuera parece una de las lujosas casas de Mayfair, pero ocupa toda la manzana.

He oído rumores de que el propietario, lord Bexham, utilizó su trato para conseguir una casa mejor y renunció a su pelo. Él lo niega, pero lo he visto sin sombrero y me inclino a creerlo.

Estiro el cuello mientras sigo a Bram, fijándome en todo. Los techos con vigas cuadradas están salpicados de candelabros de cristal, las paredes están cubiertas de obras de arte que representan a perros de caza y caballos elegantes. Las mujeres, por lo general, no pueden entrar en lugares como este, pero nadie va a decirle eso al príncipe de Gales. Mañana la fábrica de rumores estará al rojo vivo con noticias sobre mi presencia aquí y, por una vez, estoy

deseándolo. Que la ciudad entera sepa que soy su favorita.

—¿Pido la cena? —sugiere—. Podemos ir a una de las salas privadas.

Reúno cada ápice de confianza que tengo. Tengo que procurar que esto sea todo lo público posible.

—No. Quiero que me enseñes a jugar al póker. —Bram me mira y sonríe.

El salón de juegos de cartas se queda en silencio cuando entro de su brazo.

Sonrío con dulzura y parpadeo, me escuecen los ojos por el humo. Bram conoce a todo el mundo. Recorre la habitación y da palmadas en los hombros de todos.

—¿Cómo está su esposa? —pregunta a un hombre de aspecto más joven con un sombrero alto.

—Mejor, gracias, Su Majestad.

Miro a Bram.

—¿Qué hiciste?

—Envié a un médico privado para que examinara a su esposa. No fue nada, solo un favor de un amigo.

Otro hombre se acerca.

—A mi suegra le encanta la planta de azalea que ha plantado. No para de hablar de ella.

Bram hace un movimiento con la mano, como si no fuera nada.

—Deséele lo mejor de mi parte.

—¿Su suegra? —murmuro yo entre dientes.

—La duquesa de Marlborough. Una viuda que pasa mucho tiempo postrada en la cama, pero que es una absoluta genia con los acertijos. Paso a verla de vez en cuando. Se me ocurrió regalarle

algo bonito que viera desde la ventana.

Nos sentamos a una de las mesas de fieltro verde. La habitación está revestida con paneles de madera oscura y cubierta, de extremo a extremo, por una lujosa alfombra marrón.

Hay una docena de mesas más o menos, todas ocupadas por hombres con pañuelos y trajes impecables hechos a medida. Reconozco a algunos viejos amigos y socios de mi padre.

Bram saluda con afecto a los otros hombres de nuestra mesa.

—Ah, ¡Perkins! —Mira al hombre que hay a nuestro lado y le hace después un gesto con la mano al camarero. Sabe qué bebe todo el mundo, da un rodeo por la mesa pidiendo las bebidas, y llega luego hasta mí—. Champán, ¿no?

El camarero se aleja, pero Bram chasquea el dedo y un oporto rojo oscuro aparece por obra de magia en el vaso de agua de Perkins. Este le da un sorbo y pone mala cara.

—¿Por qué está amargo? —pregunta. Todos estallan en carcajadas.

Bram se encoge de hombros con buen humor.

—Me temo que mis dones son limitados, Perkins.

En una esquina lejana resuena un grito. Alguien chilla.

—¿Qué es eso? —Señalo en la dirección donde el juego parece estar yendo mal.

—No te preocupes por eso —responde Bram con tono tenso.

El repartidor nos pasa las cartas.

Hay movimiento. El hombre que estaba gritando en la otra mesa se lanza a los pies de Bram. Tiene los dedos entrelazados en un gesto de oración y la cabeza en el regazo del príncipe.

—Por favor, por favor, Su Alteza. Hable con su madre por mí. ¡Haré

lo que sea!

Bram se levanta.

—Este no es momento ni lugar. Los asuntos de mi madre son suyos.

Un guardia rodea al hombre con los brazos y lo aleja de Bram.

—¡Por favor! —grita este mientras lo arrastra fuera de la sala—. Hice el trato el veintitrés de julio de 1826. ¡Me ha arruinado! Ya he perdido a mi familia. Mi casa es lo único que me queda. ¡Me engañó! Pídale misericordia.

Enseguida vuelve la actividad al salón de juegos, como si no hubiera pasado nada.

—Siento que hayas tenido que presenciar eso —señala Bram con tristeza.

Apoyo las manos en el borde suave de la mesa para que no me tiemblen.

—¿Sucede a menudo?

Hay tristeza en sus ojos.

—No estoy de acuerdo con todo lo que hace mi madre, pero ellos hacen los tratos por voluntad propia. No puedo ayudarlos.

—¿Están listos, señores? —pregunta el crupier—. Y… señorita —añade, incómodo.

—Por favor, continúe —le indica con amabilidad Bram.

Poso una mano en su rodilla, por debajo de la mesa, más desesperada que nunca por ganarme su afecto. No puedo soportar pensar en Emmett ahora mismo, pero si él tiene razón y yo soy la única esperanza para acabar con esto, no puedo fallar.

—¿Quién es esta? —pregunta lord no-sé-qué cuando redistribuyen las cartas.

—Lord Hambleton, le presento a lady Ivy Benton —responde Bram con educación.

Asiento con la cabeza, pero lord Hambleton vuelve a concentrarse en sus cartas.

—La otra me parecía más guapa. La hija de Trummer, ¿no? ¿O la bailarina de tu hermano?

Bram lo fulmina con la mirada.

—Esa no es forma de hablar delante de una dama.

—Pero es que ella no debería de estar aquí, ¿verdad? —gruñe él.

Me arde el pecho por la vergüenza, pero sigo sonriendo con dulzura. El crupier levanta la primera carta.

—Recuérdame qué es un *full* —le susurro a Bram como excusa para acercarme más a él.

—Tres de un valor y dos de otro —responde él en un murmullo—. Podemos irnos, si quieres.

Le pongo una mano en el antebrazo.

—No, no. Quiero quedarme.

Vamos por orden en la mesa, haciendo apuestas. Mi mano es mala, pero puedo marcarme un farol.

—Yo voy.

—¿Con qué dinero? —protesta lord Hambleton—. A tu padre le cortaron la línea de crédito hace años.

—Ya basta —replica Bram con frialdad.

—No tienes que defenderme —respondo—. Tiene razón.

—Ella juega por cuenta mía y usted la tratará con el respeto que se merece —expone con tanta fuerza que las cabezas se giran en la habitación—. Yo voy.

El repartidor saca otra carta. La reina de corazones. Damos otra

ronda por la mesa en un silencio tenso. Me levanto. Lord Hambleton resopla con fuerza.

—Puede gastar cada chelín que tengo —indica Bram—. Y si recuerdo bien, son muchos millones más de los que tienen ustedes.

Me retiro en la siguiente ronda. Tengo una mano mala y no necesito que Bram me defienda por nada.

Bram y Hambleton siguen durante un tiempo, pero Hambleton es quien gana al final. Extiende ambos brazos para tirar del bote de fichas hacia él y veo algo en su manga. Sin pensarlo, me inclino y saco un as del forro de tela de su chaqueta. La mesa se queda en silencio.

—Ha hecho trampas —digo.

—Furcia —brama Hambleton.

Oigo un crujido fuerte detrás de mí cuando se cae una silla y Bram se abalanza sobre Hambleton. Arroja su cuerpo contra la mesa y las fichas salen volando. Le golpea una vez en la cara, y otra vez. Al lord se le rompe la nariz y salpica sangre en las cartas.

# 22



Bram! —grito y me lanzo sobre su espalda en un intento de apartarlo.

—¡Ivy! —Me vuelvo y veo a Emmett corriendo por la sala.

Se abre paso entre la gente y me aparta de Bram. A continuación, me suelta y se acerca para alejar a su hermano de lord Hambleton.

—¿Qué está pasando? —resuella, con los ojos enloquecidos y separando a Bram y lord Hambleton con los brazos.

Lord Hambleton ha asestado tan solo un puñetazo, pero le ha partido a Bram el labio inferior. Este se lame la sangre.

—Ha llamado furcia a Ivy.

Los ojos de Emmett fulguran y le da un puñetazo a lord Hambleton directamente en la cara. El hombre se tambalea hacia atrás y se derrumba contra la mesa.

Suena un silbato y el dueño del club, un hombre corpulento de unos cincuenta años, entra en la habitación.

—¡Ya basta! —brama—. Creo que es mejor que se vaya, Su Alteza.

Bram recoge su abrigo del respaldo de la silla y se limpia la sangre de los nudillos.

—Con gusto.

Subimos los tres a un carruaje.

—No teníais que hacer eso —les digo a ambos—. Soy perfectamente capaz de asestar mis propios puñetazos. —No añado que la única persona a la que le he dado un puñetazo ha sido a Lydia y que no lo hago desde que tenía diez años, pero estoy segura de que podría hacerlo.

—No es la primera pelea en la que nos metemos —dice Emmett.

—Ni siquiera la primera pelea en esa sala —añade Bram. Se lame el labio inferior partido y este se recompone y se cura justo delante de mis ojos.

Él se da cuenta de mi sorpresa y se ríe.

—Uno de mis mejores trucos de magia. —Baja la mirada a mi vestido—. Oh, no, te has manchado el vestido de sangre.

Hay una pequeña mancha sobre mi corazón, probablemente de cuando me he lanzado a la espalda de Bram.

—No te preocupes —respondo—. Ahora tengo muchos.

Bram me roza la prenda con el dedo índice y la mancha desaparece. El vestido cambia de un tono lila claro a un burdeos intenso.

—Este hace que resalten más tus ojos. —Sonríe.

Las lámparas de gas titilan en las puertas de palacio. Emmett entra directamente para ofrecernos a Bram y a mí un momento a solas.

—Gracias —digo—. No tenías que defender mi honor esta noche. Sí que estaba siendo un poco mala.

Él se ríe.

—Se lo merecía y llevaba un tiempo buscando una excusa para pegarle. Me has hecho un favor.

Se acerca un paso a mí y su rostro es tan perfecto que sigue haciendo que pierda el equilibrio. Es como si siempre pisara con el

pie incorrecto. Me mira y baja la vista a mis labios. Cierro los ojos cuando se inclina, pero sus labios apenas me besan la parte alta del pómulo.

—Que duermas bien, lady Ivy.

Cruzo el jardín con la cara ardiendo de vergüenza.

Casi he llegado a la casa cuando oigo el sonido de pasos en la hierba mojada detrás de mí.

Me vuelvo con la esperanza de ver a Bram, preparado para besarme de verdad esta vez, pero me decepciono al ver que se trata de Emmett. Probablemente solo venga a la casa Caledonia a esperar a Faith, a terminar lo que empezaron antes.

Camino rápido con la esperanza de que desista, pero él acelera el paso detrás de mí.

—Espera.

—¿Estabas espiándonos?

Reduce el paso cuando me alcanza y camina a mi lado.

—¿Y qué si es así?

—No deberías haber hecho eso esta noche.

Emmett se ríe, incómodo.

—Desafortunadamente, yo siempre he sido de golpear primero y pensar después.

No sé si creerle. En realidad piensa mucho las cosas, lo veo darle vueltas a todo constantemente.

Me vuelvo hacia la puerta, pero él extiende el brazo hacia mi manga. La roza, pero no me toca.

—Pareces enfadada conmigo.

—No estoy enfadada. —No lo estoy. No tengo ningún motivo para estar enfadada con Emmett por besar a Faith esta noche.

Sus nudillos se están poniendo morados por el golpe.

—¿Te duele? —Se los señalo, desesperada por cambiar de tema.

Se pasa el pulgar por la piel amoratada.

—Puedo pedirle a Bram que me cure después. —Entrecierra los ojos, como si deseara ver a través de mí—. ¿Seguro que no estás enfadada?

Abro la puerta de la casa. Prefiero enfrentarme a la ira de las otras chicas (quienes, sin duda, estarán molestas conmigo por haberme llevado a Bram) que pasar otro segundo más mirando la cara de Emmett De Vere.

—Nunca he estado mejor.

Él detiene la puerta con el pie.

—Bien, porque todo va según el plan. Hasta ahora, la única persona por la que había golpeado a alguien había sido yo.

Los siguientes dos días son un caos absoluto. Nos llevan con prisas a la modista para los arreglos de última hora de nuestras prendas de caza, la vizcondesa Bolingbroke nos da una clase de etiqueta de emergencia sobre cómo comportarnos mientras viajamos y, mientras todo esto ocurre, los nuevos términos de la reina acechan como nubes de tormenta sobre nuestras cabezas.

Esa noche regresa a mi mente el recuerdo de Emmett en el baile. Duermo de forma intermitente, pensando en cómo sostenía la cintura de Faith mientras la besaba.

Pienso en mis padres, que se casaron por amor y nos condenaron a una vida de inestabilidad; en Olive, que sueña despierta con Bram de forma tan abierta que siento vergüenza ajena; en Faith y la copa

de cristal que tiró a Emmett a la cabeza. El amor no puede existir para mí, me niego a volverme tan boba.

Como prometió, mi madre envía una nota con noticias de Lydia. Tan solo pone: «La salud de tu hermana ha mejorado mucho. Te echa de menos y todos te deseamos mucha suerte. Sinceramente, tu estimada madre».

También me envía el recorte de un periódico, un artículo titulado **PELEA DE PRÍNCIPES EN EL CLUB KENDALL**. Se trata de un relato sensacionalista de los hechos, pero menciona mi presencia y especula acerca de si eso significa que el príncipe Bram ha presentado ya a su pretendienta favorita a sus amigos en el club. En el margen, ha escrito: «¡Bien hecho!».

Es perfecto, con el suspense suficiente para hacerme parecer interesante, pero sin llegar a ser un escándalo en toda regla.

Guardo la carta y el artículo en la parte de atrás de *Hadas de las islas británicas*, con los mapas que robé de los libros del salón. Los arranqué de los atlas cuando todo el mundo dormía.

Los examino a la luz de la luna y planeo las mejores rutas. Ya aprendí la lección la noche que salí en busca de Lydia y no pienso cometer el mismo error dos veces.

Leo también el libro y redescubro la magia que sentí de niña entre sus páginas. Me transporta a la cocina cálida de la señora Osbourne. El ejemplar se imprimió más de doscientos años después de que comenzara el reinado de la reina Mor, mucho después de que prohibiera la información sobre su especie. Ella no sale mencionada, es como si el autor esperara que, al no hablar de ella, su contenido resultara menos incriminatorio. Cada dato informativo queda oculto en historias para niños. Estoy leyendo un párrafo que habré

escuchado unas cien veces de pequeña (sobre un fae que sale en el solsticio de verano y una niña humana atraída hasta él) cuando una frase capta mi atención: «Aunque el vino de las hadas era dulce, no había nada tan dulce como el amor de una mortal».

Probablemente, Emmett se enfurecería conmigo si supiera lo que estoy tramando, pero si todo va según el plan, nunca se enterará.

El martes por la tarde, Olive regresa de su comida privada con Bram como si caminara por el aire. Entra flotando en el salón, donde estamos todas inmersas en una partida poco entusiasta de *whist*, y se desploma sobre un sofá.

—¡Me ha besado! —Suelta una risita y da patadas con los pies—. No me puedo creer que me haya besado de verdad.

Nos quedamos todas en silencio. Las cartas de Greer crujen cuando las agarra con demasiada fuerza. Yo experimento una sensación ardiente parecida a la vergüenza. ¿He sido una ilusa al creer que el momento que compartí con Bram en el jardín significaba que yo era especial? Él puede ser un príncipe, pero también es solo un chico.

—Dejaré que seáis mis damas de compañía cuando gane —señala Olive.

—Que te den, Olive —espeta Faith.

Marion asiente, de acuerdo con ella. Greer suelta las cartas y se va escaleras arriba, y el resto la seguimos.

El camino a Hampshire es largo y embarrado. Viajamos en sillas de posta tiradas por grupos de cuatro caballos durante un día hacia el sudeste de Londres y yo me paso el día entero nerviosa.

Jugamos al veo, veo mirando por la ventana, pero no vemos más que árboles y pueblos con casitas con tejados de paja. Emmy se queda dormida, apoyada en la ventana, y Marion y yo sacamos nuestros cuadernos de dibujo y trozos pequeños de carboncillo para pasar el tiempo.

Dibujo a Cerdo con su cara menuda y ridícula.

—¿Qué es eso? —Marion mira mi hoja desde el otro lado del carruaje.

—Un perro.

—Es horrible. —Arrugo el papel y se lo lanzo. Las dos nos reímos.

El sol se hunde, dorado, detrás de los árboles cuando llegamos al campamento de caza.

El personal de palacio ha transformado la naturaleza de Hampshire en una pequeña ciudad de la noche a la mañana. Han levantado elegantes tiendas de lona sobre plataformas de madera. Hay alegres banderines rojos y blancos colgados por todo el campamento, una hoguera impresionante y establos para los caballos y los perros.

Los criados nos conducen a nuestra tienda, cómodamente instalada con siete camas.

La vizcondesa Bolingbroke ya está allí cuando llegamos, colocando una colcha rosa clara, cinco almohadas de diferentes tamaños y un tapete de encaje encima de su cama.

—¿Cómo esperan que vivamos en estas condiciones? —protesta. Tiene el bajo del vestido lleno de polvo y su normalmente impecable peinado blanco parece desinflado.

El servicio de palacio transporta nuestros baúles y todo lo que necesitaremos para un fin de semana de caza. Vamos todas ataviadas con nuestros vestidos deportivos. El mío tiene un elegante

abrigo de *tweed* verde con botones dorados en la cintura. Greer elige la cama que hay al lado de la mía. Desde la visita de la reina, está especialmente callada. La miro y le dirijo una pequeña sonrisa. Ella me la devuelve y noto como si el hielo se derritiera. Me cuesta mucho estar enfadada con ella, ya no sé si lo estoy.

Suena una corneta y asomamos las cabezas por la tienda para ver llegar a la partida de caza. Bram y Emmett pasan por medio del campamento sobre sus caballos. Reconozco a algunos hijos de duques y barones en su grupo de amigos, rostros conocidos de las fiestas de la temporada y sus compañeros de remo.

Capto las miradas de Emmett y Bram cuando pasan junto a nuestra tienda. Bram lleva una sonrisa ancha en el rostro, contagiosa y cálida. La expresión de Emmett es inescrutable, su boca forma una línea tensa.

Nos vestimos y nos reunimos para la cena en mesas largas que serpentean entre los árboles. Como las jóvenes solteras de la fiesta, nos colocan en el extremo, bajo la supervisión de la vizcondesa Bolingbroke.

Todo este viaje es para celebrar el décimo noveno cumpleaños de Bram, que es en unos días.

El príncipe se levanta en mitad de la cena con una copa de cristal alzada en la mano.

—Si me lo permiten, me gustaría hacer un brindis. Todos me han dado la bienvenida y me han recibido como uno de los suyos, pero esta noche nos divertiremos como lo hacemos en casa. ¡Salud!

Levanta las manos y docenas de globos de luz de un suave tono dorado se alzan en el aire, creando chispas en el bosque. Una melodía alegre flota en la brisa y alguien saca un violín para tocar.

Todos aplauden y sus bebidas se derraman en la mesa.

—¡Por Bram!

Cuando han servido el postre, Bram camina por la mesa saludando a sus invitados con una sonrisa y dando palmadas en los hombros de sus amigos. Emmett permanece a su lado, en silencio y hosco, el contraste de su hermano, como siempre.

—Gracias por venir a la celebración de mi cumpleaños. Qué afortunado soy por contaros entre mis bendiciones de este año —dice cuando llega donde estamos nosotras.

Olive lo mira sonriente, como si él solo hubiera colgado la luna en el cielo. Veo que Faith y Marion ponen los ojos en blanco con disimulo. Algo ha cambiado desde el cambio de reglas de la reina, las máscaras van desapareciendo poco a poco de nuestros rostros.

Me inclino hacia Bram.

—Feliz cumpleaños. ¿Algún buen regalo este año?

Él me sonríe.

—Este.

—¿La fiesta?

Niega con la cabeza.

—Tú. Aquí. —Me lo tomo como una broma y le doy una palmada en el hombro, pero noto un enjambre de mariposas en el estómago igualmente.

La fiesta dura hasta el amanecer, pero nosotras nos vamos a la cama mucho antes, cuando la vizcondesa Bolingbroke afirma que no es propio de unas damas seguir despiertas después de la medianoche. Creo que solo desea irse a dormir, pero nadie protesta, estamos todas agotadas después del largo viaje.

Oímos a los amigos de Bram fuera de la tienda, hablando y

bailando durante horas.

Duermo a ratos, sin dejar de repasar mi plan para mañana. Recorro una y otra vez la ruta en mi mente.

A la mañana siguiente, una doncella me viste con mi vestido de caza verde de terciopelo. Mientras las demás se preparan, vuelvo a la cama y digo que estoy demasiado débil para las fiestas del día. No es apropiado que las jóvenes se unan a la caza del ciervo, pero seguirán a la partida a caballo para celebrar un almuerzo en el campo y después una cena en el campamento.

La vizcondesa Bolingbroke posa una mano huesuda en mi frente y chasquea la lengua.

—Estás caliente.

—Por favor, no se pierda la diversión por mi culpa —contesto con voz débil—. Hay mucho servicio en el campamento para cuidar de mí.

La vizcondesa me mira a mí primero y después a las otras chicas, que esperan impacientes en la entrada de la tienda. Hace sus cálculos: es preferible dejar sola a una joven que dejar a cinco.

—Por favor, llámalos si necesitas algo —me indica, vacilante—. Volveremos al anochecer.

Le hago un saludo militar como respuesta, pero no le hace gracia.

Del exterior de la tienda llegan sonidos de riendas de caballos y ladridos de perros ansiosos por salir a cazar. Después, el campamento se queda en silencio y todos, excepto un equipo mínimo de personal y yo, se marchan.

Salgo de la cama, me ato los cordones de las botas con prisas y saco el libro y los mapas de donde los había escondido en el fondo del baúl. Necesito ser rápida si quiero estar de vuelta antes del

anochecer.

La entrada trasera está más cerca de los caballos, así que salgo por la parte de atrás de mi tienda y me dirijo con sigilo al prado donde están las bestias.

Se han llevado a la mayoría a la caza, pero hay un viejo caballo de tiro que me vendrá bien. Tomo las riendas.

—Hola —susurro.

Se rompe una ramita detrás de mí y me doy la vuelta.

—¿Vas a alguna parte? —Emmett está ahí, con una media sonrisa, vestido con pantalones de caza y el pelo ondulado desordenado. Lleva una cesta en la mano, como si hubiéramos acordado hacer un pícnic.

—¡No hagas eso! —siseo—. Me has dado un susto de muerte.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy enferma.

Extiende un brazo y me toca la frente. Retrocedo.

—Me alegra informarte de un milagro. Parece que te has recuperado por completo.

—¿Qué estás haciendo tú? ¿No deberías de ir al frente de la partida?

—Nunca me ha gustado cazar. Hemos debido de contraer lo mismo, porque yo también me sentía enfermo esta mañana, pero parece que me he curado.

—Por favor, déjame en paz.

—Entonces estás enfadada conmigo.

No estoy enfadada con él. Estoy enfadada conmigo misma.

—¡No estoy enfadada! Llego tarde.

Emmett toma las riendas del caballo y se dispone a engancharlo al

carro.

—No pienso dejar que viajes sola, así que puedes contármelo por el camino.

—¿No puedo convencerte de que dejes pasar esto?

—O bien vas conmigo o no vas, me temo. Es pura caballerosidad.

Suspiro, molesta.

—¿Qué hay en la cesta?

—No voy a saltarme el almuerzo por muy loca que sea la aventura que has planeado.

Subo a su lado y salimos del campamento, traqueteando por el camino polvoriento del campo. Le paso el mapa y le echa un largo vistazo.

—¿Qué es esto?

Le doy después el libro y pasa el dedo por la cubierta.

—*Hadas de las islas británicas* —lee—. ¿De dónde ha salido esto?

—Bram. —Le explico todo sobre nuestra cocinera, sobre el libro que me regaló Bram y, después, sobre la idea que se me ocurrió—. Tu teoría sobre la Reina de Mayo es buena, pero no está corroborada. Si vamos a apostarlo todo, necesito hablar con una segunda fuente.

No le cuento la parte que me ha dejado sin dormir esta noche. Si voy a manipular a alguien tan amable como Bram para que huya conmigo, ha de ser por un buen motivo.

He pensado en escribir a Ethel para contárselo, pero estoy segura de que los criados leen las cartas que enviamos y no podía arriesgarme.

Cuando Bram me dio el libro y me dijo que era de un amigo, la idea tomó forma. El propietario original seguramente lleve mucho

tiempo muerto, pero hay una posibilidad de que este amigo de Bram siga viviendo en la dirección que hay en el interior de la cubierta, o a lo mejor quedan más libros.

—¿Cuándo ibas a contármelo? —pregunta Emmett.

—Iba a hacerlo la otra noche, pero parecías muy ocupado con Faith. —Es demasiado ruin, no debería de haberlo dicho. No me hace ningún bien y él no merece mi veneno. Puede besar a quien le plazca.

Emmett aprieta los labios, pensativo, y entonces lo comprende.

—¿En la horrible fiesta del conde Doncaster? ¿Cuándo…?

—Fui a buscarte y te encontré… ocupado. —De nuevo experimento esa horrible sensación de que tengo toda la piel caliente y no puedo respirar.

—Oh —suspira—. No es lo que piensas.

—Yo no pienso nada. No es asunto mío.

—Faith quiere a otra persona —admite con un suspiro.

—Sí, por supuesto, deja que lo adivine. Se tropezó y su boca fue a parar sobre la tuya.

Emmett me mira de soslayo.

—Me besó para asegurarse de que era diferente. No tienes por qué creerme, pero te aseguro que no significó nada.

—Muy bien. —Odio lo petulante que sueno.

—Nunca te he mentido, no voy a empezar ahora.

El viejo caballo de tiro sigue trotando. Llegamos a las afueras del pueblo bastante antes del almuerzo y paramos a un lado del camino para dar agua al caballo y comernos media rebanada del pan que ha tomado Emmett del desayuno.

Los caminos son cada vez más estrechos mientras nos adentramos

en el bosque, donde los árboles crecen tan espesos que tapan la luz y el mundo se oscurece varios tonos.

Seguimos adelante y nos adentramos en las profundidades del bosque antiguo. Se respira algo siniestro aquí que me pone la piel de gallina.

—No se oyen pájaros —comenta Emmett, que se da cuenta al mismo tiempo que yo.

Estamos completamente en silencio salvo por el traqueteo del viejo caballo por el camino.

—No es buena señal.

—No creo en las señales —responde él, pero tiene los nudillos blancos de lo fuerte que aferra las riendas del animal.

Llegamos a un cruce pronunciado y el caballo relincha y clava los cascos en el suelo suave para detenerse. Emmett baja del carruaje y posa una mano alentadora en su cuello.

—Shh, ¿qué pasa?

Tira de las riendas, le ofrece una manzana y vuelve a tirar. Pero el caballo no sigue adelante.

No usa un látigo y noto un calor extraño en el corazón.

—Creo que tenemos que seguir solos a partir de aquí —declara.

Me levanto la falda y bajo del carro tras rechazar la mano que me tiende.

—¿Crees en las señales ahora? —le pregunto.

Caminamos sumidos en un silencio nervioso durante unos diez minutos antes de llegar a una casa de piedra que hay en la parte más oscura del bosque. «Casa» es un término generoso. Probablemente fuera en el pasado una gran vivienda, pero el bosque está encargándose de reclamarla. Ha cubierto todo de un musgo

verde grisáceo tan húmedo que parece que gotea agua de las piedras. Lo que antes sería el jardín es ahora una maraña de espinas y acebos medio muertos que se arrastran como un animal desesperado por lo que solía ser un mosaico complejo de macizos de flores.

Con cuidado, nos acercamos a la verja podrida cuya pintura apenas es visible en la madera estropeada. Emmett acerca la mano y todo se desmorona bajo ella y cae al suelo, como si estuviera sostenida por el polvo.

Emmett da media vuelta y enarco la ceja.

—Buenas tardes —saluda. Lleva en el codo una cesta con mermeladas frescas que han sobrado de nuestro almuerzo en el campo. «Es de mala educación aparecer sin un regalo», dijo.

No hay respuesta de dentro de la casa, pero en lo alto del tejado de paja podrido, una chimenea expulsa humo negro al cielo. Una sombra pasa por la ventana cubierta de polvo. Hay alguien en casa.

# 23



Emmett se acerca a la puerta con confianza, como si nos hubieran invitado a tomar el té. Yo lo sigo como si fuera su sombra.

Con una mano grande, llama a la vieja puerta. El sonido reverbera en el bosque silencioso. No hay respuesta. Vuelve a llamar.

La sombra de la ventana se detiene, observándonos. Del otro lado de la puerta llega el sonido de cinco cerraduras al descorrerse, agonizantemente despacio.

*Clic.*

*Clic.*

*Clic.*

*Clic.*

*Clic.*

La puerta se abre con un crujido lo suficiente para que asome un solo ojo.

—¿Quiénes sois? —pregunta una voz masculina.

—Hemos venido a verlo —responde Emmett alegremente—. Creo que conoce a mi hermano.

El único ojo visible se entorna.

Emmett levanta la cesta con una sonrisa esperanzada.

—Hemos traído mermelada.

Nos cierra la puerta en la cara y el sonido reverbera en el bosque.

Entonces, una última cerradura se descorre y la puerta se abre.

—Podéis entrar —nos invita el hombre.

No es como esperaba. Había imaginado a una especie de criatura anciana, canosa, propia de un relato infantil. Delante de mí solo hay un hombre. Parece estar al final de la treintena y lleva el pelo rubio oscuro muy corto. Tiene una cara poco memorable, agradable, pero nada excepcional.

La casa está polvorienta y oscura, con todas las cortinas corridas y las ventanas tan cubiertas de mugre que entra poca luz. Hay montones de libros apilados en cada superficie disponible, algunos cubiertos de polvo, otros nuevos. Encima de cada puerta cuelga una herradura colocada hacia abajo.

Sigo a Emmett por la puerta, pero en cuanto piso el suelo de losas, siento una repugnancia que me revuelve el estómago. Un asco tan fuerte que tengo la repentina necesidad de salir corriendo por la puerta e ir a cualquier otro lugar que no sea este.

Miro a nuestro anfitrión, que está quieto en la entrada, observándonos, como si esperara esto. Tiene expresión neutra, de agrado incluso, pero cuando lo miro, no siento más que un tormento que me cala hasta los huesos. Asciende por mi garganta hasta que me ahoga. Odio a este hombre. Lo odio mucho, sin motivo.

Emmett aprieta el puño en torno a la cesta de mermeladas y nuestro regalo ya no resulta en absoluto divertido.

—Entrad, entrad —nos anima el hombre—. Cuanto antes tengáis vuestras respuestas, antes podréis marcharos. —Tiene un acento raro, forzado.

Lo seguimos al salón, tan gris y abarrotado como el resto de la casa. Nos hace un gesto para que nos sentemos en unas sillas de madera junto al fuego y Emmett y yo accedemos, a pesar de que cada hueso de mi cuerpo se resiste.

El hombre sopla para retirar el polvo de dos tazas de té.

—No recibo a muchos invitados.

Saca una tetera negra de una chimenea cavernosa que hay en medio de la habitación y nos llena las tazas.

Me saco el libro de debajo del brazo, donde lo tenía guardado bajo la capa.

—¿Sabe algo sobre el propietario original de este libro?

Él tan solo le dirige una mirada superficial.

—Yo soy el propietario original de ese libro.

—No es posible. A menos que…

—Seguro que ya lo has supuesto —me interrumpe el hombre como si nada.

Emmett se limita a sostener su taza y yo hago lo mismo; me aterra darle un sorbo.

—¿Supuesto qué?

—El coste.

De pronto comprendo, esta sensación de odio que estoy experimentando es obra de la reina.

—Hizo un pacto para tener vida eterna, pero nadie puede soportar estar cerca de usted —adivino.

Él hace una mueca y se lleva la mano a una herida invisible.

—Eso es un poco duro. Creo que las condiciones exactas eran la vida eterna, pero una vida sin amor.

—¿Aceptó eso?

—Era joven, ¿qué sabía yo? —replica él—. Acababa de salir de la guerra. Mis padres y hermanos habían muerto hacía tiempo. Me iba con alguna chica de vez en cuando, pero me consideraba un solterón. ¿Para qué necesitaba yo el amor? Era un necio y pagué por ello.

Emmett se mueve en la silla, incómodo.

—¿Cómo se llama?

El hombre da un sorbo a su té y suelta un suspiro lento.

—Hace mucho tiempo que nadie me pregunta eso. Me llamaban Eduart Burnhamme.

Emmett se inclina hacia delante con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Nos cuenta su historia?

Eduart nos observa y, aunque sé que esta sensación nauseabunda que se solidifica en mi pecho es obra de la magia de la reina, sigo sin experimentar otra cosa más que repulsión.

—Luché por los York. —Su mirada aterriza en el fuego—. Yo estaba allí el día que apareció en el campo de batalla. Pensamos que era un ángel. Vimos lo que hizo por el viejo Eduardo, cómo segó al ejército de Lancaster como si fuera trigo listo para su cosecha. Colocó la corona sobre la cabeza de Eduardo como si no fuera nada excepcional. Pero todos sabemos cómo termina esa historia. Cuando ella subió al trono en Eltham, hizo una declaración: cualquiera que deseara hacer un pacto con ella, debía acercarse y arrodillarse ante su trono. Yo estaba seguro de que nadie lo haría, tendrías que ser un necio absoluto para confiar en la vieja bruja después de lo que había hecho. Pero miles de personas hicieron cola. Día y noche, hizo un trato detrás de otro. Vi a pobres convertirse en lores, a granjeros

sacar oro de la tierra como si fueran nabos, a necios casarse con las mujeres más hermosas de la ciudad. Dedos de manos y pies y recuerdos desaparecieron, pero todos aceptaron el precio.

»Llegó un día en el que ya no pude resistirme más. Esperé tres años para hacer el trato. Me creía muy listo por entonces. No quería tierra ni esposa, deseaba aventura.

»Sentía codicia por el mundo, pero también me daba miedo. Había visto cómo se había llevado la peste negra a mi madre, padre y hermanas, apagando sus vidas como si fueran velas. Cuando me arrodillé ante ella, le pedí la vida eterna y se rio en mi cara.

Emmett observa a Eduart, completamente embelesado, pero yo no puedo mirarlo. Clavo la esquina afilada de la uña del pulgar en las cutículas de los demás dedos hasta que mis uñas quedan enmarcadas de sangre.

—«¿Qué tiene de maravilloso vivir para siempre?», me preguntó, pero sabía que se estaba riendo de mí —continúa Eduart—. «Dígamelo usted». Sonrió con esa sonrisa espantosa que tiene y me dijo: «Saber que en realidad nada importa. Vas a sobrevivir a las consecuencias, sobrevivirás al propio sentido de las cosas. Lo único que queda es el entretenimiento». Por entonces no lo sabía, pero ahora sí. Después de una eternidad, solo existe el aburrimiento o la ausencia de aburrimiento. Me preguntó qué iba a hacer con una vida eterna. Le dije que viajar por el mundo, ver todo cuanto había por ver y después volver a verlo. Pero mentí, a ella y a mí mismo. Había visto mucha muerte en los campos de batalla y a manos de las enfermedades crueles. Cada vez que cerraba los ojos, veía las tripas de mis amigos esparcidas sobre la hierba, oía de nuevo sus gritos. Le dije a la reina que quería aventuras, pero la verdad es que me

daba miedo la muerte. Quería vivir sin miedo.

»Ella me dijo que me concedería la vida eterna, pero que sería una vida sin amor. Yo era joven, ¿para qué necesitaba el amor? En ese momento, pensé que se refería a que nunca tomaría esposa. Me pareció bien, una esposa tan solo me retrasaría. No conocía por entonces la profundidad del asunto, cómo sería vivir tan solo.

—¿Qué hizo? —susurro, horrorizada y disgustada.

—Al principio hice exactamente lo que le dije que haría. Navegué por el mundo. Francia primero, después el resto de Europa. Navegué hasta la costa de África, pasé varios años en China, después en las Américas. Pero en cada lugar donde iba, era lo mismo. Las posadas me cerraban sus puertas, los taberneros se negaban a servirme. Entraba en una habitación y todos salían. Acabé viniendo aquí, a esta casa donde crecí, la misma donde murieron las últimas personas que me quisieron.

—¿Qué hace ahora? —pregunta Emmett.

—Me siento a leer y espero al fin del mundo —responde muy serio.

—Nosotros podemos ayudarle. Tenemos un plan —expone Emmett.

Eduart se ríe, suelta una carcajada grave y molesta que hace que se le derrame el té en los pantalones. Señala tras de sí, una pared de yeso cubierta con décadas de polvo y tierra.

—Firmad la pared antes de iros —nos pide y, aunque cuesta distinguirlo con la luz tenue, veo ahora que hay docenas o cientos de nombres garabateados en ella.

—¿Qué? —Emmett parece enfadado ahora.

—Ese es el problema de vivir para siempre. Tienes que presenciar cómo se cree cada nueva generación que lo ha inventado todo. Es

tedioso. —Suspira hondo, como si el peso de nuestra estupidez le estuviera presionando los pulmones—. Cada quince años o así llegan visitantes como vosotros que se creen que son las primeras personas que han pensado en derrocarla.

—¿Qué quiere decir? —pregunto, incómoda.

—El primer grupo llegó tras una década más o menos de su gobierno. Yo estaba fuera entonces, pero ella, para dar ejemplo, colgó sus cuerpos de la Torre cuando había marea baja e invitó a la ciudad a presenciar cómo se ahogaban cuando la marea del río subió. Los siguientes llegaron unos cincuenta años más tarde. Uno de los intentos más estúpidos de volar el Palacio de Apethorpe. Ellos también murieron en la Puerta de los Traidores. Me uní a la de la década de 1660 durante un tiempo, solo por tener algo que hacer. Hubo un intento de localizar la puerta por la que había llegado. La idea era que, si no se la podía matar, tal vez se la podría devolver a su tierra. Fue un error estúpido. Cada miembro de la partida de búsqueda murió de vejez antes de encontrar ninguna prueba. Luego vino el levantamiento de 1724. Ese se puso feo. Un hombre de Penzance que había hecho un pacto se encerró en el salón del trono con ella con la idea de que ambos murieran de hambre, con sus compatriotas vigilando la puerta. Si no se podía alzar una mano en contra de ella, dejaría que las causas naturales se la llevaran. La reina se rio, salió del salón del trono completamente ilesa y lo dejó morir de hambre allí dentro.

—No hay registro de nada de eso —comenta Emmett con todo el cuerpo tenso.

—Claro que no. ¿Por qué iba una déspota a tener un registro del odio de la gente hacia ella? Por ese mismo motivo no existen libros

de los Otros en ninguna biblioteca de este magnífico y ancho país. Gobierna en el miedo y las sombras.

Miro a mi alrededor, las pilas de libros.

—¿Cómo terminó Bram con este libro?

Eduart le da un sorbo al té.

—Esa es una historia interesante. Conocí al príncipe de Gales el pasado otoño. Hace falta mucho para sorprenderme en esta vida larga que llevo, pero supuso una gran sorpresa verlo a la puerta de mi casa. Bram siente una fascinación mórbida por aquellos a quienes su madre ha hecho inmortales.

—¿Hay más como usted? —pregunto, horrorizada.

—Ah, por supuesto. ¿De dónde crees que han salido sus lacayos?

Un escalofrío me baja por la espalda. Ahora lo veo, el mismo aspecto cetrino de Eduart que impregna la piel de los extraños criados de la reina, silenciosos y siempre leales.

—Aprendió la lección después de mi pacto. Todo aquel que desee vivir para siempre ha de renunciar a su libertad para servirla. Es lista, hay que reconocerlo.

—¿Y Bram sabe esto? —pregunta Emmett.

—Lo descubrió hace un año. Fue cuando vino a verme. Yo no tenía mucha información que ofrecer al pobre muchacho, pero nunca es fácil reconocer que tu único progenitor es un monstruo. No supe de él desde entonces, hasta que recibí una carta suya preguntándome si tenía un libro en particular en mi colección. Parece que el libro era para ti. —Me señala—. Ahí no hay nada que pueda llevarla a la muerte, te lo aseguro, he mirado. La única debilidad es el hierro y ella hizo que derritieran todas nuestras armas después de la guerra.

*Hierro.*

—Bram me contó que así la derrotó su padre —señala Emmett—. ¿Podemos encontrar más?

Eduart sacude la cabeza.

—Yo abandoné en 1789, pero podéis seguir intentándolo.

—No necesitamos hierro, trucos ni nada de eso. Nosotros no somos como los otros —replica Emmett—. Tenemos pensado deshacer los pactos.

—Seguro que sí —dice Eduart sin intención de insultar, más bien hastiado.

—¿Sabe algo de los tratos? —insiste Emmett, impávido.

Eduart suspira como si estuviera siguiéndole la corriente.

—Solo que se han vuelto más creativos con los años. Le gusta jugar con su comida, pero creo que se está aburriendo del espectáculo. Por lo que yo sé, no se ha deshecho nunca ningún trato, aunque muchos han lamentado realizar los suyos y lo han intentado. Tu propio padre llamó a mi puerta hace una década más o menos para pedirme información.

Emmett frunce el ceño con expresión de asombro.

—¿Mi padre?

—Sé quién eres, Emmett Alexander De Vere. Tu padre es un buen hombre y está arrepentido.

Siento como si oyera el corazón de Emmett resquebrajarse justo por el centro. Parpadea para reprimir las lágrimas.

—¿Se arrepiente de su trato?

Eduart asiente.

—Así es, dice que debería de haber huido contigo en mitad de la noche en lugar de someteros a ti y a él a una vida separados.

—¿Y por qué lo hizo entonces? —pregunta con la voz temblorosa

por las lágrimas que, por testarudez, no deja caer.

Eduart se encoge de hombros.

—La reina le arruinó la vida a tu abuelo. Pactó una mente excepcional para los números a cambio de no volver a divertirse nunca. Eso lo volvió duro y cruel hasta el punto de abandonar a su familia cuando tu padre era solo un muchacho. Tu padre se unió a un grupo de rebeldes con ideas afines en su adolescencia y dedicó su vida a buscar el modo de derrocar a la reina.

Emmett se queda mirando su taza de té, que aferra con tanta fuerza que temo que la rompa.

—¿Por qué se casó con ella?

—Pensaba que su mejor opción era derrotarla desde dentro. Se convirtió en el pretendiente perfecto, pero, cuando se casaron, la reina empezó a sospechar de él. Pasaba demasiado tiempo en la biblioteca, hacía demasiadas preguntas, se relacionaba con gente en la que ella no confiaba. Cree que por eso os separó. La reina tiene miedo de su esposo y no quería darle la oportunidad de convertirte en su pupilo. Su padre se sobreestimó al pensar que tan solo tardaría uno o dos años en solucionar el problema de los pactos y que todo se arreglaría. Pero estaba equivocado.

—¿Su abandono fue por arrogancia? ¿Me quedé solo, con la única compañía de una institutriz, por su confianza desmedida? —Emmett suena furioso.

—Él te quería y pensaba que la legitimidad como príncipe te protegería mientras tanto. Su ego fue su ruina, como les sucede a muchos.

—Debe de haberlo descubierto. Me dejó pistas que explican el trato original de Moryen. Si acabamos con ese, todo lo demás caerá

derrumbado.

—Funcionará solo si tenéis razón.

—Tenemos razón —afirma Emmett con los dientes apretados.

—Es una misión inútil y moriréis en el intento.

—Me niego a aceptar eso —repone Emmett.

—Esa es otra cosa que he aprendido en esta vida excepcionalmente larga. No importa si aceptas o no las cosas. Suceden de todos modos.

—No he venido aquí a que me sermoneen —espeta Emmett.

Eduart le da otro sorbo lento al té.

—Por supuesto que sí.

Emmett se levanta para irse.

—Si no va a ayudarnos, no tenemos más que hablar con usted.

Eduart dirige la atención hacia mí.

—Tú eres una de las jóvenes de Bram, ¿no es así? He leído sobre ti en el periódico. ¿Sabe lo vuestro?

—No —escupo con veneno—. Bram no sabe nada de los planes para derrocar a su madre. ¿Nos toma por idiotas?

Eduart sacude la cabeza.

—No, me refiero a si ese pobre y dulce príncipe Bram sabe que estás enamorada de su hermano.

—No estoy… —Me levanto para marcharme con el rostro rojo escarlata. Tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no arrojarle el té directamente a su cabeza horrible.

—Vamos, Ivy. —Emmett recorre con paso firme el pasillo, pero se detiene en la puerta—. Gracias por su hospitalidad, señor. Espero que disfrute de la mermelada.

Eduart nos llama cuando salimos por la puerta.

—¡No habéis firmado en la pared!

Salimos de la casa al jardín enmarañado, donde el aire parece más suave y los dos suspiramos de alivio. La tensión entre los hombros y las náuseas en la garganta se disipan.

—Qué hombre más horrible —dice Emmett.

—Es lo peor —coincido.

—¿Tú? ¿Enamorada de mí? Si apenas me soportas. —Se ríe, pero sale una risa forzada.

—Exacto —respondo.

Nos dirigimos al bosque. Vuelve el trino de los pájaros y siento alivio por un minuto, hasta que todo se viene abajo. Donde antes estaban el caballo y el carruaje, ahora hay solo un espacio de tierra levantada y huellas de ruedas.

—Maldita sea —sisea Emmett.

Volver al campamento a pie nos llevará horas. Tendremos suerte si regresamos antes que la partida de caza y no hay una forma razonable de explicar nuestra ausencia y mucho menos por qué estamos juntos.

—Estoy acabada. —Entro en pánico. Siento la tentación de levantarme la falda y echar a correr, pero estamos tan lejos del campamento que no serviría de nada.

Emmett me mira con expresión seria.

—No voy a permitirlo.

Seguimos el camino para salir del bosque a un camino amplio de tierra que conduce a Alton.

—Pagaremos por un coche de caballos en el pueblo. —Emmett camina tan rápido que casi está corriendo. Debe saber tan bien como yo que vamos ajustados de tiempo. Tendremos que tener

mucha suerte.

En el horizonte se reúnen nubes de tormenta mientras el sol se hunde. Nos negamos a aceptarlo, como si hacer caso omiso del tiempo hiciera que pasara más despacio.

Recorremos la calle principal de Alton justo cuando empieza la tormenta.

Corremos por el camino hacia una posada con el techo de paja. El cartel que cuelga en la puerta se mece con el viento. Tiene un escudo descolorido debajo de las palabras «El Cisne». Cruzamos la puerta de un pub abarrotado de gente desesperada por escapar del mal tiempo.

La propietaria, una mujer mayor de mirada acerada, se acerca a nosotros.

—Estáis goteando agua en el suelo.

Emmett parece un perro empapado, con el pelo pegado a la frente y el abrigo pesado sobre los hombros. Seguro que yo no tengo mejor aspecto.

—Nos iremos pronto, señora —se disculpa él—. Necesitamos un coche de caballos.

La anciana chasquea la lengua.

—¿Con este tiempo? De ninguna manera. —Como para resaltar su afirmación, fuera resuena un trueno.

—Pertenecemos a la partida de caza del príncipe. Por favor, necesitamos volver a la celebración —insiste Emmett.

—No me importa si eres el mismísimo príncipe. Ningún cochero va a salir con este tiempo. La mitad están borrachos en el pub y la otra mitad están alojados para pasar la noche. Este tiempo asusta a los caballos.

—Por favor… —Emmett lo intenta una vez más, pero ella lo interrumpe.

—Pero tenéis suerte. —Los cimientos de la posada crujen al mecerse con la fuerza de la tormenta—. Me queda una habitación libre. Es toda vuestra si queréis, milord.

Suelto una carcajada, a pesar de que nada de esto tiene gracia.

Emmett se vuelve hacia la puerta.

—No, gracias. Volveremos caminando.

Abre la puerta y salimos a la tormenta. Inmediatamente, la fuerza del viento me echa hacia atrás. La lluvia me perfora la cara y el bajo ya empapado del vestido se vuelve tan pesado que me cuesta moverme.

Doy dos pasos antes de que se me enganche la punta de la bota en el camino y me tropiece en un charco. Caigo de rodillas con un sonido húmedo y Emmett corre a mi lado.

—Puedes irte caminando —grito con fuerza para que me oiga con un trueno mientras me pongo en pie, ignorando su mano—, pero yo voy a aceptar esa habitación. —Mejor con la reputación arruinada que muerta por congelación.

Entro en la posada, más mugrienta que antes, con un Emmett exasperado tras mis pasos. Poso las manos mojadas sobre el mostrador.

—Nos quedamos la habitación.

La posadera me mira con superioridad.

—Imagino que estáis casados —comenta, como si supiera que no es así.

Emmett hace un ruido ininteligible de protesta detrás de mí, pero yo me limito a sonreír con dulzura.

—Felizmente recién casados.

La pluma de la posadera está suspendida encima del libro de registro.

—¿Nombres?

Emmett me fulmina con la mirada y responde:

—Fern y Edward Bennett. De Nottingham.

—Ocho chelines.

Emmett saca algo de dinero. Ocho pequeños retratos de la reina Moryen en monedas nos miran con aire crítico desde el mostrador.

La mujer da media vuelta y saca la última llave que queda en un tablero de clavijas detrás del mostrador.

—Acompañadme.

En la posada hace calor con tantos cuerpos dentro. Pasamos por el ruidoso pub y seguimos a la propietaria por un tramo de escaleras destartaladas.

Mi vestido mojado debe pesar al menos cinco kilos e incluso con el calor de la posada, estoy temblando con su peso frío.

Nos conduce hasta la tercera planta y, aunque no lo veo, siento que Emmett me mira amenazadoramente detrás de mí.

La mujer abre con la llave la puerta y nos hace un gesto para que entremos.

La puerta se cierra detrás de ella con un golpe sordo y nos quedamos a solas.

# 24



Le doy un golpe en el hombro a Emmett, que tiene la chaqueta tan mojada que se hunde bajo la fuerza de mi palma.

—¿Fern?

—Ha sido lo más parecido a Ivy que se me ha ocurrido.

—Isolde, Isabelle, Imogen.

—Fern es más creíble.

Resoplo y me acerco a echar otro leño al fuego débil.

«¿Me expulsarán inmediatamente de la competición?», pienso. ¿Sufriré humillación pública, como mi hermana, destinada a pasar el resto de mi vida llorando en una almohada, a solas dentro de una habitación oscura? ¿Me ahorcarán en la Puerta de los Traidores como a los rebeldes que describió Eduart? O tal vez la reina me mantenga cerca, a ella le encanta jugar con su comida.

Emmett guarda silencio cuando toma asiento junto al fuego, con la ropa empapada. Baja la cabeza a las manos y se queda completamente quieto.

No puede ni mirarme.

El fuego sisea y restalla cuando lo muevo.

—Ya que estamos aquí, mejor no morir congelados —comento.

Me quito el vestido verde de terciopelo, los zapatos destrozados, el

miriñaque, las calcetas mojadas y me detengo. No voy a poder quitarme sola el corsé.

Miro a Emmett, delante del fuego. Como si pudiera notar el peso de mi mirada, levanta la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Qué? —pregunta.

—Yo… —No puedo pedirle que me ayude a desvestirme—. Nada.

Se levanta y se acerca a mí. Maldigo al notar que las mejillas se me ponen de un tono rojo escarlata. Tendría que haber dejado que la tormenta me ahogara.

—Sé valérmelas con un corsé, Ivy.

Tengo en la lengua un millón de réplicas mezquinas, pero me las callo. Con dedos cuidadosos, deshace el nudo en la parte baja de mi espalda. Sus manos ascienden por mi columna, tirando de los cordones con destreza.

—Estás temblando —señala tras unos segundos tensos.

Sus dedos se detienen, pero el peso cálido de estos flota por encima de mi espalda.

—Pues date prisa.

Emmett suspira hondo y vuelve a emplearse con el corsé.

—Ya está —dice con un último tirón y el corsé cae a mis pies. Lo esquivo, sin nada más que la camisa empapada y las bragas, que se ven transparentes por el agua—. ¿Mejor? —Su voz es silenciosa, tensa.

—Sí —respondo a regañadientes.

Emmett es lo bastante caballeroso para apartar la mirada. Recoge mi ropa mojada y la coloca con cuidado junto al fuego para que se seque.

Con él de espaldas, me quito las prendas interiores y me envuelvo con la colcha que hay a los pies de la cama. Me siento en el sillón de respaldo alto, delante de la chimenea, y el calor me produce escalofríos por todo el cuerpo. Todas las articulaciones comienzan a derretírseme.

—¿Estás intentando arruinar mi reputación? —pregunto con una sonrisilla.

Emmett está ahora desplomado en el sillón a mi lado, todavía calado hasta los huesos con la ropa mojada. Espero que la broma le arranque una sonrisa, pero tan solo profundiza la arruga entre sus cejas. Nunca lo he visto tan molesto.

El fuego restalla y muevo los dedos de los pies debajo de la colcha para acercarlos todavía más.

—No vas a hacer ningún bien a la causa si mueres de hipotermia —le digo.

No responde, tan solo mira las llamas con respiración entrecortada. La tormenta de fuera aúlla como una *banshee*.

—Emmett… —me dirijo a él con más ímpetu y parpadea—. No entiendo por qué estás enfadado conmigo ahora mismo.

Esto capta su atención por completo.

—¿Enfadado? No estoy enfadado contigo, estoy enfadado conmigo.

—No puedes controlar el tiempo.

—No es eso. Debería haberte dejado en paz. Involucrarte en todo esto ha sido el acto más egoísta que he cometido.

—Ha sido idea mía huir hoy.

—Pero no lo habrías hecho si no fuera por mí.

—¡Deja de comportarte como si fueras el único con ideas! Yo

también la odio. ¡Yo también quiero derrocarla!

—No pretendía sugerir que no tuvieras ideas propias.

—No eres dueño del mercado de personas con ambiciones radicales. Tan solo he recibido la más mínima atención por parte de Bram porque he contado con tu ayuda. Yo acepté esto, ¿recuerdas?

—Yo te manipulé. Manipulé a Faith. Manipulé a mi hermano. Soy horrible. Tu hermana tenía razón sobre mí. Soy una persona terrible.

—No me lo creo.

—Estoy… —Su voz se rompe como si estuviera tragándose las lágrimas—. Estoy esforzándome por hacer lo correcto, pero no lo consigo.

—Lo sé —respondo con amabilidad. La desolación en su rostro es obvia.

—Te protegeré lo mejor que pueda. —Sé que se refiere al dinero. Odio que sepa que lo necesito. Puedo imaginármelo, expulsada a una casa de campo lejana, mantenida no como a una señorita, sino como un secreto. La reina Mor seguirá gobernando y todo continuará como siempre. Tan solo Emmett y yo sabremos la verdad de lo que podría haber sido.

No puedo soportar hablar de ello.

—Por favor, quítate la ropa mojada. Me duele verte así. —Y es verdad. Me produce un dolor que no puedo seguir ignorando.

Emmett aparta la mirada de la mía y al fin se quita las botas mojadas. Me vuelvo y miro el fuego, pero oigo su ropa caer en el suelo.

Envuelto en otra manta, se une a mí junto al fuego. El color ya está volviendo a sus labios y me alivia verlo.

Coloca la ropa al lado de la mía para que se seque y ahora tan solo

podemos esperar. La tormenta no muestra signos de escampar y, a juzgar por la banda que está tocando abajo, tampoco la fiesta parece ir a parar.

—Lamento lo de tu padre. —Lo que nos ha contado Eduart lleva pesándome todo el día y siento la necesidad imperiosa de hablar de otra cosa que no seamos nosotros dos.

—Sería más sencillo estar enfadado con él, creo. Pero solo estoy triste. Es extraño querer a alguien a quien no conoces. Y es todavía más extraño cuando sabes que vive al final del pasillo. Tengo… recuerdos. Me acuerdo de leer libros en su regazo y de que me enseñara a lanzar piedras y que rebotaran en el estanque de detrás de nuestra casa.

—¿Ha intentado ponerse en contacto contigo de otra forma aparte de los mensajes ocultos en la biblioteca?

Emmett niega con la cabeza.

—Al parecer, los términos del trato lo prohíben. Nada de cartas. Ni siquiera puede pasarme mensajes por medio de otra persona, su voz queda inmediatamente silenciada. A mi institutriz casi le dio un ataque al corazón la primera vez que sucedió. Es uno de mis recuerdos más antiguos.

—¿Sigues teniendo buena relación con tu institutriz?

Emmett se mueve, incómodo.

—La tenía. Murió hace más de un año. Creo que le habrías gustado. Eres dura, como ella.

Sacudo la cabeza. Soy testaruda, que es diferente y ni de lejos tan admirable.

—No me considero dura.

Emmett se ríe.

—Bueno, ella habría visto lo que veo yo.

—Me hubiera gustado conocerla. —Tengo la sensación de que la lista de personas a las que quiere Emmett es corta. Las guarda escondidas, cerca de su corazón.

—Era la personificación de una contradicción. Más dura conmigo que con nadie, pero lo más parecido al amor de una madre que he tenido nunca. Fui un chico solitario, pasaba la mayor parte del tiempo en el suelo, inventando historias con mis soldaditos de plomo. A ella le encantaba el ballet, así que a mí también; asistíamos cada vez que podíamos. Era en la única ocasión en la que salía de los terrenos del palacio.

Esta habitación parece alejada de la realidad, una burbuja de tan solo dos personas.

—Allí fue donde conocí a Faith —continúa—. El pasado verano, tras la muerte de mi institutriz. Yo estaba sentado solo y Faith se apiadó de mí.

La calidez de mi pecho se transforma en algo frío y ruin.

—Suena muy propio de Faith, tan beata. Una santa —comento con sarcasmo.

—¿Estás celosa? —Emmett enarca una ceja y pienso en su confesión anterior, en la ternura de sus palabras. Yo no me siento tierna, me siento asustada por esta emoción que no soy capaz de controlar.

Planto una sonrisa en la cara.

—Qué gracioso. Deberías probar la comedia más a menudo.

Por fin, nuestra ropa se seca lo suficiente para que pueda ponerme la camisa y las bragas de nuevo. El algodón fino no ofrece mucho decoro, así que sigo con la manta sobre los hombros. Emmett se

pone los pantalones medio mojados y baja para ir en busca de algo para cenar. El sol hace tiempo que se ocultó, pero la tormenta sigue rugiendo.

Vuelve con una bandeja con fiambres, pan crujiente, melocotones y cerveza aguada.

—He dicho que no al guiso misterioso —comenta y deja la bandeja en la pequeña mesita que hay junto a la ventana.

—¿Y si el guiso misterioso es mi comida preferida?

—Entonces tendrás que refinar tus gustos antes de convertirte en princesa.

Comemos en un silencio famélico y Emmett deja la bandeja, ahora vacía, en el pasillo. La fiesta de abajo ha mermado un poco, aunque la tormenta no ha hecho lo mismo.

—Deberíamos intentar dormir algo —sugiere Emmett—. Quiero salir con la primera luz de la mañana. Podemos pensar en la excusa durante el trayecto de vuelta al campamento.

—De acuerdo. —Las náuseas por el pánico casi han desaparecido. Puede que me haya buscado la ruina, pero hoy ha sido un día muy largo. Estoy demasiado cansada para pensar en ello, me ahorraré la preocupación para mañana.

Nos levantamos incómodos, sin saber qué hacer. Dirigimos la mirada a la cama, imposible de ignorar en mitad de la habitación.

—Quédate tú con la cama —señala Emmett—. Yo dormiré en el suelo.

—Tú has pagado la habitación, no me parece justo —protesto.

—Soy un caballero.

—¿Eso es lo que les dices a todas las jóvenes que seduces?

—¿Te sientes seducida?

—¡No hablaba de mí!

Cruzo al lado más lejano de la cama con un resoplido y me meto debajo de las mantas. Han lavado las sábanas de lino casi hasta romperlas, pero huelen a limpio y el colchón es lo bastante suave para hundirme en él.

Le lanzo a Emmett la otra almohada y se tumba en el suelo, al otro lado de la cama. Apago la lámpara y la habitación queda sumida en la oscuridad, con la única luz de las ascuas brillantes de la chimenea.

No me siento cómoda. Soy muy consciente del cuerpo cálido de Emmett en el suelo, a tan solo unos metros de mí. Por el sonido de las mantas, sé que él tampoco está cómodo.

Me quedo muy quieta y atenta a Emmett y el golpeteo de la lluvia en las ventanas hasta que noto todo el cuerpo electrificado. Unos minutos después, ya no puedo soportarlo más.

—Oh, por el amor de dios, ven a la cama. Es lo bastante grande para los dos.

El colchón cruje cuando se sube y se acomoda a mi lado. Apoya la cabeza en la almohada y se vuelve para mirarme; estamos los dos de lado. Está tan cerca que siento el calor de su aliento, veo el borde de sus pestañas oscuras y cómo brillan sus ojos de color avellana bajo la suave luz del fuego.

—Seguro que desearías que te sedujera ahora mismo —susurra con el fantasma de una sonrisa en los labios.

—¿Qué harías si fuera una de esas chicas que te llevas al jardín en los bailes?

—Te llevé a ti al jardín en un baile.

—Ya sabes a qué me refiero.

Emmett me mira un momento y entonces, despacio, extiende un

brazo y posa una mano con suavidad en mi mejilla, con el pulgar en la mandíbula.

Me da un escalofrío.

—Tienes las manos frías —murmuro.

—Las jóvenes a las que seduzco no suelen ser tan críticas conmigo.

—¿No soy una de esas jóvenes?

Si lo fuera, esta sería la parte en la que me besaría, ¿no? Seguro que tomaría mi cara en sus manos, con amabilidad, y que ladearía la cabeza para saborearme mejor.

Si fuéramos algo más que amigos, probablemente nos besaríamos ahora.

—Eres de mi hermano.

—No soy de nadie.

Suspira hondo.

—Sabes lo que quiero decir.

—¿Qué harías, Emmett? —pregunto, a pesar de que sé que no debería. Tengo una necesidad perversa de presionarlo para que me rechace y poder extinguir así este fuego estúpido e insufrible en mi caja torácica que arde en su presencia.

—Estás siendo cruel, Ivy.

El golpeteo de la lluvia en la ventana imita el latido frenético de mi corazón. Solo el calor de su cuerpo junto al mío me enciende por dentro.

Me pongo bocarriba, aterrada. Si sigue mirándome así, soy capaz de acercarme y besarlo.

—¿Has besado a alguien alguna vez? —Su voz es tan suave que apenas la oigo con el ruido de la tormenta.

En mi mente destella la imagen de Faith y él, sus labios tocándose, su mano en la cadera de ella.

—Sí. A Bram —respondo con petulancia.

—Sabes lo que te estoy preguntando.

Vacilo.

—Nadie va a querer besarte si no eres capaz de mirarlo.

—A ti no te estoy mirando y quieres besarme. —Quiero que lo niegue. *Dime que estoy equivocada.*

—Yo quiero besar a todo el mundo —dice y eso me duele todavía más.

—Y todo el mundo quiere besarte, qué afortunado. —Intento que suene a broma, pero no lo consigo, la voz me sale frágil.

—Pero tú no —murmura en voz baja.

—No, yo no.

—¿Le devolviste el beso?

—Sí. —«¿Lo hice? Lo intenté».

—Esa noche estabas preciosa —añade casi con tono culpable—. No me sorprende que te besara. Estás haciendo un buen trabajo.

—No hay necesidad de halagos.

—No es un halago si es la verdad.

—No estoy tan segura. Me quedé paralizada. No intentó besarme después de aquella pelea en el club. A lo mejor no quería hacerlo.

—Me has preguntado qué haría yo si fueras una de esas chicas que me llevo al jardín en las fiestas. ¿Quieres la verdad? —pregunta —. No haría nada si ni siquiera sabes besar.

—Ahora eres tú quien está siendo cruel.

Se queda callado un momento y me parece oír los engranajes girando en su cabeza. Siento un calor incesante en el lugar de la

cara donde me miran sus ojos.

—Yo podría enseñarte —se ofrece.

La excusa es muy débil. Él lo sabe tanto como yo. Me echarán de la competición, o peor, al regresar al campamento mañana. Nunca volveré a besar a Bram.

Debería decir que no. Pero es Emmett.

Es Emmett y, por ello, no tengo ningún control.

Me vuelvo para mirarlo, nuestros rostros están tan solo a un suspiro de distancia. Y sus ojos, sus ojos. El peculiar tono avellana titila dorado a la luz de la luna.

Me clava la mirada como una mariposa encerrada en una caja expositora.

—De acuerdo —susurro. Me ruborizo, como si la idea de que esté a punto de tocarme fuera tan buena como el hecho en sí de tocarme.

Me incorporo hasta quedar sentada de piernas cruzadas sobre la cama. Emmett se levanta y apoya una mano cálida en mi rodilla. Se inclina, pero justo cuando espero que me roce los labios con los suyos, se aparta y hace que me acerque yo.

Por un instante, tan solo noto calor y presión.

Presiono los labios contra los suyos, más fuerte, pero no sé qué hacer a continuación. Emmett se queda quieto. Me aparto y exhalo un suspiro de frustración.

Emmett se ríe y le doy una palmada en el pecho.

—Estás demasiado rígida —me dice.

—Ya lo sé. Enséñame entonces a hacerlo mejor.

Baja la mirada.

Pega el pulgar a mi labio inferior y, automáticamente, mi

mandíbula se desencaja y separo los labios.

—Relájate —susurra en mi boca.

Esta vez es más suave. Pasa una mano por los mechones de cabello suelto de mi cuello y posa otra en mi cintura. Su calor y su peso están por todas partes, siento como si mi cuerpo estuviera cubierto de una cascada de chispas.

Muevo las manos para agarrar algo. Las paso por su pelo y tiro con demasiada fuerza.

—Suave —murmura.

Introduce la lengua entre mis labios y me quedo paralizada.

—Déjame entrar —susurra—. Acéptala.

Me abro a la presión aterciopelada de su lengua, su boca suave pero implacable.

Me tira con fuerza del pelo de la nuca para inclinarme hacia la cama. Se coloca sobre mí y me atrapa con su cuerpo grande.

Me muevo, desesperada por encontrar algo de alivio, pero él tira de mí hacia él hasta que puedo sentir cada parte dura de su cuerpo. Resuello en busca de aire y él me pasa la lengua por el pulso acelerado hasta llegar al lóbulo de la oreja. Cierra los dientes en torno a la piel sensible, sin la fuerza suficiente para hacerme daño, pero sí para hacer que me arquee contra él.

Sus besos son todo lo contrario a los de su hermano. Él no es educado, más bien parece hambriento.

Mueve las manos más hacia abajo, rozándome los pechos, y entonces me aferra la parte suave de la cintura con fuerza suficiente para dejar marca. Quiero tenerlo más cerca, ha despertado algo en mí. No sabía que un beso pudiera hacerme sentir así. No sabía que nada pudiera hacerme sentir así.

De pronto, se aparta y yo me llevo la mano a los labios hinchados.

—¿He hecho algo mal?

—No.

—Entonces ¿por qué…?

—Ivy —dice de esa manera peculiar y exhausta suya.

—¿Qué? —susurro.

Se levanta de repente y se aparta de la cama.

—Lo has hecho perfectamente bien. Creo que la clase de besos ha terminado.

Siento unos celos febriles por las chicas que han estado con él antes que yo de verdad, sin tener que fingir ni negar nada.

—¿Perfectamente bien? —Trato de usar un tono tranquilo. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no suplicar que me dé más—. ¿La mejor puntuación en la escuela de besos de Su Alteza Real el príncipe Emmett? ¿Voy a graduarme con las mejores calificaciones?

Se ríe sin gracia.

—No te emociones.

Solo soy otra más en una larga lista de chicas. Sería una ilusa si me creyera especial.

—No me atrevería.

Me rodeo el cuerpo con los brazos, con fuerza. Intento pensar en Bram y su sonrisa fácil. Es un chico adorable. Emmett no es nada adorable. Es temerario y voluble, y nunca será mío.

He sentido su cuerpo junto al mío. No soy tan ilusa como para pensar que soy la única que siento deseo. Emmett me daría más, lo sé. Tan solo tendría que insistir un poco y me inmovilizaría contra el colchón en unos segundos.

Pero sí soy la única que siente este estúpido dolor punzante en la caja torácica y que anhela algo parecido al amor. Emmett no puede darme eso y, de todos modos, yo no podría aceptarlo.

Desaparece en el aseo que hay junto a la habitación y se queda ahí dentro tanto tiempo que empiezo a temer que esté durmiendo en la bañera, pero por fin oigo el chirrido de la puerta y sus pasos suaves. La cama se hunde cuando se tumba a mi lado.

Su respiración agitada se calma un buen rato después y me parece que se ha quedado dormido. Eso me da valor para formular una pregunta que ha estado aplastándome con su peso.

—¿Has estado siempre buscando a la Reina de Mayo perfecta?

Me giro para mirarlo, pero él permanece bocarriba. Miro su perfil, recortado a la luz de la luna que entra por la ventana.

—Esperaba que estuvieras dormida —responde.

—Tienes una reputación. ¿Era una treta todo?

—Buena parte —admite—, pero no todo.

Lo odio, pero me duele oírlo decir eso.

—¿Quieres saber la verdad? —pregunta.

—Siempre.

—La hija menor de los Tremaine iba a reunirse con la ayudante de cocina. Yo solo estaba vigilando y cubrí después la historia cuando estuvieron a punto de descubrir a las dos jóvenes amantes.

—¿Y Christine Cambere?

—Se le enganchó el zapato en el enrejado al intentar trepar el muro del jardín para regresar a su habitación sin ser vista. Tan solo la ayudé a desengancharse. Las fiestas le aburren.

—¿Entonces ninguno de los rumores es cierto?

—Ninguno de los populares. No soy un santo, sencillamente no soy

lo bastante torpe como para que me descubran. La aventura la tuve en realidad con la hermana de Christine, Georgia, aunque fuimos buenos y lo mantuvimos en secreto. He tenido mis asuntos con doncellas, camareras, lecheras.

No sé si está bromeando.

—Y Faith —añado.

Emmett se queda callado.

—Y Faith.

—Dijiste que no la querías.

Retuerce las sábanas con las manos antes de responder.

—Faith y yo nos hicimos daño porque no éramos lo que el otro deseaba. Yo estaba obsesionado con ofrecerle el respeto que merecía y ella no me amaba como yo quería. Fuimos torpes y algunas cosas se rompieron, pero eso no significa que se arruinara una gran historia de amor. Faith y yo hemos hablado y ahora somos amigos. Puedo asegurarte que no me quiere, ni yo a ella.

Espero sentir celos, pero siento, en cambio, tristeza por él.

—Tenía solo ocho años cuando mi padre renunció a mí —explica—. Estaba tan necesitado de amor que lo buscaba en todas partes. Tenían que cambiar a diario a las criadas que me encendían el fuego porque empecé a encariñarme de ellas y a pedirles que se quedaran conmigo. Por la noche, cuando se suponía que estaba durmiendo, me escapaba a los establos y leía historias a los caballos como si fueran mis amigos, a pesar de que los mozos me decían que no lo eran. Pasé los primeros años tras la separación de mi padre escribiéndole cartas de noche, detallando cada cosa que hacía ese día. Pensaba que un día nos reuniríamos y querría saber todo lo que había hecho en su ausencia. Pero dejé de creerlo un tiempo

después.

Me dan ganas de tocarlo, de ofrecer cierto alivio, pero no puedo.

—Esta es mi confesión —continúa—: crecí sin familia, en amplias habitaciones de palacio sin nadie más aparte de una institutriz, un tutor y un batallón de soldaditos de plomo como compañía. He pasado toda mi vida de rodillas, buscando migajas de amor. No sé si llegará un día en el que no esté hambriento de amor.

Su naturaleza hosca, su temeridad con su corazón, ahora todo cobra sentido.

Le ofrezco una confesión a cambio:

—A veces temo que me hayan consentido demasiado. Creo que mis padres y hermana me querían tanto que no estoy preparada para un mundo que no me quiere de la misma manera.

—La única persona en la tierra que sé con seguridad que me quiere es Bram —responde él.

Como una niña poseída, extiendo el brazo en nuestra cama compartida y le tomo la mano fría. Él me da un apretón y yo se lo devuelvo. «Yo podría quererte. Deja que te quiera», pero no puedo y él lo sabe tan bien como yo.

Seré de Bram o no seré de nadie.

Y ahora lo único que puedo hacer es vivir con ello.

# 25



Si mi historia preferida de *Hadas de las islas británicas* era sobre las puertas de hadas, la de Lydia era sobre el rey de las hadas. Le pedíamos a la señora Osbourne que nos la contara una y otra vez hasta que quedó tan desgastada como su tabla de cortar. Según cuenta la historia, mucho antes de la reina Mor, cuando Inglaterra era un lugar salvaje, el portal entre los mundos estaba abierto. Los Otros pasaban libremente con intención de hacer tratos y usar a los frágiles humanos como juguetes. Las lecheras salían en la noche y regresaban al amanecer, macilentas. Los campos se convertían en cenizas en una sola tarde, de otros brotaba trigo de oro puro que se derretía con la lluvia. Se llevaban a los bebés de sus cunas y dejaban copias raras en su lugar.

Los humanos inteligentes se mantenían alejados de las lindes del bosque, no dejaban entrar a extraños cuando oscurecía ni respondían cuando alguien pronunciaba su nombre si no reconocían la voz. Había una niña que se creía muy inteligente.

Sus padres, aterrados por la belleza de su hija, la mantuvieron encerrada en una casa de campo muy parecida a la nuestra, apartada del mundo exterior y de los peligros que allí acechaban.

La niña estaba satisfecha con una vida tranquila, con su jardín, sus

hermanos y hermanas y sus libros. Pero la tarde que cumplió dieciocho años oyó una música tan hermosa que no pudo contener el llanto. Con lágrimas gruesas cayendo por sus mejillas, siguió la música más allá de los muros seguros de su casa, hacia el límite del bosque. Fue allí, bajo un sauce, donde encontró a un hombre tocando un laúd. Pero no era un hombre. Conforme se acercaba, notó algo extraño en él, sus dedos demasiado largos, sus orejas puntiagudas, su rostro tan hermoso que la hizo llorar todavía más, y supo que se había encontrado con uno de los Otros contra los que tanto le habían advertido.

Dio media vuelta para salir corriendo antes de que la viera, pero no fue lo bastante rápida. Impactado inmediatamente por su belleza, el hombre la agarró de la mano, cayó de rodillas y le pidió que fuera su esposa.

Ella se creyó muy inteligente y le prometió ser su esposa durante un año y un día, y que después sería libre para vivir como quisiera. El hombre aceptó sus términos y se la llevó por el portal hasta su tierra para celebrar la boda. No fue hasta que tuvo la corona en la cabeza el día de su boda cuando descubrió que su esposo era el rey del Otro Mundo y que la había engañado. El tiempo no pasa para los Otros como para los humanos y un año y un día en el Otro Mundo podía durar tanto como toda una vida humana en la tierra.

En algunas versiones de la historia, ella acabó enamorándose de su marido y reinaron juntos durante muchos años. En otras, huyó de su lado y él se pasó el resto de su vida eterna buscando venganza para ella y su descendencia. Siempre me ha gustado más la versión en la que se enamoran. Lydia y yo hacíamos tiaras con dientes de león y fingíamos que éramos la esposa humana del rey de las hadas.

En mi sueño, estoy casada con el rey de las hadas e intento escapar de la prisión de nuestro dormitorio. Él pasa una mano suavemente por mi cuerpo y tira de mí desde atrás.

—Ven a la cama, esposa. —Me mete la lengua en la oreja y me estremezco. Mueve la boca hacia abajo, deslizando la lengua por mi pulso hacia mi clavícula—. Ven a la cama —repite y esta vez lo sigo.

Tiene las manos calientes cuando las presiona en mi espalda. Me toma la cara con amabilidad y mete un mechón suelto detrás de mi oreja. Me retuerzo contra su cuerpo hasta sentir un gran deseo por él. No entiendo por qué me hace esperar. Rueda para colocarse encima de mí y me encierra con los brazos. Mete la rodilla entre mis piernas y yo las separo para él.

—Bésame —susurro en su boca—. Tómame. Siempre he sido tuya. —Veo al rey de las hadas y tiene la cara de Emmett.

—Ivy —dice el rey de las hadas.

»Ivy. —Lo dice más fuerte esta vez.

»¡Ivy!

Me despierto, confundida y sudada; el deseo me invade como una fiebre. La habitación en la que me encuentro es destartalada y desconocida. Parpadeo y ajusto la vista a la luz suave del amanecer.

«Ah, sí». La tormenta. La posada. «Emmett».

Levanto la cabeza y veo a Emmett mirándome con una sonrisa divertida en la cara. Tiene el pelo despeinado tras la noche, los ojos un poco hinchados.

—Eres difícil de despertar.

Tengo la cabeza pegada a su pecho cálido y el latido de su corazón me martillea en los oídos. Me rodea la espalda con un brazo y su mano cae justo en mi cintura.

Noto las puntas de las orejas congeladas, pero el resto de mi cuerpo está cálido por el calor corporal de Emmett.

—Lo siento. —Me revuelvo en la cama, avergonzada.

—El fuego se ha extinguido durante la noche. Tenías frío —contesta él.

—Sí. Frío.

Emmett se pasa una mano por la cara, como si pudiera borrar el rubor de sus mejillas.

—Voy a encenderlo de nuevo.

—Qué suerte tienes de haber tenido una profesora tan buena —digo cuando se agacha para abrir el yesquero.

En algún momento de la noche se ha quitado la camisa, así que ahora se envuelve en una manta para encender la chimenea. Entiendo a qué se refería cuando dijo que siempre estaría hambriento de amor. Siento una punzada desesperada de hambre cuando lo miro.

La tormenta se ha calmado al fin y el amanecer llega con un suave color azul que asoma por las ventanas.

Me doy cuenta, por primera vez, de que la clavícula izquierda de Emmett sobresale de forma poco natural por debajo de la piel. Normalmente oculta por pañuelos altos, ahora asoma por debajo de la manta.

—¿Qué te ha pasado ahí? —La señalo.

Él se toca el hueso con cuidado.

—Me la rompí saltando a caballo cuando tenía doce años. Me daba miedo que mi institutriz me riñera y no había nadie cuidando de mí, así que me callé y sanó mal. Duele como el demonio.

Con doce años yo seguía jugando a las muñecas con Greer.

Emmett estaba tan solo que no tenía a nadie en quien confiar lo suficiente para contarle que se había roto un hueso.

Me da la espalda mientras alimenta el fuego.

—Hablas en sueños.

Me remuevo de la colcha hasta quedar totalmente tapada.

—Por favor, déjame morir en paz aquí.

Emmett se ríe.

—¿No quieres saber lo que has dicho?

—No. Quiero ahogarme en uno de los charcos de fuera.

—No ha estado tan mal. Algo sobre un rey.

Asomo la cabeza por debajo de las mantas con la esperanza de que no vea cómo me ruborizo. Espero no haber dicho nada acerca de lo que estaba haciendo el rey.

—No es tan terrible.

Emmett se vuelve y me dirige una sonrisa traviesa.

—Y mi nombre.

—Uf —chillo y vuelvo a esconderme bajo las sábanas.

—No ha sido tan malo como cuando estabas enferma. Decías todo tipo de cosas.

*«Pelo castaño. Una mano fuerte en mi frente que calma la fiebre».*

Asomo de nuevo la cabeza por debajo de las mantas.

—¿Fuiste tú? Pensaba que lo había soñado.

Se queda inmóvil.

—Me sentía muy responsable. Fue mi culpa que tuvieras que saltar a aquel condenado río. Le pedí a Lottie que me ayudara a colarme en tu habitación para sentarme a tu lado por la noche.

Me imagino la escena y me duele el corazón. Emmett en la oscuridad, sentado en esa silla dura de madera mientras yo me

revolvía.

—No fue tu culpa.

No me mira.

—Claro que sí.

Veo sus hombros caídos, como si el peso del mundo entero recayera sobre ellos.

—Emmett, no eres responsable de mantenerme a salvo.

—Eso es una estupidez.

No entiendo por qué parece enfadado conmigo.



Abajo, en el pub, Emmett sacude al chófer, que está prácticamente sobrio, para despertarlo, y al amanecer subimos a un carruaje de dos ruedas tirado por un único caballo. Emmett tiene la esperanza de que un vehículo más ligero haga un trabajo mejor a la hora de recorrer el paisaje empapado de Hampshire. Paga el doble al cochero para que nos lleve lo más rápido posible, que no es muy rápido.

Las ciénagas se han inundado y los caminos de tierra dura de ayer se han convertido en ríos de barro.

Algo extraño sucede en el trayecto. Me doy cuenta de que Emmett vuelve a encerrarse en sí mismo. La suavidad tras sus ojos se endurece y la fría máscara de desinterés cae de nuevo sobre su rostro. De pronto siento como si la noche anterior no hubiera sucedido y yo fuera solo otra chica a la que está ignorando en un baile y con la que no quería siquiera estar.

—¿Emmett? —Le doy un codazo—. ¿Estás bien?

—Perfectamente. —Sigue sin mirarme.

—¿Qué vamos a contarles?

—Yo diré que fui a emborracharme a Alton y tú, con tu corazón bondadoso, viniste a ver si estaba bien. Nos quedamos atrapados en la posada por culpa de la tormenta, pero dormimos por separado. Ya he sobornado al cochero para que lo confirme.

—No es una buena historia. —Implica que me escapé, que pasé tiempo con Emmett sin carabina, fuera de la sociedad decorosa. Me expulsarán de la competición, pero tal vez conserve la vida.

—Es la mejor que se me ocurre.

El pobre caballo traquetea durante más de una hora hasta que por fin llegamos a las afueras del campamento de caza. La tormenta ha derribado el alegre banderín, que cuelga tristemente enredado en las ramas de los árboles.

Emmett y yo bajamos del carruaje y paga al cochero al menos el triple de lo que debe.

Y aquí está, el momento que tanto he temido. Es hora de que mi reputación arda en llamas. ¿Arrebatará la reina las tierras y títulos a mi familia, tal y como prometió? ¿Me matará? Seguramente, Emmett y Bram no dejarían que sucediera, pero a lo mejor ni siquiera ellos tienen poder contra ella.

Tengo las rodillas temblorosas y las manos sudadas. Lo único que quería era arreglar las cosas y, en cambio, las he destrozado del todo. Anoche fue como un sueño y la luz fría de la realidad está ahora aquí y me pican los ojos.

Emmett va delante, como si yo no estuviera aquí. Lo sigo como una sombra.

Espero encontrar un torbellino de actividad, de gritos escandalizados y miradas duras. En lugar de ello, no encontramos…

nada.

Las tiendas siguen ancladas a las plataformas, aunque deslucidas después de la tormenta. El suelo parece un lodazal, las mesas y sillas de la primera noche están tumbadas y cubiertas de mugre.

—¿Se han marchado? —pregunto.

Emmett parece tan confundido como yo.

En ese momento, sale un criado de una de las tiendas del personal lleno de barro hasta las rodillas. Le hace una reverencia a Emmett, sorprendido por nuestra presencia.

—Su Alteza, ¿ha regresado la partida?

—Yo… —Emmett busca una respuesta.

De pronto, detrás de nosotros se oye el tintineo de las riendas y el ladrido de los perros. Nos damos la vuelta y vemos un desfile de carros y carruajes tirados por caballos llegando a la entrada del campamento. Los lidera Bram a caballo, con el aspecto tan perfecto de siempre. No se puede decir lo mismo del resto de la partida, que parece haber estado caminando por el barro durante horas.

Bram se baja del caballo, se inclina brevemente ante mí y le da un cálido abrazo a Emmett.

—Uno de mis cumpleaños más memorables. ¿Cómo os ha ido a vosotros aquí, en el campamento?

—Oh… —Emmett se tambalea mientras procesamos lo que acaba de pasar. La partida de caza de Bram ha debido verse retrasada por la tormenta también. Hemos llegado antes por unos minutos. Emmett parpadea y cuadra los hombros—. Un poco mojados, pero sin mayor problema.

Con nuestra ropa mugrienta de la noche anterior, no tenemos mejor aspecto que la partida de caza. Inventamos excusas poco

elaboradas por no haber querido sacar al personal de sus tiendas durante la tormenta para que nos ayude a prepararnos para dormir.

Emmy, Marion, Greer, Olive y Faith bajan de su carruaje como si vinieran de la guerra. Incluso la vizcondesa Bolingbroke está desaliñada, algo que parece fuera de los límites de la realidad, como ver a un perro caminar sobre las patas traseras.

—Santo cielo, ¿qué ha pasado? —exclamo.

—Ha sido horrible —dice Emmy—. Un diluvio nos dejó atrapados en el bosque.

—¿Habéis pasado allí toda la noche?

—Las cocineras instalaron tiendas para la comida, por lo que no estuvimos expuestas por completo a la tormenta, pero una de las tiendas se rasgó en mitad de la noche y a Greer le cayó el agua —explica Marion. Miro a Greer, cuyo pelo cuelga en mechones mojados por su espalda.

—Bram hizo que el fuego ardiera con su magia, pero pensaba que iba a ahogarme —añade Faith.

Bram esboza una sonrisa de disculpa.

—Lamento no haberme esforzado más en el estudio de la magia.

Sigo a las demás a nuestra tienda. Se ponen todas ropa seca y se echan mantones sobre los hombros. Hacemos turnos para trenzarnos el pelo mientras me hacen preguntas sobre mi noche.

—Nuestra tienda ha aguantado bien —miento—. Hacía un poco de frío, pero parece que nos ha ido mucho mejor que a vosotras.

—¿Solo estabas con el servicio? —pregunta Greer.

—El horrible de Emmett también estaba aquí —le recuerda Olive.

—No es horrible —repone Faith.

—Oh, dios, ¿ha intentado seducirte? —dice Greer—. Seguro que ha

dicho algo sobre que necesita calor corporal para sobrevivir. Qué canalla. —Se ríe y tengo que hacer un esfuerzo por reírme con ella. Faith sigue con las manos en mi pelo y me tira con más fuerza mientras termina la trenza.

—Que Bram no te oiga decir eso —advierte Faith.

Recogen rápido el campamento, todo el mundo está ansioso por salir del bosque y regresar a la comodidad y el calor del palacio.

Tardamos más de diez horas en volver al Palacio de Kensington, un día horrible y lleno de traqueteo por los caminos embarrados. Es todo un alivio llegar a la casa Caledonia y a sus bañeras de cobre con agua caliente y aceites perfumados. Me froto la piel hasta que queda roja y me pica, como si pudiera así quitarme el peso de Emmett, pero tan solo me quedo en carne viva.

Los siguientes días los pasamos de los nervios, esperando a la siguiente lección de la reina. Pero tan solo nos reciben más lecciones de etiqueta de la vizcondesa Bolingbroke durante el día y muchas partidas de *whist* por la noche. Ni siquiera vemos a Bram, que parece ocupado con su agenda social.

No puedo dejar de pensar en lo que dijo Eduart sobre el padre de Emmett. Escribo una nota rápida a Emmett, tan solo diciéndole «tenemos que hablar», y se la entrego a Lottie oculta entre el resto del correo del día.

El viernes es la fiesta anual en el jardín de los Hinchingbrook y tenemos todas ganas de salir de palacio.

Los sastres nos han hecho vestidos personalizados, todos ellos adornados con nuestras flores de nacimiento. Como una niña de

octubre, el mío tiene el escote, el bajo y las mangas bordadas con caléndulas brillantes con destellos amarillos y naranjas, hechas con tal habilidad y esmero que me quedo con la boca abierta al verlas. El resto del vestido está confeccionado con una seda muaré verde clara. Lottie saca una diadema a juego con dos bonitos lazos amarillos, uno sobre cada oreja.

El vestido azul claro de Olive está plagado de consueldas; el de Marion tiene margaritas; el de Faith, narcisos blancos que hacen que parezca una novia.

La fiesta se celebra en el magnífico jardín de los Hinchingbrook. Han colgado candelabros de cristal de los árboles, han dispuesto mesas delicadas con pastelitos y han atado lazos de color arcoíris en los aleros, balcones y setos.

Nos quedamos allí horas mientras la orquesta toca melodías alegres que flotan en el jardín.

Tengo la boca llena de tarta y estoy paseando por una zona llena de rosas cuando noto un tirón de la manga. Doy media vuelta y veo a Emmett bajo el brillante sol con un abrigo azul cobalto con ribetes dorados. Parece todo un príncipe hoy con el pelo por fin arreglado, sin que le caiga en la frente. Es la primera vez que lo veo desde la desastrosa partida de caza y siento un gran alivio al verle la cara. Pero entonces llega un dolor familiar, justo en el centro del pecho. Sería mejor si pudiera olvidar la línea afilada de su mandíbula, la pequeña arruga en las comisuras de sus ojos, sus pestañas oscuras, sus labios gruesos. Tiene el rostro serio, como si no sintiera nada al verme.

—El salón de abajo, en cinco minutos —susurra y se marcha por el jardín, como si no hubiera hablado.

Me abro camino por la fiesta y, cinco minutos más tarde, encuentro la puerta del salón de los Hinchingbrook al fondo de un pasillo tranquilo.

Dentro, las cortinas están corridas y los muebles, cubiertos por unas sábanas blancas. Doy vueltas durante un minuto o dos hasta que el pomo de la puerta se gira y entra Emmett.

—Buenas tardes, lady Ivy —saluda.

—¿Hemos vuelto a las formalidades después de…? —«Haber compartido cama, tocarnos en la oscuridad». No soy capaz de decirlo en voz alta. Emmett parece estar pensando lo mismo y una mirada cargada de electricidad pasa entre los dos.

Guardamos silencio al oír pasos en el pasillo. Entonces se abre la puerta con fuerza y entra Bram. Me lanzo tras el sofá para ocultarme de su vista. Él cierra la puerta al entrar y echa el pestillo. Emmett se queda muy quieto, sorprendido y callado.

Bram tensa la mandíbula.

—No soy idiota. Es hora de que hablemos por fin de lo que está sucediendo.

# 26



Hermano. —Emmett tiende las manos hacia Bram y la familiar máscara de desapego frío cae sobre su rostro.

—Te ruego que pares de tratarme como a un niño —espeta Bram. Nunca lo he visto así. Tiene el pelo despeinado, el abrigo burdeos de terciopelo caído por un hombro y la cara, normalmente amable, está descompuesta, como si estuviera al borde de las lágrimas.

—No sé a qué te refieres —se excusa Emmett.

—Lady Ivy Benton. Acabo de veros juntos en el jardín. Estábais muy cerca.

—Estaba espantando una abeja, ya sabes cómo son las damas —responde Emmett.

Bram alza las manos en el aire.

—¿Esperas que me crea esa pobre excusa? Por favor, no insultes mi inteligencia. También os vi en el cobertizo de barcos.

El color abandona el rostro de Emmett.

—No soy un ingenuo —prosigue Bram—. Sabía que no todas las jóvenes que compitieran por ser mi esposa se enamorarían de mí, pero no esperaba que mi propio hermano me traicionara. —Se le rompe la voz. Sería más fácil si estuviera enfadado con nosotros,

pero solo parece triste.

—No es lo que piensas —insiste Emmett.

—¿La amas? —pregunta Bram.

—No, claro que no —responde Emmett, compasivo. Me duele más de lo que debería.

—Al menos si la quisieras, podría comprenderlo. Pero si tan solo estáis escabulléndoos a escondidas para… —Siempre todo un caballero, se detiene antes de decirlo en voz alta. Me arde la cara al entender a qué se refiere.

—No estamos escabulléndonos. Apenas la conozco. Intenté seducir a su hermana loca en una ocasión y me fue tan mal que sería un idiota si probara con otra chica Benton. Créeme.

Emmett posa una mano en el hombro de su hermano, pero Bram se la quita de encima y se pone a dar vueltas por la habitación como un animal enjaulado.

—Bram, por favor, escúchame —le ruega Emmett.

—¿Que escuche qué? ¿Más mentiras?

—No grites, por favor. Montar un espectáculo en una fiesta es mi especialidad, no la tuya.

—Sé que no estuvisteis en el campamento aquella noche —dice Bram y Emmett se queda callado. El miedo me invade el estómago y el pastel de té dulce se torna amargo en mi garganta.

—Por supuesto que sí… —intenta Emmett, pero Bram levanta una mano para silenciarlo.

—Deja de mentirme —grita. Entonces se desploma en el sofá detrás del cual estoy escondida yo. Tan solo veo la parte de atrás de sus zapatos—. No me mientas, por favor —repite y su voz es un suspiro. Me acuerdo de lo que dijo Emmett sobre las hadas, que

Bram es incapaz de mentir. Se abre una grieta en medio de mi corazón cuando se me rompe por él.

Los ojos de Emmett se llenan de lágrimas al ver a Bram tan disgustado. Me siento impotente, sobrepasada, el corazón me palpita en la garganta como si estuviera a punto de vomitar en la alfombra cara del duque de Hinchingbrook.

Emmett suspira hondo.

—Lady Ivy me pidió ayuda para conocerte. No tiene experiencia. Me apiadé de ella. Tenía la esperanza de que, si la ayudaba, la elegirías a ella y no a Faith Fairchild.

—Podrías haberme dicho que no querías que eligiera a Faith.

—Debería, ahora lo sé. He sido un estúpido. No quería que jugaras con mis juguetes.

—¿Dónde estuvisteis aquella noche? —pregunta Bram. No suena enfadado, tan solo triste.

—Busqué un caballo y un carruaje y fui a la posada de Alton a ahogarme en cerveza. Soy un disparador horrible y no quería quedar en ridículo en tu cumpleaños. Lamento mi orgullo.

—No eres tan mal tirador.

—Eres demasiado amable, como siempre.

—¿Y lady Ivy Benton?

—No tengo ni la más remota idea. Probablemente enferma en su tienda, como dijo. Si alguno de los criados te dijo que estaba conmigo, tan solo estaba generando un rumor sin sentido. Sería un escándalo, ¿no?

Bram suspira hondo.

—¿Lo juras?

—Lo juro —responde enseguida Emmett—. No es mi tipo, tan

mimada por esa familia vergonzosa que tiene. —La rabia me sube como la bilis por la garganta. No me puedo creer que esté usando lo que le conté en confianza como arma.

—Es una joven adorable —me defiende Bram.

—Oh, sin duda alguna, y será una esposa perfecta para ti, pero yo nunca podría estar satisfecho con una chica así… —Se queda callado.

—¿Así cómo?

—Tan poco elegante.

Pienso en la preciosa Faith Fairchild y su forma de caminar, como si estuviera flotando. La rabia me ahoga. Sé que Emmett no puede decirle a Bram otra cosa que no sea «por supuesto que no me gusta», pero su rechazo me parece personal.

—Resulta que a mí me gusta tal y como es —responde Bram.

—Mejor. Ven, hermano, vamos a robar una botella de champán y a marcharnos de esta fiesta horrible. No me estoy divirtiendo nada. Solo hay una joven hermosa aquí y yo ya he estado con ella. Estoy aburrido. —De nuevo Faith. Siempre Faith.

Bram se levanta y Emmett se acerca al sofá. Oigo el susurro de la tela cuando echa un brazo por encima del hombro de su hermano. La puerta se cierra cuando salen y me quedo sola en la habitación con el corazón acelerado, como si acabara de correr un kilómetro.

Me aparto las lágrimas con los talones de las manos con presión suficiente para dejar marca.

Emmett tiene razón. No somos compatibles.

En cuanto la puerta se cierra, salgo de mi escondite y pego la oreja a la puerta hasta asegurarme de que el pasillo está despejado. Después lo cruzo y vuelvo a la fiesta.

Esa noche, cuando todas duermen, salgo de la casa y recorro los túneles del palacio hasta la habitación de Emmett por la que espero que sea la última vez.

Cerdo me saluda en la puerta oculta, moviendo tanto la cola que todo su cuerpo se sacude. Emmett está a su mesa leyendo a la luz de la vela. Se sobresalta cuando entro.

—¿Ivy? —No tiene tiempo de ponerse la máscara fría. Me está mirando como si buscara algo. Sus palabras de antes se repiten en mi cabeza. «Mimada. Poco elegante. Una chica así».

—Solo una pregunta y me iré. Nunca más volveré a preguntártelo.

Asiente y algo oscuro titila en sus ojos.

—¿Pensabas de verdad lo que le dijiste a Bram? Que no soy la clase de chica que podría gustarte.

—No me pidas que responda a eso —me dice con voz tensa.

—Por favor, necesito oírte decirlo. —«Termina conmigo y entonces podré dejar de recordar la sensación de tus manos en la oscuridad», quiero rogarle.

Emmett mira por la ventana, a la oscuridad. No hay estrellas esta noche.

—Estás haciendo el ridículo, Ivy. Bram será un esposo maravilloso. Pero ¿tú y yo? —Suspira y su voz suena lejana—. Nunca podría haber un tú y yo. Siento si te he alentado a pensar otra cosa.

Tengo la impresión de que este es un discurso de rechazo muy usado ya, que se lo ha pronunciado a docenas de jóvenes enamoradas igual de ilusas que yo.

# *GREER TRUMMER*



Cuando mi madre me dijo que ya no podría volver a hablar con Ivy, me pasé una semana llorando. Después vendió mi segundo caballo preferido y me dijo que vendería el otro si dejaba que mis lloriqueos interfirieran en mi preparación para la temporada, así que las lágrimas se secaron rápido. No podía ganar contra mi madre. Después de dieciocho años, lo sabía bien. Casi había dejado de pegarme cuando cumplí los dieciséis, pero a veces deseaba que volviera a hacerlo. Sus juegos psicológicos son peores porque son mucho más difíciles de predecir.

A mi madre nunca le gustaron las hermanas Benton. Eran muy auténticas y creo que le asustaban porque ella no quería que yo fuese otra cosa más que su soldado perfecto. No sabía cómo era una familia hasta que me senté a la mesa de los Benton y los vi conversar y debatir sobre asuntos de arte y filosofía. Nadie decía a nadie que bajara la voz, eso fue lo que más me sorprendió.

Ivy hacía en ocasiones comentarios hirientes sobre que vivía permanentemente a mi sombra, pero yo también sentía celos de ella. Nuestros celos se retroalimentaban hasta quedar enredados en el propio tejido de nuestra relación.

No me sorprendió del todo que Lydia arruinara a su familia. Había vivido con la temeridad de alguien a quien le habían dicho toda su

vida que era perfecta. No temía dar un mal paso porque cada paso que daba era recibido con aplausos. Se le daba bien esta vida. Le gustaba exhibirse, vivir como si estuviera sobre un escenario y esto fuera un juego. Cuando yo era pequeña, creía que la odiaba; ahora tengo suficiente consciencia para saber que lo que sentía tenía otro nombre: envidia. Ya no importa mucho, no sirve de nada obsesionarse con ello.

Sin embargo, algo cambió el año de la presentación en sociedad de Lydia. Ivy apareció en mi casa con una mirada de preocupación e historias de lo que había sucedido la noche anterior. Lydia no iba a tener ninguna visita, mucho menos ofertas.

Entre eso y la ausencia de un pacto público de Lydia, fue una vergüenza, una mancha para su familia, y compadecí a Ivy porque ella aún no parecía comprenderlo. Estaba demasiado preocupada por su hermana como para preocuparse por sí misma.

Todos pensaban siempre que Lydia se casaría con Percival Chapwick. El día que rechazó su propuesta, Ivy vino y se pasó la tarde llorando en mi cama.

—Me lo prometió —gimoteó. Nunca se me ha dado bien la gente llorando.

Yo no era como las hermanas Benton. Siempre he sabido cuál sería mi pacto. Mi madre y yo lo decidimos juntas cuando tenía diez años y quedó claro que no iba a crecerme la nariz. Pasaba horas mirándome en el espejo, con mi madre encima del hombro. Ella me pasaba el dedo meñique por el puente de la nariz y me decía «aquí». A mí me parecía algo parecido al amor, era la única forma que conocía de cuidar de mí.

Las chicas Benton no poseían nuestro sentido práctico.

Por eso Ivy era tan buena mejor amiga. Siempre tenía historias sobre los reyes de las hadas o quería construir casitas con hojas para los patos. Me encantaba vivir con ella en su mundo. Disfrutaba de las tardes en la casa Benton, donde nadie gritaba. Sus padres parecían gustarse de verdad, ni siquiera sabía que eso era posible hasta que los conocí.

Las amistades son complicadas en este negocio.

Me dolió dejarla atrás, pero sabía por qué tenía que hacerlo. Corté los hilos que me unían a ella como si estuviera terminando un bordado. Quería a Ivy, pero no lo suficiente para dejar que me arruinara la vida.

Aprendí sobre el regazo de mi madre cómo ocultar los sentimientos en lo más profundo hasta no poder alcanzarlos más. Ivy encajaba bien en ese lugar oscuro.

Su ausencia en mi vida dejó un agujero en más de un sentido. No solo había perdido a una confidente y amiga, sino también una forma de ocupar mi tiempo. De pronto tenía libres las horas que solía pasar con ella. Empecé a ir a los establos por las mañanas, temprano, antes de las pruebas, lecciones de etiqueta o paseos por el parque. Más que nada, evitaba a mi madre, pero era agradable acariciar el cuello de mi caballo y trenzar su crin.

Fue allí donde empecé a hablar de nuevo con Joseph.

Fuimos amigos de jóvenes y solía dejar que Ivy y yo lo atormentáramos. Lo perseguíamos y le atábamos lazos en el pelo hasta que escapaba de nosotras. Se había convertido casi en un hombre. Ni siquiera sabía que seguía trabajando para nuestra familia, a lo mejor se había marchado a la escuela o a algún lugar.

No obstante, ahí estaba, a la luz matutina de los establos, con un

delantal puesto y una lima de herrero en la mano.

—Señorita. —Su voz era tan profunda que me sobresalté—. No me había dado cuenta de que estaba aquí.

Me asusté e hice que se asustara el caballo, que relinchó y se encabritó. Me tambaleé hacia atrás y tropecé con el bajo del vestido. Me habría caído al suelo de piedra si Joseph no me hubiera sujetado.

Recuerdo mirarlo y comprender que nunca antes lo había visto de verdad.

—La tengo —fue todo cuanto dijo y me enamoré justo en ese momento.

Acudí a los establos cada mañana después de eso. Tomábamos té juntos en los fardos de heno y me enseñó a limpiar los aperos. Fue la primera persona que me escuchó de verdad desde que dejé de ver a Ivy.

Yo me frotaba las manos hasta dejarlas en carne viva para que mi madre no viera las manchas negras debajo de mis uñas. Nos habíamos reído todas del pacto que había hecho Olive, el cual la había dejado sin uñas, pero, sinceramente, tal vez había sido la más lista de todas nosotras.

Joseph era demasiado educado para besarme, a pesar de que lo sugerí durante semanas. Al final, fui yo quien tuvo que inclinarse. Era una mañana gris y lluviosa, me puse de rodillas y pegué los labios a los suyos en la puerta del granero. Se quedó tan sorprendido que no se movió y pensé que lo había confundido todo. Me apartó y me miró con sus ojos grandes y azules, después me levantó y me confesó que me había querido toda su vida. Fue todo cuanto había deseado nunca.

Nos vimos en secreto durante meses. Joseph me suplicó que

huyera con él, me dijo que usaría su trato para conseguir un carruaje rápido que nos llevara a la frontera con Escocia, o para hacer que nuestras familias se olvidaran de que existíamos para poder así vivir en paz, pero yo no era tan valiente como él. Me miré la nariz en el espejo y me ceñí al plan de mi madre.

Mi madre nos descubrió la mañana del Desfile del Pacto. Fue un acto insensato, era consciente, pero necesitaba despedirme. Él me había hecho prometerle que le enseñaría mi antigua cara una última vez. No se lo dije entonces, pero lo tenía todo planeado. Me casaría con un viudo viejo y aburrido y contrataría a Joseph para que trabajara en nuestros establos. Podríamos vivir juntos toda una vida, aunque fuera en las sombras.

Mi madre entró en los establos y nos vio justo cuando el sol salía. La furia en su rostro le retorció los rasgos tanto que, por un momento, no la reconocí. Me arrastró por el pelo hasta mi habitación y Joseph fue lo bastante listo para no interferir. Me golpeó en el vientre para que los moratones no se vieran con mi vestido para el Desfile del Pacto, usó los talones de las manos para que los golpes aterrizaran con fuerza y precisión. Mi padre observó con los brazos cruzados en su pecho ancho y me dijo que era mi culpa, que debería de haber sido más lista.

Creo que tal vez mi madre me arrastró al estrado para competir por la mano de Bram porque quería una excusa para usar el cuchillo conmigo, para verme sangrar, pero no se salió con la suya. No sentí absolutamente nada cuando me cortó.

Cuando entré en el salón del trono de la reina para hacer mi pacto, estaba tan aturdida que no era capaz de pensar, así que pedí lo que mi madre y yo habíamos planeado siempre. Ahora lo lamento.

Me sorprendí cuando la reina Mor me miró con la cabeza ladeada y me preguntó:

—¿Qué es lo que más temes, lady Trummer?

Nadie me había preguntado nunca eso, ni siquiera Joseph.

Me limité a decir: «Tener que contar la verdad». Fue la respuesta más verdadera que se me ocurrió y, un día, tal vez, podría reírme por la ironía de todo aquello. Había construido una vida basada en mentiras, era lo bastante honesta conmigo misma para admitirlo. Le dije a mi madre que la quería. Le dije a Joseph que sería siempre suya. Me comporté como si no añorara a Ivy.

Planeé una vida en la que seguir mintiendo: a mi futuro esposo, a mi madre, a mí misma.

La reina se rio cuando se lo dije.

—Siempre he admirado a los mentirosos expertos —respondió.

Salí de aquel salón con una cara nueva y giré a la derecha, hacia la puerta, con la risa de la reina todavía resonando detrás de mí.

Joseph resolló cuando me vio por primera vez.

La noche del Desfile del Pacto, me escapé a su habitación del tamaño de un armario, en la zona de dormitorios del servicio. Me sorprendió encontrarlo allí. Estaba segura de que mi madre lo habría despedido, pero ella sabía que mantenerlo cerca de mí me haría más daño. El brillo de su lámpara me alumbró la cara nueva.

—¿No estoy ahora más guapa?

Dudó y me enfadé tanto que me dieron náuseas.

—Dime que estoy más guapa ahora, Joseph.

—Me parecías perfecta antes. —Siguió limpiando la montura con la que estaba concentrado, como si no pudiera soportar mirarme.

Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla.

—Estás equivocado. Eres un mozo de cuadra, ¿qué vas a saber tú sobre los gustos refinados?

Insistí e insistí hasta que lo dijo, a pesar de que vi en su cara que no se lo creía.

—Estás más guapa ahora. —Pero no era tan buen mentiroso como yo. En realidad, se le daba muy mal.

—Lo sé.

—Vas a ser princesa —señaló después, mientras me acariciaba el hombro desnudo cuando estábamos juntos en su cama.

Noté que se lo creía y sacudí la cabeza.

—Probablemente no. Seguro que elige a Marion. —Me dolía la mano por el corte que me había hecho mi madre.

—¿Cómo no va a quererte alguien? —Pero no me miró a la cara al decirlo, como si no pudiera hacerlo ya.

Ha sido bastante fácil escaparme para ir a verlo. La vizcondesa Bolingbroke duerme como un tronco y la residencia de mis padres está cerca del palacio. A veces veo la sombra de Ivy cruzando el jardín al mismo tiempo. Espero que sea para ir a ver a Bram, me alegraría por ella.

Recorro las calles a hurtadillas al amanecer y me reúno con Joseph en el granero justo cuando los primeros rayos de luz se cuelan entre el polvo de la sala de aperos. Él cierra los ojos y me besa, y es como si nada hubiera cambiado.

Cuando Bram elija a otra chica y yo me convierta en una solterona, volveré a casa y seguiremos igual que antes. Nadie tiene por qué saber nunca la verdad.

# 27



Por qué estás tan arisca, Ivy? —pregunta Greer en el desayuno al día siguiente.

—No estoy arisca.

Greer se encoge de hombros.

—Tienes cara de amargada desde ayer. ¿Ha pasado algo? ¿Se encuentra mal Lydia otra vez?

—No, no es eso.

Le doy un mordisco al panecillo con pasas y parpadeo varias veces. «Céntrate, Ivy, no es momento para la autocompasión».

—Pero gracias por preguntar, eres muy amable.

—Te quiero, Ivy. Siento si alguna vez te he hecho dudarlo.

¿Hacerme dudarlo? Es lo único que ha hecho. Desde el primer momento en el que me dejó sola en el jardín, lo he dudado. He pasado la mitad de mi vida buscando su aprobación. Es la principal razón por la que hacíamos buena pareja como mejores amigas.

Pero entonces me sirve una taza de té, dos azucarillos, unas gotas de leche, como siempre lo he tomado, y algo en mí se ablanda.

—Yo también te quiero, Greer.

Un criado entra en la casa erguido con su librea azul medianoche. Lleva un pergamino en una bandeja de plata. Emmy es la valiente

que lo alcanza. Lo desenrolla y lo lee.

—Lady Ivy Benton, lady Greer Trummer, lady Emmy Ito, señorita Faith Fairchild, lady Marion Thorne y lady Olive Lisonbee, estáis cordialmente invitadas a una audiencia con Su Majestad, la reina Moryen. Inmediatamente.

Nuestras doncellas entran en la casa con una coreografía practicada. En unos minutos, ajustan sombreros, abotonan vestidos y salimos al jardín húmedo de camino al Palacio de Kensington.

Seguimos a uno de los perturbadores criados de la reina por las escaleras, tal y como hicimos en el Desfile del Pacto. No me puedo creer que no me haya dado cuenta antes de lo extrañas y moteadas que son las venas de sus manos, de lo macilenta que tiene la piel alrededor de sus ojos. Un cuerpo humano no está hecho para durar para siempre. ¿Cuántos años tendrá este? ¿Cómo sería antes? ¿Se acordará siquiera?

Una lluvia constante cae en el tejado de cristal y el árbol que hay en medio del claustro se mece ligeramente.

—¿Alguna idea? —me susurra Emmy.

—No —respondo con sinceridad.

Giramos a la izquierda cuando subimos las escaleras, hacia un amplio salón de baile. Me resbalo en la alfombra cuando me detengo de golpe. Las seis nos quedamos con la boca abierta.

El salón de baile está transformado con rosales, hiedra oscura que trepa hasta el techo y setos en cada rincón. Hay una orquesta tocando una canción extraña y excéntrica y mesas cubiertas de porcelana iridiscente y desigual.

Hay ya una reunión y veo a mi madre y hermana rodeadas por un grupo de antiguas amigas de mi madre, incluida la madre de Greer.

La reina se acerca a nosotras. Lleva puesto un vestido de seda plateada tan brillante que parece que le han vertido metal derretido por todo el cuerpo. Las mangas están cubiertas de cuentas de cristal que arrastra por el suelo tras de sí. Tiene los ojos delineados de negro y un ungüento rojo sangre en los labios. Lo más notable, sin embargo, es la mitad de un cráneo de ciervo que lleva como corona.

Es como si quisiera recordarnos que no es una de nosotras.

—¿Qué es esto? —pregunta Marion.

—Una fiesta para tomar el té —responde la reina con una sonrisa enfermiza.

El corazón se me sube a la garganta cuando me dirijo a mi madre y a Lydia, aterrada por que estén en esta situación. No he visto a mi hermana desde la noche desastrosa del baile de máscaras, ni tampoco he sabido más desde la carta de mi madre.

—Te echo de menos. Te echo de menos —digo con fiereza cuando llego hasta ella.

—Lo sé. —Todo pasa entre nosotras de un modo silencioso que solo las hermanas comprenden. La culpa, el resentimiento y el amor entremezclados, formando algo demasiado complejo como para expresarlo con palabras, así que, por un instante, lo único que podemos hacer es quedarnos aquí y sentirlo, aceptar su fuerza mientras nos invade.

Rodeo los hombros de mi madre y ella se vuelve con un gemido.

—¡Querida! La casa ha estado muy aburrida sin ti.

Lydia asiente.

—Es verdad. Yo ya no le gusto mucho.

Las dos tienen una extraña mirada vidriosa en los ojos. Tienen las pupilas demasiado dilatadas y la piel cerosa.

—¿Estáis bien? —pregunto.

Mi madre da un sorbo a la taza de porcelana.

—Estupendamente. Según he oído, vas a ganar. Sinceramente, no te creía capaz.

—¿Mamá? —pregunto, confundida, pero la madre de Greer me interrumpe.

—Oh, Ivy no va a ganar. Tus dos hijas son un fracaso. Me temo que se lo ha contagiado Greer. Es la única explicación que se me ocurre para su actuación tan decepcionante. Pero al final ganará ella. Los Trummer siempre ganamos.

Antes de que pueda responder, un mayordomo hace sonar una campana.

—¿Vamos? —interviene la reina. Rodeada por sus sirvientes, se sienta y nos hace un gesto para que la acompañemos. La mesa, que se extiende a todo lo largo de la sala, tiene más comida de la necesaria para una reunión para tomar el té. Hay uvas verdes apiladas al lado de granadas cortadas y lonchas de jamón. Delante de mí hay una tarta de chocolate negro de tres pisos con el glaseado medio derretido por las velas titilantes.

Alguien me toma la mano y, cuando alzo la mirada, espero ver a cualquier persona excepto a Greer. Sus ojos azules están cargados de miedo cuando mira al frente.

Miro la mesa. Estamos rodeadas de nuestra familia y amigos. Greer está a mi lado; Lydia y mi madre, al otro. Frente a mí están Faith, su abuela de rostro afilado y un hombre con unos ojos del mismo tono azul que los de ella.

Marion está sentada a la izquierda de Faith con su madre y hermana pequeña. Más allá, están Emmy, Olive y sus madres, y

varias debutantes de la temporada: Deidre Rutland, Sara Middlebrook, Fiona Devon, Althea Jones y sus acompañantes.

La reina está acomodada a la cabeza de la mesa, la luz de la vela se refleja en las cuencas vacías del cráneo de ciervo de la corona.

El sonido de los violines hace que me pique la piel y de pronto tengo hambre.

—Bienvenidos, honorables invitados. —La reina extiende los brazos por encima del festín—. Qué agradable teneros a todos aquí hoy.

—Me aterra —dice Althea Jones—. Preferiría no estar aquí.

La reina le lanza una mirada letal.

—Estás aquí y seguirás aquí mientras yo me divierta.

Me tenso, atemorizada por Althea. Normalmente es una chica tímida.

—Yo me siento honrado de encontrarme aquí —interviene el hombre que sospecho que es el padre de Faith—. Nunca he pensado que volverían a invitarme después de que mi pequeño secreto quedara al descubierto. —Señala a Faith.

Esta derrama el té.

—¿Secreto? Soy una persona.

—No uses ese tono —le reprende su abuela—. Te ha hecho un favor al reconocerte. Podría haberte abandonado para que te pudrieras con la furcia de tu madre para siempre.

—¡Ya basta! —brama Marion.

—Marion… —musita Faith, como si no quisiera que las demás la oyéramos.

—No pueden hablarte así —dice Marion.

—Hablaré a mi hija como me plazca.

Enseguida, la mesa se vuelve un caos.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

La reina choca las manos con alegría.

—Me alegra que preguntes, lady Ivy. —La gente se queda en silencio—. Bienvenidas a mi siguiente lección. La esposa de Bram ha de aprender a tolerar los chismes y rumores. Qué mejor forma de demostrarlo que tener aquí a vuestros familiares y amigos para que hablen de lo que piensan de vosotros. Vuestros seres queridos han sido encantados para decir la verdad, sin el filtro del decoro o la preocupación por vuestros sentimientos. Cuando salgan de este salón, olvidarán lo que ha sucedido hoy.

Pero nosotras nos acordaremos. Eso no lo menciona. Tendremos que vivir con lo que descubramos hoy.

El cráneo del ciervo, la música espantosa y el montón de comida cobran ahora sentido. La reina no ha organizado una fiesta normal para nosotras. Esto es como los festejos de hadas que solía imaginar. Si todos, excepto nosotras, van a olvidarse, puede organizar exactamente la clase de fiesta que desea.

Quiere entretenimiento, eso es todo. Me acuerdo de lo que dijo Eduart. «Después de una eternidad, solo existe el aburrimiento o la ausencia de aburrimiento».

La charla se reanuda. Emmy se pone a llorar por algo que ha dicho su madre y corre hacia la puerta. Tira y tira, pero está cerrada.

—Tenéis que aguantar una hora —declara la reina, observando con ojos brillantes.

Me vuelvo hacia mi familia.

—Fui yo quien derramó aquel frasco de tinta en tu mantón favorito hace dos años —admite Lydia—. Siento haber culpado al gato de la cocinera.

—Lo sé. Tenías las manos manchadas de negro y se te da muy mal mentir —respondo.

Una parte terrible de mí piensa en preguntarles por cosas que sé que no quieren responder, como quién de nosotras es la preferida de mi madre o si Lydia me quiere tanto como la quiero yo a ella. Pero solo hay una cosa que quiero saber de verdad.

—Podrías contarme… —le digo a Lydia. No necesita que complete la frase. «Podrías contarme dónde estuviste las dos semanas que pasaste desaparecida».

Lydia suspira, exasperada.

—Ivy, no me acuerdo de dónde estuve. Solo tengo un enorme vacío.

Tiene que estar diciendo la verdad. Las náuseas me invaden el estómago.

—¿No recuerdas nada?

—Ni un solo detalle. Pero tengo sueños. —Su voz se apaga, suave y distante.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. No puedo explicarlo mejor.

Mi madre nos observa con esa inquietante mirada vidriosa en los ojos.

—Creo que es tu turno para contar la verdad —me exige Lydia.

Me he esforzado mucho por ser la hermana perfecta, por evitar la ruina de nuestra familia por todos los medios posibles, ahogando mi ira y mis propios deseos en el camino. Lo he hecho porque quiero a mis padres y quiero a Lydia más de lo que jamás lograré explicar. Pero la rabia crece de nuevo en mí, una horrible marea de dolor que no puedo detener. «Es mucho más fácil quererla cuando no está

delante de mí».

—Teníamos un plan, Lydia, y no entiendo por qué lo abandonaste.

—Ivy… —Pronuncia mi nombre como una advertencia. Este es un tema demasiado sensible aún, no su desaparición, sino su tercera y última traición.

—Hicimos un pacto —sigo—. Lo teníamos todo pensado. Ibas a casarte con Percival Chapwick, yo iba a vivir siempre con vosotros e íbamos a ser felices. Yo nunca podría ser buena en nada de esto. —Señalo mi vestido, el pelo recogido y el palacio—. Tú eras la destinada a vivir en sociedad. Siempre fuiste perfecta, dulce y buena.

—¡No podía soportarlo! —Lydia se levanta de la mesa y tira la silla detrás de ella—. Era perfecta, dulce y buena, y entonces un día comprendí que nunca iba ser otra cosa más que eso. Tú, madre y padre me pusisteis en este pedestal que yo nunca he pedido. No podía aguantar ahí para siempre.

—¡Íbamos a estar juntas!

—¿Estás enfadada porque no estemos juntas o estas enfadada porque al final has tenido que madurar y aceptar algo de responsabilidad?

Me duele tanto como si me hubiera pegado.

—¡He aceptado toda la responsabilidad! Me la has dejado toda a mí. No soy lo bastante fuerte para soportarla, este no era mi papel.

—Era una fantasía infantil, Ivy. Nunca iba a casarme con Percival Chapwick. Pensaba que estábamos jugando cuando te lo prometí. Nunca fue real.

—¡Para mí sí fue real! —Fue la roca sobre la que construí mi vida y se desmoronó debajo de mí. Yo no estoy bajo el encantamiento de

la reina, pero no puedo parar de decir la verdad. De todos modos, ¿qué más da? Ella no va a acordarse.

Estamos las dos llorando, derramamos lágrimas feas y gruesas que no somos capaces de contener.

—No quiero que me odies —murmura Lydia—. Siento no recordar el pacto que hice. Lo único que sé es que entré en el salón del trono y me invadió el pánico. Pensé en una vida tan insignificante como la de nuestra madre y no pude soportarlo. No sé qué me pasó.

Me siento insoportablemente culpable. Qué importa que haga todo lo que pueda por salvar a mi familia si no puedo salvar a mi hermana, la persona a quien más quiero en el mundo, de mi propio veneno.

—¡No quiero odiarte! —Se me rompe la voz, que resuena en el salón de mármol—. Siempre fuiste la más hermosa, la más refinada, la más querida de nosotras. No entiendes lo que es vivir a tu sombra.

Da un paso hacia mí y yo retrocedo, pasándome una mano con fuerza por la cara arrasada por las lágrimas.

—Eras perfecta.

Levanta las manos con frustración.

—Yo era perfecta para que tú pudieras ser todo lo demás. ¿Crees que no quería responder mal a mis tutores? ¿O quedarme dormida en las lecciones de etiqueta? ¿O correr por el bosque en lugar de bordar con mamá? Tal vez yo he sido perfecta, pero tú eras la más valiente, la más atrevida, la más divertida. Tú eras todo lo que yo nunca pude ser porque te estaba protegiendo.

Ya nada de eso importa.

—Y ahora me has abandonado.

Las lágrimas ruedan por sus mejillas.

—No es culpa mía.

—Pero nuestro futuro recae sobre mí igualmente. No he tenido elección. Mamá y papá no son lo bastante fuertes para sobrevivir al exilio de la sociedad. Yo nunca habría recibido una propuesta de matrimonio.

Mi madre está inmersa en una conversación con la abuela de Faith y no nos oye. Ni siquiera sé si le ofendería oírme decir eso.

—Eso no lo sabes con seguridad. A veces creo que te gusta tu martirio —responde Lydia.

Pensaba que podría soportar la responsabilidad de esta familia sobre mis hombros, pero me está aplastando. Tengo la sensación de que no puedo respirar más.

—No es tu responsabilidad salvarnos —dice Lydia.

—¡Por supuesto que sí! ¡Nadie más se ha ofrecido! Todo esto sería mucho más fácil si tu no fueras tan ingenua. El mundo no es un cuento de hadas, Lydia. Las cosas no siempre se resuelven por arte de magia. No va a venir un príncipe apuesto a salvarte.

Pone los ojos en blanco y echa atrás la cabeza para reírse.

—Tiene gracia viniendo de ti, que, en este preciso instante, esperas que te salve un príncipe apuesto.

—Que te den, Lydia.

Miro la mesa, que es ahora un caos total. Faith está acurrucada con Marion en la esquina mientras su padre y su abuela se gritan.

La madre de Emmy está enumerando sus defectos físicos uno por uno con los dedos.

La hermana de Marion está anotando hasta la última prenda de ropa de Marion que le ha robado en su ausencia.

La madre de Olive está contando con detalles una aventura que tuvo con el hermano de su esposo mientras Olive la observa con horror.

Pero la más inquietante de todas es la madre de Greer, que está sentada en un perfecto silencio. Nunca ha perdido la oportunidad de decir algo hiriente a su hija.

La reina rodea la mesa. Las astas de su corona se enganchan con las enredaderas y los lazos de color arcoíris que cuelgan del techo. Posa una mano pálida y huesuda sobre el hombro de la madre de Greer.

—¿Algo que compartir, lady Trummer?

La mujer carraspea.

—De hecho, hay algo que me ronda la mente.

—Por favor, hable —la anima la reina Mor.

—Mamá —susurra Greer, blanca como la nieve.

Su madre se vuelve hacia ella.

—¿Sabe el dulce príncipe Bram algo sobre tu sucio mozo de cuadras?

Las lágrimas caen por las mejillas de Greer.

—Mamá, por favor, no hagas esto.

—Porque debería saber que tu padre y yo te descubrimos en una posición comprometida la mañana del Desfile del Pacto de este año.

Se vuelve hacia la reina.

—Las más refinadas institutrices y tutores del mundo, pero ha resultado ser toda una decepción. Greer nunca podrá recuperar su virtud.

Greer solloza.

—Por favor, no.

El horror me paraliza.

—Greer… —Lydia le tiende la mano y yo salgo de mi trance.

Greer se aparta de la mesa con mucho estruendo y corre hacia la puerta. La reina mueve la mano con pereza y la abre para ella.

—Deja que se vaya —dice con tono frío y Greer cruza el salón.

—¡Greer! —grito mientras la persigo, pero ella no reduce el paso. Ni siquiera mira atrás. Casi la he alcanzado, tengo el brazo extendido, pero en cuanto cruza la puerta, la reina mueve la mano y la cierra en mi cara.

Me caigo y aterrizo con fuerza en el suelo de parqué.

Lydia me ayuda a levantarme.

—Se ha ido. No es culpa tuya. —Pero siento como si lo fuera. «Te quiero, Ivy». Eso es lo que me ha dicho antes. Yo también la quiero. La quiero demasiado como para soportar verla sufrir así. Emmett dice que, si su plan funciona, salvaré a todos de la crueldad de la reina, pero me siento indefensa, incapaz de salvarlos ahora.

—Ah, eso no es nada. Faith… —empieza el padre de Faith, pero no le dejo acabar. Me subo a la mesa y las tazas de té caen y se rompen. Aplasto con el pie un pastel de coco glaseado.

—¡Besé a Bram en el baile de máscaras de los Welby! —grito. La mesa se queda en silencio. Tal vez no he podido ayudar a Greer, pero aún puedo ayudar a Faith.

Todos me están mirando, escandalizados y en silencio, pero mis ojos aterrizan sobre la reina. Está perfectamente inmóvil y no muestra emoción alguna en su rostro imponente.

—¿Qué? —resuella la madre de Olive.

—Bien hecho —me felicita Lydia, pero no sonríe como mi madre, que parece un gato satisfecho.

Bajo de la mesa y dejo una huella de tarta en la alfombra.

Mi sacrificio parece haber distraído a la gente lo suficiente para que el padre de Faith no vuelva a sacar el tema de su aventura amorosa con Emmett. La conversación cambia a quién de nosotras va a ganar.

—Marion es mucho más guapa que tú —comenta mi madre—. Pero seguiré estando orgullosa de ti, incluso cuando pierdas.

La campana suena cuando concluye la hora y la reina sale sin decir una palabra más.

No sé con seguridad cuándo se disipará el encantamiento, pero quiero pasar tiempo a solas con mi hermana para despejarnos. Odio discutir con ella. Las dos sabemos exactamente cómo hacernos daño.

Le digo a nuestra madre que voy a llevarme a Lydia a la casa para prestarle un vestido y que nos vemos en un rato en la entrada principal.

Tomo el camino largo hasta la entrada trasera del palacio para evitar a los demás invitados. El sonido de los pasos resuena en el pasillo de mármol. Emmett entra en la sala y se sorprende al vernos.

—Lady Benton y… lady Benton.

Mira nuestras caras llenas de lágrimas y cambia el peso de un pie al otro, incómodo.

—No quería interrumpir.

—Hola —lo saludo, incómoda, incapaz de apartar la mirada de él. Va vestido con una chaqueta cruzada de lino de color crema y su rostro está tan irritantemente perfecto como siempre. Nuestra última conversación resuena en mis oídos. «Estás haciendo el ridículo, Ivy».

Se pasa una mano por el pelo.

—Hola —responde, incómodo él también.

—Tenemos que irnos. —Agarro a Lydia del codo y tiro de ella hacia la puerta.

En ese momento, Bram entra en el pasillo y echa un brazo por encima del hombro de Emmett. Lleva una raqueta de tenis en la otra mano idéntica a la que veo colgando del costado de Emmett.

—¿Estás preparado, hermano? —Bram se detiene al vernos y se inclina—. Ah, las hermanas Benton. Siempre es un placer. ¿Os apetece un partido de tenis de dobles?

—No, gracias —contesta Lydia con tono duro y tira de mí escaleras abajo.

Hemos recorrido la mitad del jardín en dirección a la casa Caledonia cuando por fin habla de nuevo.

—Te gusta. —Me da un codazo en las costillas.

Le devuelvo el golpe.

—¿Bram? Por supuesto. Es difícil que no me guste

—Él no —repone ella con tono cantarín—. ¿Qué ha pasado con nuestros planes de atormentar juntas al horrible príncipe Emmett?

—Siguen en pie.

—Eres una mentirosa terrible.

—No importa. Es una tontería, lo superaré.

Ella enarca una ceja.

—¿Tontería?

—No es nada.

Lydia sacude la cabeza.

—Como he dicho, una mentirosa terrible.

Llegamos a la puerta de la casa y Lydia me da un abrazo incómodo.

—No voy a fingir que sé lo que está pasando aquí, pero estoy segura de que podrás lidiar con ello. Cuando te dije que serías una princesa maravillosa, lo pensaba de verdad. Pero… cuida de ti. No tienes que hacerlo todo sola.

—Lo sé, lo sé.

Me vuelvo y veo que Bram corre por el jardín con la raqueta todavía en la mano. Se acerca a nosotras, resollando.

—Siento mi grosería de antes. —Se aparta un mechón de pelo castaño claro de la frente—. Debería de haber preguntado cómo ibas a volver a casa, lady Lydia. Por favor, permite que te acompañe.

—Oh… —Lydia baja la mirada al suelo y se ruboriza—. No es necesario. Mi madre me estará esperando.

—No, insisto. Os acompañaré a las dos. Si no es por ti, entonces por Ivy.

Una parte de mí se enternece al ver que Bram desea cuidar de la persona que más quiero en el mundo. Mi hermana baja la mirada.

—Oh, de acuerdo. —Él toma su mano y la lleva al hueco de su codo.

—Cuando vuelvas, ¿preguntarás por Greer? —le pido a Bram—. Parece que no se encontraba bien antes.

Él inclina la cabeza.

—Por supuesto. —Los veo desaparecer por el magnífico jardín juntos.

Estoy esa noche sentada en la cama, leyendo una novela, y Olive está abajo cocinando, cuando Faith Fairchild aparece en la puerta de mi dormitorio.

—¿Podemos hablar?

Asiento, sorprendida, y cierro el libro. Ella se sienta en la cama de Olive, que era antes su cama, y exhala un suspiro.

—Lo siento. —Las palabras parecen poco naturales viniendo de ella, como si no estuviera acostumbrada a pronunciarlas—. Gracias por lo que hiciste esta tarde, por protegerme. No tenías por qué hacerlo.

Está siendo una tarde tensa. Greer no ha vuelto aún y estoy muy preocupada. La fiesta de esta tarde me ha dejado hecha un manojo de nervios y con las disculpas inesperadas de Faith me dan ganas de llorar.

—Por supuesto que sí.

—He sido injusta contigo —murmura—. Lo siento. Es solo que… estoy enfadada a todas horas, por todo y con todos.

—Lo entiendo. Más de lo que te imaginas. Siento que hayas tenido que pasar por eso hoy.

—Está bien —dice, como si supiera que no es así. Se levanta y entonces se apoya en la puerta, como si quisiera decir algo más.

Marion asoma la cabeza y apoya la barbilla encima de la cabeza de Faith.

—¿Te está dando las gracias por las dos?

—¿Por las dos? —pregunto.

—Muy sutil, querida. —Faith pone los ojos en blanco y cierra la puerta al salir.

Nos despertamos a la mañana siguiente con un periódico a los pies de nuestras camas. Con letras grandes y en mayúscula, el titular

dice: **LA ÚNICA HIJA DE LORD TRUMMER HA APARECIDO MUERTA CON DIECIOCHO AÑOS. HAN SACADO EL CUERPO DEL TÁMESIS ESTA MAÑANA AL AMANECER.**

# 28



No —musito. Me vuelvo hacia Olive, que parece impactada, con la cara blanca como la nieve mientras contempla el periódico. En cada ejemplar hay un número escrito en la esquina. El mío tiene un uno, aunque no comprendo qué he hecho para ganar.

Alguien llora al otro lado del pasillo. Corro a la habitación de Marion y Faith y me encuentro a Emmy llorando y a Marion con Faith en sus brazos.

—¿La ha matado? —pregunta Emmy.

—¿Todo por un mozo de cuadras? —añade Faith.

Greer no habría hecho eso, así que ha debido ser la reina, que nos ha castigado por nuestra falta de respeto, tal y como prometió que haría.

—No podemos dejar que esto siga así… —expongo con la garganta tensa.

Sin decir una palabra más, recorro el jardín húmedo descalza y con el camisón.

Me arden los pulmones cuando subo las escaleras que llevan a la habitación de Emmett de dos en dos. El dolor físico, sin embargo, no es nada comparado con mi corazón roto.

Cruzo el cuadro de la pared y lo encuentro anudándose el pañuelo delante del espejo.

Se sobresalta cuando entro.

—¿Ivy?

Por un momento no digo nada. Me quedo ahí, intentando recuperar el aliento, y acabo llorando. Sollozo con fuerza, hipando, y todo mi cuerpo tiembla. Emmett cruza corriendo la habitación y me agarra antes de que mis rodillas aterricen en la alfombra.

—La ha matado… —balbuceo. Las lágrimas me dejan manchas por toda la camisa recién planchada—. La ha matado.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Respira, por favor. —Me deja en el borde de la cama—. Pon la cabeza entre las piernas, te ayudará. —Me ayuda con suavidad a colocarme en posición, pero Cerdo intenta subirse a mi regazo y me lo pone muy difícil. Emmett toma al pequeño perro bajo un brazo y con la mano libre me limpia las lágrimas de las mejillas.

—Eso es. —Inspira profundamente—. Respira.

—La… —Quiero decir «la lección de la reina», pero es como si la lengua se me inflara de repente y me ahogo con ella. Aterrada, he olvidado que no puedo contárselo. Tendré que ser lista.

*Espera.*

—Busca a Faith —le pido.

—¿Qué?

—Hazlo.

Quince minutos después, Emmett vuelve por los túneles con Faith a su lado. Ella sigue con la bata y sus ojos parecen de un azul eléctrico por el anillo rojo que los rodea.

La miro detenidamente.

—Dijo que no podíamos hablar con nadie sobre sus clases, pero no dijo nada de hablar entre nosotras. —Estoy enfadada por haber tardado tanto en llegar a la conclusión.

—¿Qué? —murmura Emmett, confundido.

—Faith —comienzo—. Quiero hablarle a Emmett de las clases privadas que nos ha estado dando la reina.

Sus ojos se iluminan al comprender.

—Sí, por supuesto. Hemos sido muy estúpidas.

Le cuento a Faith todo lo que deseo contarle a Emmett mientras él escucha en silencio, detrás de nosotras. Repaso lección tras lección: el laberinto, la clase de etiqueta, la fiesta, cómo nos ha clasificado y herido. Emmett parece a punto de desfallecer cuando recuerdo cómo apareció en la casa y nos amenazó con matarnos si dejábamos de cooperar. Faith añade de vez en cuando sus propios detalles. Al fin, llegamos al tema de Greer. Faith ha sido lista y ha traído el periódico. Lo deja en el regazo de Emmett.

La sangre abandona su rostro cuando lee el titular.

—¿La ha matado por esto?

—Ha tenido que ser ella. Te prometo que no ha sido Greer —contesto.

Hay tanto remordimiento en mi estómago que temo vomitarlo todo en el suelo. Tendría que haber sido más amable, más indulgente. Tendría que haberle hecho más preguntas cuando mencionó a Joseph. Podría haber hecho más por ella ayer.

Emmett se pone el abrigo.

—Entonces tengo que contárselo a Bram. No permitirá que esto continúe.

De vuelta por el jardín, Faith me da un apretón en la mano.

—Es probable que te deba la vida.

Me siento muerta por dentro, como si toda mi pena me hubiera arrasado y no hubiera dejado nada más que una cáscara.

—Ni lo menciones.

La vizcondesa Bolingbroke y la reina Mor nos dejan solas en la casa durante el resto del día. Seguro que está dejando que nos ahoguemos en el miedo y en la desolación por la pérdida de Greer.

Hace rato que ha oscurecido cuando llega un lacayo con la invitación para la cena. No viene ninguna doncella a ayudarnos. Nos vestimos las unas a las otras en un silencio lastimero y cruzamos el jardín de la mano, las cinco formando una fila.

El salón iluminado con candelabros se queda completamente en silencio cuando entra la reina Mor y toma asiento a la cabeza de la mesa. Lleva un vestido de seda verde bosque y el pelo recogido con trenzas. No se sienta.

La odio con todas mis fuerzas. Aprieto los puños debajo de la mesa para contenerme y no lanzarme a golpearla.

Toda mi esperanza ahora está puesta en el plan de Emmett y el pensamiento de que pronto tendré el poder de castigarla como se merece.

—Creía que habíamos aceptado mantener entre nosotras el tiempo que pasamos juntas. —Su voz resuena en el espacio y vibra a una frecuencia que siento en mi caja torácica—. Hoy ha acudido mi hijo a mí y ha insistido en que acabe con nuestras lecciones. Ese muchacho tiene un corazón amable. No comparte mi repulsión por tener a un montón de aristócratas exigiéndome cosas. Si bien es posible que no coincidamos en esto, no merece la pena la molestia.

Lo haré mejor con la siguiente tanda. Cincuenta años pasan muy rápido. —Nos movemos, incómodas, al recordar lo desechables que somos para ella—. Vuestra temporada llegará pronto a su fin. Sin más lecciones, no veo motivos para prolongarla. Bram se comprometerá en el baile de los Kendall el sábado por la noche.

Eso es pasado mañana. Pensaba que contaría con doce semanas para conseguir que Bram se enamorara de mí. Tan solo hemos tenido cinco. Me invade el pánico. Creía que tendría más tiempo.

Emmy aferra el cuchillo con más fuerza. Faith y Marion comparten una mirada tensa.

—Espero que estéis satisfechas. Yo no olvidaré esto —añade la reina Mor.

Sale por la puerta.

—Que tengáis una agradable cena.

No puedo soportarlo más. Espero un minuto o dos, tiempo suficiente para asegurarme de que se ha marchado, y luego me aparto de la mesa, abandono el salón, bajo las escaleras y salgo al crepúsculo.

Espero que me detengan los guardias, pero nadie dice una palabra cuando cruzo las verjas y salgo a la calle. No soy tan ilusa para creer que no va a enterarse, sencillamente ya no me importa.

Oigo pasos detrás de mí. Me vuelvo y me encuentro a Faith, sin aliento.

—Ivy, ¡espera! —Se detiene para subirse la pesada falda de seda del vestido de noche y me alcanza—. Maldita sea, qué rápido caminas. ¿Adónde vas?

—A ver si Greer está muerta de verdad.

—De acuerdo.

Caminamos un minuto o dos, hasta que oímos más pasos rápidos detrás de nosotras.

—¡Esperad! —grita Olive y su cabello pelirrojo ondea detrás de ella —. ¡Esperadnos!

Un ruido a medio camino entre la risa y un sollozo escapa de mi boca cuando veo a Olive, Marion y Emmy corriendo por la calle.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta Emmy.

—Yo estoy siguiendo a Ivy para asegurarme de que no la matan —responde Faith.

—Yo sigo a Faith —dice Marion.

—Yo no dejo que os vayáis de aventuras sin mí —indica Olive.

Emmy se señala a sí misma.

—La típica hija mediana que no soporta que la dejen de lado. No puede matarnos a todas, tiene que quedar alguien para casarse con él.

Estoy llorando en condiciones ahora, triste por Greer y sobrecogida por el amor que siento por estas chicas.

Sigo caminando, me siento ahora más valiente y menos vacía que antes.

—Pues vamos.

Tardamos una media hora en llegar a Belgravia y, aunque no dejamos de mirar atrás nerviosas, nadie nos sigue. Hace una noche tranquila en Londres, tan solo unos pocos carruajes pasan traqueteando por nuestro lado en la noche azul de primavera.

No nos molestamos por llamar a la puerta de la enorme mansión de piedra caliza de los Trummer. Dentro no hay nadie que estemos buscando.

Las chicas me siguen por detrás, hacia las cuadras donde están los

caballos. Llamo a la puerta lateral del establo, pero está ya abierta.

—¿Hola? —susurro—. ¿Hay alguien?

Un mozo de cuadras que no tendrá más de quince años sale de uno de los compartimentos, sorprendido. Se limpia las manos sucias en el delantal.

—Señoritas. —Nos hace una reverencia.

—Estamos buscando a Joseph —indico.

El muchacho se quita el sombrero y juguetea con él.

—Siento no ser de ayuda. No ha aparecido en el trabajo esta mañana. ¿Está metido en problemas?

—¿Ha dejado algo? —pregunto.

El muchacho parece confundido.

—Solo unas pocas herramientas.

—Pero ¿no todas?

Sacude la cabeza.

—Creo que no.

—Gracias. Eso es todo.

—Pensaba que ibas a hablar con sus padres —comenta Faith mientras regresamos al palacio.

Niego con la cabeza. No hay nada que puedan decirme los Trummer. Si algo sé de ellos, es que probablemente estén dentro, llorando, no por Greer, sino por la pérdida de su posición social.

Una sonrisa débil se extiende en mi rostro.

—¿Y si han huido? ¿Y si están juntos?

—¿O y si ella lo ha matado también a él? —añade Marion. Faith le da un codazo.

Es una posibilidad también, una que he considerado.

—Pero ahora tenemos esperanza. Antes no la teníamos.

Alzo la cara a las estrellas y pido un deseo por mi amiga, esté donde esté, para que se encuentre sana y salva, en los brazos de un joven que la quiere. La imagino ahora camino de Gretna Green, en la parte de atrás de un carruaje, enamorada y libre. Así es como elijo recordarla.



Los guardias no muestran señales de desaprobación cuando abren las verjas para recibirnos de nuevo en los terrenos de palacio. El resto de las chicas vuelven a la casa, pero yo les hago señas para que sigan, estoy demasiado inquieta para entrar y sentarme delante de un fuego.

El camino de grava está iluminado con antorchas que me ofrecen tan solo una imagen titilante del extenso jardín verde.

—¿Ivy? —susurra una voz en la oscuridad.

—¿Bram?

Se acerca por el camino, esbozando su típica sonrisa desgarradora, la que hace que parezca que se ilumina por dentro.

—Un día horrible —comenta.

—El peor.

Extiende los brazos y me lanzo a ellos, entierro la cabeza en su pecho. Durante un buen rato, tan solo me abraza. Por una vez, no pienso en hacer que se enamore de mí, tan solo me dejo abrazar en un momento en el que lo necesito urgentemente.

Se aparta y toma un rizo suelto que cae sobre mi hombro.

—Haría cualquier cosa por ti, Ivy.

No puedo evitar que el calor ascienda a mis mejillas.

Bajamos por el camino de grava hasta un bosquecillo de árboles

junto al borde de un estanque, lo bastante lejos de las antorchas para que la luz no nos alcance.

Se inclina y, en esa décima de segundo, solo puedo pensar en Emmett. He estado intentando desesperadamente no pensar en aquella noche en la posada, pero no puedo evitarlo. Vuelve a mí en destellos. Sus manos en mi pelo, la presión hambrienta de sus labios, su cuerpo sólido contra el mío.

Los labios de Bram rozan los míos y aparto todo pensamiento de Emmett. Bram es bueno y amable, y le gusto.

Lo acerco más a mí agarrándolo por los hombros. El beso se vuelve más urgente y desliza la lengua detrás de mis dientes. Me está besando como si quisiera hacerlo. Mis venas palpitan con la seguridad de su deseo. Bram puede ser un príncipe, puede que ni siquiera sea humano, pero ahora yo tengo el poder.

Me aparto y lo miro. Estamos los dos jadeando y está insoportablemente guapo a la luz de la luna. Paso el dedo por la línea de sus cejas perfectas, la mandíbula afilada, los huecos de los pómulos. Meto un mechón de pelo detrás de su oreja para ver de cerca la punta ligeramente puntiaguda.

—Es un comienzo —digo.

Él sonríe y no puedo evitar tocar el hoyuelo. Pega la cara a mi mano.

—Bien, porque no tengo intención de que sea el final.

—¿Dónde está Emmett? No lo he visto esta noche —pregunto a Lottie más tarde mientras me suelta el pelo.

Sus dedos vacilan.

—Se ha ido. Ha salido a una excursión de caza o algo así.

Había dicho que no le gustaba cazar. «Se ha ido». ¿Por qué no se ha despedido?

—¿Cuándo vuelve?

—Tardará un tiempo, imagino. Se ha llevado ropa suficiente para uno o dos meses. Su ayuda de cámara ha estado toda la tarde quejándose.

—¿Ahora que su hermano está a punto de comprometerse? Qué raro.

Lottie se encoge de hombros.

—Típico de Emmett. Nunca ha habido un evento importante del que no haya podido escapar. Me sorprende que no te lo haya dicho. Escribió una nota a Faith, se la he entregado esta mañana. A lo mejor ella sabe algo más.

Frunzo el ceño delante del espejo.

—Puede.

—¡Oh! —exclama Lottie—. Hablando de los De Vere. —Se saca del bolsillo del delantal mi nota, la dirigida al padre de Emmett—. El príncipe consorte Edgar está también ausente, al parecer desde hace semanas.

—¿Por qué?

Lottie frunce el ceño.

—Es de lo más extraño, nadie lo sabe. No ha habido noticias de él.

Una brisa fría entra por la ventana abierta, pero no es el motivo por el que siento un frío repentino. Me asola la idea de que la temporada casi ha concluido y me he quedado completamente sola.

# *FAITH FAIRCHILD*



La primera vez que me di cuenta de que mi madre me estaba mintiendo, tenía cuatro años. Me metió en la cama, me besó la frente y me susurró lo que siempre me susurraba:

—Buenas noches, mi dulce niña. Reza tus oraciones y tu papá te cuidará desde el cielo.

Desde hacía algún tiempo, era consciente de que mi familia era diferente a las de otros niños. Mi madre y yo vivíamos en la planta superior de una hospedería, solas las dos. Otros niños tenían hermanos y padres, y jardines amplios para correr, pero yo solo tenía a mi madre y el pequeño mundo que habíamos creado.

Ese día, sin embargo, fue distinto. Lo primero que noté fue que había un hombre en nuestro piso. Creo que nunca antes había habido allí ningún hombre. Siempre había huéspedes en la casa, me enseñaban a jugar al ajedrez en el salón compartido de la planta de abajo o me dejaban ayudar a colgar la colada en el jardín, pero dentro de nuestro ático siempre estábamos mi madre y yo.

El hombre era alto y ancho, con una cara desdeñosa y unas cejas grandes y cuadradas.

Lo segundo que noté fue que el hombre estaba haciendo llorar a mi madre.

Catorce años más tarde, el recuerdo es borroso. Creo que me

acababa de despertar de una siesta, pero recuerdo lo que dijo el hombre cuando subí al regazo de mi madre para limpiarle las lágrimas:

—Solo quería ver a mi hija.

—Puedes verla siempre que quieras —respondió mi madre.

Se puso a dar vueltas por la habitación, era demasiado grande y me preocupaba que tirara la cuna donde dormía mi muñeca.

—Sabes que no es verdad —replicó.

En ese momento supe que ese hombre extraño era mi padre, que mi madre me había estado mintiendo toda mi vida. Me había contado que mi padre era un marinero que murió en el mar. Cada noche rezaba por él, pero mi padre estaba justo ahí, delante de mí.

Aprendí una lección valiosa ese día: no se puede confiar en nadie, cualquiera puede mentir en cualquier momento, incluso la gente a quien más quieres.

No fui lo bastante valiente para enfrentarme a mi madre hasta que tuve diez años. Se desmoronó como una casa hecha de naipes y me lo contó todo, me explicó que mi padre era un lord de una finca cercana. Tuvieron una aventura cuando ella trabajaba de criada. «Aventura» no fue la palabra que usó, pero era lo suficientemente mayor para entender lo que me dijo. Él no estaba dispuesto a reconocerme como hija suya y despidió a mi madre sin más en el momento en el que ella le contó que estaba en estado.

Todavía desolada después de todos esos años, mi madre lloró mientras hablaba de él. Me sentí culpable por el desprecio que sentí por ella en ese momento. Juré que nunca sería tan patética por algo tan trivial como un hombre. Mi siguiente pensamiento fue quemar la casa de mi padre. Mi madre y yo no nos parecíamos mucho.

Me marché de casa unos años más tarde, me trasladé sola a Londres con catorce para estudiar a tiempo completo en la Escuela de Ballet Real.

Bailar calmaba mis pensamientos acelerados. No podía controlar buena parte de mi vida, pero sí podía controlar mi cuerpo. Me encantaban las reglas del ballet, lo concretas que eran. La maestra me golpeaba los tobillos por detrás hasta que hacía a la perfección el *tendu*, o *frappé*, o *plié*, y jamás podría explicar a nadie lo mucho que disfrutaba de ese momento.

Trabajaba horas delante del espejo hasta que me ardían los músculos y estaba empapada en sudor, pero todo merecía la pena por aquellos pocos minutos sobre el escenario, cuando de verdad pensaba que estaba volando.

Los días eran largos y solitarios. Echaba de menos a mi madre, éramos muy dependientes la una de la otra y, aunque sabía que no era sano, anhelaba estar con ella.

Ella enfermó cuando yo tenía dieciséis años. Dejé seis meses la escuela para regresar a Brighton para cuidar de ella en nuestro ático. Pero no hubo amor suficiente ni caldo caliente que pudieran curar sus pulmones. La calmaba cuando tosía tan fuerte que se le rompían las costillas y expulsaba un coágulo tras otro. La sostuve cuando exhaló su último aliento tembloroso y luego regresé a Londres y bailé hasta que los pies se me llenaron de sangre y ya no pude sentir nada más.

Conocí a Emmett al verano siguiente. Estaba sentado en la primera fila, mirándome con sus grandes y heridos ojos de cervatillo.

Me lo encontré esperándome en mi camerino, detrás del escenario, con dos docenas de rosas rojas. Lo besé antes incluso de decirle mi

nombre. Seguí besándolo hasta que las rosas cayeron al suelo, olvidadas.

Emmett siguió asistiendo a los espectáculos y reuniéndose conmigo después en el camerino. Me pidió que le dejara que me llevase al teatro o que me comprara regalos sofisticados, pero yo no quería esa clase de cosas de él. Creo que, más que nada, necesitábamos hablar sobre nuestro insoportable dolor. Él me sostenía la mano mientras yo lloraba por lo mucho que añoraba a mi madre y después le apartaba el pelo de los ojos llenos de lágrimas cuando me hablaba de su institutriz y del padre con quien no podía hablar.

No era amor, ninguno de los dos albergábamos ilusiones de ello, pero era un salvavidas en un momento en el que ambos necesitábamos desesperadamente aferrarnos a algo.

A veces nos besábamos hasta que se nos hinchaban los labios y no sentíamos nada. Pero la mayoría de las veces no nos tocábamos. Nos sentábamos en extremos opuestos de la habitación y escuchábamos al otro hablar. Emmett tenía muros de miles de metros y yo no era muy buena escaladora, pero estábamos ahí para el otro.

Sigo sin saber cómo se enteró mi padre de mi carrera como bailarina, pero sospecho que tuvo algo que ver con los rumores que habían empezado a circular sobre Emmett y yo.

Habían pasado seis meses desde que nos habíamos conocido y mi nombre se susurraba con frecuencia en clubes y salones de toda la ciudad. El príncipe Emmett y esa bailarina, siseaban con desprecio.

Los hombres enviaban flores a mi camerino con la esperanza de alejarme del príncipe por una cuestión de orgullo, pero a ellos nunca

les abrí la puerta.

Entonces, una noche, mi padre giró el pomo sin llamar a la puerta. Llevaba catorce años sin verlo y casi el mismo tiempo sin pensar en él. Tardé unos segundos en reconocerlo, pero la expresión de desprecio era inconfundible. A veces veía esa misma mirada en mi cara en los momentos en los que más me odiaba a mí misma.

—Detén esto ahora mismo —bramó—. Ya has deshonrado suficiente a nuestra familia.

No tenía ni idea de lo que hablaba y mi expresión de desconcierto tan solo lo enfureció más.

—Ninguna hija mía va a ganarse la vida como bailarina o como querida. —Escupió las palabras como si fueran maldiciones.

—La parte de bailar es cierta, pero me temo que no sé a qué te refieres al decir «querida» —respondí con frialdad, mirándolo por el espejo.

—¿Me estás diciendo que los rumores del príncipe Emmett De Vere son infundados?

—No puedo ser su querida, no está casado.

Mi broma no le pareció divertida.

—Has traído la desgracia a esta familia.

—Dejaste claro que yo no era miembro de tu familia. Ni siquiera pagaste la tumba de mi madre. —No habría tenido una si Emmett no la hubiera pagado a mis espaldas después de oírme llorar una noche entera por ello.

—No me insultes con tu insolencia.

—Es a mí a quien has insultado.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y una mujer de rostro sonrojado con un vestido azul de cuello alto asomó la cabeza. Detrás

de su falda asomaron dos niñas pequeñas, de no más de ocho y diez años.

Una máscara cubrió el rostro de mi padre y se alisó la chaqueta.

—Creía que te había dicho que me esperaras fuera, querida —dijo a la mujer.

—Lo he intentado, pero ellas tienen otra idea —respondió la mujer con una sonrisa.

Las dos niñas pequeñas la adelantaron entre risas y entraron en mi camerino. Tenían el cabello, del mismo tono castaño que el mío, recogido con lazos. También tenían mis ojos. El parecido me dejó sin aliento. Era como mirarme a mí de pequeña.

—¿Podemos pedirle un autógrafo, papá? Por favor —gimotearon, saltando de un pie a otro.

Demasiado impactada para hablar, alcancé una pluma y garabateé mi nombre en sus programas.

—Parecías una princesa ahí arriba —me susurró la pequeña.

No fui capaz de responder. Me ardían los ojos por las lágrimas y temí que, si abría la boca, tan solo me saliera un sollozo.

—Te esperamos en el recibidor —le comunicó la mujer a mi padre y se marchó con las dos niñas pequeñas tras de sí.

—Tus hermanas —señaló él con voz tensa cuando se alejaron.

—Me he dado cuenta. —Se me rompió la voz—. ¿Qué piensa tu esposa que haces aquí conmigo?

—No tengo secretos con ella. Sabe quién eres, igual que media ciudad, al parecer. —Me sorprendió oírlo decir eso. Apenas era consciente de los rumores—. Tu posición como favorita del príncipe Emmett ha hecho que la gente hable y, debido a tu torpe aventura, se está hablando por toda la ciudad sobre tu origen. Vivíamos en paz

antes de tu escándalo egoísta.

—No es culpa mía.

—No, pero sí es tu problema.

—¿Qué esperas que haga?

—Abandonar el ballet. Vas a dejar de ver al príncipe Emmett, participarás en la temporada como una debutante respetable y encontrarás un matrimonio aceptable.

Me quedé sin aire en los pulmones. No podía dejar de bailar. La mera idea me mataba.

—No puedes obligarme a hacer eso.

—Resulta que sí. Estás con el nuevo patrocinador del Ballet Real. Como tu empleador, siento informarte de que tu contrato queda rescindido. Mi madre se hará pasar por tu madrina y patrocinará tu presentación en sociedad esta primavera. Lo lamento. No me agrada tener que hacer esto.

Las lágrimas habían empezado a caer y me odiaba por ello. Juré no permitir nunca que me viera débil. Sentí de nuevo que tenía diez años y me dieron ganas de reducir su casa a cenizas. Experimenté una amargura egoísta por esas niñas dulces que tenían la misma cara que yo y que habían podido ser sus hijas, algo que yo nunca había conseguido.

—No puedes obligarme a participar. Romperé copas en las cenas. Seré tímida en los bailes.

—Eso es cosa tuya, pero si no cooperas, nunca volverás a ver a esas niñas. Tus hermanas querrán tener relación contigo, Faith.

No tenía familia desde la muerte de mi madre.

—Lo pensaré.

—Estaremos en contacto. —Salió de mi camerino y me dejó

destrozada, como siempre hacía.

Tomé un carruaje directo al Palacio de Kensington y grité a los guardias hasta que me dejaron ver a Emmett. Cuando le conté lo que me había dicho mi padre, se puso a dar vueltas formando ochos, con Cerdo siguiéndole.

—Lo siento mucho, Faith.

Me levanté y me acerqué a él.

—Cásate conmigo.

Me satisfizo ver a Emmett sorprendido. Se detuvo de golpe y se volvió hacia mí.

—¿Qué?

—Cásate conmigo, Emmett. Por favor.

—¿Por qué?

—Porque te conozco. Porque me gustas. Por favor, no me dejes con los hombres horribles de la alta sociedad. No puedo soportar la idea de ser la segunda esposa de un duque medio muerto, de acabar en una casa de campo para que mi esposo pueda mantener a sus amantes en Londres. Por favor, Emmett, no puedo soportarlo.

Estuve a punto de lanzarme a sus brazos llorando, pero mantuve la dignidad.

—No puedo.

—¿Por qué no? —repliqué.

Parecía lleno de remordimiento al responder:

—Porque no nos queremos.

No lo negué. Yo no lo quería y sabía que él no me quería a mí.

—Pero nos gustamos. Eso es más de lo que tiene la mayoría.

—Sé sincera conmigo, Faith. ¿Crees que podrías amarme algún día?

Mentir no tenía ningún sentido. Nosotros no nos mentíamos. Había muchas cosas que admiraba de Emmett. Era generoso, divertido y considerado. Pero desde hacía meses, estaba claro que no me iba a dejar entrar en su vida. No podía querer a alguien que se contentara con mantenerme a esa distancia. No encajábamos como deberíamos.

—Creo que no.

Él sacudió la cabeza con tristeza.

—Entonces no puedo casarme contigo.

Era un romántico como solo los hombres podían permitirse serlo. En ese momento lo odié por ello. Alcancé una jarra de cristal de la mesa que había junto a su cama y se la arrojé. Él la esquivó y se destrozó contra la pared.

Me detuve en el vano de la puerta.

—Te odiaré siempre por esto.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, como si tuviera algún derecho a estar triste.

—Espero que no.

Cerré con un portazo, sin decir otra palabra, y él no me siguió. Lo odié también por eso. Una parte de mí todavía lo odia.

Tres días más tarde, vino a visitarme a la casa de mi padre con una propuesta inesperada.

—Bram va a elegir esposa esta temporada. Debería escogerte a ti.

—¿A mí?

—Bram es amable. Será un buen marido.

Conocía un poco a Bram por el tiempo que había pasado con Emmett. Nos había acompañado a veces en paseos por los jardines o en las partidas de croquet. Era amable y una compañía agradable.

Siempre me trataba con respeto. Había cosas mucho peores que tenerlo de esposo. Aunque no me escogiera como su esposa, mi padre no podría decir que no me había esforzado en la temporada. Era mi táctica preferida, una en la que ganaba siempre.

—Con mi ayuda, te elegirá a ti.

Nos estrechamos la mano como si fuéramos viejos amigos y, por primera vez, sentí la esperanza florecer en mí. Hubiera deseado poder volver a aquel ático y contar a mi madre que su única hija iba a ser una princesa.

Me reuní con Emmett durante un mes antes de la temporada y me enteré de todo lo que le gustaba y disgustaba a Bram, practiqué conversación y baile. Emmett tenía una extraña fijación por el palo de mayo, pero si había algo en lo que confiaba, era mi habilidad como bailarina, así que no me preocupé mucho.

Me vestí para el Desfile del Pacto con la seguridad de que yo iba a ser la ganadora. Porté mi confianza como armadura y esperé al último segundo para firmar, tal y como me había enseñado Emmett. «Querrá sentir que te ha conseguido. Bram es así de noble». Junto con Emmett, mi abuela (haciéndose pasar por mi madrina) me dio una serie de lecciones de modales en sociedad. Tenía un nuevo ajuar de vestidos y diamantes para el pelo.

La luz de mis días eran Hattie y Bea, mis hermanas, que habían iluminado los rincones oscuros de mi vida. Despreciaba a mi padre con cada fibra de mi ser, pero había cumplido su promesa de ofrecerme una relación con mis hermanas.

Me esforcé todo lo que pude en la competición de la Reina de Mayo, pero tuve que conformarme con el segundo puesto. Emmett insistió en que tenía que ganar, pero ¿qué importaba en realidad

cuando estaba preparada para convertirme en la chica perfecta para Bram?

Más tarde, ese día, cuando entré en el salón del trono de la reina para hacer mi trato, me sentí muy inteligente.

—Quiero saber cuándo me mienten —pedí. Pensé en mí de pequeña y en las mentiras que me había contado mi madre sobre mi padre. Odiaba la deshonestidad sobre todas las cosas.

La reina esbozó una sonrisa cómplice que resultaba antinatural en su rostro afilado.

—A cambio, nunca podrás decir una mentira.

—Trato hecho —acepté. Yo no era una hipócrita, me parecía un pacto fácil, mejor que renunciar a un dedo del pie y no poder volver a bailar bien.

—¿Eso es lo que temes? ¿La deshonestidad? —preguntó en cuanto habíamos hecho el trato. En ese momento me pareció una pregunta extraña.

—Temo todo tipo de cosas. Perder mi libertad, caerme y tener que dejar de bailar, amar de nuevo a alguien y perderlo como perdí a mi madre.

—Vaya, eres honesta —respondió la reina.

No sabía exactamente qué forma tendría mi pacto, pero pronto lo descubrí.

Emmett vino a verme esa noche al jardín de la casa de mi abuela.

—No puedes ser tú. Lo siento. He cambiado de opinión. —Tenía las manos en los bolsillos y la decencia de parecer triste por mí.

Sonó un pequeño pitido en mi cabeza.

—Estás mintiendo.

—Lo siento. —Se marchó en medio de la oscuridad antes de que

pudiera decir más. Emmett era siempre escurridizo, muy difícil de retener, pero creo que a él le gustaba.

Nos trasladamos a la casa Caledonia el resto de la temporada y el primer día todas las pretendientas de Bram compartieron sus pactos alrededor de la mesa. Marion Thorne contó una mentira a medias sobre que había renunciado a la habilidad de oler flores para así no experimentar más dolores de cabeza. Sonó otro pitido en mi cabeza y supe con seguridad que estaba mintiendo. «Pero ¿por qué?».

Luego Emmett empezó a revolotear en torno a Ivy Benton, que no era tan buena escabulléndose en la noche como ella creía.

¿Emmett quería ignorarme? De acuerdo. Querer reemplazarme era imperdonable.

Durante semanas, solo Marion parecía verme o preocuparse por mí. No pude mentirle sobre mis motivos para estar molesta, así que le conté la verdad.

—Es un idiota —dijo.

—Tienes razón. —No cambió nada, pero me sentí mejor al no estar sola.

Al principio, fueron detalles pequeños: cómo apoyaba la mano en mi rodilla o la cabeza en mi hombro. Nunca había sentido esas mariposas en el estómago. Pensaba que los demás estaban siendo exagerados al describirlo, pero, con Marion a mi lado, de pronto lo comprendí.

Me besó por primera vez en el jardín de la casa Caledonia bajo un sauce llorón y no fue hasta que sus labios tocaron los míos cuando lo sentí, esa sensación que siempre me había faltado con Emmett.

—Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto —me susurró en la boca y no fue necesario el pacto con la reina para saber que decía la

verdad.

—Ojalá lo hubieras hecho antes.

Desde ese momento, nos volvimos inseparables.

Fui una estúpida al pedir a Emmett que me besara en el baile del conde Doncaster. Estaba tan loca por Marion que pensé que tal vez la presión de la temporada había deformado mi sentido de la realidad y estaba imaginando la intensidad de mis sentimientos por ella. Empujé a Emmett a un salón y le pedí que me besara.

—¿Por qué? —preguntó con ojos amables. Siempre había sido excepcionalmente apuesto.

—Necesito compararlo con algo.

Se acercó despacio, a regañadientes, pensándolo todo de más, como de costumbre. A Emmett y a mí se nos da bien besarnos, tenemos mucha práctica, pero aquel beso en el salón de los Doncaster me pareció vacío.

Me aparté, sonriendo.

—No he sentido nada.

Él también sonrió.

—Debería sentirme ofendido.

—Pero no es así.

—Me alegro por ti, espero que lo sepas. Haré todo lo que pueda por vosotras.

—¿Y qué pasa con Ivy? —le pregunté—. ¿Qué vas a hacer?

—No sé a qué te refieres. —Su voz se volvió distante.

Me encaminé a la puerta.

—Nosotros no hacemos eso. No empieces a mentirme ahora.

—Nunca va a haber nada entre Ivy Benton y yo. —Y el don de la reina me dijo que pensaba que estaba diciendo la verdad. No sentí

celos, tan solo tristeza por él.

Esa noche, más tarde, le conté a Marion mi estúpido beso con Emmett y lo que me había confirmado. Ella deslizó un dedo por mi pierna y por fin me armé de valor para formularle la pregunta que quería hacerle desde la primera vez que la vi en el Desfile del Pacto:

—¿Hay motivos para que fingieras que no nos conocíamos?

Su dedo se detuvo. Me miró con los ojos marrones muy abiertos por la sorpresa.

—¿Qué?

—El primer día de la temporada, te presentaste como si no nos conociéramos.

—No nos conocíamos. —Rebuscó en su memoria con el ceño fruncido—. Lo recordaría, estoy segura.

Sabía que no mentía, me habría dado cuenta si fuera así. Me dolió que no se acordara.

Fue unos meses antes de que llegara mi padre a mi camerino y lo estropeara todo. Marion, su madre y su hermana estaban en un palco privado en la actuación de *La sílfide*. Su madre, una patrocinadora del ballet, llevó a sus hijas entre bastidores después de la representación para conocer a algunas de las bailarinas.

Marion parecía muy segura, eso fue lo primero que noté de ella. Tenía la cabeza alta, como si supiera que era una persona importante. Me incliné cuando conocí a su familia y su madre me sonrió con calidez.

—Oh, no hay necesidad —dijo.

La hermana de Marion hablaba mucho, pero Marion apenas dijo una palabra, tan solo me miraba con sus ojos inteligentes.

—Ha sido un placer conocerla —dijo con una voz más suave de lo

que esperaba.

—Igualmente, lady Thorne. —Y entonces se fue. No la volví a ver hasta el Desfile del Pacto, donde se presentó. Había sido una ilusa al pensar que se acordaría, por muy importante que resultara para mí.

—Me acordaría si te hubiera conocido —repite.

—En el ballet, con tu madre y tu hermana.

—No he ido al ballet desde que era una niña.

—No es verdad, viniste el pasado otoño a *La sílfide*. Yo hacía el papel de bruja.

Marion se sienta y se lleva la cabeza a las manos.

—¿Qué más sucedió?

—Mantuve una conversación educada con tu familia mientras tú me mirabas, completamente en silencio.

Marion gruñe, avergonzada.

—No, me pareció encantador. —Me rio—. Te hice un cumplido sobre tu colgante, que intentaste quitarte para dármelo. Yo decliné con amabilidad, pero al día siguiente estaba en mi camerino, envuelto con un lazo. Lo llevaba puesto el día del Desfile del Pacto, pero ni siquiera me recordabas, así que no volví a ponérmelo por vergüenza. Lo tengo arriba.

Marion me mira con lágrimas en los ojos.

—Ya sé lo que me quitó.

Me siento a su lado y poso la cabeza en su hombro.

—¿Qué?

—La reina Mor, mi pacto. Cambié mi recuerdo más feliz por talento para escribir. Faith, haberte conocido debe de ser mi recuerdo más dichoso.

Estaba diciendo la verdad.

Aparto el recuerdo de la mente y vuelvo al salón de la casa Caledonia, donde estoy sentada con Ivy Benton a mi lado con los labios hinchados, como si acabara de besar a alguien.

Ivy siempre está mintiendo. Seguro que es cosa de Emmett. Por eso tuve que irme de la habitación que compartía con ella a la de Marion. No lamento ahora la decisión, aunque Marion me vuelva loca al quedarse toda la noche despierta, escribiendo en sus cuadernos sin cesar.

Me siento un poco culpable por que Ivy crea que no me gusta por sus sentimientos por Emmett. De verdad creo que Emmett y ella hacen una buena pareja. Qué desafortunado que sea imposible que puedan estar juntos.

Parece que solo la determinada y en absoluto romántica Ivy Benton ha sido lo bastante fuerte para escalar los mil metros de los muros del corazón sensible de Emmett. No sé si es consciente de lo entregado que está él con ella. Nunca me ha mirado a mí como la mira a ella, ni siquiera parecido.

Eso fue parte del problema que tuvimos Emmet y yo. Él nunca fue lo bastante pragmático para mí. Marion es puro pragmatismo. Debajo de su colchón tiene un horario de los barcos que salen de Londres a puertos de todo el mundo. Por la noche, le echamos un vistazo y soñamos con lugares a los que podríamos ir juntas. Al lado del horario hay manuscritos a medio terminar y listas de editores con los precios que pagan por palabra cuando estén terminados.

Es fácil dejar Inglaterra. La reina Mor se enorgullece al decir a sus súbditos que no somos sus prisioneros. Pero regresar será complicado. Una vez que nos vayamos, los puertos quedarán cerrados legalmente para nosotras para siempre.

El último día antes del anuncio de la ganadora por parte de la reina se asemeja a la quietud antes de que una tormenta se aproxime por el horizonte. Ninguna sabe qué decir. Preparamos nuestros baúles mientras Emmy y Olive hacen bromas; todas nos iremos de esta casa, independientemente de cuáles sean los resultados de mañana.

Anoche hicimos los cálculos, reunidas en torno a la chimenea de la sala de estar. Ivy Benton va ganando por poco con una puntuación de tres coma tres. Marion y Emmy están empatadas con un tres coma seis, y Olive y yo estamos empatadas con un cuatro. La reina no ha dicho en ningún momento que nuestras calificaciones vayan a determinar a la ganadora, así que podría ser cualquiera.

Si somos Marion o yo, huiremos.

Espero que sea Olive, por su bien y por el de Bram. Ha estado dando vueltas por los pasillos, repitiendo que las puntuaciones podrían no significar nada, que no importa que vaya perdiendo.

Esperamos durante todo el día, pero no viene ningún criado a buscarnos. Nadie tiene ganas de comer, a pesar de que Olive trae bandeja tras bandeja de dulces, *scones* y pudines de la cocina. Cuando pensamos que ha terminado, llega con otra.

No es hasta que estoy en la cama cuando me despierta un criado.

—Venga conmigo, señorita.

Es la gran final. Oigo la orquesta llegando al último *crescendo*. Casi es hora de hacer la reverencia. No soy más que una intérprete experimentada.

# 29



Es pasada la medianoche cuando me despierto sobresaltada. Un sirviente me está sacudiendo el hombro con fuerza. Por un momento, siento que vuelvo a los sueños febriles de mayo, pero parpadeo a la luz repentina de su farol y comprendo que estoy despierta.

—Venga conmigo, señorita —me indica. No me da tiempo para vestirme, así que lo sigo, descalza y en camisón, por el suelo de madera.

La habitación está oscura, tan solo iluminada por la luz danzante de su farol, pero veo que la cama de Olive está vacía.

Miro a la habitación de Faith y Marion. Sus camas también están vacías, con las mantas por el suelo, como si se las hubieran llevado con prisas.

—¿Adónde vamos? —Me esfuerzo por mantener la voz firme.

No responde.

El rocío de la hierba está frío en las plantas de mis pies. El viento me levanta el pelo suelto por la cara, pero no tengo lazo para recogérmelo.

El Palacio de Kensington está a oscuras, sumido en el sueño, pero el criado me conduce por la escalera principal hacia el salón del

trono, donde la reina Mor me espera. Me acuerdo del Desfile del Pacto, de subir estas mismas escaleras con mi madre a mi lado. Entonces también estaba asustada, pero ahora soy mucho más valiente.

—Lady Ivy. —La reina Mor me saluda con una sonrisa serena—. Siempre aguardo con ganas nuestro tiempo juntas. —Está perfectamente vestida, como siempre, con un vestido negro de encaje y perlas en el cuello.

No quiero que sepa que tengo miedo.

—Yo también, señora.

—Me gustaría que nuestra reunión tuviera lugar en unas circunstancias más felices. Te he llamado para comunicarte la noticia de que has perdido.

—Disculpe… —tartamudeo.

—Has perdido. No has sido seleccionada como esposa de Bram. Se acabó.

—Pero voy ganando —murmuro como si fuera una pregunta. ¿No iba ganando? ¿No era para eso el sistema de puntos?

—Mi decisión es definitiva.

—¿Mi familia se quedará sin títulos y tierras?

—No tengo planes de ello por el momento, pero siempre me reservo el derecho a cambiar de opinión. —No es tanto un alivio, pero es algo.

Me inclino una vez más, demasiado aturdida para hacer otra cosa.

—Entonces le agradezco su tiempo y hospitalidad, Su Majestad. Por favor, felicite al príncipe de Gales de mi parte por su compromiso.

Salgo del salón del trono como si estuviera caminando en sueños.

Ni siquiera pienso en preguntar quién ha ganado. Probablemente Olive. Quién sabe. No importa.

He fallado y sé qué tengo que hacer a continuación.

El lacayo me acompaña escaleras abajo hasta la entrada del palacio. Esperando, con la puerta abierta, hay un carruaje negro brillante.

—Han preparado sus cosas —me informa.

—Voy a vomitar —respondo. El criado abre la boca y la cierra, como si el protocolo real no le hubiera ofrecido un guion para responder a algo así.

Me llevo la mano al vientre.

—Por favor, disculpe. —Corro a un lateral del edificio, como si fuera a vomitar en los arbustos, pero en el último segundo giro la esquina a toda velocidad y subo la colina que lleva al invernadero.

Oigo pasos detrás de mí, pero soy rápida y está demasiado oscuro para que vea bien. La puerta del invernadero se cierra cuando entro y me recibe la humedad cálida de los árboles.

Corro por los túneles y cruzo el panel falso de la habitación de Emmett sin aliento y sudada. Dentro se está oscuro y en silencio, con solo las ascuas casi apagadas del fuego y la respiración de Emmett y Cerdo. Emmett se despierta en cuanto entro y se sienta.

—¿Ivy? —pregunta, adormilado, y se pasa una mano por el pelo desordenado por el sueño.

—Pensaba que te habías ido. Oí que te habías ido. —Tengo la garganta cerrada por las lágrimas que trago. No creía que fuera a estar aquí, pensaba que podría sentarme delante de este fuego que una vez encendimos juntos, si tenía suerte. Solo necesitaba un momento para respirar antes de hacer lo que tenía que hacer a

continuación.

Emmett nunca ponía nada fácil.

Se frota los ojos para retirar el sueño. Tiene el torso desnudo y se le ve la clavícula rota.

—¿Estás bien?

—Sí. —No sé si es mentira o no.

—Pareces un fantasma.

—¿Por qué te fuiste? —«De mi lado». Omito esa parte. «¿Por qué te fuiste de mi lado?».

Gruñe y se incorpora más.

—Porque no creo que sea lo bastante fuerte para quedarme y ver cómo ganas.

—¿Por qué has vuelto?

—Porque no era lo bastante fuerte para mantenerme alejado.

—Creía que no te gustaba —resuello.

Se aparta lo suficiente para mirarme directamente a los ojos.

—¿Gustarme? Ivy Benton, estoy obsesionado contigo. Me va a matar.

Desciendo al borde de su cama, demasiado lejos como para tocarnos, pero lo bastante cerca para sentir su calor.

—Me tomas por alguien de resolución fuerte —comenta.

—Emmett, por favor. —No puedo abandonar el deseo masoquista de sentir algo, aunque sea dolor.

Respiro de forma entrecortada. Quiero que se incline, que me acerque a él, que haga algo más que mirarme como si supiera que puede destrozarme.

Aparta la mano, como si le quemara.

—No puedo tocarte.

Me arde la cara de vergüenza.

—¿Porque soy de Bram? ¿Porque somos amigos? ¿Porque soy la única lo bastante ilusa para pensar que aquella noche en la posada significó algo?

Sacude la cabeza casi de forma imperceptible y se inclina hacia mí.

—Porque si empiezo a tocarte, no creo que pueda parar.

Frunce el ceño cuando por fin mira mi camisón blanco de gasa.

—Me ha sacado de la cama en mitad de la noche —explico—. Acabo de ver a la reina. He perdido.

—¿Qué?

—Tenemos que… —Pero antes de poder acabar, de decir «buscar a Bram», me rodea la cintura con los dedos, tira de mí y, con un movimiento fluido, pega los labios a los míos.

Pienso en lo que había antes, no en lo que vendrá después.

Y le devuelvo el beso.

Introduce la lengua entre mis labios y abro la boca, acepto todo lo que me ofrece. Me aferra el pelo del cuello y tira de mí, como si no pudiera estar lo suficientemente cerca.

—No soy lo bastante fuerte para estar bajo el mismo techo que tú —confiesa en mi boca—. Me mata la idea de no poder tenerte.

Suspiro.

—Ahora me tienes.

Rueda y me encierra con los brazos. Tira de los lazos de mi camisón.

Me toma las dos manos con las suyas y las aprieta contra su pecho, justo sobre el esternón, donde noto el latido de su corazón.

—Podríamos estar juntos, Ivy.

—Ese no es el plan —murmuro. Sería muy fácil abandonar—. No

podré casarme nunca.

—No me importa. Huiremos. Diré a todo el mundo que eres mía. Lo gritaré desde los tejados de todo el mundo.

Por un momento, nos imagino en la cubierta de un barco, con gotas de agua del mar en el pelo, navegando a algún lugar, lejos de Inglaterra.

—Eres un príncipe.

Se pasa una mano por la mandíbula.

—Yo no pedí esto. Pero sí te estoy pidiendo a ti.

Lo miro a la cara. Ahí están esos ojos, los del sueño febril. No creo que pueda sudarlo nunca.

—No tienes que pedirlo. Ya soy tuya.

Me besa la sien, la esquina de la boca, las clavículas doloridas, la caja torácica. Me levanta el camisón, dejando a la vista las piernas. Besa el hueso del tobillo, la rodilla, la protuberancia de la cadera. Sube y sube, cada vez más arriba, hasta el lugar donde lo anhelo.

—Ivy —susurra en mi piel.

Le paso los dedos por el pelo oscuro.

—Emmett.

Acerco su cuerpo al mío, necesito fricción, necesito sentirlo.

Nunca antes había experimentado un deseo como este. Ahora entiendo lo que es la verdadera desesperación, la que podría conducir a alguien renunciar a partes de sí mismo. Emmett podría pedirme ahora cualquier cosa y yo se la daría sin dudar.

Sus manos, al rojo vivo, me recorren la espalda desnuda, vértebra a vértebra. Hinca los dientes en el espacio suave entre el cuello y el hombro con fuerza suficiente para producir escozor y luego alivia la herida con lametones suaves. Su boca asciende por la columna de

mi cuello hasta la oreja.

—¿Quieres parar? —pregunta contra mi pelo suelto.

—No. Te deseo.

Se aparta para mirarme. Respiramos los dos entrecortadamente y algo pasa entre nosotros sin necesidad de palabras.

—Nunca antes he deseado nada como te deseo a ti —suspira.

Ruedo y me pongo encima de él. Necesito mirarlo así, con los ojos anegados de deseo, con el pelo hecho una maraña sobre la almohada. Desciendo sobre él, hundiéndome hasta que conectamos por completo. Cierra los ojos de felicidad y echo atrás la cabeza para ajustarme a su cuerpo.

—Ivy —musita. No sé si es consciente de que está hablando en voz alta. Me muevo contra su cuerpo, agonizantemente despacio, pero no logro calmar el dolor, tan solo nos lleva a los dos más a la desesperación.

Emmett me quita el camisón con un movimiento rápido y me toma los pechos con las manos, cubriéndolos por completo.

—Ivy, Ivy.

Tan solo están esta necesidad abrasadora y Emmett por todas partes. Paso las manos por su pecho, por el pelo, tomándolo, y experimento una sensación palpitante, anhelante, una y otra vez. Me empujo hacia arriba con las rodillas, y luego hacia abajo, hasta que encontramos juntos un ritmo. Sus manos, necesitadas, me tocan por todas partes, y yo me arqueo sobre él. Nunca había estado tan expuesta, pero me siento más segura que nunca entre los muros de este palacio.

Ya ha hecho esto antes, aunque yo no, y tengo la vaga sensación de que debería molestarme. Pero nunca lo hemos hecho juntos, así

que es nuevo igualmente. Con cada jadeo y roce, hay descubrimiento.

Exhala un suspiro y me coloca debajo de él. Se mueve contra mí, dentro de mí, nuestros corazones laten desenfrenados, en sincronía. Por fin se estremece y los dos nos rompemos del todo. La sensación me consume hasta que ardo en llamas con él.

Por un momento, tan solo podemos mirarnos, jadeando, deslumbrados.

Lo amo. Se lo diré después, cuando recupere el aliento.

Me pega a su pecho sudado y me aparta el pelo de los ojos.

—¿Estás bien? No quería…

—Estoy perfecta.

Emmett me sonríe, sobrecogedoramente guapo.

—Lo eres.



Emmett me abraza durante un rato, pero no tengo mucho tiempo. Los criados me estarán buscando y no puedo dejar que me encuentren aquí.

Lo miro e imagino una vida en la que pudiera haber sido de él. Pero esta no es esa vida.

Es la hora. Tiene que ser la hora.

Abandono el calor de su cama y me dan ganas de robarle uno de sus jerséis, pero no puedo. Bram no puede saber que he estado aquí. No puede enterarse nunca de lo que ha pasado esta noche.

Emmett me mira mientras cruzo la habitación para recoger mi camisón del suelo.

—¿Ivy?

—No puedo quedarme —susurro. Rezo para que me deje marcharme. Una mirada más y me romperé.

—Bram. —Pronuncia la palabra como si le doliera.

—Bram —confirmo—. Debería ir a buscarlo ahora, antes de que nos descubran. —Aquí está. El plan B. He de albergar la esperanza de importarle lo suficiente para huir conmigo. Me dijo que haría cualquier cosa por mí.

El miedo y la culpa se acumulan en mi vientre y de pronto siento náuseas. Bram se merece algo mejor que esto. Es un joven bueno, confía en mí y me ha tratado siempre con respeto.

—Será un buen marido —señala Emmett con voz monótona.

—No soy lo bastante buena para él.

Espero que proteste.

—¿Y quién lo es? —replica sin más.

Me río por no llorar.

—Pero tú acabarás amando a Bram, sé que lo harás —añade—. Es paciente y bueno, y lo querrás como todos lo quieren. Y juro que no te guardaré rencor, pero tan solo diré esto una vez. Yo te habría amado. Te habría amado mucho.

—Lo sé. Lo sé. —Necesita escucharlo dos veces.

Vuelvo con él y tomo su mano caliente con la mía. Si todo va según lo planeado, esta será la última vez que lo toque. Emmett me mira.

—Será un infierno verte en sus brazos, imaginarte en su cama, pero miraré y arderé el resto de mi vida si esa es la única forma en la que puedo tenerte.

—Tú también encontrarás a alguien. —Ya odio a la chica sin rostro que imagino a su lado con un vestido blanco. Espero que sea

hermosa y lista, que no se parezca a mí.

Sacude la cabeza.

—Creo que siempre serás tú.

—No digas eso —murmuro—. Nunca te habrías fijado en mí. Yo habría sido otra fea en el baile.

Arruga un poco la nariz y niega con la cabeza.

—Te habría visto. ¿Quieres que te convenza para que no vayas? Porque lo haré. Me pondré de rodillas.

—No. Porque no cambiará nada. —Y sé que no es lo que quiere en el fondo.

Emmett me besa con dulzura una última vez.

—Está al fondo del pasillo. Tercera puerta a la derecha. Buena suerte.

Me acompaña a la puerta.

—Tengo que irme —susurro, pero sigue sosteniendo mi mano.

—Lo sé, lo sé.

Separa los dedos de los míos y se acabó.

# 30



Bram está dormido, respira con calma en mitad de su cama de plumas. Esta es la primera vez que estoy en su dormitorio y me tomo un momento para mirar a mi alrededor. A diferencia de los libros colocados por todas partes y la mesa abarrotada de Emmett, en la habitación de Bram todo está ordenado: los libros, los vasos junto a la ventana, los anillos en el tocador.

Agacho la cabeza bajo el dosel de la cama y apoyo una mano en su hombro.

—Bram. —Lo sacudo suavemente—. Bram.

Se despierta con un jadeo y parpadea varias veces.

—¿Ivy? ¿Qué haces aquí?

No me cuesta dejar que las lágrimas fluyan libres por mis mejillas en cuanto permito que la presa se rompa.

—Acabo de hablar con la reina —lloriqueo—. Me ha dicho que he perdido.

Bram se sienta, enfadado.

—Eso no es decisión suya.

—Han intentado expulsarme del palacio, pero me he escapado —resuello—. Tenía que verte.

Dejo que él imagine el resto. Bram querrá ser el salvador aquí. No

puedo alimentarlo con tanta facilidad.

—Pero yo quiero estar contigo —dice con urgencia—. Iba a elegirte a ti.

Me rompe el corazón escucharlo decir eso.

—¿Qué hacemos?

Sale de la cama y se pone a dar vueltas por la habitación.

—No puedo permitir que haga esto. Es mi vida.

—No es justo.

Cruza la habitación y me toma la mejilla con la mano.

—No voy a dejar que elija por mí. Yo ya he elegido. Te he elegido a ti.

Mi corazón roto da un vuelco.

—Ayer me dijiste que harías cualquier cosa por mí.

Veo el instante en el que aparece la idea. Sus ojos grises destellan.

—Podríamos irnos, casarnos en otro lugar. Después se verá obligada a aceptarte.

Finjo que dudo.

—Tengo miedo.

—No voy a permitir que te pase nada.

Me toma entre sus brazos y me besa apasionadamente. Siento el fantasma de Emmett por todo mi cuerpo, pero me ablando en sus brazos. Es lo peor que he hecho nunca.

Él es el primero en apartarse.

—Vete ahora, antes de que amanezca, y prepara una maleta. Iré a buscarte al amanecer.

—Te quiero. —No es del todo una mentira. Quiero quererlo, de verdad.

—Yo también te quiero. —Él no puede mentir. Por segunda vez

esta noche, mi corazón se rompe.



Aturdida, camino hasta Belgrave Square en camisón por las calles dormidas de Londres. Me siento una paranoica todo el trayecto y no dejo de girar la cabeza para asegurarme de que no me sigue nadie.

Me acuerdo de la noche que salí a buscar a Lydia, hace tantos meses ya.

La puerta trasera del servicio está sin cerrar con llave, como siempre. Llevo meses sin pisar esta casa y, aunque no ha cambiado nada, me siento muy distinta a la chica que era cuando estuve por última vez en este mismo punto.

Subo corriendo los escalones hasta mi cuarto y coloco una maleta sobre mi cama para llenarla de ropa para el viaje.

Me pongo mi vestido de viaje más aburrido, me trenzo el pelo y abro la puerta del armario para arrojar en la maleta varios vestidos. En el fondo del armario están mis botas de confianza, todavía llenas de barro del día que gané la Reina de Mayo. Mi madre me obligó a dejarlas aquí cuando me trasladé al Palacio de Kensington.

Las dejo junto a la puerta, preparadas para salir corriendo cuando llegue la hora.

Alcanzo de puntillas el estante de arriba y saco mi sombrero de paja de verano. Los lazos están atascados debajo de algo y tiro una vez, dos veces, y entonces me caigo hacia atrás. De repente llueven sobre mí docenas de hojas de papel que caen flotando como copos de nieve blancos y aterrizan en silencio sobre el suelo.

Tomo el que tengo más cerca y veo la cara de Bram mirándome.

Está dibujado con ceras en tonos pastel, pero el parecido es

innegable. La mandíbula cuadrada, el pelo aclarado por el sol, los ojos grises risueños.

Tomo otro, un dibujo a carboncillo de Bram sentado bajo un árbol.

Otro: un boceto a lápiz a lomos de un caballo.

Otro: un estudio de sus manos con un detalle angustioso.

Su perfil.

Sus ojos.

Su boca.

Debe de haber aquí cien retratos suyos.

La puerta de mi dormitorio se abre y aparece Lydia con su camisón blanco, rodeada de un brillo azul por la tenue luz de la luna.

Me quedo inmóvil, de rodillas, con los dibujos a mi alrededor.

Sus ojos se ajustan a la luz suave y mira el caos de papel que me rodea.

—Oh, no. —Cae sobre las manos y rodillas de golpe y se los lleva al pecho.

—No sirve de nada. Ya los he visto. —Mi voz suena distante. Apenas oigo nada con el golpeteo de mi corazón en los oídos.

—No es lo que piensas —susurra.

—No tengo ni la más remota idea de qué pensar.

Se derrumba en medio de los dibujos. Sus manos exhaustas los atraviesan, como si fuera una niña pequeña haciendo un ángel de nieve.

—He estado teniendo unos sueños desde que regresé.

—¿Sueños?

Toma uno de los dibujos con cuidado, un primer plano de la cara de Bram, y pasa el dedo índice por su oreja puntiaguda. El papel se arruga bajo la presión de la punta del dedo.

—Su cara es lo único que recuerdo.

—Has dicho que son sueños. No es lo mismo que recuerdos. —A lo mejor sí que ha perdido la razón, la parte frágil que la sostenía se ha roto por fin.

Baja la vista, demasiado avergonzada para mirarme.

—Ya lo sé.

Miro a mi hermana a la luz de la luna, su rostro se parece mucho al mío.

—Seguro que son solo sueños. —La cara de Bram está en los periódicos, las estatuas y los bares de toda la ciudad.

—¿Por qué estás en casa? —pregunta, como si acabara de caer en lo insólito de mi presencia aquí.

—Voy a huir con Bram. Vamos a fugarnos para casarnos.

—Oh —dice con voz débil—. ¿Eres feliz?

—Lo seré —respondo, esperanzada.

Mira mi maleta abierta y me ayuda a empaquetar. Echamos camisas, mi capa vieja y ajada, las perlas que me puse el día del Desfile del Pacto.

—¿Estás a salvo? —pregunta con preocupación.

—Probablemente no —contesto con honestidad—. Pero esta es mi única opción.

Me da un abrazo fuerte.

—Te quiero —murmuro—. Lo sabes, ¿verdad?

—Es casi lo único que sé.

La primera luz del amanecer ha comenzado a colarse por las ventanas, pintando mi habitación de un tono gris perla.

Nos sobresaltamos las dos al oír un golpe en la puerta de entrada. Tomo la maleta de la cama y la cierro lo más rápido que puedo. Me

calzo las botas.

—Dile a mamá y papá que enviaré noticias pronto. No te preocupes, todo irá bien.

Bajo corriendo las escaleras y abro la puerta. Espero ver a Bram, pero, en cambio, me encuentro a un lacayo con la librea azul del Palacio de Kensington.

—Su Majestad solicita una audiencia.

Se me hiela la sangre. Ha debido de descubrirnos. Va a matarme por esto, igual que mató a Greer.

—No. —Intento cerrar la puerta, pero el criado la bloquea con la punta de la bota pulcra.

—¿Ivy? —Lydia me llama desde lo alto de las escaleras, pero no es lo bastante rápida.

—¡Lydia! —grito—. Dile a Emmett…

Los brazos del criado me rodean con fuerza, me levanta del suelo y me lleva al carruaje.

Lydia nos persigue hasta la puerta, pero se queda tras el polvo del carruaje, tosiendo, mientras nos alejamos.

—Por favor —suplico al hombre en el trayecto hacia el palacio—. Haré cualquier cosa. —Ni siquiera me mira.

Son necesarios dos hombres para sacarme del carruaje y llevarme al palacio. Me resisto a cada paso del camino. Los criados permanecen en silencio y estoicos mientras hinco las uñas en sus antebrazos. Araño la mejilla del que está a mi izquierda y le dejo una marca larga y ensangrentada. Pateo las rodillas del otro y se cae al suelo de tierra. Si la reina va a matarme, no me rendiré sin pelear.

Pero llegan más formando una marea infinita. Al final me toman entre cuatro, uno para cada brazo y cada pierna, y me suben por las

escaleras mientras sacudo el cuerpo.

—¡Bram! —chillo—. ¡Emmett!

Pero mis llamadas resuenan en el techo de cristal. Nadie viene a buscarme.

Los lacayos me lanzan al salón del trono y cierran la puerta a mi espalda. Aterrizo con fuerza de rodillas y miro hacia arriba, a través del pelo enredado y las lágrimas de frustración.

La luz dorada de la mañana entra por las ventanas altas y proyecta arcoíris desde los diamantes de la tiara de la reina.

La reina Mor tiene la falda desplegada a su alrededor y está sentada en el filo del trono, inclinada hacia delante, como si me esperara impaciente.

Está sonriendo. Sus caninos afilados están completamente a la vista. Tiene un hoyuelo, igual que su hijo. Es la primera vez que sonríe lo suficiente para que lo vea.

—¡Lady Ivy Benton! —exclama con alegría—. ¡Enhorabuena!

# 31



Me levanto del suelo con las rodillas ensangrentadas por el roce de la alfombra.

—¿Disculpe?

Baja del trono y cruza la habitación alfombrada para darme un abrazo incómodo. Es como si nunca antes hubiera abrazado a nadie. Resulta demasiado apretado. Demasiado duro. Huele a lirios marchitos.

Se aparta con ambas manos sobre mis hombros y suspira.

—No se lo digas a Bram, pero siempre he deseado una hija.

—Perdóneme, Su Majestad, pero estoy confundida.

—Bram va a ponerse muy contento. Siempre has sido su favorita.

Se me acelera el corazón y el suelo se inclina bajo mis pies.

—Pero he perdido.

Ella sacude la cabeza.

—Fue mi último bocado de diversión. Lo has superado con honores. Deberías de haber visto a las otras. Olive suplicó. Emmy se quedó ahí, parada. Faith intentó llorar, pero apenas pudo derramar una lágrima. Marion se rio, y eso me molestó más. Qué joven más extraña ha resultado ser. —Hace una pausa—. Pero tú. Tú fuiste la imagen de la dignidad. Justo como ha de ser una princesa.

Me levanto, todavía impactada, como si saliera flotando de mi cuerpo. Está hablando tan rápido que apenas puedo seguirle el ritmo.

—Bram te propondrá matrimonio esta noche, en el baile de los Kendall. Seréis la comidilla de la ciudad. Celebraremos el enlace aquí, por supuesto, en el solsticio. Tienes una hermana, ¿correcto? Podemos nombrarla dama de compañía si lo deseas, pero yo escogeré a las demás.

—Yo… ¿he ganado? —Sigo sin convencerme de lo que está diciendo.

—Espabila, por favor.

Me acuerdo de la primera noche de la temporada, cuando Emmett me llevó a aquella habitación en el baile y me dijo: «Si dejas que te ayude, podrías ser reina, Ivy Benton».

—Tan solo hay un asunto por determinar —prosigue—. El tema de tu pacto.

—No hice ninguno, señora.

Chasquea la lengua.

—Ese es el problema. He vivido mucho tiempo y trato de aprender de mis errores. Me casé con mi esposo más reciente sin que él hubiera hecho un trato. Usó ese pacto para el beneficio del hijo de otra mujer y me ha guardado rencor por ello durante el resto de nuestro matrimonio. No puedo permitir que eso le pase a Bram. Has de hacer un trato y entonces podremos proceder. —Me mira con cautela y ladea la cabeza—. Podría arreglarte el cabello. Convertirte en un prodigio del croquet. Podemos hacer algo baladí, quitárnoslo de encima.

—Oh…

Una tormenta atraviesa su rostro y me dirige una mirada tan cargada de veneno que la luz de la habitación se atenúa.

—A menos que desees otra cosa. —Su tono es inquietantemente dulce, como la fruta prohibida.

—No sé a qué se refiere.

—Solo te preguntaré esto una vez, lady Ivy, y después olvidaremos el asunto para siempre.

—De acuerdo. —Me tiembla la voz.

—¿Preferirías tener al príncipe Emmett De Vere?

Me quedo paralizada, sin sangre en las venas.

—¿Perdón?

—No soy ajena a lo que sucede dentro de los muros de mi palacio. He notado cierto… afecto entre los dos. ¿Preferirías tenerlo a él? Bram merece una esposa que se entregue por completo a él. Mi hijo tiene un gran corazón. No estaría bien que se lo destrozaran las personas a las que más quiere.

Alguien llama a la puerta que hay más cerca del trono. La reina Mor y yo nos quedamos calladas. El príncipe consorte Edgar está apoyado en el vano. Tiene unas lentes sobre la nariz y un libro en la mano.

—Solo quería informarte de que el desayuno está servido, querida. No pretendía interrumpir. —¿Es una coincidencia que haya vuelto?

—Iré enseguida —responde ella. Observo al padre de Emmett salir por la puerta y sé de inmediato qué he de hacer.

—No —respondo con decisión. Extirpo mi mente del cuerpo. Floto hacia arriba, al techo pintado, para no sentir mi corazón agrietarse con tanta fuerza como si se me rompieran las costillas—. Emmett y yo solo somos amigos. Me ha estado ayudando a conocer a Bram.

La reina me mira de arriba abajo. No sé si me cree.

—En cuanto al asunto del trato —prosigo—, necesito tiempo para pensarlo. ¿Me concede una hora?

—Supongo que el té está listo y esto me dará tiempo para bebérmelo. —Asiente con la cabeza—. Nos vemos en una hora, lady Ivy.

Leí en una ocasión en un libro que, si un tiburón deja de moverse, muere. Ahora me siento así, como si mi corazón fuera a dejar de latir si dejo de caminar y considero lo que acabo de hacer.

Bajo las escaleras, salgo por la puerta y subo al mismo carruaje que me ha traído hasta aquí.

—Savile Row —indico al cochero.

El lacayo me ayuda a apearme del carruaje, con la cara todavía ensangrentada por mi arañazo, pero no muestra emoción alguna. Le pido al cochero que espere.

—No tardaré.

Las tijeras afiladas del sastre se deslizan por un rollo de *tweed* gris. La tienda huele a aceite de máquina de coser y a lana cálida. El hombre para cuando entro.

—Lady Ivy, un placer. Su pedido está listo. ¿Le gustaría examinarlo o se lo envuelvo?

—Envuélvalo, por favor. Gracias.

Doy gracias por haber tenido la previsión de haber encargado el abrigo hace semanas, en un día libre entre las clases de la vizcondesa Bolingbroke. En ese momento, me imaginaba entregándoselo a Emmett como una broma, para conmemorar el final de la temporada.

Con el paquete en la mano, vuelvo a subir al carruaje y regreso al

palacio. Una hora no es mucho tiempo y tengo mucho que decir.

La casa Caledonia parece una casa encantada sin nosotras seis dentro. Entro en la sala de estar y puedo vernos, como fantasmas, sentadas alrededor del fuego.

Pero ahora estoy sola y tengo que ser fuerte.

Hay una pluma y pergamino en un pequeño escritorio junto a la ventana. Me siento en la silla dura de madera, mojo la punta de metal en la tinta oscura y la arrastro por la página.

No puedo hacer nada mejor, tan solo esperar que esto le haga entender.

Las lágrimas caen por mi cara y cuello al escote del vestido mientras escribo, pero no dejo de hacerlo. No tengo tiempo.

Cuando he terminado, doblo la carta y la coloco bajo el lazo de la caja del sastre.

Tan solo me quedan unos minutos, así que vuelvo con prisas al palacio, le entrego la caja a un criado y le pregunto si puede llevársela a Emmett. Voy corriendo, una huida torpe con pies pesados, pero será una despedida sin sangre.

Jamás habría existido otro final para nuestra historia. Ahora lo veo.

Entro de nuevo al salón del trono y me agacho con las manos en las rodillas, jadeando.

—Y bien, ¿qué has decidido? —pregunta la reina.

Me aparto un mechón sudado de la frente y tomo aliento.

—Quiero olvidar al príncipe Emmett.

# *PRÍNCIPE EMMETT DE VERE*



Alguien llama a la puerta, pero no me molesto en salir de la cama. El reloj dorado de la repisa me indica que son más de las nueve, pero no me he movido desde que Ivy se marchó al amanecer.

No dejo de reproducirlo en mi cabeza en bucle: su piel pálida en la oscuridad, su aspecto debajo de mí, deshecha. Me ha dejado que la toque como tanto he deseado desde aquella noche en la posada. Desde antes de eso, si soy sincero conmigo mismo.

Tuve que mantener los puños pegados a los costados para contenerme y no devorarla mientras gimoteaba en sueños y me rodeaba con los brazos y las piernas. Pensaba que eso era una tortura, pero ahora sé que no sabía nada acerca del dolor, ni de lo mal que me iba a ir.

Si fuera un hombre mejor, como Bram, me sentiría culpable o avergonzado por lo que hicimos anoche, pero yo no soy bueno y no me avergüenzo.

Ojalá pudiera revivir lo de anoche para siempre, nada más que eso, tan solo Ivy en un bucle infinito. Hubo un hombre que hizo un pacto para conseguir algo así hace años. Acabó volviéndose loco y arrojándose al Támesis.

Bram entra en habitación, como hace siempre. El temor me

atenaza el vientre al verlo. Ivy y él deberían de estar ahora de viaje.

Me saluda.

—Tan productivo como siempre, por lo que veo.

—¿No tendrías que comprometerte mañana? —pregunto con toda la indiferencia que puedo. Mi voz suena ronca. Tengo a mi lado un lazo olvidado del camisón de Ivy. Lo escondo con prisas bajo la colcha, antes de que lo vea.

Bram descorre las cortillas y baña de luz la habitación. Entorno los ojos y gruño.

—De eso he venido a hablar. Menuda mañana he tenido. —Se sienta a mi mesa y coloca las botas encima de los papeles.

—Odio que hagas eso.

—He recibido una visita de Ivy Benton antes del amanecer.

—Ah, ¿sí? —Finjo sorpresa, pero me dan ganas de vomitar. Su rostro aparece en mi mente, su cuerpo encima del mío, su piel de porcelana en la oscuridad.

La quiero. Debería habérselo dicho.

Bram sonríe un poco.

—Me ha contado que mi madre le ha dicho que ha perdido. Típico de mi madre, siempre con sus jueguecitos de poder.

—¿Qué le has dicho tú? —Estoy desesperado por tener más información. ¿Dónde está Ivy? ¿Se encuentra a salvo?

—Le he pedido que se fugue conmigo para casarnos. ¿Con quién iba a casarme, si no? ¿Con Olive, que está tan obsesionada conmigo que casi se ahogaba cada vez que hablaba con ella? ¿Con Marion Thorne, que se quedó literalmente dormida la única vez que intenté mantener una conversación con ella? Emmy era aceptable, pero hay algo especial en Ivy, aunque no estés de acuerdo.

—Pero aquí estás, no te has fugado.

—Estoy llegando a esa parte. Estaba recogiendo mis cosas, preparándome para irme, cuando mi madre entró en mi habitación, algo muy poco propio de ella, y me dijo: «Será lady Ivy Benton, ¿te parece bien?». Le dije que sí, por supuesto.

El miedo me invade.

—¿Crees que sabía que planeabas huir?

Bram se encoge de hombros, despreocupado.

—Si es así, no dio muestras. Creo que solo quería su gran juego final, ya la conoces.

—Sí. —Las malditas hadas y su pasión por los juegos. Con Bram, son las interminables partidas de billar. A veces, se pone casi frenético y jugamos hasta el amanecer. Los gustos de la reina son más sangrientos.

Debería estar feliz. Estoy consiguiendo todo lo que quería. En unas pocas semanas, si estoy en lo cierto, su reino habrá terminado y mi hermano bueno y razonable será rey.

Bram se levanta.

—En cualquier caso, he pensado que querrías saber que tu hermano preferido está comprometido. Te dejo dormir, tienes un aspecto deplorable. ¿Resaca?

—Sí. —Se parece. Estoy destruido.

Bram llega a la puerta, se agacha y me lanza una caja grande y blanca a la cama.

—Esto estaba en tu puerta.

—Gracias —respondo y cierra la puerta al salir.

Levanto la tapa y me encuentro un abrigo negro de lana pulcramente doblado y envuelto en papel de seda. Encima, debajo

del lazo, hay una carta con un solo doblez y mi nombre.

La desdoblo y empiezo a leer.

*Emmett:*

*Te quiero. No, no debería empezar así. Lo siento. Lo siento mucho. Tan solo me queda desear que un día lo comprendas. Si no es así, entonces solo puedo desear que me odies. Sería más sencillo si me odiaras. Por favor, ódiame.*

*Esta mañana recibí la noticia de que voy a casarme con Bram.*

*Parece que el anuncio de que había perdido era solo otro de los juegos de Mor. Mañana me propondrá matrimonio y diré que sí.*

*Por favor, créeme cuando te digo que me dieron ganas de salir del salón del trono gritando. Que quise correr a reunirme contigo. Lo deseaba más de lo que he deseado nada nunca.*

*Pero esto es más importante que nosotros dos. Si huyéramos, podríamos acabar con nuestra única oportunidad de derrocar a la reina Mor. Estoy haciendo esto por Greer. Por mi hermana. Por Eduart. Pero, más que nada, estoy haciendo esto por tu padre y por ti.*

*Bram merece una esposa que lo quiera, pero sé que nunca podría amarlo si compite contigo. Así pues, por fin sé qué trato voy a hacer. Cuando haya escrito esta carta, iré a pedir a la reina Mor que borre de mi cabeza todos los recuerdos de ti. Es la única oportunidad de que encontremos la paz. Sé que tú hallarás la felicidad con otra persona que no sea yo. Rezo por convertirme yo en la esposa que Bram merece.*

*En algún otro lugar, en otro tiempo y otro espacio, hay una versión de mí y una versión de ti con anillos a juego, acurrucados delante de un fuego, juntos. Tengo que creer que es verdad.*

*En otra vida, habríamos sido nosotros, pero no en esta.*
*No puedo tenerte como mereces.*
*Has de saber que te amo desesperadamente.*
*Y que lo siento.*
*Y que estoy haciéndolo lo mejor que puedo.*

*Ivy.*
*P. D.: Te debía un abrigo.*

Leo la carta dos veces más, tratando de comprender. Hasta que no la suelto no me doy cuenta de que he doblado las esquinas por lo fuerte que la estaba sujetando.

Tan solo hay un rugido en mi cabeza. Un temor ardiente, como si se hubiera incendiado un bosque, y no siento otra cosa que el instinto animal de correr.

Casi arranco la puerta de sus goznes al salir corriendo de mi habitación y bajar por las escaleras de mármol. Tengo que detenerla, si pudiera explicar…

Me detengo en el rellano de la segunda planta. ¿Voy al salón del trono o a la casa?

Oigo voces en el vestíbulo, el sonido de cascos cuando un carruaje se detiene.

Me aferro a la barandilla y bajo las escaleras de dos en dos.

Ivy y la reina Mor están de pie en medio del imponente vestíbulo. Ivy tiene el cabello rubio recogido en dos trenzas. Lleva un vestido gris sencillo y tiene la piel pálida cubierta de una luz moteada que se cuela entre las hojas del árbol que crece por la escalera.

Me quedo allí parado, jadeando, y las dos se vuelven hacia mí.

Hay en los ojos marrones de Ivy una mirada aturdida. Se muerde el labio inferior con los dientes y ladea la cabeza. Es tan hermosa

que casi me deja sin aliento.

Hace una reverencia apresurada.

—Su Alteza, es un placer conocerle al fin. —Hay algo extraño en sus dientes. Miro detenidamente y veo sangre entre los huecos. Aprieta los labios, cohibida, como si se diera cuenta en el mismo instante que yo.

No me puede mirar a los ojos cuando se mete un mechón dorado detrás de la oreja.

—Bram habla muy bien de ti. Esperaba que pudiéramos ser amigos.

Siento como si me hubieran disparado. Me miro el torso y me sorprendo al comprobar que está intacto. Las balas de mosquete no perforan. Lo hacen volar todo, convirtiéndolo en un desastre sanguinolento. Así me siento.

—¿Amigos?

Mor me mira y sacude la cabeza ligeramente. Si no la conociera mejor, podría pensar que siente pena por mí.

—Ivy… —digo entre dientes. No puedo evitarlo. Cada parte de mí desea acercarse a mi chica, tomarla entre mis brazos, besarla hasta que recuerde. Mis tripas están esparcidas por los frescos de la pared que tengo detrás y la única que sabe que estoy sangrando es Mor.

Ivy baja la mirada al suelo.

—Si me disculpa… —Vuelve a inclinarse y el criado la toma de la mano y la ayuda a bajar los escalones para ir al carruaje. Me deja ahí, congelado.

Mor se vuelve hacia mí.

—Es lo mejor.

—¿Qué le has quitado? —le pregunto, pensando en sus dientes

ensangrentados.

Ella suelta una risotada.

—Solo una muela. El propio pacto ya me parecía castigo suficiente. Pero encontrarás a otra chica de la semana y Bram será feliz. Todos ganamos, por lo que a mí respecta.

—Para ti es muy fácil decirlo. Siempre ganas.

Regresa al palacio y la sigo escaleras arriba, a nuestras respectivas habitaciones. Se detiene arriba y me mira con astucia, con esos ojos inquietantes suyos.

—Le ofrecí la opción de casarse contigo.

Las hadas no pueden mentir. Me encantaba eso de ellas, pero odio saber que me está diciendo la verdad.

Ivy, tan imprudente y desinteresada. Tan solo me hace quererla más.



No duermo en las siguientes veinticuatro horas.

Paso cada minuto en la biblioteca, sacando libro tras libro de las estanterías, esperando encontrar una nueva pista, algún mensaje de mi padre.

Es una agonía, como una herida infectada, saber que está bajo el mismo techo que yo y que no podemos hablar. ¿Qué haremos cuando los tratos queden rotos? Espero que mi padre lo sepa, porque yo no tengo ni idea.

Nunca antes he sido tan temerario. Normalmente soy meticuloso para no dejar rastro, no sea que la reina se entere, pero ya no me importa. Las estanterías están casi vacías y me encuentro en un mar de libros abiertos esparcidos por la biblioteca.

Al fin, en un libro de poesía medieval, encuentro una serie de líneas a lápiz, cada una subraya una nueva letra. PRONTO.

Tan solo he conocido el amor por medio de códigos y cosas a medio decir. Ivy dice siempre exactamente lo que piensa. Ojalá yo pudiera ser más como ella en lugar de estar constantemente mordisqueando las cuerdas que he atado a mi alrededor.

«PRONTO».

Tendrá que ser pronto o la habré perdido para siempre, y no soy lo bastante fuerte para soportar eso.

Pienso en mi padre, en algún lugar de este mismo palacio, pero lo siento más lejos que nunca. No puedo evitar pensar que le estoy fallando, a la misión, a toda Inglaterra. Ivy iba a ser un medio para un fin, no una debilidad que no podía permitirme. Pero ahora sé que el truco del amor es que no sabes que lo sientes hasta que es demasiado tarde.

Al día siguiente, Bram entra en mi habitación mientras me preparo para el baile de los Kendall al que sé que no debería asistir. Debería dar las mismas excusas de siempre y emborracharme hasta no recordar mi nombre en algún pub de mala muerte del East End. Le pido a mi ayuda de cámara que salga cuando entra mi hermano.

Bram se sienta en la silla, en frente de mí, con la cara tensa y llena de preocupación.

—¿Vas a contarme por qué le has pedido a tu ayuda de cámara que recoja tus extractos bancarios?

—Debería despedirlo por difundir chismes.

—No son chismes, es una preocupación válida.

—Siempre me estás animando para que sea más responsable.

Bram suspira.

—Por favor, no me digas que planeas apostarlo.

—Tienes que gastar dinero para ganar dinero —respondo con una sonrisa que sé que hará que se suba por las paredes.

—No eres tan divertido como te crees.

—Yo me estoy riendo.

Bram me pasa un fajo de papeles del banco. Una rápida mirada a los extractos confirma lo que sospechaba. Mi estipendio de la Corona es, básicamente, cero, pero tengo suficiente herencia por parte de la familia de mi madre como para irme con Ivy a cualquier lugar del mundo, ofrecerle la clase de vida que merece y dejar el resto a su familia.

Pedí los extractos hace una semana, pero iba tarde. Ahora creo que iré solo a algún lugar donde no tenga que ver a Ivy al lado de Bram cada día.

—Por favor, no me digas que estás pensando en hacer una estupidez —gruñe Bram.

—Jamás en mi vida he hecho una estupidez. —Sonrío, a pesar de que duele.

Bram se saca una cajita verde de piel del bolsillo de la chaqueta y la abre. Dentro hay un diamante de talla rosa engastado en una estrecha banda de oro.

Se me revuelve el estómago.

—¿No es hermoso?

—Le va a encantar —digo con sinceridad.

Bram guarda la cajita del anillo.

—Has estado de un humor de perros. ¿Es otra vez por Faith Fairchild? Es toda tuya si la quieres. Yo no le veo el atractivo. Es mezquina. La única vez que intenté besarla, me mordió, pero sé que

tenemos gustos diferentes.

Lo miro por el espejo y fuerzo una sonrisa. Se ve poco natural en mi cara, con las manchas oscuras bajo los ojos y el pelo demasiado largo.

—Vendrás esta noche, ¿no? —me pregunta.

Si tuviera el más mínimo sentido de la supervivencia, no iría, pero no puedo mantenerme alejado. Mi padre solía decirme que era un experto en herir mis propios sentimientos. «Nadie te tortura como tú mismo, mi querido niño», murmuraba mientras me vendaba las rodillas peladas. Por entonces no entendía lo que quería decir, pero ahora sí. No ha habido nunca una herida que no me pinche para asegurarme de que sigue sangrando.

—Por supuesto. No me perdería la fiesta de compromiso de mi hermano favorito por nada del mundo.

La casa Kendall está plagada de velas y rosas frescas. Hemos llegado lo bastante tarde para que me resulte sencillo colarme entre la gente y encontrar un rincón en el que desaparecer.

La banda de música deja de tocar y la multitud se abre cuando Bram llega al centro con Ivy de la mano.

Lleva un vestido rosa claro y perlas en el pelo. La luz del fuego se refleja en ella y parece sacada del paraíso. Pero en el filo del vestido, donde el cuello se encuentra con el hombro, está el tono amarillento de un morado que está sanando. El que le dejé aquella noche.

Nunca volveré a tocarla. La comprensión me golpea de lleno.

Bram hinca la rodilla. La mira con tanto amor que lo propaga por todo el salón. Ivy se ruboriza, sonríe y se lleva las manos al pecho.

Son felices. Debería bastar, pero nunca he sido una persona desinteresada. Debería ser yo, es todo cuanto mi cerebro unidireccional puede pensar. «Debería ser yo. Debería ser yo. Debería ser yo».

No puedo. Al final, no soy lo bastante fuerte para mirar.

Me abro paso entre la gente cuando comienzan los aplausos y llueven pétalos blancos de rosa de los travesaños. Todos están demasiado distraídos para verme salir por una puerta lateral a la noche. Alzo la cabeza al cielo e intento recuperar el aliento. Está lloviendo. Siempre está lloviendo en este condenado país.

Vomito champán en los rosales de los Kendall. Me arde la garganta como el demonio y se me llenan los ojos de lágrimas, o tal vez ya estaba llorando. No lo sé con seguridad.

Oigo pasos detrás de mí, levanto la mirada y veo a un testigo de mi vergüenza.

Es Faith Fairchild, con el rostro marcado por la preocupación. He visto a Faith en una docena de habitaciones diferentes, en medio de la noche y durmiendo hasta media mañana. La he visto tan enfadada que me ha arrojado un vaso a la cabeza. Pensaba que la había visto en cualquier situación, pero nunca la había visto así.

—Emmett. —Tiene la voz cargada de pena—. Siempre iba a acabar así.

Pero Ivy ya era mía en mi cabeza.

—Te estás mojando —respondo. La lluvia le cae por la cara. Tiene el pelo destrozado.

—No me importa. Me importas tú.

Se acerca a mí como si yo fuera un animal feroz que pudiera morderla. Posa una mano enguantada sobre mi hombro.

—La quieres, ¿verdad?

—Ya no importa.

—Por supuesto que sí.

Me derrumbo en su hombro, incapaz de contener los sollozos que sacuden mi cuerpo. No he llorado desde que mi padre me abandonó. Lo odio. Preferiría vomitar.

Ella no me acaricia la espalda ni me susurra al oído. Me abraza con fuerza y me sostiene hasta que dejo de temblar.

Estamos los dos calados hasta los huesos, aunque no importa. No voy a volver a la fiesta.

Faith entra un momento para buscar a Marion y, juntos, los tres, subimos a un carruaje para regresar al Palacio de Kensington.

—¿Quieres que te enumere las peores cualidades de Ivy? —se ofrece Faith—. ¿Te sería de ayuda? Respira muy fuerte cuando duerme. Me daban ganas de asfixiarla.

—Creo que no estás ayudando, querida —susurra Marion.

Faith se niega a dejarme solo. Les ofrezco a Marion y a ella mi cama y yo duermo en el sillón, junto al fuego. Me quedo allí tendido toda la noche, pensando en Ivy con cada lluvia de chispas.

Bram resplandece de felicidad a la mañana siguiente y durante toda la semana. Debería marcharme. Debería excusarme y beber hasta quedarme traspuesto en la casa de caza de algún lord, como he hecho cada vez que mi vida se ha complicado. Pero no soy capaz. «¿Y si me necesita?». Ese es el pensamiento que me pasa por la cabeza cada vez que me dispongo a pedir un carruaje para escapar.

Estamos probándonos unos trajes nuevos cuando mi hermano me hace la pregunta que tanto he estado temiendo. Al final, la respuesta sale fácil.

—Claro que seré tu padrino de boda.

# 32



No llueve el día de la boda, todo un milagro.

Nos recoge un carruaje de palacio a mi madre, a Lydia y a mí a media mañana y nos lleva a la casa Caledonia, donde nos vestiremos para la boda.

—¿No se supone que la lluvia trae buena suerte? —pregunto, desplomada contra el asiento de terciopelo.

—¿Qué más suerte podrías tener? —repone Lydia.

Paso la lengua por el hueco de la encía, donde tenía el molar izquierdo superior. Mi madre me dice que no haga caso tampoco de eso, pero no puedo parar de tocarlo, como si fuera una piedra calmante.

He dormido en la habitación de Lydia las dos últimas semanas. A nuestros padres les parece dulce que aprovechemos nuestros últimos días juntas, bajo el mismo techo, pero la verdad es que me gusta que también ella siga despierta en mitad de la noche.

No se me escapa la ironía de nuestra situación. Todo el tiempo que he pasado enfadada con ella por el pacto que no podía recordar y ahora yo he hecho lo mismo.

Lydia no se burla de mi pacto. Siempre ha sido mejor persona que yo.

—Parece que somos las dos igual de bobas —dijo solamente y casi me hizo reír.

Hoy es el solsticio de verano, el día más largo del año. Un inicio favorable para lo que será un matrimonio largo y feliz. Está en todos los periódicos, mi descripción aparece en cada portada de Londres. El titular ya no es **LAS SEIS**, sino **LA ELEGIDA**.

Han bordado mi cara en servilletas de té, ya no hay vuelta atrás.

Bram y yo apenas nos hemos visto. Tengo cada minuto ocupado por pruebas de vestidos o citas sobre decoración de mesas o flores.

La gente hace cola en las calles, desde nuestra casa hasta el palacio. Nos gritan sus buenos deseos y agitan pañuelos cuando pasamos.

Mi madre me clava el codo en las costillas.

—Saluda —me pide.

Asomo la cabeza por la ventanilla y la gente se vuelve completamente loca. No me había sentido tan sola en la vida.

Cuando llegamos, Marion, Faith, Olive y Emmy están allí con vestidos de damas de honor a juego, de seda de color crema. Las he añorado a todas, incluso a Faith.

Olive me doma los rizos y los convierte en tirabuzones, después los recoge en un moño elaborado. Parece preocupada, me mira como si estuviera mordiéndose la lengua para no decir algo.

—Te muerdes los labios cuando estás nerviosa —le digo mientras me enrolla el pelo junto a las orejas con la tenacilla.

—¿Por qué iba a estar nerviosa? Es el día de tu boda. —Sonríe. Tengo una sensación extraña que no puedo ignorar cuando las miro a ellas. Hemos vivido juntas toda la temporada, pero ¿por qué siento que me estoy olvidando de algo? ¿Podría haber incluido mi pacto a

las otras chicas? No lo creo probable.

—¿Hay algo que queráis decirme? —Giro el anillo de compromiso, nerviosa. Lo llevo al lado del anillo de perla que me regaló Bram el día que pensé por primera vez que podría amarlo. No me lo he quitado.

—Solo que eres la novia más guapa que he visto nunca —señala Marion.

La reina no retira los títulos a nadie. Parece feliz dejando que la amenaza se cierna sobre nosotras, o tal vez está demasiado preocupada con la planificación de la boda y no se acuerda. En cualquier caso, pronto seré princesa y pretendo usar mi posición para proteger a las otras chicas todo lo que pueda. Estoy segura de que Bram me ayudará.

La temporada parece ya un sueño, como si le hubiera sucedido a otra persona. Apenas recuerdo asistir a los bailes y eventos sociales. Los únicos instantes que me parecen verdaderamente cristalizados son las lecciones de la reina y los ratos con las otras chicas.

Lydia me abotona el vestido de boda blanco. Es una prenda vaporosa con un amplio escote con forma de uve que me cae sobre los hombros y capas y capas de encaje fino que caen formando volantes por el corpiño y la falda.

Es lo más bonito que he visto nunca en mi cuerpo, pero me miro al espejo con ansiedad. Me puse nerviosa cuando el taller decidió esta silueta. El escote deja a la vista la parte de mi cuello donde tengo ese extraño morado dentado. Ha tardado semanas en sanar, pero por fin parece que ha desaparecido. Lo más extraño es que no recuerdo cómo me lo hice.

Cuando estoy vestida, un lacayo entra con una caja de terciopelo

con joyas reales. La abro y veo un par de pendientes de diamantes con forma de gotas y un colgante a juego. Bram colocará una tiara en mi cabeza en el altar, como manda la tradición.

Pegada a la caja hay una nota con la letra elegante de Bram. «Estoy deseando ser tu esposo. Bram».

Se me hincha el corazón.

No quiero a Bram. Soy lo bastante honesta conmigo misma para reconocerlo. Pero lo querré. Con el tiempo.

Puedo visualizarlo con claridad, como si hubiera sentido antes amor y necesitara recordar cómo hacerlo de nuevo. Es un fantasma que persigo por las esquinas, pero que está fuera de mi alcance.

Mi madre me coloca la pieza final de mi conjunto nupcial, que no es un velo, sino una delicada capa de encaje ajustada a la garganta con un lazo y una capucha ondulante sobre mi cabeza. El ramo es pequeño, un arreglo elegante de lirios del valle, pero lo aferro con fuerza para que no me tiemblen las manos sudadas.

Mi madre aparece sobre mi hombro en el espejo y me da un apretón.

—Es el hombre más afortunado de Inglaterra.

No es un hombre, aunque casi. Es otra cosa. Pero no la corrijo.

Tengo la misma sensación inquietante que experimenté el día del Desfile del Pacto, como si estuviera mirándome por un catalejo desde el futuro. El camino ya está decidido, no hay marcha atrás.

Lydia se va junto a las otras damas de honor, mi madre va a sentarse con la gente y solo nos quedamos mi padre y yo, esperando en la puerta lateral de la casa.

El príncipe Emmett aparece en la puerta, alto y de hombros anchos, con una levita negra como la tinta. Me dirige una sonrisa

débil.

—El cortejo empezará enseguida. —Mira la solapa de mi padre—. Ha olvidado su ramillete.

Mi padre se toca el pecho.

—Oh —murmura, y se aleja para buscarlo en la otra habitación. Nos deja a solas al príncipe Emmett y a mí.

Desvía la mirada a mi cara y toma una bocanada de aire. No lo conozco lo suficiente para entender la expresión de su cara, pero hay en ella algo que hace que me duelan las costillas.

—Siento que no hayamos tenido ocasión de conocernos mejor —digo, porque me parece lo correcto.

—Tendremos todo el tiempo del mundo ahora que será mi cuñada.

—Cierto —respondo, aunque dudo que el príncipe tenga intención de quedarse en el Palacio de Kensington cuando lleva toda la temporada ausente.

—¿Lo quiere? —me pregunta.

Parpadeo, sorprendida. Él frunce el ceño.

—Lo lamento, he sido maleducado.

—¿Ha estado alguna vez enamorado? —le pregunto yo. No sé por qué lo digo.

Él asiente despacio, como si le doliera.

—Una vez.

—¿Qué se sentía?

Lo piensa un momento, con los ojos fijos en los míos.

—Como si me atropellara un carruaje.

—Umm. —Miro mi ramo, incapaz de soportar la intensidad de su contacto visual—. No sé cómo sería eso.

Emmett suelta una risotada, pero no sonríe.

—No, supongo que no.

Mi padre vuelve con el ramillete enganchado. El príncipe Emmett se lo coloca bien mientras él murmura algo sobre que perdería la cabeza si no la tuviera pegada al cuello.

Han dispuesto cientos de sillas alrededor del estanque largo y rectangular del jardín hundido. El pasillo está dispuesto en una plataforma sobre el agua. En el fondo se encuentra el altar con un arcoíris de flores.

Hace una tarde perfecta en el día más largo del año y el sol nos honra con su aparición. Brilla dorado y rosa, arrancando destellos de arcoíris de las joyas que cuelgan de los cuellos y de los vestidos de seda de la alta sociedad londinense. Este es el evento del siglo y yo soy la estrella.

Cuando el cielo se torna morado y la música de la orquesta se vuelve más intensa, mi padre me aprieta la mano.

—Aún hay tiempo para salir corriendo —bromea. Pero no lo hay.

Me paso la lengua por el hueco suave de la encía, donde estaba el molar, y salgo al pasillo.

Mis damas de honor me siguen, sujetándome la larga cola, como es traición, pero a mí me gustaría poder ver sus caras. Una sonrisa alentadora de mi hermana me ayudaría a mostrarme valiente.

En el altar, bañado de una luz dorada, está Bram. Lleva un traje de terciopelo verde y un delicado aro de oro sobre el pelo. Las puntas puntiagudas de las orejas asoman por sus ondas ingobernables y nunca ha tenido un aspecto menos humano.

Pero sonríe. Me mira como si me amara. No dejo de recordarme que tengo suerte por tener esto, por tenerlo a él.

¿Por qué entonces no puedo dejar de mirar a su hermano?

El príncipe Emmett está a su lado, con la mandíbula tensa y los puños apretados en los costados. Con su traje negro da la sensación de que va vestido para un funeral. En sus ojos hay una emoción que no puedo nombrar. Sufrimiento es la palabra más parecida que se me ocurre, pero no tiene sentido.

¿Cómo puede odiarme si ni siquiera me conoce? Se me revuelve el estómago.

No obstante, dibujo una sonrisa en la cara. Estoy a punto de convertirme en princesa. Hay un hombre que me quiere, que desea hacerme feliz. Es mucho más de lo que nunca he pensado que conseguiría. Mi madre, mi padre y Lydia estarán a salvo, protegidos por mi posición, y yo viviré sin miedo a la pobreza. Mis hijos y sus hijos serán miembros de la realeza. No solo he salvado a mis padres y a mi hermana, me he asegurado de que nuestra familia permanezca a salvo durante generaciones. La reina Mor es inmortal y me recordará cuando reciba a mis bisnietos en la corte.

Llegamos al altar y la música se apaga.

Bram me retira la capucha de la capa y toma mis manos con las suyas. Me mira con sus ojos grises y me quedo impactada, como siempre, por su profunda belleza.

—Gracias por esto —me dice, pero no estoy del todo segura de a qué se refiere.

La sacerdotisa dice algo sobre el amor, el compromiso y el deber, pero las palabras no son más que un zumbido sordo en mis oídos.

No puedo dejar de mirar a Emmett. Él mira al frente, no nos mira a nosotros. Es una mirada que reconozco bien porque a menudo está en mi cara, la mirada de alguien que preferiría estar en cualquier otro lugar.

—Los anillos, por favor —pide la sacerdotisa.

Emmett no se mueve.

La sacerdotisa carraspea.

—¿Los anillos?

—Oh. —Emmett se sobresalta y mete la mano en el bolsillo. Saca dos anillos de oro galés y los deja en la palma de la mano de la sacerdotisa. Le tiemblan las manos.

El sol se hunde en el horizonte, un glorioso final para el día más largo del año. La tarde se convierte en crepúsculo cuando Bram toma mi mano con la suya. Coloca el anillo en mi dedo con sumo cuidado y una mirada en los ojos cargada de tanta dicha que no puedo contener una sonrisa.

—Todo lo que soy y todo lo que tengo es tuyo —me promete.

Le coloco yo el suyo. Lo he hecho. Está hecho.

Se le llenan los ojos de lágrimas cuando toma mi tiara de la Reina de Mayo de un cojín de terciopelo y me la pone sobre la cabeza.

—Con el poder que me ha conferido Su Eterna Majestad, la reina Moryen, yo os declaro marido y mujer —anuncia la sacerdotisa.

Bram me rodea la espalda con el brazo y me besa. Es un beso demasiado apasionado para una ceremonia pública como esta y, cuando se aparta, está riéndose.

De pronto se oyen gritos entre la multitud. Chillidos de confusión y pánico. La gente se levanta y caen sillas al suelo.

Es un caos. La cabeza me da vueltas, se me revuelve el estómago y se me llena la boca de algo acre y metálico. Escupo sangre y salpica por todo el altar.

Miro a Emmett y todo regresa de pronto. La primera noche en el carruaje, la posada, las miradas secretas en salones de baile

iluminados por velas, sus manos en mi espalda, su boca en mi cuello. Casi me caigo, golpeada por la fuerza del amor que siento por él.

Me vuelvo hacia Bram, presa del pánico, pero él sigue ahí, riendo como si fuera lo más gracioso del mundo.

En la primera fila, la reina Mor se levanta y su silla cae al suelo, detrás de ella.

—¡No! —grita—. Bram, ¿qué has hecho?

Él niega con la cabeza, como si todo esto fuera una broma que su madre no entiende.

—Apresadla.

# *LYDIA BENTON*



No sé a dónde mirar. A todo mi alrededor hay gente chillando, sollozando, gritando tan fuerte que me pitan los oídos. Un rayo atraviesa el cielo cuando lord Bexhan tropieza conmigo, de nuevo con pelo, y vomita en los arbustos.

Ivy está de pie en el altar, desplomada en los brazos de Emmett. Estiro el cuello para buscar a mis padres, pero encuentro la cara de Bram a unos centímetros de la mía. Sonríe y la sonrisa se ensancha por su rostro hasta que emerge el hoyuelo.

—Hola, querida. Te he echado de menos.

Intento correr, pero mis talones se clavan en la hierba y, cuando tropiezo, Bram me rodea la cintura y tira de mí.

—No voy a perderte de nuevo.

—Por favor… —Me tiembla la voz—. No voy a contárselo.

Me arrastra detrás de los setos que rodean el jardín y me sujeta la cintura con las manos con tanta fuerza que no puedo moverme.

—No, no digas eso. —Suspira en mi pelo—. Di que tú también me has echado de menos.

Y lo odio por ello, pero me odio más a mí. Me acuerdo de los sueños que he tenido durante los últimos cinco meses, de los que me despertaba con las mejillas llenas de lágrimas y la sensación de que estaba olvidándome de algo sumamente importante. Lo echaba

de menos incluso cuando no sabía que era a él a quien echaba de menos.

Me besa con tanta fuerza que me deja sin sentido. Lo empujo por los hombros, pero es mucho más grande que yo y tan solo lo enfada más. Me agarra del pelo para besarme y le doy una patada en la entrepierna. Se tambalea unos pasos con el rostro retorcido por la rabia.

—No quería que fuese así, Lydia.

—Acabas de casarte con mi hermana. —«Ivy». Oh, no.

Toda mi vida, antes de marcharme de casa, mi madre me besaba en la cabeza y me decía lo mismo: «Cuida de tu hermana».

No puedo fallar en el único trabajo de verdad que he tenido nunca.

Veo un destello del vestido de novia blanco de Ivy en algún lugar, entre el caos. Emmett está a su lado, examinando a la gente, una cabeza por encima del resto de personas. Muevo los brazos por encima de la cabeza para captar su atención, pero Bram me abraza por detrás y me baja los brazos.

—Tenemos que irnos ya, mi amor —susurra.

—No —gruño y clavo los talones en la tierra suave.

—Pero todos están deseando verte.

Me remuevo y maldigo por la pequeña parte de mí que da gracias por volver a estar sus brazos.

—Deja que hable con ella primero.

Su rostro hermoso se deforma.

—Pensaba que me querías.

—Así es. —Esa es la peor parte.

Parece muy triste, el aro dorado de su pelo refleja los últimos rayos de sol.

—Pensaba que, si me querías, me obedecerías.

No hay nada que pueda decir, tan solo puedo pelear como un animal y le doy un codazo en las costillas.

—Nunca pones las cosas fáciles. —Saca una espada de la funda que lleva al costado y me golpea con fuerza en la sien con la empuñadura decorada con joyas.

Noto un pitido en los oídos y un sabor metálico en la boca. «Ivy». Extiendo los brazos hacia ella, pero está demasiado lejos.

Y entonces me desmayo.

No necesito abrir los ojos para saber dónde estoy cuando me despierto. Siempre huele a pétalos de rosa aplastados aquí. Era una de mis cosas favoritas del palacio cuando llegué la primera vez, pero ahora el olor me llega a la garganta, dulce y pegajoso, y vomito en el suelo.

Mi habitación está cubierta de una capa gruesa de polvo, como si no hubiera dejado que nadie entrara desde la noche que me marché. Paso el dedo por la mesita de noche, por la mugre que cubre todas mis cosas, tal y como las dejé. El peine de plata, un lazo azul para el pelo, el jarrón de flores que él encantó para que nunca se marchitaran. Incluso mi material de pintura sigue aquí; mi caballete está junto a la ventana de paneles con forma de diamante con un paisaje a medio terminar.

Tengo un brazalete de moratones con forma de dedos en la muñeca, por donde me agarró Bram en la boda.

Estoy mareada por el dolor, pero me obligo a incorporarme y salgo de la cama. Tengo que volver, advertirle.

La puerta de la habitación está cerrada con llave, Bram ha aprendido al menos una lección. Tiro del pomo con tanta fuerza que

la puerta se sacude y fuera se oye el clic de una cerradura, luego de otra, y entonces todo el marco brilla cuando se deshace el encantamiento.

Eloree entra. Mi antigua doncella tiene el mismo aspecto que el día que me marché, con la piel ligeramente rosada, el pelo dorado que le llega hasta el suelo y un vestido hecho con un tejido que brilla como una puesta de sol en un estanque.

Se pone a llorar al verme.

—Señorita, temía que nunca volvería a verla. —Hago un cálculo mental rápido. La primera vez estuve fuera del mundo humano dos semanas, pero aquí fueron como cuatro meses.

—¿Cuánto tiempo llevo fuera?

Me toma en sus brazos.

—No mucho. —Cuenta con sus dedos inquietantemente largos y una mirada de desconcierto en la cara—. ¿Dos años, tal vez?

—¿Dónde está él?

—Su Majestad se ha ido, pero me ha pedido que la mantenga a salvo. —Que me tenga encerrada, quiere decir.

—¿Cuándo regresará?

—Nadie lo sabe estos días.

Mete una bandeja del pasillo llena de frutas cerosas de muchos colores, pastas con glaseado goteando y una jarra con vino espumoso. Se me hace la boca agua, pero no puedo soportar tocarlo. Llevo meses hambrienta de comida del Otro Mundo, deseando algo que no podía nombrar. Bajaba a la cocina en mitad de la noche y comía todo lo que había a la vista, me metía puñados de azúcar en la boca. Nada me saciaba. Ahora sé por qué.

—¿Quiere que me quede? —me pregunta Eloree.

—No, necesito descansar.

Ella asiente.

—Volveré más tarde para vestirla para el banquete.

La puerta se cierra cuando sale y vuelve a resplandecer. No me molesto en comprobar el pomo, pero sí corro a la ventana y me la encuentro también atrancada.

Alcanzo el objeto más pesado que encuentro, un atizador de fuego, y golpeo una y otra vez el cristal hasta que me chorrea sudor por la espalda y me quedo sin aliento.

También ha encantado esto.

Me desplomo en el suelo y me golpeo la cabeza con la pared de piedra de la torre, maldiciéndome.

Los cuentos de hadas tienen el mismo mensaje todos: no salgas a buscar en la oscuridad. Pero yo nunca he escuchado tan atentamente como mi hermana.

Cuando llegó el momento de hacer mi pacto, me asusté. Vi a muchas chicas de mi edad perdiendo dedos de los pies o recuerdos para atrapar a un esposo que ni siquiera les gustaba.

Estaba muy claro que yo me iba a casar con Percival Chapwick y mi madre no dejaba pasar una oportunidad de recordármelo. Durante mucho tiempo me pareció bien, de verdad. Pero de pronto dejó de ser algo lejano. Tenía casi dieciocho años e iba a suceder de verdad. Iba a tener que marcharme de la casa que había conocido toda mi vida, dejar a mi familia e irme a vivir a una casa con un joven al que apenas conocía.

Vivía justo al final de la calle. Un mes antes de cuando se suponía que iba a hacer mi trato, subí por el enrejado del jardín a su habitación. Se sorprendió al verme entrar por su ventana e intentó

besarme, como si eso fuera todo. Lo aparté de un empujón que se tomó con caballerosidad.

—Quiero hablar.

—¿De qué? —Estaba desconcertado.

—De cualquier cosa.

No lo logró. Fue forzado e incómodo y no pude soportarlo más de unos minutos, así que bajé de nuevo por la ventana.

Cuando pensaba en vivir encerrada en una casa con un hombre con el que no podía mantener una conversación, sentía que me iba a morir.

El día del Desfile del Pacto, mi boca pronunció las palabras antes de que supiera siquiera lo que significaban. Le pedí a la reina Mor que me dejara experimentar algo completamente nuevo. Mi vida aburrida me iba a aplastar.

La reina se rio, me dijo que me concedería lo que deseaba, pero que nunca podría hablar de ello. No sabía que se refería a que no podría recordarlo. Me engañó. Si fuera inteligente, como Ivy, lo habría visto venir.

Los Otros tienen que cumplir la ley, pero no el espíritu del trato. Es parte de la diversión para ellos. Ahora lo sé.

La reina se divirtió conmigo. Durante dos años, soporté la vergüenza de haber hecho un mal trato, uno que no podía recordar. Se suponía que yo era la esperanza de mi familia, nuestro medio para salir de la pobreza, pero al final cometí los mismos errores que mis padres. ¿No sucede siempre así?

Tenía el presentimiento de que no debía aceptar ningún cortejo, de que me estaba aguardando otra cosa. No fue hasta este invierno cuando la reina Mor por fin cumplió su parte del trato.

Me desperté en medio de la noche con una sensación extraña, como si tuviera un lazo atado al tórax y alguien tirara del otro extremo. Seguí esa sensación, salí afuera y avancé por la calle. Los pies me llevaron, como si estuviera en un sueño, hasta Kensington Park. Allí vi un árbol peculiar que brillaba como una estrella. Posé las manos sobre él y de pronto estaba en otro lugar.

Era de día allí, eso fue lo primero que percibí. La hierba era más suave y de un tono verde ligeramente distinto que el de la hierba de Inglaterra. Los árboles tenían hojas con forma de estrellas, las flores olían a pan horneado y en lo alto de una colina había un castillo. Era diferente a cualquier cosa que hubiera visto en casa, demasiado alto, demasiado afilado, construido de algo parecido al ópalo, que brillaba a la luz del sol. Paseé durante un tiempo hasta que dos guardias de palacio me encontraron. Estaba tan cansada y hambrienta que pensaba que había imaginado las dos filas de dientes afilados que tenían las bocas de sus caballos.

Me llevaron al castillo, donde se estaba celebrando una fiesta. Había torres de comida extraña. El sol brillaba fuera, pero dentro alguien había encantado el techo para que pareciera la Vía Láctea, negra como la tinta.

Había cientos de Otros, dando vueltas con vestidos que flotaban como telarañas, tocando violines con gemas incrustadas, besándose fieramente contra las paredes del salón de baile.

Estuve a punto de caer de rodillas en el suelo de mármol, agradecida. En ese momento, supe que la reina por fin había cumplido su parte del trato. Por primera vez desde que era una niña, estaba emocionada. Deseé que Ivy estuviera allí conmigo, era todo cuanto habíamos soñado siempre.

Y allí, en medio de todo, estaba Bram.

Se encontraba sentado en un magnífico trono dorado, sobre una plataforma, contemplando la fiesta. Tenía el jubón negro entreabierto, bordado con estrellas iguales a las del techo. Su corona estaba hecha con plata retorcida, como si fueran las ramas de un árbol, y hacía juego con el único pendiente que caía hasta su hombro. Tenía una larga pierna cruzada por encima de la rodilla y la cabeza apoyada en la mano, parecía aburrido. Recuerdo pensar: «¿Cómo puede alguien aburrirse de esto?».

La multitud se separó cuando los guardias me llevaron ante él.

Sonrió de esa forma que solo Bram puede sonreír, una sonrisa que le iluminó todo el rostro.

—Por favor, no temas —dijo—. Te doy la bienvenida a este lugar.

Debería de haberle dicho que quería volver a casa, era lo más responsable, pero quería quedarme. Bailé en la fiesta hasta que me sangraron los pies y dejé el suelo de mármol resbaladizo. Levantaba la mano y mi copa se llenaba. Cuando me cansé de bailar, me desplomé en una mesa y apareció un plato delante de mí, lleno de frutas azucaradas y dulces que no podía siquiera empezar a describir. Era mejor que cualquier cosa que hubiera deseado.

Bram hizo preparar una habitación para mí en el castillo, decorada con mis colores preferidos. Su personal me trajo un ajuar de vestidos a la moda de la corte y me trenzó el pelo con flores.

Unas semanas después, llegó la melancolía. Empezó con los sueños de mi hermana. Cuanto más tiempo estaba en el Otro Mundo, más borrosa se volvía mi vida en Londres, como si fuera de otra persona. Debería haber reconocido a Bram, debería haber llorado a mi familia, pero cada vez que sentía que los recuerdos

estaban a mi alcance, se alejaban de nuevo flotando.

Conforme pasábamos más tiempo juntos, Bram notaba mi vaga e indescriptible tristeza. Al principio fue durante actividades sencillas por las tardes. Montábamos a caballo por los terrenos del castillo y recogíamos fruta de los huertos.

Bram tan solo tenía una regla. Después de aquella primera noche, nunca podría volver a asistir a las fiestas de su corte. Insistió en que no eran seguras para mí. Pero yo anhelaba la dicha de bailar y me sentía sola. Bram desaparecía, a veces durante días, y yo pensaba que estaba abajo, festejando sin mí.

—Quiero que seas feliz aquí. Este lugar puede ser tu hogar si quieres —me aseguró mientras me limpiaba las lágrimas de las mejillas. Cada día llegaban pasteles a mi habitación que sabían igual que el pastel de cumpleaños del señor Froburg. Apareció en mi tocador el mismo juego de pinceles de plata esterlina de mi habitación de mi casa. Me trajo pinturas, carboncillos y ceras pastel. Yo pintaba bien entrada la noche, con la música que ascendía de los festejos de debajo de fondo. Al amanecer, Bram se metía en la cama, a mi lado, y me acariciaba el pelo mientras yo lloraba.

No me quería como yo imaginaba que sería querer a alguien. Me abrazaba como si quisiera consumirme. En ese momento, pensé que eso era todavía mejor.

Me quedé sorprendida cuando me pidió que me casara con él. Deslizó un anillo con una piedra lunar en mi tercer dedo una noche bajo las extrañas dos lunas del Otro Mundo y me pidió que fuera su esposa. Yo me arrojé a sus brazos y lo besé con tanta fuerza que mis labios estaban amoratados a la mañana siguiente. Él se apartó, sonriendo.

—Has olvidado decir que sí.

Organizamos banquetes y fuimos a pícnics, e incluso hizo que trajeran un sillón al salón del trono para que me sentara a su lado mientras realizaba su trabajo oficial. Un día, mientras comíamos en los jardines, colocó una corona de margaritas encima de mi cabeza y me dijo que era la reina del Otro Mundo. Yo lo miré, derribada por su belleza.

—¿No necesitamos algo más oficial?

—Yo soy el rey… ¿qué puede haber más oficial que eso?

Pero para mí no era suficiente. Me volví terriblemente triste y dependiente en los días previos a la ceremonia de boda. Me acurrucaba a su lado en la cama y le rogaba que no me abandonase. Sentía que se aburría de mí y no sabía cómo arreglarlo. Pedí a los talleres de la corte que me confeccionaran vestidos más interesantes, le pinté cuadros, planté un jardín de rosas, pero nada atrapaba su atención. Salía todas las noches para divertirse sin mí.

La mañana de nuestra boda, Eloree, que era tal vez mi única amiga de verdad en el Otro Mundo, me puso un vestido compuesto por docenas de capas de seda de araña delgada. Caían formando volantes y ondas, y daba la sensación de que emergía del mar. El velo me cubría el rostro, algo que agradecí. Asolada por una sensación de soledad, lloré por todo el pasillo.

Toda la corte de Bram asistió, así como sus representantes de los territorios colindantes de Seelie. El castillo estaba plagado de flores y de música. Recorrí sola el pasillo, aferrándome al ramo de rosas que olía a lluvia recién caída. Deseé que mi hermana me estuviera sujetando la cola, pero olvidé mi profunda tristeza en cuanto Bram se volvió y me sonrió.

Intercambiamos los votos y colocó sobre mi cabeza una pesada corona dorada que me dijo que había pertenecido a su madre en el pasado. ¿Conocía a su madre? Tenía la sensación de que sí, pero el pensamiento se esfumaba en cuanto llegaba.

Le puse un anillo en el dedo y me besó con fuerza, como el día que prometí casarme con él. Cuando se apartó, sonrió y dijo algo extraño:

—Vuelvo enseguida.

Recorrió el pasillo cubierto de pétalos y salió por la puerta.

—¿Bram? —grité tras él. Me levanté la falda e intenté correr, pero de pronto me desperté y estaba de nuevo en mi habitación.

Me levanté de la cama, todavía con el vestido de novia puesto, y abrí la puerta. No estaba cerrada y ningún guardia esperaba en el pasillo. Descalza, caminé por el frío suelo de piedra y volví al salón principal del castillo, donde se celebraba el festejo de mi boda sin mí.

Bram estaba en la esquina, había vuelto ya de donde fuera que hubiera ido, con una mirada feroz en la cara. Nunca lo había visto tan enfadado. Estaba manteniendo una conversación con el que menos me gustaba de sus consejeros, un hombre con una boca cruel y una cortina de pelo negro que llegaba hasta el suelo.

—Es justo lo mismo —estaba diciendo Bram, los anillos de cada uno de sus dedos repiquetearon cuando movió las manos con énfasis—. Es una de sus súbditas. Ha sido coronada dos veces. No veo cuál es el problema.

El consejero se lo pensó.

—Entonces ha de ser en suelo inglés.

Bram maldijo y apuró el resto de lo que había en su copa. Se

sobresaltó cuando por fin se dio cuenta de que estaba a su lado.

—¿Qué haces despierta? —Había un tono cruel en su voz que no me gustó nada.

—Es nuestro banquete de boda —respondí, confundida.

Bram extendió el brazo y su copa se llenó de nuevo. Se la bebió.

—Claro, de acuerdo.

Se alejó. Yo no sabía qué hacer más que tomar una bebida. Me picaban los ojos y estaba desesperada por tener algo que hacer con las manos que no fuera girar el anillo de boda alrededor del dedo.

El vino de las hadas era fuerte y yo debería haber sido más responsable. Me tomé una copa, tal vez dos, y volví en mí mientras giraba en la pista de baile, envuelta en una multitud de cortesanos.

Pero esto no se parecía en nada a la fiesta que recordaba de mi primera noche aquí. Estaba todo podrido, como leche echada a perder. La música sonaba en una extraña clave menor, las caras risueñas de la gente parecían de pronto de chacales y el suelo estaba manchado de sangre. Busqué el origen, preocupada por si alguien se había herido y necesitaba mi ayuda, y fue entonces cuando los vi. Los primeros humanos que había visto en casi un año. Había una docena, más o menos, todos demacrados, vestidos con harapos. Tenían los rostros lívidos, los ojos vidriosos, como si no hubieran reparado en que les sangraban los pies de bailar. Los habían encantado las hadas, que reían en una esquina por su tortura. Y allí, en su trono, riéndose también, estaba Bram.

Salí del salón corriendo y regresé a mi habitación, pero no cerré la puerta con cerrojo.

Incapaz de dormir, esperé hasta que salió el sol. Me quité el vestido de novia, me puse el vestido que no me había vuelto a poner

desde mi llegada, y dejé mi anillo de boda en el tocador. Me arrastré por el castillo, cuyos muros conocía bien, y seguí la escalera en espiral hasta llegar a la oscuridad húmeda de las mazmorras.

Los humanos de la fiesta estaban allí encerrados, en diminutas celdas de piedra, cubiertos de mugre. Estaban tan raquíticos que podían meter los brazos entre los barrotes, con las uñas llenas de suciedad.

Me pidieron ayuda con acentos extraños que apenas pude entender.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —pregunté.

No se acordaban, pero todos ellos habían nacido en la década de 1400. ¿De verdad? ¿Llevaban en este sótano más de cuatrocientos años?

—¿En qué año estamos? —preguntaron.

Yo no tuve corazón para decirles que en 1848. ¿Era así? El tiempo parecía algo escurridizo.

Venían de una Inglaterra en la que era común el avistamiento de hadas. Los padres advertían a sus hijos de que permanecieran alejados de los extraños del bosque y que nunca siguieran la música que parecía provenir de la nada. Ellos no hicieron caso a las advertencias y pagaron el precio. Ahora los sacaban durante las fiestas para usarlos como algo no más sustancial que un trago de vino de hadas.

Me suplicaron que los liberara. Yo era la primera humana que habían visto en siglos. ¿Y qué podía hacer?

La llave de sus celdas estaba colgada justó allí, en un gancho, como si la hubieran dejado a su vista para torturarlos aún más. Se la pasé entre los barrotes, pero hicieron tanto ruido al abrir la puerta

que despertaron al guardia. Este se abalanzó sobre mí, pero uno de los humanos lo golpeó con tanta fuerza con la puerta de la prisión que el guardia se cayó y yo escapé.

Corrí todo lo rápido que pude hasta que me ardieron las piernas y no pude respirar. Salí del palacio y volví al bosque donde había llegado el primer día. Pegué las manos a cada árbol hasta tenerlas ensangrentadas y en carne viva y entonces, por fin, algo se abrió y volví a Londres, con la memoria borrada. Lo quería. *Yo lo quería*. Pero no podía quedarme.

Hay dos verdades que no sabía entonces y que ahora sé.

La primera: no hay mayor insulto para un hada que engañarla.

La segunda: una vez que te ama, no te dejará marchar.

El atizador de fuego cae al suelo y cruzo la habitación hasta mi tocador, no derrotada, pero sí con la seguridad de que esta será otra clase de lucha diferente. Mi anillo de boda sigue ahí, donde lo dejé. Brilla a la luz del sol, no está lleno de polvo como todo lo demás. Veo otro destello de metal y encuentro un colgante colgado de un borde del espejo del tocador. Me quedo sin aliento cuando cae en mis manos, frío contra mi piel. Lo alzo a la luz y un grito ahogado emerge de entre mis labios. Es un colgante con una cadena dorada y un pequeño adorno con una «I» hecho de perlas. Le falta una piedra, tiene un diminuto cráter dorado justo en el centro.

Me tiemblan las manos cuando me lo coloco delante del corpiño y reposa contra mi corazón. Después me pongo el anillo de boda en el dedo y espero.

# 33



Me vuelvo hacia Emmett y casi me desmayo en sus brazos. Cuando miro de nuevo, Bram no está.

Mi madre está sentada en la primera fila, completamente inmóvil, mirándose la mano, donde su dedo meñique, el que lleva ausente toda mi vida, ha regresado de pronto.

Me giro a mi izquierda, donde están los invitados, y veo a Olive mirándose las uñas. Me paso la lengua por los dientes y descubro que el molar ha vuelto, lo que explica la sangre en mi boca.

Un criado extiende los brazos hacia mí, pero sus manos no cubren la distancia. Se convierten en polvo y los lacayos se desmoronan y no dejan más que una librea arrugada en el suelo.

Se oyen gritos histéricos cuando una docena de criados se alejan flotando con el viento.

De pronto aparece la guardia de la reina, proveniente de todas las partes del jardín y con las armas preparadas. Espero que rodeen a la reina Mor para protegerla, pero, sin previa advertencia, atacan.

La reina Mor forcejea con ellos, usa la magia y caen cinco a la vez al suelo. El padre de Emmett se abalanza sobre ella. No sé si intenta derribarla o protegerla. Suelta un grito ahogado y se aparta con la camisa blanca de pronto escarlata por la sangre. Esta se extiende

rápido y él palidece. Baja la mirada y ve un cuchillo de empuñadura dorada enterrado en su vientre.

La reina Mor chasquea los dedos y dos guardias se convierten en polvo, pero no veo a los que tiene detrás. En sus manos portan cadenas gruesas y en el momento en que el metal toca su piel, es como si se desinflara, toda la magia se extingue de pronto. Ella sisea, como si las cadenas le quemaran la piel, y cae al suelo. Los guardias arrastran su cuerpo retorcido por el jardín y el camino, fuera de nuestra vista.

La multitud está sumida en tal caos que no creo que ni la mitad de los invitados hayan visto cómo se han llevado a la reina.

Emmett corre hasta Edgar.

—¡Padre! —grita en el hombro del príncipe consorte Edgar—. ¿Padre? —Emmett se aparta con las manos llenas de sangre.

Edgar resuella.

—¡Ayuda! —grita Emmett en medio del caos—. ¡Que alguien me ayude!

Intenta detener el sangrado con las manos, pero no sirve de nada.

—No, por favor —solloza—. Acabo de recuperarte.

Edgar levanta la mano y acaricia el rostro de su hijo.

—Lo has hecho muy bien. —Exhala un último aliento tembloroso y muere.

Hay gritos por todas partes, esto es un caos total y absoluto.

—Emmett… —Tiro de él para que se levante—. Por favor, tenemos que irnos, esto no es seguro.

Miro el altar, donde se encuentran Marion y Faith, en silencio y aterradas. Olive y Emmy han desaparecido entre la gente.

—¿Dónde está Lydia? —pregunto, pero nadie responde. Busco en

la multitud y localizo a mis padres—. ¿Habéis visto a Lydia?

—Creíamos que estaba contigo —responde mi padre.

—Id a casa —les pido—. Marchaos, ya. Bloquead las puertas y no abráis a nadie, excepto a Emmett, a Lydia o a mí.

Mi madre me besa en las mejillas.

—No quiero dejarte.

—Os seguiré en cuanto encuentre a Lydia. —Es mentira.

Emmett está a mi lado, cubierto de sangre y en silencio por el *shock*. Le tiro de la mano. Ya habrá tiempo para llorar a Edgar, para averiguar cómo combatir esto, pero, por el momento, estamos de vuelta en la noche en que nos conocimos.

—Mi hermana ha desaparecido.

Me levanto la falda del vestido de novia manchado de sangre y echo a correr.

Me dirijo a la privacidad relativa de los árboles que rodean el invernadero, pero más allá del jardín oigo el horrible repiqueteo metálico del acero sobre acero. Los ciudadanos han llegado ya a las verjas y llegarán más con cada minuto que pase.

«Lydia».

Rebusco entre mis pensamientos desordenados. La última vez que la vi estábamos caminando por el pasillo. ¿Dónde está Bram? ¿Se encuentra a salvo? Hemos conseguido lo que queríamos, pero ¿por qué todo va tan mal?

El silencio del invernadero me resulta inquietante después de los gritos de fuera. No se oye más que el susurro de las hojas, pero entonces, de pronto, oigo una voz baja y conocida.

Giramos una esquina y vemos a Bram con el aro dorado sobre la cabeza, rodeado de la guardia de la reina. Al principio no nos ve,

está demasiado ocupado lanzando órdenes.

—La Torre, aseguraos de que hay al menos seis guardias en todo momento. Puedo conseguir más hierro si es necesario, pero habéis de tener mucho. Proteged la puerta oeste y aseguraos… —Se detiene al vernos—. Oh, Emmett, Ivy, qué sorpresa más agradable. —Mueve la mano para despedirse de la guardia de la reina… la guardia del rey ahora, supongo—. Dejadnos.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—Habéis conseguido lo que queríais.

Emmett duda, confundido. Bram sonríe.

—¿Crees que no sabía nada de tus planes y argucias? Esto es lo que me gusta de los humanos, creéis que sois muy inteligentes, es toda una delicia veros.

—¿Lo sabías? —pregunta Emmett.

—Oh, lo sé desde hace años. Tu padre arma siempre mucho escándalo en esa biblioteca suya. Era adorable veros a los dos.

—¿Por qué no me lo has contado?

Bram lo piensa un momento.

—Porque tenía muchas otras cosas que hacer. No es fácil ser rey y príncipe al mismo tiempo. ¡Multitarea! ¡Hay que proteger las mentiras! No veía necesidad de añadir nada más a mi lista de tareas cuando vosotros ya estabais haciendo el trabajo por mí.

—¿Rey? —pregunto.

—Espabila. —Bram entrechoca las manos—. La puerta al Otro Mundo… te hablé de ella, de cómo la encantó mi madre para que solo se abriera para mí. Nunca renuncié a mi corona allí. Vine aquí a reabrir las puertas entre nuestros mundos para todos.

Estoy temblando, horrorizada y confundida.

—Pensaba que tu padre era el rey.

—¿Ese viejo aburrido? Lo maté hace… —cuenta con los dedos— ¿trescientos años?

—Creía que no podías mentir —señala Emmett.

Bram se ríe de nuevo, la misma carcajada maravillosa que he oído cientos de veces, tan diferente ahora.

—Eso fue idea de mi madre, probablemente la mejor que ha tenido nunca. Fue un rumor sobre nuestra especie que difundió hace años. Es muy conveniente que los humanos piensen que dices siempre la verdad.

El suelo se inclina, las rodillas me tiemblan. Emmett está pálido como un fantasma.

Pienso en los retratos de Bram esparcidos por el suelo de mi habitación.

—¿Dónde está mi hermana?

Bram sonríe.

—A salvo. Le tengo mucho cariño.

Me abalanzo sobre él para arrancarle los ojos de las cuencas, pero Emmett me sujeta mientras yo pateo y grito.

—¡Dime dónde está, idiota! Si le has hecho daño te mataré. ¡Te mataré!

La risa de Bram resuena entre las paredes.

—¡Está bien! Te lo juro. —Recula un paso y pone mala cara al vernos a Emmett y a mí juntos—. Aunque aún queda por resolver el asunto de vosotros dos.

—Te dije que…

—¡No me mientas! —le grita a Emmett—. Ya te pedí que no me mintieras sobre ella.

—No es nada. Te quiero a ti —miento—. Te quiero, por favor, vamos adentro, ¿de acuerdo? —Doy un paso hacia él, pero Emmett me sujeta la manga y vacilo.

—Os oí a los dos aquella noche —dice Bram.

La sangre me abandona la cara.

Emmett se coloca delante de mí.

—Fue culpa mía. No culpes a Ivy.

Bram se ríe de nuevo.

—Pensé en mataros a uno de los dos, pero no estábamos casados aún, así que decidí dejarlo pasar.

—Fue un error de una noche. Me entregaré a ti, por favor, no le hagas daño —suplico.

—Claro que no. —Bram se vuelve hacia la guardia del rey y siento un gran alivio. Emmett y yo nos volvemos para salir corriendo, pero Bram chasquea los dedos.

—No tan rápido. No es bueno que la virtud de la reina se vea comprometida de esta manera. No puedo fingir que soy ajeno a una aventura que sucede bajo el techo de mi propio palacio. Qué vergüenza para mí. ¿Cómo voy a esperar que alguien me tome en serio? Necesito deshacerme de uno de vosotros.

—¡No! —chillo, pero Bram vuelve a chasquear los dedos y de pronto me quedo sin voz.

—Déjame acabar —me ordena con tono frío—. Ivy es tentadora, las esposas son un negocio que requiere mucho mantenimiento, pero tienen sus fines. Pero tú, Emmett, ya has hecho mucho trabajo por mí. Con tu reputación, nadie cuestionará que te hayas marchado a alguna casa de campo para emborracharte. —Hace un gesto a sus guardias—. Apresadlo.

Mis rodillas golpean el suelo mientras lloro sin emitir sonido alguno. Emmett forcejea contra los cuatro guardias que lo rodean, que le colocan grilletes en brazos y piernas.

Lo llevan a rastras por la puerta cuando Bram vuelve a chasquear los dedos. Se detienen.

—Lo lamento, Emmett. Llámalo síndrome del hijo único. No me gusta compartir.

Emmett clava los talones en el suelo y golpea a los guardias. No mira a Bram, sino a mí.

—Ten cuidado. Haz lo que te diga. Lo siento. Te quiero. Te quiero. Te quiero. —La puerta se cierra detrás de él, dejándonos solos a Bram y a mí.

Bram mira su reloj de bolsillo.

—Tengo que dar un golpe de estado, pero nos vemos después, ¿de acuerdo?

Mueve una mano y recupero la voz. Resuello y me ahogo con las lágrimas y las palabras no pronunciadas. Me tiende una mano y me ayuda a levantarme. Tan de cerca, sus ojos grises tienen un brillo extraño, con las pupilas dilatadas, como si estuviera borracho.

—Siento todo esto —se disculpa con vaguedad y me da un beso en la mejilla.

Se marcha por los túneles y yo corro a la puerta con la esperanza de ver adónde llevan los guardias a Emmett, pero no están en ninguna parte.

Veo a Marion, Emmy, Faith y Olive acurrucadas bajo un roble. Parecen aterradas.

—¡Ivy! —me llaman y corro hacia ellas. Juntas, nos dirigimos a la casa Caledonia. Colocamos muebles delante de las puertas y

cerramos las ventanas.

Se lo explico todo: el plan de la Reina de Mayo, Emmett y yo, la confesión de Bram y el encarcelamiento de Emmett.

Me da vueltas la cabeza al pensar en Bram aquí, en el Palacio de Kensington, fingiendo ser un chico normal de diecinueve años, y luego cruzando el portal para gobernar una corte cruel como rey inmortal.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Olive, acurrucada y envuelta en una manta junto al fuego.

—Vosotras quedaos aquí, tened cuidado. Yo voy a buscar a Emmett.

# 34



Por lo que veo por las ventanas, la revuelta ha comenzado fuera de las puertas de palacio. Las antorchas arden y cientos de personas solicitan una audiencia con la reina, gritándose los unos a los otros, por lo que tan solo se oye un rugido de voces revueltas.

—No voy a dejarte sola —dice Faith.

Marion posa una mano sobre el hombro de Faith y asiente.

—Si tú vas, nosotras también.

—Tengo que recordaros que no puedo soportar que me dejen de lado —añade Emmy.

Olive se traga las lágrimas.

—Oh, de acuerdo. Vamos.

—No puedo garantizar vuestra seguridad —advierto, sobrecogida por la emoción.

Faith se pone la capa.

—No hay tiempo para un discurso. Ya lo sabemos. Vamos.

Recorremos un sendero que rodea el Palacio de Kensington y que nos lleva a un callejón tranquilo e iluminado por la luna. Se encuentra junto a la calle principal, lejos del caos de las verjas.

—Dijo algo de la Torre —explico. Es de lo que estaba hablando

cuando llegamos.

La Torre de Londres está al otro lado de la ciudad. Tardaremos horas en llegar allí caminando y no tenemos tiempo, así que nos arriesgamos a parar a un carruaje de alquiler. Todavía con mi vestido de novia y las chicas con sus vestidos de dama de honor, no formamos un grupo discreto, pero no tenemos más opciones.

Marion pasa un fajo grueso de billetes por la ventanilla al cochero.

—La Torre, y un pequeño extra si este viaje queda entre nosotros.

El hombre inclina el sombrero.

Las calles de Londres están tranquilas esta noche, como si todo aquel que no estuviera en los disturbios de las verjas de palacio se hubiera encerrado dentro de su casa. El carruaje está lleno y Olive tiene que sentarse en mi regazo.

El cochero nos deja en las calles oscuras y empedradas que hay a la sombra de la Torre de Londres. El olor del Támesis es intenso esta noche.

Olive me toma de la mano.

—Vamos.

En las puertas hay un guardia con una bayoneta en la mano.

—No puede entrar ni salir nadie esta noche —brama sin mirarnos.

Me yergo todo lo que puedo y lo miro por encima del hombro a quince centímetros por debajo de él.

—¿Sabe quién soy?

El guardia desvía la mirada hacia mí.

—Soy la reina Ivy, esposa del rey Bram. Por favor, no me haga perder el tiempo con banalidades.

El guardia vacila y yo prosigo con tono burlón.

—¿Va a hacernos esperar toda la noche? Mi esposo sabrá lo que

ha sucedido aquí.

Un momento después, el guardia busca las gruesas llaves de metal, abre la puerta y nos hace un gesto para que entremos.

La Torre está oscura y en calma. El único sonido es el de las olas del Támesis chocando con la Puerta de los Traidores y el gorjeo de los cuervos que nos contemplan desde los aleros.

Es como si nos vigilaran fantasmas mientras avanzamos por la Torre.

Nos dividimos en dos grupos, Marion y Faith buscan por un lado y Olive, Emmy y yo por el otro. Nos encontramos en medio, en la Torre Verde.

No está encerrado en las celdas del sótano, ni en los apartamentos de la reina, ni en las torres que hay a lo largo de las murallas. Tan solo queda un lugar por mirar.

—¿Emmett? —susurro. La única respuesta es el graznido de un cuervo apostado en la antigua torreta.

Los escalones empinados en espiral que conducen a la Torre Wakefield están iluminados por una única antorcha parpadeante.

—Esto es esperanzador —comenta Emmy.

—Oh, sí, albergo mucha esperanza —trato de bromear, pero las palabras suenan tan asustadas como me siento—. Lo siento —le digo a Faith cuando empezamos a subir y ella se detiene en las escaleras—. Perdona por no contarte la verdad, por no presionar a Emmett para que fuera más transparente contigo, por verte como una competencia cuando debería haberte apoyado. —No es el mejor momento, pero tengo que decirlo.

Faith sonríe con tristeza.

—Está todo perdonado. Vamos a buscar a tu chico, ¿de acuerdo?

Hay dos guardias en la puerta, pero les ordeno que esperen en el fondo de las escaleras.

La pequeña sala que hay en lo alto de la torre está iluminada únicamente por un rayo de luz de luna que entra por la estrecha ventana de arquero.

Los barrotes de la celda parecen nuevos, como si los hubieran colocando recientemente, y detrás de ella, inmóvil, no está Emmett. Está la reina Mor.

Su perfección es inquietante incluso aquí, despeinada. Me sorprende lo joven que parece, desprovista de sus mejores galas y joyas. Su cabello largo y negro forma tirabuzones sobre los hombros afilados y tiene las manos cubiertas de sangre seca. La sangre de Edgar.

Suspira cuando nos acercamos a la celda.

—Otra vez vosotras no.

Me siento en el suelo frío, todo lo cerca que puedo de los barrotes, y las demás descienden a mi lado.

—¿Dónde está Emmett?

Algo parecido a la tristeza le cruza el rostro como una brisa.

—¿Se ha llevado a Emmett?

—¿No está aquí?

—Yo soy la única prisionera aquí esta noche.

Mi esperanza se desvanece.

—Sé que puede mentir —digo, pero, por algún motivo, no creo que lo esté haciendo.

Esto capta su atención.

—¿Has hablado entonces con Bram?

—Me gustaría escuchar su parte de la historia.

—Creía que estaba haciendo lo mejor. No sabía en qué se había convertido. Has de entender que no es tan malo.

—Emmett lo quería y se siente traicionado.

Mor me mira con pena.

—Ese fue siempre el gran defecto de Emmett. Estaba famélico de amor, era incapaz de ver los fallos de quien tenía delante. Su padre siempre estuvo demasiado dispuesto a dejar que arriesgarais la vida por su ferviente causa.

—¿Lo sabía? —pregunto.

—La gente como su padre ha existido desde que he reinado. La rebelión no es una novedad.

—¿Por qué se casó entonces con Edgar?

—Porque no reparé en sus motivos verdaderos hasta que ya era mi esposo. Por entonces ya me había encariñado de él. Me resultaba una inconveniencia matarlo.

—Pero lo ha hecho igualmente.

No responde, pero, por un breve instante, el pesar se cuela en su máscara fría de desapego.

—¿Por qué no nos detuvo? —pregunto.

—No erais una amenaza real.

—Pero sí lo éramos, ¿no? Habíamos descubierto que la prueba de la Reina de Mayo era la clave para violar los términos de su pacto.

La reina se ríe de nosotras como si fuéramos niñas. Y, para ella, lo somos.

—¿Crees que habría dejado que esa prueba se llevara a cabo si hubiera habido algún riesgo? No. El riesgo era mi propio hijo. Era aún rey del Otro Mundo y yo no lo sabía. Pensaba que contaba la verdad cuando acudió a mí, desolado, hace unos años, con la

historia de que su padre lo había expulsado. Lo quería tanto que no fui capaz de ver sus mentiras. No sabía que, cuando se casara, su esposa sería princesa de Inglaterra y reina del Otro Mundo. No importaba a qué joven escogiese, este habría sido siempre el resultado. Ahora entiendo por qué estaba tan ansioso por casarse.

Reina del Otro Mundo. Las palabras recaen sobre mí y una parte horrible de mí está tentada a reírse. He conseguido lo que tanto deseaba de niña, pero ahora haría cualquier cosa por deshacerlo.

—¿Este fue siempre su plan?

La reina Mor se apoya en la pared del fondo de la celda y extiende las piernas delante de ella.

—Antes de que tú, tus padres o tus abuelos podáis recordar, el portal entre nuestros mundos estaba abierto. Las hadas podían pasar cada vez que quisieran. Y vaya si les gustaba. Pero no lo llamaban Inglaterra en la corte del Otro Mundo. Lo llamaban el Campo de Caza. Mi especie se aburre con facilidad y ha usado a los humanos como juguetes desde hace mucho tiempo. Los juegos eran sangrientos y los humanos siempre perdían. La cosa se puso tan fea que mi gente instigó una guerra civil y se sentó en los árboles para observar las batallas por pura diversión. No podía bailar en las fiestas, pues la pista de baile estaba tan llena de sangre que me resbalaba. No podía soportar sonreír desde mi trono cuando otro cortesano traía a un humano encantado para mi entretenimiento. Ya no me parecía divertido. Era repugnante. Mi gente estaba medio loca, intoxicada por las emociones humanas. Era indigno. Anuncié a mi corte que el portal entre nuestro mundo y el Campo de Caza iba a cerrarse.

»Pero muchos no se lo tomaron bien. Mi hijo entre ellos. Era joven

entonces y, junto a un grupo de cortesanos con ideas afines, organizó un golpe de estado. Yo dejé a mi por entonces esposo en el trono, pero eso fue siempre parte de su plan. Bram se tomó su tiempo. No lo vi venir. Tampoco vi venir lo de esta noche. Supongo que ese es mi gran defecto. Siempre creeré lo mejor de él.

»Cuando el grupo de traidores tomó el castillo aquella noche, tuve tiempo suficiente para huir, y siempre creeré que fue intencionado. Corrí al bosque. Mi último acto como reina de allí fue proteger el portal entre vuestro mundo y el mío. Lo encanté para que solo los miembros de mi familia pudieran cruzarlo. Siempre albergué la esperanza de que Bram acudiera a mí y pudiéramos volver a ser una familia. Tiene un corazón bueno debajo de toda esa ambición.

»Cuando crucé el portal por última vez, fue para ir al campo de batalla del rey Eduardo. Puede que me culpes por esto, pero estaba acostumbrada a ser una reina. No tenía deseos de ser una bruja en el bosque. Quería un castillo. Así pues, hice mi primer trato con los humanos. No me arrepiento.

»Cuando Bram cruzó el portal hace cuatro años, acudió a mí y se puso de rodillas. Me pidió perdón por el golpe de estado, me dijo que lo había manipulado su padre, que lo lamentaba y que me echaba de menos. Me contó que él también había sido depuesto en un golpe de estado por parte de una familia rival, esas cosas son bastante comunes en el Otro Mundo, y me pidió asilo. Era todo cuanto había soñado durante cuatrocientos solitarios años. Lo recibí con los brazos abiertos.

—¿Por qué mentir y decir que era tan joven? —pregunto.

—A los humanos no les gusta recordar su propia mortalidad —prosigue Mor—. Pensamos que lo mejor era que vierais a Bram lo

más cercano posible a vosotros. Le permitiría integrarse en la sociedad de Londres y vivir en la corte sin que los humanos lo temieran.

Tengo un nudo en el estómago.

—¿Cuántos años tiene?

La reina mueve la mano en un gesto vago.

—Dejamos de contar después de los mil.

A mi lado, Olive hace una mueca.

—Dijo que es todavía rey del Otro Mundo. Va y viene —señalo.

—Eso lo sé ahora —responde Mor—. Lo quería demasiado para sospechar de él.

—¿Cómo podía gobernar allí y pasar tanto tiempo aquí?

—El tiempo funciona diferente allí —explica—. Lo que aquí son solo unas horas pueden ser días allí.

—Ahora que Bram es rey, podríamos eliminar el sistema de pactos —sugiere Olive, esperanzada—. Todavía puede ser un gobernante justo. Podríamos iniciar una nueva era de democracia e igualdad, tal y como querías, Ivy.

Me pregunto si las demás piensan todavía que hay bien en él. Se le daba bien ser la persona adecuada para cada una de nosotras.

La reina vuelve a reírse.

—Tu corazón blando va a ser tu perdición, Olive Lisonbee. Bram no está aquí para iniciar una nueva era de nada. Está cumpliendo las órdenes de sus cortesanos del Otro Mundo. Está aquí para reabrir el portal. Está centrado en eso.

Algo que no es tristeza, pero que se le parece, titila en sus ojos.

—Preparaos para lo que está por venir. —Se vuelve hacia mí—. Y tú, Ivy Benton. Eres más fuerte de lo que piensas. Siempre has sido

mi favorita.

—Podríamos matarla ahora, vengarnos —propone Faith.

—Vais a necesitarme —repone la reina con tono frío.

Las cinco nos levantamos, nos alzamos ahora sobre ella, que está sentada en la celda de piedra.

—Una disculpa, entonces —pide Marion—. Diga que lamenta lo que nos hizo.

La reina nos recorre con su mirada de acero, una a una.

—No lo lamento.

—¿Por qué no? —pregunta Emmy.

La reina Mor casi sonríe.

—Mirad lo fuertes que os he hecho.

—Pero ¿y Greer? —grazna Olive—. ¿Y lo que le hizo a nuestra amiga?

La reina hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Ha sido una larga noche y estoy cansada.

Oímos unos pasos pesados en los escalones de piedra. Emmy corre a la puerta y apoya su peso contra ella, pero los guardias empujan.

—Solo tengo una pregunta más antes de irnos —digo—. ¿Dónde estuvo Lydia?

—Ya sabes la respuesta a eso.

Pienso en mí misma, perdida, fría y sola, buscando una puerta al Otro Mundo la noche que conocí a Emmett. Tenía razón, todo este tiempo.

—¿Por qué la envió allí?

La reina cierra los ojos en un gesto despectivo.

—Estaba aburrida.

«Después de una eternidad, solo existe el aburrimiento y la ausencia de aburrimiento».

Pero hay algo en su explicación que suena vacío. Por primera vez esta noche, no sé si creerla.

# 35

La guardia del rey entra en la sala con las espadas desenvainadas y nos acompaña a las cinco fuera de la Torre y de vuelta al Palacio de Kensington.

—Órdenes de Su Majestad —exclama uno de ellos—. No podéis volver a salir de Kensington. Ninguna.

—¡Emmett! —grito cuando me sacan a rastras de la Torre, pero no hay respuesta, excepto el sonido del río y el graznido de un cuervo en la brisa. Donde sea que esté Emmett, no es aquí.

Hay más guardias en las puertas, defendiéndolas de las personas, que se han multiplicado. El mar violento de gente sacude nuestro carruaje cuando pasamos entre ellos y dejan huellas en el cristal con sus manos desesperadas.

—¡Por favor, Su Majestad! —gritan cuando me ven dentro—. ¡Por favor!

Alguien arroja una piedra y una de las ventanas se rompe; llueven cristales sobre Faith y Olive.

Temo que el carruaje vaya a volcar, pero las puertas se abren lo suficiente para que pasemos y empujan a la gente hacia atrás.

Los guardias nos ayudan a bajar y creo que nos van a encerrar en la casa Caledonia, pero se dispersan y nos dejan solas.

Al otro lado del jardín suena una explosión. Nos volvemos las unas hacia las otras, asustadas, y salimos corriendo por la hierba, pero en lugar de un campo de batalla, encontramos una fiesta. Los fuegos artificiales estallan en un arcoíris de colores por encima del palacio y dejan una lluvia de chispas a su paso.

—Si queréis huir, os sugiero que lo hagáis esta noche —digo a las cuatro chicas.

—¿Tú vas a quedarte? —pregunta Marion.

La mirada que cruza mi rostro, sea cual sea, debe de ser respuesta suficiente. Si Lydia y Emmett están de verdad encerrados en el Otro Mundo, tal y como temo, entonces la buena voluntad de Bram es mi única herramienta para recuperarlos.

—Entonces nos quedamos —afirma Marion, resuelta.

Me abro camino entre la gente para buscar a mis padres. Me pasan copas de champán y me detengo cada pocos pasos para recibir la enhorabuena. Es una noche extraña, todos están sin el disfraz de sus pactos. Los hombres son más bajos, las caras de las mujeres son más anchas y menos refinadas. Algunos, al parecer, abandonaron la ceremonia asustados una vez que se deshicieron los tratos, pero la mayoría se quedaron en la fiesta, despreocupados.

Encuentro a mis padres completamente borrachos alrededor de una hoguera con un grupo de amigos.

—Ivy, ¡mi dedo! —Mi madre mueve el meñique delante de mí con orgullo—. ¿Has visto a tu hermana?

—¿Por qué no os habéis ido? Os dije que volvierais a casa.

Mi madre se ríe.

—¡Pero nos estamos divirtiendo mucho!

Hay algo extraño en la fiesta, algo fuera de lugar. Vacío el

champán que me han dado en la hierba y este chisporrotea ligeramente al caer en el suelo.

A medida que amanece y la celebración se va apagando, no tenemos más opción que retirarnos a nuestras habitaciones y esperar a ver qué nos trae el día.

Las otras chicas encuentran a sus padres, pero regresan a la casa Caledonia para dormir, no quieren arriesgar su seguridad desobedeciendo las órdenes.

Permito que un criado me acompañe a mis nuevos aposentos, en el mismo apartamento que Bram. El lugar está sumido en un silencio inquietante, Bram aún no ha vuelto. Es una ilusión, pero tal vez ha decidido regresar al Otro Mundo y dejarnos a todos en paz.

Me escabullo por los pasillos desiertos del palacio hacia la habitación vacía de Emmett y se me rompe el corazón al ver a Cerdo bajo las mantas, asustado por el ruido de los fuegos artificiales. Está temblando cuando lo tomo en brazos.

—Ven aquí. Esperaremos juntos a tu padre, ¿de acuerdo? —susurro.

Me llevo a Cerdo a mi habitación y se acomoda en la cama, a mi lado. Su cuerpo cálido y diminuto es todo el consuelo que tengo.

Al final, el agotamiento gana y me quedo dormida. Me despierto con un sol brillante que entra por las ventanas. Es por la tarde.

Hay un momento horrible en el que recuerdo los acontecimientos de anoche. Me miro el anillo dorado de boda en el tercer dedo y reprimo las ganas de arrojarlo al fuego. Es hora de ser valiente.

Miro por la ventana y me encuentro un día veraniego tranquilo. Los terrenos están en silencio, en calma. La gente de las verjas se ha ido.

Me pongo una bata y bajo las escaleras descalza.

Hay una música extraña que viene del salón de recepción, la misma melodía de violín de la fiesta para tomar el té de la reina.

Desde lo alto de las escaleras, contemplo el salón dorado. Está lleno de docenas y docenas de Otros, vestidos con un arcoíris de colores pasteles. Los vestidos de las mujeres tienen mangas de campana tan largas que rozan el suelo y los hombres llevan abrigos con bordados vibrantes, igual que el de Bram. Algunos llevan bufandas con objetos extraños, tenedores, redes de pesca y sacos de harina bordados con hilo dorado.

Ríen y danzan dando vueltas, como si esto fuera una gran celebración. Me sorprende lo inhumanos que parecen. Al verlos juntos, como grupo, es más sencillo reparar en las extremidades demasiado largas, en las caras perfectas, en las orejas puntiagudas. No puedo creerme que pensase que Bram podía pasar por uno de nosotros.

Y entonces lo entiendo. Lo ha logrado. Ha abierto la puerta entre nuestros mundos.

Hay sangre en el suelo, como si alguien hubiera derramado un cubo lleno, pero no puedo identificar el origen.

Bram está de pie al frente de la habitación con una copa dorada en la mano y rodeado por cortesanos aduladores. Lleva una corona de hojas esmeralda sobre la cabeza y un pendiente a juego colgando de una oreja.

Me ve y en su rostro se dibuja una sonrisa amplia. Alza la copa en mi dirección.

—¡Mi esposa!

Los cortesanos fae alzan sus copas con sonrisas hambrientas y

afiladas.

Bram sube las escaleras y me toma del brazo.

—Ven, esposa. Tengo muchos amigos que presentarte. Vamos a empezar.

# Agradecimientos

No puedo expresar lo contenta que estoy de que tengas este libro en tus manos, porque, durante mucho tiempo, dudé de que fuera a existir. *El pacto de la rosa* nació de un periodo particularmente oscuro de mi vida. En otoño de 2023, me sentía casi catatónica de tristeza. En mis peores momentos, pensé que nunca volvería a escribir. Gracias a las manos que se acercaron y me sacaron de aquel pozo profundo y oscuro.

A Hillary Jacobson, que me dejó descansar, pero nunca abandonar. Gracias por tu fe inquebrantable, no solo en el trabajo que creo, sino también en mi habilidad para crearlo. Llevamos siendo compañeras casi una década y no puedo imaginarme trabajar con alguien que no seas tú.

A mis dos pilares, mis editoras: Erica Sussman, de HarperCollins, y Sarah Levison, al otro lado del charco, de Electric Monkey. Vuestro entusiasmo y profunda amabilidad han hecho que este libro sea un absoluto placer de escribir, y vuestras mentes brillantes lo han hecho mucho mejor de lo que podría haber conseguido yo sola. Erica, que llevó adelante este libro con un cambio de editor, un bebé y un ascenso, pero ni una sola vez me hizo sentir que yo no era una prioridad. Te admiro y siento más gratitud de la que podré expresar nunca. Sarah, espero que compartamos muchos más almuerzos con champán juntas en el Támesis. Eres luz absoluta y me siento profundamente afortunada por ser una de tus autoras.

Gracias a Alice Jerman por comprender y defender este libro desde el principio.

A Aleena Hasan, cuyas notas fueron precisas y me hicieron reír más fuerte que nunca mientras revisaba un libro. A Clare Vaughn, que puede con todo. Me he divertido mucho trabajando contigo. No sé cuándo duermes.

A todo el equipo de HarperCollins por recibirme tan bien y defender este libro con tanta pasión. Gracias a Maxine Bartow, Erika West, Gweneth Morton, Audrey Diestelkamp, Molly Fehr, Joel Tippie, Amy Ryan, Anna Ravenelle, Melissa Cicchitelli y Danielle McClelland.

Al equipo de Electric Monkey, gracias a Lindsey Heaven, Lucy Courtenay y Olivia Adams, Emily Sommerfeld y Sophie Porteous, Hannah Penny e Ingrid Gilmore y a Leah Woods por darme tanto ánimo y orientación desde el otro lado del Atlántico (y tanto té cuando hemos podido trabajar juntas en persona). Lamento mucho mi terrible dominio de la jerga británica.

Al increíble equipo de CAA, Josie Freeman, Berni Barta y Sarah Mitchell, y a Lauren Denney, que trabajan sin parar para que esta historia llegue a manos de lectores de todo el mundo.

A mis amigos, que no solo son amables, guapos y divertidos, sino también muy inteligentes. Gracias a Emma Benshoff, Susan Lee, Jenna Voris, Serena Kaylor, Diya Mishra, Celine Reese, Sabrina McClain, Emily Sonneland, Hannah Carter, Mary Dombrowski, Kris Kam y Jordan Gray por los mensajes a las tres de la mañana, los consejos sensatos, los fines de semana en cabañas y por prestarme vuestros maravillosos cerebros para desentrañar mis problemas de trama.

A mi mejor amiga, Casey McQuiston, que me recordó que escribir

tenía que ser divertido, por frenar en seco todos mis bucles autodestructivos y por querer siempre pedir palitos de mozzarella para comer. Te quiero más de lo que podría expresar nunca aquí.

A Emilie Sowers, solo tú y yo sabemos cuánto hay de ti en cada libro que escribo. Gracias por aceptar ser mi compañera de habitación hace media vida.

A mis hermanos, Thomas, Hannah y Leah, por quienes me arriesgaría a que me atropellara un carruaje en mitad de la noche.

A mis padres, que me enseñaron a amar los libros por medio del ejemplo y han creído en cada uno de mis sueños descabellados.

A Charles, nunca podré capturar por escrito la clase de amor que siento por ti, pero pasaré toda la vida intentándolo.

Y, por último, gracias a los lectores. Poder dedicarme a escribir libros es el mayor regalo de mi vida. ¿Cómo puedo empezar a agradecéroslo? Cuando comencé a escribir, solía describirlo como un «grito al vacío». Os quiero por devolverme el grito.

# Sobre la autora

Sasha Peyton Smith es autora *best seller* del *New York Times* de novelas de fantasía para jóvenes lectores como *The Witch Haven*. Su obra se ha traducido a más de una docena de idiomas. Vive en una casa de cien años de antigüedad en las montañas de Utah con su marido y (supuestamente) dos fantasmas, aunque ella aún no los ha visto.